
3 1761 07760048 4

DOÑA MARÍA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

POR

D. VICENTE ORTI Y BRULL

TOMO II

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1896

DOÑA MARIA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

DOÑA MARÍA MANUELA PIGNATELLI

DE ARAGÓN Y GONZAGA

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

POR

D. VICENTE ORTI Y BRULL

TOMO II

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1896



Doña Maria Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga
Duquesa viuda de Villahermosa



DOÑA MARÍA MANUELA PIGNATELLI

DUQUESA VIUDA DE VILLAHERMOSA

CAPÍTULO PRIMERO

Virtus vera nobilitas. — (Uno de los lemas de la Casa de Villahermosa.)

I

La muerte del Duque de Villahermosa hirió profundamente á su mujer, muy quebrantada, y aún no repuesta de la emoción que le había producido la de su buen tío D. Vicente Pignatelli, que había hecho para ella oficios de padre. Con la desaparición de su esposo perdió no sólo lo que más amaba en el mundo, sino al que había sido su maestro, su apoyo y su guía desde el instante en que, casi niña y sin conocerle, se había unido á él al pie de los altares en

la morada señorial de los Condes de Aranda; veíase de repente sola con las inquietudes que le proporcionaba la administración y gobierno de sus vastos Estados y, sobre todo, con el deber de atender á la educación de sus tres hijos, el mayor de diez años. No decayó, sin embargo, su ánimo varonil y su confianza en Dios: aceptó su trabajo con esa resignación cristiana que no excluye las lágrimas ni el sentimiento, y que dando á la carne lo que es de la carne se eleva á esferas más altas, viendo en la muerte una separación momentánea que algún día ha de terminar con la gracia de Dios, perseverando en la senda de la virtud y en la observancia de los divinos preceptos.

Porque hay que considerar, que la Duquesa de Villahermosa amó tiernamente á su marido desde el momento en que le vió ya unido á ella; naturaleza despierta, encantáronla sus gustos y aficiones literarias, la dulzura de su trato y, sobre todo, la rectitud y nobleza de su carácter, incapaz de traición y falsía; empezó á amar todo lo que él amaba y á aborrecer lo que él aborrecía, acostumbrándose á mirar las cosas bajo su mismo prisma, resultando de esto tal identidad de caracteres y tal armonía de gustos y aficiones, que ni en sus numerosas cartas ni en su minucioso *Diario,* que abarca un período de once años, revela el Duque el más pequeño indicio de disidencia con su esposa, ni rastro de la más ligera nube, de las que enturbian momentáneamente el cielo de los matrimonios más dichosos.

Cuando la Duquesa, más adelante, deseando estar unida con su marido más allá de este mundo,

concibió temores sobre el estado del alma de éste, por lo descuidado que el Duque, engolfado en sus ambiciones y proyectos, tenía tan principal negocio, no le habló ni apremió para que cambiase de vida haciéndola más espiritual y devota y más conforme con sus deberes de cristiano, sino que acudió á la oración y rogó á Dios, y rogó á su tío, el Padre Pignatelli, que lo hiciera también, á fin de que su marido completase por la gracia lo que le faltaba y era tan principal para marchar por la senda de la perfección que conduce á la otra vida. Y ya se ha visto que el Señor escuchó las oraciones de su siervo y las de la virtuosa matrona que con tanta fe le pedía por aquél á quien por inclinación y por deber amaba tan tiernamente, verificándose en él un cambio tan radical y firme, que duró hasta el último instante de su vida, haciendo en la Duquesa menos doloroso el trance de su muerte, con la esperanza de que por su conducta ejemplar habría sido recibido por el Señor en el número de los justos.

Los borradores de las cartas de contestación á las de pésame que poseemos, evidencian este estado de alma; dirigiéndose á una amiga íntima, la decía: «No te he escrito antes porque no he estado para eso, y te aseguro que me hallo muy falta de virtud para llevar tan fiero golpe como el Señor ha descargado sobre mí, que no puedo más con mi sentimiento. Ayúdame á llevarlo con la continuación de las oraciones que me ofreces por su alma, aunque espero en Dios esté gozando de Su Divina Majestad, pues ha sido mucha su virtud y su buena y santa muerte. Tanto más grande es mi

pérdida cuanto que de los dos era el mejor (1).» A un sobrino de Casalbón á quien el Duque protegía y de quien aquél era entusiasta, le decía: «Por lo demás, se ha acabado para mí el gusto de esta vida, como v. m. puede considerar, y más sabiendo cuánto tenía ya perdido el gusto para todo; pero ahora enteramente, pues estaba reducida á no tratar más que con mi Duque, y así es mucha mi aflicción y tristeza. En fin, me alegraría estuviese v. m. aquí: le lloraríamos juntos y hablaríamos de él, que es el único gusto que puedo tener en lo humano (2).» A otro amigo de su marido que por aquellos mismos días perdió á su mujer, le escribía: «He recibido la de v. m. y agradezco la memoria que con tan triste motivo hace de mí, tomando parte en mi aflicción: yo siento también la pérdida de su mujer; pero me hago cargo que como Dios obra de un modo impenetrable á nuestra humana comprensión, solamente la conformidad en tales casos puede agradarle. El Duque supo la muerte de la mujer de v. m. estando ya bien malo. No nos queda ya más que encomendarlos á Dios y seguirlos (3).»

A pesar de esto, rehízose pronto la Duquesa de Villahermosa, y al dolor agudo de los primeros momentos reemplazó una dulce conformidad cristiana, ayudando á ello las cartas de su tío el Pa-

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Villahermosa.—Borrador de la carta á Don Francisco Casalbón, Director de la renta de Loterías de Zaragoza.

(3) Borrador de la carta á D. José Pariente.—Archivo de Villahermosa.

dre Pignatelli y los consejos y visitas del virtuoso sacerdote D. Pedro de Silva, su amigo íntimo, y que había tenido por el difunto Duque un cariño verdaderamente fraternal; suprimió toda manifestación ostentosa de duelo, pero en cambio celebró sufragios por el alma del difunto en todas las iglesias de las villas de su señorío y en otras muchas que, sin serlo, tenían alguna imagen ó misterio de la devoción especial de su difunto marido. El capítulo de limosnas también fué muy crecido, pudiendo asegurarse que en aquel año se socorrieron por cuenta de la casa ducal todas las necesidades de los pobres de sus vastos dominios; esto sin contar las encargadas especialmente por el Duque en su testamento y de palabra poco antes de su muerte (1).

(1) Entre los justificantes de los gastos de contaduría de la casa en aquel año, aparece el siguiente documento: «Recibí de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, viuda, 153.078 reales con 28 maravedises, en esta forma: los 5.744 reales con 6 maravedises en 2 de Octubre de la fecha, y los 147.334 con 22 maravedises hoy día de la fecha, cuya cantidad es la misma que se encontró en los cajones de la mesa donde escribía y gavetas de la papelera que tenía en la pieza de su despacho su difunto esposo el Excmo. Sr. Duque, el que mandó se me entregasen al tiempo de su fallecimiento para alivio de los pobres, según me tenía comunicado; y para que conste, signo y firmo con el de oficio.—Madrid y Diciembre 27 de 1790.—Son 153.075 reales con 28 maravedises.—(Hay un sello.)—Jacinto de Figueroa, de los clérigos menores.»

II

Distinguióse la Duquesa siempre por su ánimo varonil y esforzado y por la claridad con que apreciaba el estado de las cosas en los momentos difíciles; no le faltaron en dicha ocasión estas facultades; comprendió desde el primer momento que una mujer joven, pues hacía poco que había cumplido los treinta y siete años, con una inmensa fortuna en usufructo y otra aún mayor en administración, y con tres hijos pequeños á quienes educar en el temor de Dios, necesitaba la dirección y apoyo de un varón prudente y de gran autoridad que sustituyese en la dirección y consejo de la casa á su difunto marido, fijándose desde el primer instante en su tío el P. Pignatelli, con quien, desde los días de Turín, seguía, en unión de su esposo, no interrumpida correspondencia, y á quien ambos consultaban en los trances difíciles. Concebido este pensamiento, se resolvió á ponerlo en obra inmediatamente.

No es posible narrar la constancia y tenacidad que desplegó la Duquesa para obtener el permiso de que regresase á España el ex-jesuita; acudió al Rey; interesó en su favor á la Reina; vió personalmente á todos los Ministros; unió á su causa á muchos Grandes de España, que secundaron su acción con este objeto; pero todo se estrelló ante la resistencia del Conde de Floridablanca, que consideraba este hecho como un agravio á las cenizas de

Carlos III y como un precedente funesto que daría al traste con la Pragmática famosa y con el Breve de extinción que tanto trabajo le había costado obtener: no negó, sin embargo, el permiso y dió largas al asunto por algunos meses, confiando en que la Duquesa variaría de opinión ó se cansaría al ver las dificultades que encontraba su proyecto.

Mal conocía á la Duquesa al pensar así, el Conde de Floridablanca; desde los primeros momentos había comprendido ésta que él era el obstáculo más poderoso á sus planes, y más aún, que este obstáculo era invencible, pues Ministro del anterior reinado no tenía más base para continuar siéndolo en el siguiente que el representar una política de intransigencia y de rigor en el asunto de los jesuitas y convencer á los Reyes que, por respeto á la memoria de su padre y por propio interés, no debían apartarse de ella; así es que, viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió trasladarse, en unión de sus hijos, á Bolonia á vivir con su tío, encargando á éste su educación, y á D. Antonio Cabañero, Abad de la Colegiata de Mora, el apoderamiento y administración de su casa durante su ausencia, cargo que había ejercido á satisfacción de los Duques todo el tiempo que estuvieron en la Embajada de Turín (1).

(1) D. Antonio Cabañero desde muy joven pertenecía á la Administración de la casa de Villahermosa, donde verosímilmente había entrado sucediendo á su padre, antiguo servidor de los Condes de Guara; había ayudado en sus mocedades al Duque D. Juan Pablo en el arreglo de los Estados de Villahermosa, y éste le profesaba gran cariño, no exento de desconfianzas que, como hemos visto, rectificó en su *Diario*. Ordenado sacer-

Preparó todo lo necesario; hizo provisión de dinero, tomando letras sobre Génova; envió parte de su equipaje á Alicante, con orden de que se remitiese á Italia en el primer buque en que hubiese disposición para ello, y encargó á su tío el P. Pignatelli, con quien en todo procedía de acuerdo, que le buscase en Bolonia residencia á propósito para instalarse decorosamente en unión de sus hijos y servidumbre; no quiso, sin embargo, dar la orden definitiva de marcha hasta celebrar una última conferencia con el Conde de Floridablanca, que, como hemos dicho, iba dando largas al asunto, esperando rendir por cansancio á la Duquesa (1).

Como ésta creía, no obtuvo nada del Ministro, puesto que el mismo día el Contador de la casa, D. Tomás Martínez Torre, escribió á D. Antonio Cabañero una carta en nombre de su señora, diciéndole que, después de una conferencia con el Conde de Floridablanca, se había resuelto definitivamente el viaje, por lo que se le ordenaba venir en seguida á Madrid para ultimar los asuntos rela-

dote, nombróle el Duque Abad del Monasterio de San Cosme y San Damián, de Guara, y después, por su influencia, Canónigo y Abad de la Colegiata de Mora; fué durante su vida, que se prolongó hasta muy entrado el siglo presente, el consejero leal y el hombre de confianza de la Duquesa en las cuestiones administrativas.

(1) Esta entrevista debió ocurrir muy pocos días antes de la caída del poder del Conde de Floridablanca, depuesto de sus funciones de Ministro en Febrero de 1792; es decir, el mismo mes y año de la orden de la Duquesa para marchar á Bolonia y de la muerte de su hijo D. Víctor.

cionados con la administración de la casa y recibir los necesarios poderes. En este propósito insistía la Duquesa, cuando una nueva y terrible desgracia vino á herirla en lo que más amaba, y á poner otra vez á prueba sus sentimientos cristianos y su conformidad con los designios del Señor.

III

Desde su nacimiento había disfrutado poca salud el primero de sus hijos, Víctor Amadeo, ó Victorio, como se le llamaba en España; más adelante hemos dado cuenta de los inauditos cuidados del Duque á fin de robustecerle y hacer que fuera creciendo, para lo cual le había tenido en el campo constantemente, alquilando una viña en las inmediaciones de Turín y una quinta rodeada de extensos jardines en el vecino pueblo de Fuencarral; la ampliación de la iglesia de Pedrola la había hecho para cumplir un voto relacionado con la salud de su hijo, y para conseguirla se había acudido á más, por ambos esposos, á todos los medios y á todas las súplicas, oraciones y obras piadosas, con el fin de interesar á la Divinidad en la empresa. Salvó sin dificultad D. Víctor la crisis de la infancia á la adolescencia, y á la muerte del Duque se le creía ya completamente curado; no fué así, sin embargo; el mal fué minando lentamente su salud, y al cumplir los doce años, cuando la Duquesa se disponía para emprender el viaje á Bolonia, acometióle de repente súbita enfermedad, que á los doce días le

arrebató la vida, el domingo 22 de Febrero de 1792, después de recibir con ejemplar edificación los Sacramentos de la Iglesia. Su muerte correspondió á la inocencia de su vida, y la paz y tranquilidad con que espiró á los ningunos remordimientos de su conciencia, según depuso su confesor.

El golpe fué terrible para la Duquesa, y llegó á temerse en su casa que perdiese la razón: sobre el cariño maternal, que cifraba sus esperanzas todas en aquel hijo, próximo á ser hombre, tenía para ella el recuerdo de que, al venir al mundo, había traído la felicidad á su hogar, siendo el instrumento de que Dios se había valido para atraer á su marido al buen camino; veía en él el lazo de unión entre ella y su Duque, al que tanto había amado en el mundo, y cuyo recuerdo no se apartaba de su imaginación, estando en ella cada vez más vivo. Pasado, sin embargo, el primer momento, impusiéronse á la Duquesa de Villahermosa sus sentimientos religiosos, la idea de su deber, y, sobre todo, movió su corazón el espectáculo de aquéllos sus otros dos hijos, casi en la cuna, que con serenos ojos la miraban, sin comprender su pena, y que no tenían otra persona que á ella en el mundo. Calmó, pues, su dolor, ofreciendo á Dios este nuevo sacrificio y esta nueva espina que de tan fuerte manera desgarraba su alma, dando órdenes para reanudar los suspendidos preparativos de marcha.

Estaba todo dispuesto para ésta y una nueva dificultad la retrasó: el niño pequeño, Juan Pablo, cayó gravemente enfermo y pasó la primavera de 1792 entre la vida y la muerte; curóse al fin; pero estando muy avanzada la estación, declararon los



Roy

litaires,

Gratis

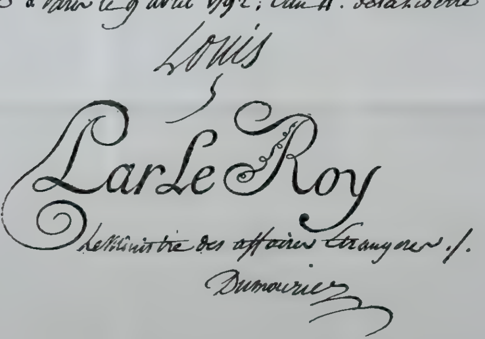
De Par Le Roy

A tous Officiers civils et militaires, chargés de surveiller et de maintenir l'ordre public dans les différents Départements du Royaume, et à tous autres qu'il appartiendra; Salut. Nous vous mandons et ordonnons que vous ayiez à laisser librement passer M.me La Duchesse de Villahermosa, Grande d'Espagne, qui passe d'Espagne en Italie, traversant la France avec ses Enfants, Ses Domestiques et Equipages, comme il est prouvé par la demande qui est faite du présent passeport par M. D'Iriarte chargé des affaires d'Espagne en France.

Sans lui donner ni souffrir qu'il lui soit donné aucun empêchement, le présent Passeport valable pour un mois seulement.

Donné à Paris le 9 avril 1792; l'an 4.e de la Liberté.





LOUIS

Par Le Roy

Le Ministre des affaires Etrangères /.

Dumouriez

Gratis.

médicos que sería peligroso ponerse en camino con los calores, y que debía aplazar la marcha para el otoño, haciéndola por tierra, para lo cual escribió á Iriarte, encargado interinamente de la Embajada de España en París por obligada ausencia del Conde de Fernán-Núñez, que le remitiese el oportuno pasaporte.

Así lo hizo aquél; pero estaba de Dios que la Duquesa de Villahermosa no había de reunirse con su tío en este mundo: nuevos y graves obstáculos de otro orden surgieron de repente, obligándola á renunciar definitivamente á su proyecto y á quedarse en España al frente de la administración de su casa y de la educación y cuidado de sus hijos. Fueron estos obstáculos las importantes noticias recibidas de los sucesos ocurridos en París el 10 de Agosto, á consecuencia de los cuales se había hundido la secular Monarquía francesa, quedando prisionera la Familia Real, que la Duquesa había conocido hacía veinte años en el apogeo de su poder.

IV

A la muerte de Luis XV había sido proclamado Rey de Francia su nieto Luis XVI: noble, generoso, dotado de una bondad excesiva, había nacido para vivir obscuramente en el hogar doméstico, ofreciendo el más perfecto modelo de las virtudes privadas; llevado por derecho de nacimiento á regir un pueblo en días difíciles, su falta de

energía y el desconocimiento de la misión que tenía en aquellas circunstancias labró su ruína, precipitó una revolución que podía haber encauzado, produjo un desbordamiento que ahogó entre mares de sangre la vieja organización social francesa y propagó sus estragos por Europa, que aún los padece después de un siglo.

El antiguo régimen, tal como le había creado Luis XIV, no podía sostenerse; era necesario desmontar lentamente la máquina de la Monarquía cesarista por él establecida, y volver á la concepción cristiana del poder, reformando leyes, extirpando abusos, estableciendo libertades que no eran nuevas, y sacando de la tutela de los corrompidos segundones de las casas nobles, la gloriosa Iglesia francesa, que gemía presa de la codicia de los Rohan, los Bernis, los Talleyrand y los De Brienne, oprobio de su clase. La nación y el Rey estaban conformes en esto; pero para llevarlo á cabo hacíase necesario un hombre de hierro, con conciencia de su misión, que supiese de dónde venía, en dónde estaba y á dónde iba, y que, empuñando vigorosamente el timón del Gobierno, se impusiese á todos por su prestigio para guiar la nave de la Monarquía hacia el puerto de la libertad, sin tocar en el bajo de la Revolución en que una y otra habían de perderse.

En vez de este Rey subió al trono un hombre bueno, sabio, virtuoso, pero tocado de todos los delirios y de todas las inexperiencias de su época; que hubiera sido revolucionario á no haber nacido en la cámara real de Versalles; en quien estaban en contradicción constante los sentimientos con

las conveniencias y los deberes con las opiniones; débil é irresoluto, que dejó que los sucesos se le impusiesen, dirigidos por los oradores de club y de café, en quien resignó el cetro, y que sólo una vez en su vida estuvo á la altura de su misión: el día de su muerte.

A un período de estériles ensayos había sucedido la convocación de los Estados generales; á éstos un secuestro de la autoridad Real, de que en vano quiso librarse Luis XVI con la desdichada fuga de Varennes, y más tarde el ataque al Palacio el 10 de Agosto, cuya consecuencia fué la abolición de la Monarquía, la proclamación de la República y la prisión de toda la Familia Real en el Temple.

En estas circunstancias, y sin eficacia ya el pasaporte que la Duquesa había recibido del Rey, era peligroso viajar por los caminos y ciudades francesas ostentando un título nobiliario; no era tampoco prudente dirigirse á Italia por otro camino, que sólo podía ser el marítimo, pues era creencia general que la guerra no tardaría en estallar en aquel país, y que los Soberanos de la casa de Borbón habían de hacer lo posible por acudir en socorro del deudo á quien consideraban jefe de su familia. En vista, pues, de esto, desistió la Duquesa del proyectado viaje, de acuerdo con su tío el P. Pignatelli, y se resolvió á permanecer en Madrid, tomando personalmente la administración de sus Estados y el cuidado y educación de sus hijos.



CAPÍTULO II

I

A LA muerte del Duque D. Juan Pablo, había llegado la casa de Villahermosa á un grado de prosperidad y riqueza que no había tenido igual, ni aun en los días de D. Martín de Aragón: el patrimonio, mermado y casi en ruínas á consecuencia de medio siglo de pleitos y secuestro judicial; no rehecho por su tío D. Claudio, que tenía más de sesenta años cuando entró en posesion de él, fué tan sabiamente administrado por su sucesor en los veintiocho años que le disfrutó, que puede muy bien asegurarse haber quintuplicado sus rentas y productos, no por aumento de gravámenes en los arrendadores, que en esto anduvo muy parco D. Juan Pablo, sino por las mejoras materiales, la reforma de edificios, la calidad de los cultivos y la redención á metálico de censos y gabelas que pesaban sobre él casi desde su formación.

A más de esto, en los últimos años de su vida habían venido á reunirse en su persona, por muerte de sus tías la Marquesa de la Mina y la Condesa de Cirat, todos los Estados de la casa de su abuelo materno el Conde del Real, y una bien saneada renta en Italia con los títulos de Duque de la Palata y Príncipe de Masa, que ostentó hasta su muerte. Uno de los primeros cuidados de la Duquesa fué que todo aquel vasto organismo de la administración de sus Estados, establecido por su marido, no se alterase en nada, respetando hasta su muerte aun los más mínimos detalles, continuando con las personas que habían tenido la confianza del Duque; todo bajo su personal vigilancia y dirección, lo que la obligaba á pasar largas horas trabajando para que en nada se mermase el patrimonio de sus hijos, y tampoco sufriesen quebranto los intereses morales y materiales de los numerosos vasallos de sus feudos y señoríos.

En cuanto á su persona, procedió con una grandeza de alma y un desinterés de que, por desgracia, hay en el mundo pocos ejemplos. Dejemos hablar sobre esto á su mismo hijo, algunos años después del fallecimiento de la Duquesa. «Con la muerte de su marido, dice, quedó usufructuaria, según las leyes de Aragón y las capitulaciones matrimoniales, de los mayorazgos y bienes que éste poseía al tiempo de su casamiento, y dueña de una gran renta anual, á más del capital en dinero, alhajas y demás que la tocó de los bienes de su testamentaría, aunque, según la costumbre, debía gozar, por la tutoría y manutención de su hijo primogénito D. Victorio, de lo que generalmente se

llama *frutos por alimentos,* es decir, disfrutar y disponer de las rentas y mayorazgos que heredó de su difunto padre. Llegó á tanto su delicadeza y desinterés que, creyendo que con seguir esta costumbre, que tenía autoridad de ley, se seguía perjuicio á su hijo, renunció formalmente y por pedimento al Juez de la testamentaría semejante derecho, contentándose al principio con que se la señalase el tanto que, según estado que debió formar, calculó S. E. tendría de más para la decente manutención de su hijo; y posteriormente, habiéndola parecido aún excesiva esta suma, no quiso, durante la corta vida de su citado hijo primogénito D. Victorio, como en los veintiséis ó veintisiete años que cuidó de los bienes de su hijo D. José, el cual heredó la casa por muerte de D. Victorio, sino tomar sólo el 10 por 100 de administración del importe de las rentas. Este tan singular desprendimiento se mereció elogio de cuantas personas le entendieron (1).»

No contenta con esto y llevada de los escrúpulos que desde su enfermedad de Turín se apoderaban de ella y la atormentaron durante su vida, le pareció excesiva la cantidad que recibía, y consultó á los abogados más distinguidos de Madrid sobre este asunto: uno de ellos, de gran autoridad en aquel tiempo entre los hombres de ley, llamado D. José Ignacio Joven, la decía, después de

(1) *Apuntes sobre la vida y acciones memorables* de la Excelentísima Sra. Doña María Manuela Pignatelli de Aragón Gonzaga Moncayo y Caracciolo, Duquesa viuda de Villahermosa: Madrid, 1890.

exponerla el trato y representación con que vivían por exigirlo así la dignidad del Duque: «Yo no hallo motivo para que recelen de este concepto ni para que V. E. se esté atormentando con escrúpulos sobre un asunto en que no tuvo más parte que la de convenir en lo que se acordó después del más reflexivo examen. Y si á pesar de todo V. E. no quisiera disfrutar aquella asignación tan justa, en su mano y arbitrio está el privarse de ella en todo ó en parte; pero como de esta privación necesariamente ha de resultar algún desfalco del patrimonio libre de V. E. en que interese al señorito D. Juan, sería ciertamente muy sensible que V. E. adoptase semejante resolución (1).»

Como se ve, el letrado era hábil; batió á la Duquesa con sus propias armas, y para quitarla unos escrúpulos que no tenían base, la suscitó otros más fundados y razonables, haciéndola comprender que por un exceso de desprendimiento podía perjudicar á su hijo segundo, cuyo patrimonio era necesariamente más reducido que el de su hermano, heredero de todos los vínculos y mayorazgos de la casa. La Duquesa, con su buen sentido y rectitud, comprendió la fuerza de este argumento, y no volvió á insistir sobre el asunto.

(1) Consulta sobre la testamentaría del Duque de Villahermosa. Opinión del letrado D. José Ignacio Joven.—Archivo de Villahermosa.

II

El primer cuidado de la Duquesa de Villahermosa fué, siguiendo la pauta trazada por su marido, insistir cerca de los señores Obispos de las diócesis en que estaban enclavados sus dominios para que la dieran cuenta del resultado de las Misiones y de lo que ella por su parte podía hacer para mejorar moral y materialmente á los habitantes de los pueblos.

No es posible referir el mucho bien que en este sentido hizo la Duquesa, y la energía, talento y constancia que desplegó en los primeros años de su viudez para dotar á los pueblos de escuelas de niños y niñas, moralizar las costumbres y hacerlos progresar por el camino de la religión y de la enseñanza; por no hacer muy largo este trabajo, referiremos solamente lo ocurrido en el lugar de Costeán, diócesis de Barbastro. Terminadas unas Misiones, escribió, según costumbre, á la Duquesa el Obispo, y entre otras cosas, la decía: «Estos pueblos carecen de escuelas en donde darles ideas fundamentales de nuestra santa religión y vida civil, y en vez de tener ésta para formar sus corazones con sana moral y buenas costumbres, destinan á sus hijos de uno y otro sexo á guardar las mulas y bagajes de cada familia; juntos éstos en el monte, adquieren muy malas costumbres casi sin conocerlo (1).»

(1) Carta del Obispo de Barbastro, 15 de Marzo de 1766. —Archivo de Villahermosa.

Más explícito Fr. José Murillo, Predicador de la Misión, al mismo tiempo que refiere á la Duquesa el mucho fruto que ha sacado de ella, añade: «Nada hemos hecho, ilustrísima señora, si no se corta el mal de raíz; la causa de tanta desolación pública, de tantas blasfemias, maldiciones, perjurios, palabras obscenas, hurtos, talas de montes y condenación de tantas almas, es la ignorancia y falta de religión, y el no haber aula en aquel pueblo. Que se ponga ésta como en otros, y se quitará de una vez que tanta turba de muchachos y muchachas vayan solos y agavillados por aquellos montes y barrancos, abriéndoseles los ojos á la malicia, y que salgan tantas muchachas perdidas, que se hagan tantos daños á las haciendas y que sean tan idiotas y fieros y sin Dios ni conciencia, y que se obligue á los padres que por lo menos hasta los doce años los envíen á la escuela (1).»

Apenas la Duquesa de Villahermosa recibió estas cartas, ordenó al Ayuntamiento de Costeán, que era de su señorío, que estableciese inmediatamente la escuela, empezando con este motivo una lucha tenaz, por resistirse la villa á cumplir esta orden, lucha en que, después de varios incidentes, triunfó la energía y firmeza de la Duquesa.

Empezó el pueblo por decir que no tenía dinero

(1) Carta de Fr. José Murillo á la Duquesa de Villahermosa, 10 de Marzo de 1796.—Archivo de Villahermosa.—Esta carta y otras semejantes que podíamos citar son documentos preciosos que demuestran que la Iglesia luchó siempre por la ilustración y progreso de la enseñanza del pueblo, y que no es privilegio de los tiempos modernos ni de determinadas escuelas la difusión de la instrucción primaria.

para semejante gasto; contestó ésta que ella pagaría todo lo necesario, fabricando un horno de pan para los vecinos, con cuyo producto se mantendría el maestro; reuniéronse en junta los cabezas de familia para resolver si debía autorizarse un proyecto que, aparte de la utilidad que había de reportar, era una mejora para el pueblo, y 21 votos contra 20 resolvieron que éste no necesitaba escuela ni horno, desechándose, por consiguiente, y condenándose ellos á barbarie perpetua. No se dió por vencida la Duquesa, é hizo que los 20 vecinos que estaban á su lado en este asunto, acudiesen al Rey para que diese un decreto obligando al pueblo á consentir el establecimiento de la escuela.

Así se hizo, y el pueblo no tuvo más remedio que acatar la voluntad Real, consintiendo por fin que se estableciese el maestro; pero llevando su enemiga hasta el punto de señalarle el sitio más incómodo de la casa municipal, falto de luz, y en donde niños y maestro estaban en amigable consorcio con los mulos y borricos de los vecinos. Enterada la Duquesa, pagó todos los materiales necesarios para construir una escuela de nueva planta, y los acopió al lado del solar donde ésta debía edificarse; allí se quedaron, sin que nadie pusiese mano en ellos, puesto que tres años después se vió obligada la Villahermosa á dirigir al Ayuntamiento la siguiente carta: «Hallándome informada de que la habitación destinada para la educación y enseñanza de los niños de ese pueblo no tenía la capacidad y comodidades que se requieren para los dichos objetos, y que el preceptor había hecho varias instancias desde que tomó este encargo para

que tenga efecto la ejecución de la obra que tengo proyectada, para lo cual hace tiempo que están acopiados y dispuestos los materiales. Extraño mucho miréis con tanta indiferencia un objeto tan digno de toda atención, por los beneficios que han de resultar al común de todo ese pueblo; y así, espero que luego que recibáis ésta, daréis disposiciones de que se haga la obra, y que no daréis lugar á que se tomen otras providencias más serias para que tenga efecto, sobre cuyo particular espero la respuesta y las causas que han motivado el retraso en no haber hecho la obra (1).»

Al fin triunfó la Duquesa, y la escuela subsistió hasta la guerra de la Independencia.

III

Esta constancia, esta firmeza, este amor á todo lo bueno y santo, y este sentimiento del deber, lo tuvo en todos los ramos del gobierno y administración de sus Estados, no cometiendo ninguna injusticia ni doblándose ante ninguna recomendación, por elevada que fuese; pero en lo que ponía mayor celo y más exquisito cuidado era en la elección de los Párrocos que, como patrono, tenía el derecho de designar: en una ocasión, al proponer el de Mozota, presentáronse á concurso cuatro opositores, resultando uno de ellos sobresaliente

(1) Carta de la Duquesa de Villahermosa al Ayuntamiento de Costeán, 1.° Marzo 1800.—Archivo de Villahermosa.

en Moral, Literatura y Cánones, y con elocuente palabra y amplios conocimientos para el púlpito, donde era admirado: conociendo la imparcialidad de la Duquesa, creyó todo el mundo que sería el propuesto, y aun el mismo interesado recibió la enhorabuena; pero, con gran asombro de todos, ésta prescindió de él, y aunque figuraba en el primer lugar de la terna, propuso al que le seguía, sacerdote que había hecho buenos ejercicios, pero inferiores á su contrincante; murmuróse mucho con este motivo, se cruzaron cartas, y no faltaron personas que acusaron de injusticia á la Duquesa; ésta no dió explicación ninguna y calló las razones que había tenido para observar semejante conducta. Hoy ha aparecido ésta completamente justificada, y sobre la mesa donde escribo está el expediente reservado que instruía á cada opositor en averiguación de su vida y costumbres, y del cual resulta que el eclesiástico propuesto en primer lugar, si bien de gran ilustración ó mucha literatura, como dicen los informes, tenía, en cambio, muy mala conducta, habiendo dado escándalos en su pueblo, «asociándose con cómicas y gente de baxa condición, frecuentando las casas de juego, en donde tan solamente reina la profusión, prostitución y fanatismo (1).»

(1) Expediente para la provisión del curato de Mozota. Carta de D. M. Chianfi, del P. Camarasa, y denuncia de Don Vicente Ledón y D. Manuel Ceres.—Archivo de Villahermosa.

IV

El mismo interés que demostraba la Duquesa de Villahermosa por dotar á los pueblos de su señorío de buenos Párrocos y maestros, teníalo también por conservar en buen estado las iglesias y los objetos y ropas destinados al culto; en correspondencia continua con los señores Obispos de las diócesis en que estaban aquéllas enclavadas, habíales prevenido pusieran en su noticia, después de las visitas pastorales, la falta de objetos que advirtieran y que por su pobreza no pudieran sufragar los pueblos: á todos favorecía, y de ello dan fe las muchas listas encontradas entre sus papeles. Igual diligencia tenía con los edificios, restaurando los ruinosos, ensanchando aquéllos que por el crecimiento de la población eran insuficientes, y edificando de nueva planta los destruídos por algún siniestro.

En este caso se encontró su pueblo de Monflorit, reducido á no poder celebrar el culto por carecer de iglesia: inmediatamente que llegó esta noticia á la Duquesa, se puso de acuerdo con el señor Obispo de Huesca, el cual la remitió, por su orden, el plano y presupuesto de un templo de nueva planta, capaz de contener todos los vecinos del pueblo y algunas docenas más, en previsión de futuros crecimientos de población; le pareció bien á la Duquesa y ordenó que inmediatamente se pusiera por obra, siendo de su cuenta todos los

gastos. Mientras duró la construcción no cesó de enterarse constantemente de sus progresos, y no descansó hasta que el Supremo Hacedor tuvo un lugar decoroso donde recibir adoración (1).

A más de estos gastos extraordinarios, la Duquesa de Villahermosa tenía señalado á cada uno de los pueblos de su señorío una cantidad anual para culto, amén de la función solemne que por su cuenta se celebraba todos los años el día de la fiesta de San Francisco de Borja, que, como hemos

(1) Según el presupuesto remitido por el Obispo de Huesca, la iglesia de Monflorit costó, aprovechando los materiales de la demolida, sin contar los altares y retablos, 2.968 libras 298 dineros de moneda jaquesa, ó sean 55.851 reales 26 maravedises. Empezada la obra, parecióle al Obispo que podría ser pequeña, y solicitó de la Duquesa su ampliación, á lo que ésta accedió, pagando al Maestro de obras el aumento de precio consiguiente, y que no consta cuál fué. Los planos los hizo el Arquitecto de Madrid D. Mateo Medina, y la construcción la dirigió el de Zaragoza D. Agustín Sanz.

En cuanto á las pinturas del templo y retablos, que debieron ser muchas, escogió los asuntos y los encargó en Madrid la Duquesa misma, resultando de los libramientos de su Contaduría y recibos de los artistas, que se pagaron por este concepto y con destino á la citada iglesia: al pintor D. Zacarías Velázquez, por el cuadro representando á *San Isidro en el milagro de la fuente*, 5.000 reales; *La Purísima Concepción*, 4.500 reales; *El Señor en la Cruz*, 3.720 reales; *Los cuatro mártires San Ignacio, San Esteban, San Lorenzo y San Vicente*, 5.000 reales; *La Adoración de los Santos Reyes*, 5.000 reales; *San Antonio Abad*, 3.500 reales; á D. José López Enguindanos, por el cuadro de *San Miguel*, 3.000 reales, y al mismo por el del *Santo Angel de la Guarda*, 3.000 reales: en total, 32.700 reales, á más de las ropas, ornamentos y vasos sagrados.—Archivo de Villahermosa.

visto, había sido declarado patrón y protector de sus Estados desde tiempo de su marido.

Este vivo afán por los intereses religiosos de sus vasallos, que más podían llamarse sus hijos, no excluía en la gran señora el cuidado de sus necesidades materiales; antes, por el contrario, durante los largos años que administró con tierna solicitud los extensos Estados de su hijo, no perdonó medio de mejorar su condición y socorrerlos en todas sus necesidades. Registrando las cuentas de la casa ducal, correspondientes al período de su administración, único rastro que ha quedado de su caridad, pues constantemente envolvió en el secreto sus limosnas, se ve que tenía asignada á cada pueblo de su señorío una cantidad fija para socorrer á los pobres en circunstancias ordinarias; cantidad que se ampliaba lo necesario en las extraordinarias, en que no sólo se perdonaban á los colonos las rentas, sino que se daba orden á los administradores de las diversas provincias facilitasen de los graneros de la casa el trigo necesario para fabricar pan con destino á los pobres (1).

(1) Era esto tan frecuente en la casa de Villahermosa, que existía una minuta ó pauta para este caso. He aquí los términos en que se anunciaba á los pueblos esta orden: «Al Ayuntamiento y vecinos de mi villa de..... En el día de hoy ordeno á mi administrador de esa abra mis graneros y os facilite cuanto trigo sea necesario con destino al pan de los pobres hasta que pasen las presentes circunstancias.—*J. la Duquesa de Villahermosa.*»

A más tenemos á la vista los siguientes documentos sobre esto mismo: «Excma. Sra.: Habiendo concurrido con la orden de V. E. que incluímos á D. Manuel Chianfi, su administra-

V

Así, de esta manera tan laudable y espléndida, invertía la Duquesa de Villahermosa las rentas de la inmensa fortuna que administraba; pero haciendo constar siempre que lo hacía en nombre de su hijo, verdadero señor de ella, á fin de que por anticipado le amasen sus vasallos antes de conocerle, y estuviesen ligados á él por los vínculos de la gratitud y el afecto; forma patriarcal de gobernar á los hombres, de que sólo es capaz un alma verdaderamente cristiana, que no ve en los inferiores una materia explotable destinada á aumentar las rentas y con ellas el boato y vanidad de los

dor, ha respondido que carece de la orden que contiene para la entrega del trigo á los panaderos de esta villa y que supone habrá sido alguna equivocación, por cuyo motivo parece indispensable que V. E., siendo servida, mande dar la correspondiente orden para que su administrador no se excuse á socorrer con el trigo á éstos sus vasallos. Lo que espera el Ayuntamiento de la piedad de V. E. A los pies de V. E. sus más obligados servidores. — *Agustín Sinuto,* Alcalde. — *Francisco Moreno,* Regidor.—*Pedro Sancho,* Síndico.»

«Respondo á vuestra carta de 13 del corriente diciendo que el correo pasado dí orden á ese mi administrador para que el trigo que se haya existente en mis graneros de esa villa se vaya dando á los panaderos de ella para el abastecimiento de sus vecinos. Dios os guarde muchos años. Madrid 18 de Enero. Quien más os estima, *J. la Duquesa de Villahermosa.*—Al Ayuntamiento de mi villa de Pedrola.»—Archivo de Villahermosa.

señores de la corte, sino verdaderos hijos, por los cuales hay que velar con cariñosa solicitud, hermanos en Jesucristo, al que hay que responder de sus almas, cuando por orgullo, descuido ó avaricia se les abandona á sí mismas sin darlas medio de conocerle y amarle.

A más de los derechos que por la administración de los bienes de su hijo la correspondían, notablemente mermados, como se ha visto, por su excesiva delicadeza, disfrutaba la Duquesa de Villahermosa de su propia fortuna, no muy considerable por estar ya en completa decadencia la casa de Fuentes á la muerte de su padre, y de las cuantiosas rentas que la correspondían de su viudedad foral, con arreglo á las leyes de Aragón, según se había estipulado en las capitulaciones matrimoniales; de todo ello llevaba cuenta y razón separada, constituyendo en ella una preocupación el no perjudicar en lo más mínimo á sus hijos y el pagar puntualmente todas las atenciones de su casa, pues tenía un santo horror á las deudas y atormentábala sobremanera el retener ni un solo día dinero que perteneciera á otra persona, aun cuando fuese por culpa ó indolencia de ésta.

Estas preocupaciones, convertidas más adelante en atormentadores escrúpulos, que sus confesores tuvieron necesidad de combatir, hicieron que se perjudicase muchas veces y perdiese sumas de consideración. Entre algunos hechos curiosos, vamos á referir el siguiente que pinta lo rígido de la conciencia de la Duquesa en este punto. Once años después de la muerte de su marido, supo por

una conversación de criados que el Cura de Vicálvaro tenía en su poder dos perros de caza, por encargo de aquél, hecho tres años antes de su muerte; sin perder tiempo llamó la Duquesa al presbítero, que lo era D. Pablo Fraile; preguntóle sobre esto, exigiéndole dijese cuánto se le debía por la manutención de los perros. Contestó éste que, con efecto, el Duque, para mayor comodidad cuando iba á caza, los dejaba á su cuidado; que no se le debía nada, pues si bien era cierto que los había cuidado y mantenido, también los había disfrutado en tan largo tiempo: no se conformó la Duquesa, y por fuerza tuvo que aceptar el Cura la suma de 24.440 reales en que tasó ésta el valor de la alimentación de los canes en los catorce años que habían transcurrido desde que su marido hizo el encargo (1).

(1) He aquí el libramiento que para pagar esta suma extendió la Duquesa: «Á D. Francisco Salvador, Tesorero de mi casa, se le abonarán en cuenta 24.440 reales de vellón que, en virtud de mi orden, ha entregado á D. Pablo Fraile y Martín, presbítero de Vicálvaro, por el cuidado y manutención de dos perros de caza que, por encargo del Duque, mi marido (que santa gloria haya), les suministró por espacio de catorce años y no se le tenían satisfechos, según el convenio verbal que para el efecto hemos hecho de conformidad, como más por menor consta del recibo del expresado D. Pablo, que va unido á este libramiento. Madrid 23 de Julio de 1801.—*J. la Duquesa de Villahermosa.*—Son 24.440 reales de vellón.—(Sellado.)»—Unido á este libramiento está el recibo del presbítero dándose por pagado.—Archivo de Villahermosa.

VI

No redujo la Duquesa la acción de sus limosnas á los muchos pueblos de su señorío: donde quiera que sabía existía una necesidad allí acudía á socorrerla, y, sobre todo, no tenía límite su afán por glorificar al Señor y fomentar su culto y adoración; son infinitas las Comunidades religiosas pobres que recibían de sus manos abundantes sumas; pero su predilección en Madrid la tuvo el Oratorio del Caballero de Gracia, en cuyas obras y decoración invirtió sumas de importancia, aun antes de la muerte de su esposo: después de ella, consta por los recibos de los artistas que pagó la construcción de dos altares, abonando 13.846 reales al escultor-tallista Dalli, y 12.600 al dorador Lletget, amén 12.000 entregados al pintor de Cámara D. José Berantón por dos cuadros, representando uno á *San Pedro y San Pablo* y otro á *Nuestro Señor en la Oración del Huerto,* para los retablos.

Las Carmelitas descalzas de Avila; las Dominicas de la misma ciudad; los Conventos de religiosos de esta Orden, á que fué muy afecta, de Atocha, Santo Tomás y el Rosario, de Madrid y Palencia; el Oratorio de San Felipe Neri, donde consignó la cantidad de 36.666 reales para atender con su renta á los gastos de una función anual, con procesión, al Santísimo Sacramento; el Monasterio de las Salesas y otros muchos que sería prolijo

enumerar, recibieron muestras constantes de su caridad, nunca saciada, así como los Párrocos de Madrid, singularmente el de San Sebastián, del que dependía, que nunca acudieron á ella en balde ni se retiraron de su casa con las manos vacías, pues á esta atención dedicaba los 7.000 reales mensuales que para limosnas tenía asignados desde antes de su viudez.

A más de esto, su generosidad nunca desmentida alentaba á los artistas á fin de que empleasen sus pinceles y buriles en glorificar á Dios, valiéndose de la lengua sublime del arte: 24.000 reales dió á Selma para que grabase el cuadro que había pintado Bayeu para uno de los altares de Pedrola, representando el Sagrado Corazón de Jesús rodeado de varios santos; 1.500 á D. Juan Brunete, que la había dedicado una lámina del Salvador, y 1.200 á Rico, que había hecho lo mismo con otra representando á San Luis Gonzaga, sin contar lo que de su Tesorería recibían los pintores Bayeu, Maella, Velázquez, Berantón y otros por los cuadros con asuntos religiosos por ella encargados para los retablos de las iglesias, y las infinitas cuentas de la vecina Platería de Martínez, que con frecuencia fabricaba cálices, copones y otros vasos sagrados y objetos para el culto por encargo de la Duquesa (1).

(1) Todos estos datos están sacados de los legajos de la Contaduría de la Duquesa, pues en sus papeles particulares no dejó rastro alguno por donde pudiera colegirse que hacía obras tan meritorias. En estos legajos están los recibos de los artistas, y son un dato precioso para averiguar los precios de estas obras al terminar el pasado siglo.

Esta caridad, con ser tan grande, queda, sin embargo, relegada á segundo término si se considera la conducta de esta mujer extraordinaria en las cuatro obras principales á que consagró su vida y su fortuna, y, sobre todo, si, como narraremos más adelante, se tiene en cuenta su proceder en las difíciles circunstancias porque atravesó la Iglesia al finalizar el siglo XVIII, cuando el Vicario de Jesucristo se vió reducido á cautiverio, llevado de prisión en prisión, sin una piedra donde reclinar su cabeza venerable, dispersos los Príncipes de la Iglesia que forman el Senado Pontificio, despojadas de sus adornos las más veneradas reliquias y la grey católica amenazada del cisma por la dificultad de elegir al Supremo Jerarca á causa de lo turbado de los tiempos.

Cuatro fueron las obras principales en que se ocupó y á que nos referimos. Mejorar la situación de los católicos del rito griego en Siria; fomentar el establecimiento de los monjes trapenses en España; procurar la propagación de la religión católica en Oriente, y, sobre todo, obtener el restablecimiento y rehabilitación de la Compañía de Jesús.





CAPÍTULO III

I

Al empezar el año 1789 asistía la Duquesa á un sermón que predicó en la Colegiata de San Isidro el entonces Canónigo de ella D. Atanasio Puyal, más tarde Obispo auxiliar de Madrid y titular de Calahorra: antes de terminar recomendó con gran vehemencia á todos los fieles contribuyesen con sus limosnas en la medida de sus fuerzas á ayudar al Patriarca católico de Antioquía, el cual se encontraba en gran apuro, en unión de su grey adicta á Roma, por las malas artes de los griegos cismáticos y la venalidad y codicia del Gobierno musulmán de Constantinopla; apenas bajó del púlpito, pasó la Duquesa á la sacristía; habló con el predicador, muy amigo de ella y de su esposo, y no descansó hasta que obtuvo de él la promesa de que al día siguiente iría á su casa en compañía del monje sirio que había venido á recoger limosnas para sus hermanos.

Con efecto: no habían pasado veinticuatro horas, y ya estaba en su casa Fr. Elías Rabbdan, monje antoniano, natural del Bajo Egipto, y de sus labios oían los Duques una relación verdaderamente conmovedora que les interesó vivamente, moviendo sus corazones y su voluntad en pro de los católicos de aquellos lejanos países. El caso era el siguiente:

Después de grandes trabajos y luchas heróicas, los griegos, unidos á Roma, habían elevado al Patriarcado de Antioquía, en la iglesia de Mesopotamia, al venerable Ignacio Miguel Giarve, anciano apostólico que hacía más de cincuenta años que luchaba por la fe, á quien varias veces los musulmanes habían intentado dar martirio, y que era mirado con veneración por todos los buenos. Esta elección, que fué un triunfo de importancia para los griegos ortodoxos, no pudo obtenerse sino mediante fuertes sumas de dinero que hubo que entregar al Bajá y á los funcionarios turcos, y á cuya restitución se obligó el nuevo Patriarca con escrituras públicas y solemnes, pues no teniendo fondos la Iglesia hubo que tomarlos á préstamo con su interés correspondiente.

Humillados los herejes de aquellos países y temerosos del ascendiente que la verdadera Iglesia iba tomando en Mesopotamia, suscitaron una persecución contra los fieles, los atropellaron unidos á los turcos, y obligaron á huir al Patriarca; el cual, para salvar su vida, tuvo que refugiarse en el monte Canrovan (Líbano), donde convencido de que sin un milagro de la Providencia ni él ni sus sucesores podrían volver á su residencia, resolvió

fundar el Monasterio de Santa María Liberatrice, y desde él apacentar su grey, para lo cual adquirió una casa, cuyo importe se obligó á pagar en seis años.

Estos sucesos le habían reducido á una situación angustiosísima: había cumplido ochenta años; estaba casi ciego; era responsable ante Dios de su rebaño, y á más tenía que pagar las deudas de la Iglesia de Mesopotamia y los gastos de una nueva fundación, indispensable si no había de perderse la semilla de la fe en aquellos países, santificados con la presencia del Redentor y cuna de la primitiva Iglesia. En esta situación no desmayó su corazón: lo elevó al Dios de las misericordias, y con toda la fe de su alma le pidió, bañado en lágrimas, que mirase por los suyos, ofreciendo el sacrificio de su vida, inútil ya, para calmar la ira de Dios, justamente irritado por los pecados de los hombres; después llamó á su siervo Elías, y le envió á Roma á exponer al Papa su situación y á pedir limosna por las cortes, con el fin de mover á piedad á los cristianos de Europa.

Cumplido el primer encargo, pasó el monje á Madrid; y después de obtener del Conde de Campomanes, por medio del Nuncio, licencia limitada para pedir limosna, empezó á rogar á los predicadores que hablasen en sus sermones á los fieles, de lo angustioso de la situación del Monasterio de Santa María Liberatrice y del anciano Patriarca de Antioquía.

Con lágrimas en los ojos escuchó la Duquesa la relación del monje, y con la vehemencia de su carácter impresionable y vivo, resolvió tomar á su

cargo la mayor parte que le fuese posible de esta obra; anunciólo así, y desde aquel momento no dió tregua á su imaginación en la obra de buscar recursos para los monjes del Líbano y su anciano Patriarca. Anticipándose á su época, pues en aquel tiempo no era costumbre lo que hoy es usual, pidió personalmente una limosna á sus muchas relaciones; solicitó una audiencia de los Reyes con este mismo objeto, y escribió á su grande amigo el Conde de Revillagigedo, á la sazón Virrey de Méjico, á fin de que recogiese donativos para el Monasterio de Nuestra Señora Liberatrice en aquellos países; á más de esto, dió por su parte una fuerte suma (1) en nombre de su marido y sus hijos al Padre Rabbdan, que lleno de asombro no se atrevía á creer lo que estaba presenciando, y que veía en la Duquesa un ángel enviado por el Señor para el alivio de las necesidades de su perseguida Iglesia.

Hecho esto, proveyó de cartas de recomendación para sus amigos de provincias al monje griego, que partió lleno de alegría y de esperanza, dejando á la Duquesa encargada de los asuntos de sus hermanos en Madrid y en correspondencia con el Patriarca de Antioquía, por medio de un sacerdote de su mismo país que estaba establecido en la corte, empleado en la Biblioteca Real, y que se llamaba D. Elías Sidiac.

Recorrió el griego todo el Mediodía de España durante el año 89, favorecido por las recomendaciones de la Duquesa. La primera carta que de

(1) No se sabe cuál fué ésta, pues en todos los papeles y cartas en que se habla de ella aparece tachada la cantidad.

éste existe, fechada en Cádiz, después de asegurar su eterna gratitud y la de sus hermanos á su bienhechora, añade: «Hasta en ésta soy favorecido por las recomendaciones que V. E. me proporcionó, principalmente la de Fr. Diego de Cádiz, á quien no he tenido el gusto de conocer aún sino por cartas, por residir en la actualidad en Ronda, en las que me franquea su favor, ofreciéndome me acompañara, menos en ésta su tierra, en todos los lugares á donde me dirija, después de concluído aquí; lo que desde luego contribuirá mucho á que sean más cuantiosas las limosnas, por la buena opinión en que se halla, adquirida desde luego por su ejemplar vida y santidad (1).» Continuó con éxito su peregrinación, pasando por Málaga, Granada, Murcia y Cartagena, hasta Orihuela, donde el Obispo le puso dificultades, por haber espirado el plazo fijado en la Real cédula en que se le autorizaba á pedir, y no haber podido obtener la Duquesa del Conde de Campomanes una nueva prórroga. En vista de esto salió Fr. Elías para Roma, después de despedirse de su protectora.

II

La muerte del Duque, ocurrida en este tiempo, no apartó á ésta de su propósito de seguir favoreciendo á los armenios: renovó las instancias; obtuvo de la Casa Real un donativo de 30.000 rea-

(1) Cádiz, Noviembre 1789.—Archivo de Villahermosa.

les; recibió cartas de Revillagigedo anunciándola que muy en breve recibiría 3.000 duros que se habían podido recaudar en Méjico, todo lo cual puso en manos del Nuncio, acompañado de sumas aún mayores por su cuenta, participándoselo por conducto de D. Elías Sidiac al anciano Patriarca.

Son verdaderamente conmovedoras las cartas de éste á la Duquesa, con quien siguió no interrumpida correspondencia hasta su muerte; pero no hay modo de deducir por ellas las cantidades que ésta le remitía, porque en su modestia continuaba borrando las cifras estampadas en las cartas; debieron ser, sin embargo, de consideración, cuando en varias de ellas dice el Patriarca que deposita su importe en la Banca de Roma para atender con su rédito á las necesidades del Monasterio; de una remesa hay datos claros y precisos por referirse á objetos y por la casualidad de poderse leer las cifras borradas, á causa de lo claro de la tinta que la Duquesa empleó en esta operación: es esta remesa la que el Patriarca en carta de 1.° de Octubre de 1794 da cuenta de haberla recibido, después de un año de inexplicable detención en el camino, y en la que se leen estas palabras: «Luego que leí el contenido de las cartas de V. E., no pude menos de levantar los ojos y las manos al cielo, dándole gracias y reconociéndome colmado de tanta beneficencia y generosidad de V. E., que se dignó remitirme el cajón que contenía el precioso pontifical completo, con los vasos sagrados necesarios para el divino sacrificio de la Misa; dones ciertamente dignos de su generosa piedad, no de mi humilde estado. Al día siguiente, al amane-

cer, sirviéndome de los mismos sagrados ornamentos y consagrados los vasos, celebré pontificalmente el santo y augusto Sacrificio, con asistencia de toda mi Comunidad, ofreciéndole á Nuestro Divino Salvador Jesucristo para que se dignase recibir los dichos dones como oblación é incienso odorífico en su divina presencia para la conservación de V. E. y de sus amadísimos hijos, para que cada uno de ellos sea una planta santa en la Iglesia de Dios, preservada de todo peligro espiritual y temporal.» Y más adelante añade la misma carta: «Llegaron también con los comisarios dos cajas: la una contenía 10.500 pesos fuertes, y la otra 312 onzas y media de oro; de éstas he remitido el recibo, con tres copias idénticas, al mencionado Fr. Gabriel para que las remita á V. E.»

III

Las relaciones del monje Rabbdan, las comunicaciones de la Nunciatura, las sumas considerables de dinero que llegaban á Roma de España con destino á la Iglesia griega unida de Mesopotamia, impresionaron á la Congregación de la *Propaganda Fide*, la cual creyóse obligada á dirigirse á la Duquesa para darla gracias por su esplendidez. Con efecto: el 6 de Abril de 1791 el Cardenal Antonelli, Prefecto de esta Congregación, dirigió una carta á la Duquesa concebida en estos términos: «Excelencia: Esta Congregación de la *Propaganda* ha sabi-

do por Monseñor el Nuncio apostólico y por el monje Elías Rabbdan, recientemente llegado á Roma, la espléndida largueza con que la eximia piedad de V. E. ha procedido en beneficio de Monseñor Ignacio Miguel Giarve, Patriarca de Siria, y de sus propósitos para obtener de esa Corona un subsidio anual de los fondos de Tierra Santa para auxiliar á tan benemérito Prelado. Los Eminentísimos Padres á los cuales está confiado el cuidado de propagar por el universo la fe católica, han sentido tanto la situación difícil en que se encuentra, que le han ayudado con fuertes sumas, lo que no hubiéramos podido hacer sin la eximia caridad de V. E., con lo cual no sólo ayuda á sobrellevar al buen Patriarca la gravísima angustia en que se encuentra, sino á mantener en el Patriarcado la fe católica. Por esto, en nombre de la Congregación, doy á V. E. las más sinceras gracias, regándola al mismo tiempo que persevere en su religiosa empresa.» Esta carta termina enviando á la Duquesa una amplia indulgencia plenaria, y notificándola que Su Santidad encargaba al Nuncio secundase su acción y la ayudase en su caritativo empeño.

IV

No se durmió la Duquesa en sus laureles; antes, por el contrario, continuó con más afán remitiendo fondos propios á Roma por medio del Nuncio,

ó dirigiéndolos directamente por la Comisaría de los Santos Lugares, como se ha visto en la remesa de que hemos hecho mérito. Esta conducta hizo que la Congregación de la *Propaganda Fide* creyese que, para corresponder dignamente á tanta caridad, era necesario algo más que una carta como la anterior; y con efecto, cuando menos lo esperaba, encontróse sorprendida la Duquesa con el siguiente Breve Pontificio:

«*A nuestra amada hija en Christo, la Duquesa de Villahermosa.*—Pío Papa VI.—Amada hija en Christo, salud, etc.: Son tan admirables y tan dignas de alabanza las cosas que de tí y de tu liberal caridad nos ha noticiado muchas veces nuestra Congregacion de *Propaganda*, y particularmente nuestro amado hijo el Cardenal Antonelli, Presidente de la misma, que nos han movido á escribirte para manifestarte nuestra agradecida voluntad. Porque habiendo llegado á tu noticia los trabajos y miserias que padecia el venerable hermano Ignacio Giarve, Patriarca de Antioquía, por las persecuciones de sus enemigos, y que no bastaba para sus necesidades el socorro, aunque abundante, que le remitia aquella Congregacion, movida como otros muchos de los méritos de aquel Prelado y compadecida de su infeliz situacion, no solamente no te contentaste con socorrerle algunas veces con limosnas propias de tu ánimo generoso, sino que tambien contribuiste con tus buenos oficios para que, ayudados de los de nuestro Nuncio apostólico en esa córte, le enviase ésta al Patriarca algun socorro. Por la carta que te escribió dicha Congregacion é indulgencias que la acompañaban, debidas á tu piedad, y en prueba de nuestra gratitud, conocerias quán agradable nos habia sido tu eficaz liberalidad. Pero hase aumentado nuestra alegría con lo que ahora nos escribe nuestro

Nuncio, de que no limitas ni pones tasa á tu extraordinaria caridad, y que por las dádivas que ahora has hecho te excedes á tí misma. Porque nos dice que has regalado al Patriarca y le has enviado, por medio del Comisario de la Tierra Santa, una considerable suma de dinero, un riquísimo vestido de pontifical, un cáliz de oro y otros vasos sagrados, con cuya liberal beneficencia podrá aquel dignísimo Prelado y su Iglesia de Siria respirar algun tanto de las angustias que la afligian. No podemos alabarte bastantemente ni tributarte las debidas gracias por tanta generosidad; pero diremos altamente que tu virtud nos llena de admiracion, y por ella te damos una y muchas enhorabuenas, y á Dios infinitas gracias por haberte infundido tan grande espíritu de caridad para socorrer al Pastor y rebaño de aquella Iglesia, queriendo que adquirieses mucho mérito por tan buen uso de tus riquezas. Te confirmamos el concepto que nos debes, y los deseos de una voluntad paterna con la Bendicion apostólica, que con el mayor afecto y de lo íntimo de nuestro corazon deseamos te proporcione aumentos de la Divina gracia.—Dada en Roma á 27 de Abril de 1793. Año 19 de nuestro Pontificado. Pío P. VI.»

Por largos años continuó la Duquesa consagrando parte de sus rentas al fomento de la perseguida Iglesia griega ortodoxa, y en continua correspondencia con los Prefectos de la *Propaganda Fide*, que reemplazaron al Cardenal Antonelli, y con los Patriarcas que sucedieron á Monseñor Giarve. Su Santidad, pocos años después y á petición de los monjes, la instituyó por dos Breves co-fundadora y patrona del Monasterio de Santa María Liberatrice. Cuando sus hijos llegaron á la edad de la razón, los asoció á tan santa obra, poniéndolos en correspondencia con los Patriarcas é inculcán-

doles el deber en que estaban de continuarla el día en que ella faltase del mundo (1).

(1) Hasta la guerra de la Independencia siguieron los Patriarcas dando cuenta á la Duquesa del estado de su Iglesia, y dirigiéndose á ella para notificarla la elección de los nuevos Patriarcas: á Monseñor Giarve, que murió en 1802 de más de noventa años, sucedió Monseñor Davet; á éste, Monseñor Simón, y á éste, otro Monseñor Giarve, que debía ser pariente del primero. De todos hay numerosas cartas en el idioma arábigo en los Archivos de Villahermosa. A más de los donativos que, como hemos visto, remitió al Monasterio de Santa María Liberatrice, algunos años después regaló á los frailes franciscanos de Tierra Santa, con destino á la iglesia del Santo Sepulcro y Gruta de Belem, un pontifical completo con sus correspondientes vasos sagrados.





CAPÍTULO IV

I

En el año 26 del siglo XVII nació en París un niño que había de escandalizar al mundo con sus enormes pecados, y santificarle después con sus grandes penitencias; hijo de una de las más ilustres familias de Bretaña y emparentado con sus Duques, fué su padrino el Cardenal de Richelieu, recibiendo por esta causa el nombre de Armando Juan, con los apellidos de Bouthiller de Rancé, que eran los de sus padres: su hermano mayor, Dionisio Francisco, Canónigo de la Catedral de Nuestra Señora de París, era desde que nació, Abad comendatario de la Trapa; su muerte hizo á Armando jefe de su familia, y como tal heredero de esta Abadía, por la abusiva costumbre admitida en la Orden de Malta de convertir los beneficios en una especie de mayorazgos; á pesar de ser ya el mayor de sus hermanos, sus padres le dejaron en la carrera ecle-

siástica, ordenándose de subdiácono, diácono y presbítero en 1651.

Joven, hermoso; dueño de una renta considerable, producto de sus beneficios y Abadía; diestro en todas las habilidades que hacen que el hombre brille en el mundo; con una palabra fácil y elocuente y una educación perfecta, fué el astro que eclipsó á todos los caballeros de su época; amáronle las mujeres y envidiáronle los hombres; incansable en sus placeres, más de una vez, dice uno de sus biógrafos (1), se le vió, después de haber cazado tres ó cuatro horas por la mañana, volver el mismo día en posta, de 12 á 15 leguas, á sostener una tesis en la Sorbona, ó á predicar en París con tanta tranquilidad como si acabase de salir del estudio. Habiéndole encontrado un día un su amigo en la calle, le dijo: —¿Dónde vas, abate? ¿Qué te haces hoy? —Por la mañana, respondió, voy á predicar como un ángel, y por la tarde á cazar como un demonio.

Su afición, sobre todo, era la esgrima, en la que fué maestro consumado, y su traje, de ordinario, una ropilla morada de seda; el cabello largo y rizado, dos esmeraldas en los vuelos de las mangas y un precioso diamante en el índice; por este tiempo había muerto ya su padre, y heredado Rancé, como hijo mayor, su inmensa fortuna, lo que le permitió aumentar el boato de su casa, adquiriendo mejores carruajes, carroza de ocho caballos de los más hermosos, una librea elegante y disfrutar una mesa correspondiente.

(1) El P. Gervasse.

Brillaba entonces como el primer astro de belleza de la corte de Ana de Austria la Duquesa de Montbazon, viuda del octogenario Duque de este nombre; de intachable conducta durante su matrimonio, al verse libre, lanzóse á una vida ligera y galante, enamoróse perdidamente de ella Rancé, y pasaron largos años teniendo íntimas relaciones, á nadie ocultas en la corte.

En esto, la muerte hirió de improviso y desfiguró el rostro de aquella mujer, á quien adoraban todos los caballeros de su tiempo: en trance tan supremo estuvo á su lado Rancé. ¿Qué pasó allí? Misterio es éste sobre el que se ha escrito mucho y sobre el que nada se sabe, porque en su larga vida no volvió á hablar de él el Abad de la Trapa, llevándoselo á la tumba (1): dicen unos que la dama murió arrepentida; esto parece contradecirlo Marsolier en estas palabras: «La muerte y desgracia de varias personas con quienes Rancé se hallaba unido por estrechos vínculos, le conmovieron profundamente: un horrible vacío, dice, ocupó mi corazón, siempre inquieto y agitado, nunca contento. Conmovióme, sobre todo, la *muerte de algunas personas*, y la insensibilidad en que las ví en aquel te-

(1) Un escritor protestante acusa á Rancé de haber hecho cortar la cabeza á Mme. de Montbazon y de haberla conservado toda su vida; hecho que niegan en absoluto los contemporáneos y los trapenses que escribieron la vida del reformador de su instituto. Hay también quien asegura que lo ocurrido fué que siendo pequeño el ataúd que se llevó al campo para el cuerpo de Mme. de Montbazon, que era muy alta, el médico tuvo necesidad de separar la cabeza del tronco, y que este cráneo era sobre el que meditaba Rancé.

rrible momento que iba á decidir de su eternidad, y resolví retirarme á un sitio donde pudiera vivir desconocido del resto de los hombres.»

A más de esto, es indudable que una de las cosas que más decidieron á Rancé al cambio de vida, fué una visión que tuvo poco después de la muerte de la Duquesa de Montbazon: habíase retirado á llorar á su quinta de Venetz, cuando le pareció que empezaban á arder unas granjas inmediatas; vuela hacia el incendio, pero éste disminuye á medida que él se acerca; á cierta distancia desaparece y se convierte en un lago de fuego, en medio del cual se alza hasta medio cuerpo una mujer devorada por las llamas. Lleno de terror echó á correr hacia su quinta, le faltaron las fuerzas al llegar y tuvo que acostarse en una cama, quedando tan fuera de sí, que no pudo en mucho tiempo pronunciar una palabra.

II

A partir de este suceso, cambió Rancé de vida: poco después realizó su inmensa fortuna y se la dió á los pobres, no reservándose más que su cargo de Abad de la Trapa, en donde fué á encerrarse, con el propósito de morir allí entregado á Dios y olvidado de los hombres. No pudo, á pesar de esto, realizar por de pronto su propósito: la disciplina de la Orden estaba relajada por completo en el Monasterio, y quisieron matarle los monjes apenas habló de reforma; sostuvo con energía sus

derechos, y para evitar cuestiones señaló una renta de 400 libras de pensión á los siete religiosos que no quisieron aceptar la reforma, y los hizo salir del Monasterio, llamando para que empezasen su obra á dos hermanos de la Estrecha Observancia.

Había reformado á la Comunidad; pero no se había reformado á sí mismo, porque repugnaba mucho abrazar el estado religioso; un accidente imprevisto contribuyó á fijar su resolución: la celda en que dormía habíase acabado de reparar, cuando de repente se vino abajo, poniéndole en peligro de muerte, de la que se salvó por inexplicable casualidad. «Esta es la vida,» exclamó. En seguida se retiró á un rincón de la iglesia, donde oyó cantar el salmo *Qui confidunt in Domino,* y pensó: «¿Por qué he de temer abrazar la profesión monástica?» Después de esto, quedó tranquilo su espíritu.

Salió para París decidido á poner por obra este pensamiento; algunos hombres de gran virtud quisieron disuadirle de esta idea; pero él les dijo: «No veo más puerta que la del claustro donde poder llamar para volver á Dios; después de tantos desórdenes, no tengo más recurso que el ceñirme un saco y un cilicio y meditar sobre mi vida en la amargura de mi corazón.»

«Yo no comprendo, le contestó el Abad de Prières, Vicario general de la Estrecha Observancia, lo que me pedís. Sois sacerdote, Doctor de la Sorbona, y además hombre de calidad, criado en la delicadeza y el gusto; estáis acostumbrado á vivir como grande y á comer bien; es muy fácil que

seáis Obispo; vuestro temperamento es débil, y queréis ser fraile, el estado más humilde de la Iglesia, el más penitente, el más escondido y aun el más despreciado. Tendréis en lo sucesivo que vivir en las lágrimas, en los trabajos, en el retiro y que estudiar sólo á Jesús crucificado. Pensadlo seriamente.» Entonces le respondió Rancé: «Es verdad que soy sacerdote, pero he vivido hasta aquí de un modo indigno de mi carácter; soy Doctor, pero no sé el alfabeto del Cristianismo; hago algún papel en el mundo, pero he sido como aquellos pilares que muestran los caminos á los viajeros y que nunca se mueven.»

Después de esto abrazó la profesión religiosa, y pareciéndole poco estrecha la obra de la Estrecha Observancia, reformó su Orden aún más rígidamente, compendiando la vida de sus monjes en estas tres palabras: oración, trabajo y silencio. Esta fué, trazada á grandes rasgos, la vida del hombre que, después de una larguísima existencia que llegó hasta el siguiente siglo, y á costa de luchas verdaderamente titánicas, trazó el modelo de esas admirables colonias de monjes, última palabra de la vida contemplativa, tan glorificada por la Iglesia.

III

Habíanle dicho sus contemporáneos á Rancé que su obra no viviría; que, muerto él, se dispersarían sus monjes: no fué así. La Revolución francesa encontró la obra tal como un siglo antes la

había trazado el santo Abad; estaban los hijos de éste tan ajenos de lo que ocurría en la sociedad, que, al ser arrojados de su Monasterio, se miraban sorprendidos los unos á los otros sin saber lo que aquello significaba; el estruendo de una revolución que atronaba el mundo, no había pasado las tapias de su Convento ni logrado distraerlos de su vida de oración y penitencia. Unos cuantos fueron á Suiza, hicieron con dos ramas secas una cruz, la plantaron en unos arenales desiertos é improductivos, y fundaron el Monasterio del Valle Santo en el cantón de Friburgo.

Dios bendijo la obra: á los pocos años formaban la Comunidad 64 cenobitas, número excesivo dada la pobreza de aquel suelo; en vista de esto, el Superior, P. Agustinos, comisionó á dos monjes, el P. Gerasimo, hijo de un caballero español que había pertenecido al Cuerpo de Guardias de Corps, y al P. Juan, á fin de que viniesen á España á obtener del Gobierno de Carlos IV algunos terrenos yermos, á fin de fundar en ellos una nueva Trapa: con esta misión, después de dar el ósculo de paz á sus hermanos, ignorantes de todo, partieron del Valle Santo en Marzo de 1793.

A mediados de este año llegaron á Madrid los monjes, y por mediación de la Duquesa de Villahermosa obtuvieron una recomendación para el Duque de Híjar, pariente de ella por la casa de Aranda, á fin de que presentase al Rey, y apoyase con su influencia el memorial que al efecto le entregaron con su pretensión; interesóse el Duque, y con tal calor habló á los Reyes, que éstos acogieron benignamente el proyecto, dándose al poco

tiempo una Real orden, en virtud de la cual se autorizaba su establecimiento en España por vía de ensayo, en la granja de Santa Inés, en la provincia de Murcia, que había pertenecido á los jesuitas. Llena de alegría comunicó esta noticia á los monjes la Duquesa de Villahermosa, á la vez que oficialmente lo hacía el de Híjar, y en vista de ella escribió el P. Gerasimo á su Superior á fin de que se pusiese en camino la Comunidad.

Reunió éste á sus hermanos, ignorantes de cuanto ocurría, y les dió cuenta de la comisión que habían traído á España los dos monjes, del resultado de ella y de la necesidad de dividirse para formar la nueva Trapa: todos inclinaron la cabeza, como hijos de la obediencia, resueltos á servir á Dios en todos los climas y bajo todas las latitudes; no pudieron, sin embargo, contener las lágrimas cuando, reunidos el 2 de Febrero de 1794 en la Sala capitular, vieron á su Abad que, después de una sencilla plática, abrazaba llorando á los designados para venir á España; pasaron después á la iglesia; allí recibieron la Comunión de manos de su Prelado, y se hicieron cargo de un relicario con restos de las cabezas de San Bernardo y San Malaquías, salvadas de la tormenta revolucionaria del Monasterio de Claraval, que recibían culto en Valle Santo, y de una cruz de madera, fácil de desarmar, á fin de sustraerla de los ultrajes al pasar por tierras de infieles.

Como bandada de blancas palomas salieron cantando salmos y letanías con la cruz levantada: así cruzaron los caminos de Suiza é Italia hasta Génova, donde se embarcaron; ardía la guerra por

aquel entonces en la Lombardía y en la Liguria. Al llegar á los lugares ocupados por los franceses, desarmaban su cruz y seguían silenciosos, pidiendo á Dios por los que los ofendían al pasar.

Durante el camino ocurrió un hecho que puso en gran tribulación al P. Gerasimo y á su compañero. Los enciclopedistas del Consejo de Castilla habían visto con malos ojos la concesión; los que aborrecían á los frailes no podían tolerar el establecimiento de una nueva Comunidad en España; así es que después de dictada la Real orden representaron al Rey que la granja de Santa Inés era de mucho valor y no correspondía á la pobreza de la nueva Orden, influyendo con el Monarca para que la revocase: así se hizo, sumiendo en la mayor incertidumbre á los monjes, pues presumían que sus hermanos se hallaban ya en camino.

Participó el P. Gerasimo sus inquietudes á la Duquesa, que había tomado con su vehemencia acostumbrada este asunto; animóle ella, prometiendo ayudar á la Comunidad para su establecimiento, diciéndole que desde luego podía disponer de la suma de 100.000 reales, bien de una vez ó por partes (1). Más animado ya y con algunas limos-

(1) Fr. Gerasimo se sirvió de este dinero para los gastos de instalación y alimentos en los primeros años de su fundación. Como son tantas y tan considerables las limosnas que hizo la Duquesa, no citamos sino aquéllas cuya prueba es auténtica, para que no se diga que incurrimos en exageración. He aquí la que se refiere á esta obra: «Núm. 22.—Por D. Jacinto Pérez se entregarán al Rdo. P. Dr. Gerasimo de Alcántara, Abad del Monasterio de Santa Susana de la Trapa, 8.000 reales vellón, complemento de los 100.000 que le señalé para la

nas que había recogido de la gente piadosa de Madrid, y provisto de eficaces recomendaciones de la Duquesa para el Obispo de Lérida y para la gente más principal de Barcelona, salió para esta ciudad Fr. Gerasimo, enviando á Valencia á Fr. Juan, pues no sabía á dónde desembarcarían sus hermanos ni cómo se compondrían para darlos alojamiento.

En ninguna de las dos partes desembarcaron los trapenses: llevóles el viento á las playas de Salou, cerca de Reus, siendo acogidos con entusiasmo por la población en masa, que salió á recibirlos y á adorar con gran fervor las reliquias que con ellos traían. Deparóles allí la Providencia á un cristiano caballero llamado D. Pedro Suñol, que se desveló por servirlos y ampararlos; por su mediación se avisó á Fr. Gerasimo, que acudió presuroso, encontrando toda la Comunidad hospedaje decoroso en el Real Monasterio de Poblet, cuyos monjes los instalaron de la mejor manera posible y en la forma más adecuada á la severidad de la regla. Dos años tardó en resolverse su pretensión; por fin, se les concedió un Monasterio abandonado, con el nombre de Santa Susana, cerca de Maella, que perteneció á las monjas de Escarpa, y algunas tierras pobres é incultas desde hacía largos siglos.

fundación de su Monasterio.—Madrid 4 de Abril de 1798;» y unido á este libramiento aparece el siguiente recibo: «He recibido de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, por manos de su Tesorero D. Jacinto Pérez, la suma de 8.000 reales, á cuenta de los 100.000 que S. E. me tiene concedidos para la fundación de un Monasterio.—Madrid y Abril 4 de 1798.—Fr. Gerasimo, Abad de la Trapa de Santa Susana.»—Archivo de Villahermosa.

IV

Con lágrimas en los ojos despidieron los monjes de Poblet á los trapenses, que procesionalmente, en lo más crudo del invierno, se trasladaron al citado sitio. Su marcha fué un continuo triunfo: las poblaciones en masa salían á los caminos para incorporarse á ellos, y marchaban cantando los salmos detrás de la Cruz; echábanse las campanas á vuelo; se encendían antorchas, y todo el mundo se esforzaba por obsequiar á los religiosos, que no podían aceptar nada por la severidad de la regla. Pocos días después de la llegada al Monasterio, escribió Fr. Gerasimo una carta á la Duquesa que empieza con estas palabras: «Excma. Sra.: Me apresuro á comunicar á V. E. nuestra solemne entrada en Santa Susana, á donde hemos llegado en procesión con casi toda la villa de Maella;» y más adelante añade lo siguiente: «El 13 del corriente fué el día de la toma de posesión de nuestra nueva morada, en donde todo falta, á excepción de la alegría de vernos apartados del mundo (1).»

Con efecto: el Monasterio era la imagen de la desolación y de la ruína; los techos amenazaban hundirse; las paredes estaban desniveladas y llenas de grietas; en los tejados veíanse grandes espacios descubiertos. Apenas se enteró la Duquesa,

(1) Carta de Fr. Gerasimo, de 16 de Enero de 1796.—Archivo de Villahermosa.

envió una limosna extraordinaria de 9.000 reales para acudir á las reparaciones más urgentes (1). A más de esto, proveyó de ropas y objetos de culto y vasos sagrados al Monasterio, cuyas cuentas tengo á la vista.

Al año siguiente entregó una fuerte suma, y el Monasterio se obligó con ella á sostener la fundación perpetua de la primer Misa por la intención de la Duquesa, que continuaba favoreciendo con sus limosnas al Monasterio (2). Llevada de su modes–

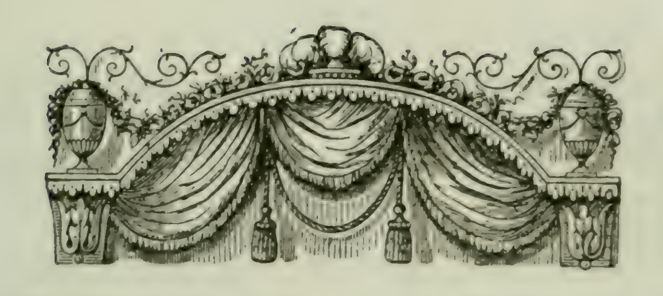
(1) «Por orden del Excmo. Sr. Conde de Fuentes, recibo con el mayor agradecimiento la preciosa y cuantiosa limosna de 9.000 reales de parte de V. E., y con la mayor necesidad la protesto de que otra más necesaria ni más á tiempo no la sabrá hacer V. E. ni yo recibirla.»—Carta de Fr. Gerasimo á la Duquesa: Mayo de 1796.—Archivo de Villahermosa.

(2) Son muchos los recibos de miles de reales entregados por la Duquesa al Monasterio de Santa Susana. Nos limitamos únicamente á transcribir el siguiente: «Gloria á Dios. Certifico yo, Dr. Fr. Gerasimo de Alcántara, como Abad de este Monasterio de Nuestra Señora de la Trapa en Santa Susana, haber recibido de D. Vicente Palacio, Administrador general de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, y por mano del señor Comendador D. Francisco de Zamora, la cantidad de 30.000 reales de vellón por la limosna de 5.000 misas rezadas, á razón de 6 reales cada una, en la forma siguiente: 1.000 en honor del Sagrado Corazón de Jesús; 3.000 en honor de Nuestra Señora de la Trapa; 250 en honor de San José; 250 en honor de San Bernardo; 250 en honor de San Benito, y 250 en honor de Santa Susana, aplicadas todas para la intención y encargo del Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, hijo primogénito de dicha Excma. Sra., con el santo fin de alcanzar de Dios el don de su preciosa gracia y el de una perfecta y robusta salud.—Real Monasterio de Nuestra Señora de la Trapa en Santa Susana, á 27 de Septiembre de 1800 años.—Fr. Gerasimo, Abad.»—Archivo de Villahermosa.

tia, hizo estas limosnas con tal sigilo, que no aparece su nombre en la historia de esta fundación, publicada en Madrid en 1797, donde se citan otros bienhechores, atribuyéndose á su sobrino, el Conde de Fuentes, muchas limosnas que, como se ha visto por documentos fehacientes, hacía por encargo de su tía (1).

(1) La Trapa fué creciendo considerablemente: algunos años después vino á España á visitarla el Superior de Friburgo, Fr. Agustinos, y se alojó en casa de la Duquesa, permaneciendo algún tiempo en Madrid.





CAPÍTULO V

I

Mientras la Duquesa se ocupaba en estas limosnas, graves cosas habían ocurrido en España y en Europa, de que hay que poner en antecedentes á nuestros lectores.

A la muerte de Carlos III y el día mismo en que su hijo se ceñía la corona, empezó á ser objeto de las mercedes Reales un joven de veintiún años, llamado D. Manuel Godoy, natural de Extremadura, de ilustre solar, pero de fortuna escasa, que, como todos los hidalgos pobres de la época, había venido á la corte á servir en el Cuerpo de Guardias de Corps: brillaba por su figura arrogante; no se había distinguido por acción alguna que justificase la predilección que por él se tenía en elevadas regiones, y su instrucción, sin ser tan escasa como supusieron sus enemigos, no excedía de la que entonces se daba á los hijos de buenas casas destinados

al ejército: sabía leer y escribir con corrección, algo de aritmética y elementos de latín, con un poco de historia de España: nunca pasó de ahí el hombre que por largo tiempo y en circunstancias difíciles gobernó nuestra patria.

En tres años ascendió de simple Guardia á Comendador de Santiago, Ayudante de su compañía, exento, Ayudante general del Cuerpo, Brigadier, Mariscal de Campo, Teniente General, Gentilhombre de Cámara, Gran Cruz de Carlos III, Grande de España y Duque de la Alcudia, con voz y voto en el Consejo de S. M. como individuo del mismo. No había en la Historia ejemplo de elevación semejante. ¿Quién es, se preguntaban las gentes, el que tan de improviso se levanta sobre la vieja grandeza de Castilla, sobre los hombres importantes del anterior reinado y sobre los Generales de mar y tierra, cubiertos de heridas recibidas en defensa de la patria? ¿Cuáles son sus merecimientos? Y nadie daba honrosa ni satisfactoria contestación á esta pregunta.

Pero con haber subido tan alto, todavía pareció poco á quien le empujaba: no pudiendo sentarle en el trono, le colocó lo más inmediato á él, y no permitió que en España se levantase cabeza más alta que la suya: he aquí cómo esto sucedió. Al finalizar el año 88, había muerto Carlos III; tres años después caía en una emboscada palaciega, no bien depurada todavía, el Conde de Floridablanca, y el mismo mes en que negaba á la Duquesa de Villahermosa el permiso de que volviese á España el P. Pignatelli, era exonerado de todas sus dignidades, recluído en el castillo de Pamplona y

sujeto á un proceso, en el cual hubo conatos de pedir para él la última pena, empleando contra su persona las mismas armas que él había empleado contra los jesuitas: la difamación y la calumnia.

Se quiso entonces que le sustituyese Godoy, pero aún era pronto; creyeron, sin duda, él y los que le protegían, que el arte de gobernar á los pueblos es semejante á los oficios mecánicos, para los cuales sirven todos los hombres sólo con algún tiempo de aprendizaje, y le pusieron de aprendiz con una cartera en el Ministerio que siguió al de Moñino presidido por el viejo Conde de Aranda, que se encargó de la Presidencia del Consejo.

Graves eran las circunstancias porque á la sazón atravesaba la nación vecina; el Rey, prisionero de la Asamblea, pasaba poco después del Trono al Temple á continuación de la sangrienta jornada del 10 de Agosto, y amenazado ya de un proceso, corría peligro su vida; quería la Corte que á toda costa se rompiese con Francia, y á semejanza de otras de Europa menos obligadas, se la declarase la guerra; resistió Aranda y retrocedió en el camino que ya había empezado en esa dirección, comprendiendo que esta actitud perjudicaba más que favorecía á Luis XVI, y sobre todo, que no convenía á España emprender una guerra en la cual nos exponíamos á perder mucho sin esperanzas de obtener nada en el caso del triunfo. Limitábase Aranda á negociar en Madrid y en París la libertad y destierro del Rey prisionero y de su familia, cuando fué llamado una noche á Palacio, donde los Reyes le anunciaron que, habiendo prestado tantos servicios al país y tenien-

do una edad tan avanzada, debía retirarse á descansar. Comprendió el magnate aragonés lo que esto significaba; besó la mano á los Soberanos y se retiró sin replicar palabra. A los pocos momentos recibía la visita de D. Antonio Valdés, el cual le anunció de parte de éstos que conservaba todos sus sueldos y honores; pero que desde aquel momento dejaba de tener intervención en la política, quedando relevado del cargo de Ministro de Estado. Al día siguiente supieron con asombro los españoles que el sucesor de Aranda era D. Manuel Godoy, que por aquel tiempo cumplía los veinticinco años de edad.

Ocurrió esto en Noviembre de 1792; dos meses después Luis XVI espiraba en la guillotina con la dignidad de un Rey y la resignación de un santo, suceso que llenó de horror á Europa y que movió poderosamente la opinión pública en España, precipitando la guerra y haciéndola inevitable, á pesar que contra ella siguió protestando Aranda en una representación dirigida al Rey, en la que se manifestaba partidario de la neutralidad armada para ver la faz que tenían los sucesos en las varias guerras que sostenía la Convención y acudir oportunamente allí donde nuestros intereses lo exigiesen.

II

Empezó la guerra por el Rosellón, y la pericia de D. Antonio Ricardos, uno de los pocos Generales que quedaban en España formados en la es-

cuela del Marqués de la Mina y del Duque de Montemar, humilló las armas de la revolución, hizo retroceder sus ejércitos, invadió su territorio, los aniquiló en Truillas, se sostuvo veinticuatro días después contra otro ejército enviado contra él, derrotándolo de nuevo, y cerró la campaña con otras dos derrotas en Ireneves y Bañuls, luego de coger al enemigo en toda ella 12.000 prisioneros, 16 banderas, los parques y almacenes de Saint-Genis, 88 piezas de artillería, el arsenal de Colliuvre y número incalculable de abastecimientos y material de guerra; después se retiró á cuarteles de invierno. Nuestra escuadra, por su parte, se apoderó de Tolón con la inglesa, de acuerdo con los realistas de aquella plaza.

Solemnizó la corte estas victorias con recompensas justas y merecidas; en cuanto á Godoy, no pudo dársele ninguna nueva merced, pues antes que empezase la campaña había sido promovido á la dignidad de Capitán General de ejército, sin haberse movido de Madrid y sin haber mandado nunca, no ya una compañía, sino ni aun el más insignificante grupo de soldados.

Antes de empezar la segunda campaña, llamó el Rey á Madrid, para conocer su opinión y acordar el plan de ella, á los Generales que mandaban en Jefe en la frontera, celebrándose una Junta á la que tuvo que asistir por su cargo el Conde de Aranda y en la que estaba también Godoy: en ella leyeron un dictamen del Conde, como de costumbre contrario á la guerra; impugnólo Godoy, afirmando que deseaba la paz, pero que no la tenía á la sazón por conveniente, ni podía pedirse con honra.

Molestó mucho á Aranda el que un mozalbete, cuyos entorchados habían sido ganados en las antesalas de Palacio, quisiera hombrearse con el que había cumplido ya setenta y cuatro años y era el decano de los Capitanes generales; así es que contestó en tono despreciativo, pronunciando unas frases que hubieron de molestar al favorito y ser origen de una contienda en que el iracundo aragonés levantó el puño en son de amenaza en presencia del Rey al joven Ministro, siendo tal la escena, que á propuesta de uno de los asistentes se acordó que sobre ella se guardase silencio. Poco después el Conde de Aranda salía desterrado á Jaén y de allí trasladado en calidad de preso á la Alhambra de Granada, formándole causa después de ocuparle sus papeles.

Mucho hubiera ganado España con que en este Consejo hubiese prevalecido la opinión del Conde de Aranda, pues á contar de entonces, todos fueron desastres: antes de empezar las operaciones, murió el heróico vencedor de Truilles; sucedióle O'Reilly, que falleció igualmente al ir á encargarse del mando; recayó éste en el Conde de la Unión, General de más valor que inteligencia, y á cuyas torpezas debimos el perder, no sólo lo conquistado, sino que nuestra patria fuese invadida, perdiendo Rosas y Puigcerdá, y que los enemigos llevasen á Cataluña el teatro de la guerra con todo su cortejo de desastres.

Mientras esto sucedía en el Principado, la suerte nos era aún más adversa en la frontera vasconavarra, donde perdimos Fuenterrabía, San Sebastián, Bilbao y Vitoria, llegando la bandera tri-

color hasta ondear en Miranda de Ebro: entonces fué cuando el favorito, tan altivo ante Aranda, se humilló á pedir la paz, que estipularon en Basilea D. Domingo Iriarte por parte de España, y por la de Francia el ciudadano Barthelemy. Así recuperamos lo que nos habían conquistado; cedimos la isla de Santo Domingo y nos convertimos por largos años en satélites y humildes servidores de la Francia revolucionaria.

III

A partir de esta paz, empieza una época vergonzosa para España: había concluído la semilla de las grandes reformas que había concebido el genio poderoso del Marqués de la Ensenada y aprovechado los Ministros de Carlos III, y empezaba la esterilidad, que duró hasta la guerra de la Independencia.

Nada hizo que fuera digno de especial mención el favorito, como no sea que se dé el nombre de grandes medidas, beneficiosas para el país, á algunas pensiones dadas á poetas cortesanos, pagadas del Real Tesoro, y alguna que otra reforma pedagógica pomposamente anunciada y de resultados infelices; en cambio fué excluído de toda participación en los negocios públicos quien no fuese adulador del Privado ó quien tuviese carácter bastante independiente para no doblar ante él la cabeza; y mientras hombres eminentes gemían en el destierro ó la prisión, se formaban Ministros como

el pedante Urquijo ó el rebajado Caballero, y se apoderaban por completo de las oficinas los regalistas y jansenistas de bajo vuelo, atentos sólo á doblar el espinazo en las doradas antesalas de Godoy y á enriquecerse con los despojos de la Iglesia española, contra la cual se inició desde este punto una guerra tan descarada, como artera había sido la que en el anterior reinado se había hecho á la Compañía de Jesús.

Esta conducta hirió á todas las clases, y por esto no ha habido en la Historia de España hombre más odiado de sus contemporáneos que Godoy, y este odio es la clave sin la cual no se explica la revolución en nuestra patria y la aspiración general, dirigida desgraciadamente por malos caminos, que movió á las clases ilustradas, al principiar el siglo, á modificar nuestras leyes fundamentales y dar á los ciudadanos, copiadas de extranjera tierra, garantías contra las demasías del Poder público. Sin la privanza de Godoy, no hubiera ocurrido esto; que ni Carlos III ni Carlos IV habían sido nunca tiranos ni ofendido ó vejado personalmente á ninguno de sus súbditos: hidalgo linajudo de pocos alcances el primero, muy pagado de la nobleza de su familia y del esplendor de su casa, y mayorazgo de aldea el segundo, más despierto que su padre, pero también más indolente y perezoso, puede decirse que no tuvieron enemigos. En cambio el favorito se los creó en toda la nación, singularmente en el pueblo, porque no tuvo en el Gobierno ni la altura de miras ni el desinterés y grandeza que hace que éste olvide el origen de los que ejercen el poder, por hu-

milde que éste haya sido; al contrario, su conducta fué torpe y vacilante; declaró la guerra cuando la más vulgar prudencia aconsejaba la neutralidad; hizo después una paz poco conveniente, y cuando cuadró á su ambición, la convirtió en dependencia vergonzosa, trocándose en una especie de prefecto del César francés, no porque creyese que así convenía al interés de su patria, sino porque vió su ambición, que podía con esto ceñir una corona, que á tanto aspiró el hidalgo extremeño. Y para llevar á cabo sus planes, no vaciló en llevar á cárceles y presidios á quien presumía que podía contrariarle: Aranda, Floridablanca, Jovellanos, Lorenzana, Despuig, Fabián y Fuero y otros, son de ello buen ejemplo.

No le absuelve el barniz de ilustración de que quiso revestirse y la protección á hombres que, con escasas excepciones, valían muy poco, porque á más de los individuos ilustres que hemos citado, gemía bajo su yugo la nación toda, desde el heredero del Trono al último ciudadano; así es que cuando se desenredó la urdimbre que con habilidad suma había tejido desde París Napoleón, y terminó con las abdicaciones de Bayona y la tragedia del 2 de Mayo, la comedia al fin de la cual había vislumbrado Godoy la Corona de los Algarbes, se hundió para siempre el privado sin esperanza de rehabilitación, aunque la intentó, muriendo con el estigma de la patria toda, á la que no pudo volver, y que se levantó en masa gritando, no sólo ¡mueran los franceses! sino también ¡muera Godoy!

Una gran parte de la inmensa popularidad de

Fernando VII al estallar la guerra de la Independencia, se la debió á Godoy: el pueblo no vió en la causa del Escorial sino que el heredero del Trono era una víctima más del favorito, y harto ya de una dictadura sin elevación ni grandeza, saludó con una inmensa expansión de júbilo el motín de Aranjuez que, librando á la nación de aquel hombre, daba la Corona á su víctima; y cuando fueron desarrollándose los acontecimientos de que hablaremos más adelante, y vieron que los ejércitos franceses se mezclaban en la contienda poniéndose del lado de Godoy, amparándole con sus bayonetas, deshaciendo la obra hecha contra él y burlándole á su vez, toda la nación le señaló como cómplice de aquel atentado sin ejemplar, aumentando el odio y el furor que tan unánime se mostró en aquel glorioso alzamiento.

Todas las clases se asociaron á él, la primera la sacerdotal como la más poderosa y agraviada, que en su tiempo empezó la persecución que por causas distintas y diversos motivos siguió después contra la Iglesia española. La venta de los bienes del clero, la prohibición de fundar capellanías, la reducción de los conventos, la alianza con los verdugos de Pío VI, el destierro de los Arzobispos de Toledo, Sevilla y Valencia y de otros varones ilustres, y, sobre todo, la tentativa de separación de Roma descaradamente ordenada en la *Gaceta* durante el interregno pontificio, llevaron al clero secular y regular á ser el primer motor de aquel levantamiento en que el sentimiento de la patria se mezcló con la pasión y el odio que inspiraba aquel hombre aborrecido. Esto explica por qué

años después, cuando la nación se reunió en Cortes, fué elegido para las de Cádiz número tan considerable de eclesiásticos.

Herida estaba la nobleza, singularmente la de provincias, que conservaba vivos los sentimientos de honor y lealtad, á la cual Godoy trató con el menosprecio del advenedizo, alejándola de los cargos en la diplomacia y el ejército, que distribuyó entre los suyos, hasta el punto de no encontrarse en las Guías de aquel tiempo sino nombres desconocidos ocupando las Legaciones y Embajadas, no habiendo en los puestos palatinos sino aquellos sujetos que le eran personalmente adictos y fomentando con su conducta aquella aristocracia cortesana que pasaba su vida ociosa entre majas y toreros, y contra la cual se levantó la enérgica pluma de Jovellanos. Herido estaba el ejército, que veía lucir tres entorchados y la faja azul de Generalísimo de las fuerzas de mar y tierra á quien nunca había mandado una compañía ni un barco, y que con torpe política le hacía verter su sangre en lejanos países por el honor de la bandera tricolor que aborrecía. Herido estaba, por fin, el pueblo, católico y monárquico hasta la médula de los huesos, que veía en el favorito perseguida la Religión y desprestigiado el Trono.

Hora es ya de cerrar esta digresión histórica, que podrá servir de antecedentes para cuando lleguemos á narrar los sucesos á que ya hemos aludido, pues en ellos desempeñó también la Duquesa el papel correspondiente, no desertando del sitio á que el honor de su nombre y sus sentimientos católicos y monárquicos la llamaban.

IV

Al firmarse la paz de Basilea era Godoy ya, como hemos dicho, Duque de la Alcudia y Grande de España, á más de su alta jerarquía militar y política; pareció esto aún poco, y se le nombró Príncipe de la Paz, título inusitado en nuestra patria que hasta entonces no habían tenido sino los herederos de la Corona.

Mientras todos estos sucesos ocurrían, la Duquesa de Villahermosa empleaba su tiempo y su fortuna del modo que hemos visto; sin embargo, las turbulencias del vecino reino pusieron á prueba su ardiente caridad, permitiendo añadir, con los datos incompletos que existen, un hermoso capítulo más á su vida.





CAPITULO VI

I

AL empezar la Revolución francesa, y sobre todo desde que se publicó la ley contra los emigrados y la constitución civil del clero, refugiáronse muchos sacerdotes y muchos nobles en España: los primeros pasaron de 2.000, que se repartieron por las diócesis fronterizas, tocándole á la de Huesca más de 150; algunos llegaron á Madrid, y encontraron cariñosa acogida y abundantes socorros en la espléndida caridad del Cardenal Lorenzana, que por su cuenta alojó cerca de 300 en su Palacio de Alcalá; mayor número aún acogió en su Silla de Valencia el dignísimo Arzobispo de ella, Sr. Fabián y Fuero, imitando su conducta todos los Obispos de España, que no sólo los recomendaron á la caridad de los fieles, sino que obligaron á los Curas de los pueblos grandes y concejos á que tomasen un clérigo francés que les auxiliara en su ministerio

parroquial, con obligación de mantenerle y proporcionarle celebración.

No quedó ociosa en la ocasión á que nos referimos la caridad de la Duquesa de Villahermosa: sus muchas relaciones entre la nobleza francesa hizo que le fueran recomendados multitud de sacerdotes, cuya emigración, por regla general, empezó antes que la de la aristocracia; á todos socorrió de diversos modos, bien dando sumas de consideración al Arzobispo de Toledo, Cardenal Lorenzana, bien señalándoles una pequeña pensión mensual que, unida al estipendio que percibían por la celebración de la Misa, les evitaba la indigencia; á más dió habitación y asiento en su mesa á algunos individuos del clero francés á quienes había conocido personalmente en París y cuya virtud y santidad la eran conocidas. En el archivo de la casa ducal de Villahermosa abundan cartas llenas de gratitud en que nobles y sacerdotes dan gracias á la Duquesa por sus beneficios. «La carta que habéis tenido la bondad de darnos para Monseñor Arzobispo de Toledo, le decían en Marzo del 93 dos respetables sacerdotes, Juan Bautista Joani y Raimundo Combarien, ha producido todo el resultado que podíamos desear: Su Eminencia la ha leído con una satisfacción que nos demuestra cuánto debemos felicitarnos porque el cielo nos haya concedido el beneficio de vuestra protección. Después de habernos vestido de pies á cabeza, este Prelado, al cual la posteridad llamará justamente el padre del clero francés, nos ha enviado al Convento de Mondéjar, cerca de Madrid. Esto era por el momento cuanto podía-

mos desear, y gracias á vos, señora, lo hemos obtenido, siendo una deuda más que unir á las que hemos contraído con V. E. por los demás beneficios de que nos ha colmado (1).»

Continuó la Duquesa por largos años esta conducta con los perseguidos sacerdotes franceses, pues su caridad era de aquéllas que no se fatigan y á las que el tiempo enardece y anima en vez de entibiarlas y abatirlas. Todavía en 1798 se encuentran pruebas de estas limosnas en los archivos de su casa (2), y multitud de datos y antecedentes por donde puede colegirse que invirtió en esto durante aquellos años sumas de consideración.

Los sacerdotes franceses con quienes aparece la Duquesa en más íntima relación, son: un llamado cura de Saint-Remy, el P. Juramy, dominico, predicador del Rey de Francia, y á quien sus herma-

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) La Duquesa se valía de otra persona para que no se supiera su caridad; he aquí copiado uno de los muchísimos documentos en que consta esto: «Me hizo entrega mi señora, la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, el día 1.° de Mayo de 1798, por mano de D. Jacinto Pérez, su Tesorero, de 1.200 reales, de cuya cantidad dí recibo, para distribuir á sacerdotes franceses los más pobres.—*Socorridos:* Marcial Miguel Dupuch, Presbítero; Sr. Thiery, Vicario general de Burdeos; Juan Vicente Solacroup; Antonio Solacroup; Juan Marcerouse; Ramón Dobouil Blanchard; Juan Viñerón; Claudio Colombré, y Cirilo Daspoaret.» Cada uno recibió 200 reales de limosna, dando el correspondiente recibo, en donde no consta el nombre de la bienhechora, diciendo sólo: «Por un reparto de limosnas de que está encargado D. Juan Lanas y Duval,» que era el intermediario.—Archivo de Villahermosa.

nos del Convento de Santo Tomás de la calle de Atocha daban cristiana hospitalidad; un abate, Pinaut, y, sobre todo, los abates Rousseau y Moulinié, que hay indicios para presumir que se alojaron por algún tiempo bajo su techo. La paz de Basilea y la política servil de Godoy con el Directorio, lanzó por decreto Real á todos estos sacerdotes de Madrid, debiendo haber habido alguna lenidad por parte de la Duquesa en cumplir las órdenes dadas con este motivo, pues se repiten los oficios de las autoridades conminándola para que no permita ni dé recado para celebrar en su capilla á ningún sacerdote extranjero, y pidiéndola una lista de las personas que se albergan en su casa y los cargos que cada uno ejerce en ella (1).

II

Igual conducta observó con los nobles que acudieron á ella en demanda de protección: aquel alma noble y generosa no podía estar indiferente ante aquella inmensa catástrofe que concluyó, entre olas de sangre, con la secular aristocracia francesa; las *Gacetas*, las cartas y, sobre todo, los papeles de Oscáriz (2), con quien estaba en íntima

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) Oscáriz fué el Encargado de Negocios de España en los días de la Convención, y de él hay muchas cartas en el Archivo de Villahermosa de asuntos particulares.

relación desde los días de la Embajada de Turín, á la que había estado agregado, teníanla al corriente de aquellos sucesos que llenaron de horror su alma: lloró la ruína de la Familia Real, á quien ella había conocido el día en que, casi niña, fué presentada en la corte de Versalles; recordaba aquel gran salón, en cuyo centro, radiante de hermosura y de riqueza, estaba la Delfina, á la sazón en la Conserjería; aquel Delfín lleno de bondad, cuya cabeza había rodado en el cadalso; aquella Mme. Isabel, tan angelical como su hermana Clotilde, que había admirado en Turín, mártir la una, la otra santa, que demostraban que aún corría la sangre de San Luis por las venas de la Familia Real; aquellos nobles asesinados en las prisiones, decapitados en el cadalso ó errantes y fugitivos por toda la extensión de Europa, y, sobre todo, la desolación de la casa de Dios, el santuario solitario y abandonado, la iglesia en ruína, el clero fugitivo, y algún que otro varón evangélico que, como en los días de la primitiva Iglesia, arriesgaba su cabeza por bautizar los niños, absolver á los moribundos y celebrar el sacrificio de la Misa en los pajares ó los sótanos de las granjas y de las casas de campo.

No es posible relatar lo mucho que hizo la Duquesa por los nobles: referiremos solamente dos hechos que son, en nuestro sentir, interesantes. Por lo que al primero se refiere, entendemos que sería pálido cuanto dijéramos al lado de las tres cartas dirigidas á la Duquesa, que copiamos á continuación:

«*Orense, en Galicia*, 8 *Enero* 1795.

Espero que V. E. no habrá olvidado la petición que os fué hecha en el mes de Julio del año último por un Gentilhombre francés que, asociado entonces con otras tres familias de la misma calidad, se permitió proponeros que le hiciéseis un préstamo de 24.000 reales, con la intención de compartirlos con sus desgraciados amigos, que debían con él responder de su pago. El Gentilhombre que se atrevió á presentarse á V. E. fuí yo, alentado por vuestra reputación de bondad, sentimientos y religiosidad, reduciendo también mi pretensión á un préstamo de menos importancia á mí solo: vuestros asuntos ó razones particulares no os permitieron venir en mi auxilio, rehusándome el que os pedía; sin embargo, pocos días después, conmovida sin duda por mi situación ó por el espectáculo de un viejo militar título, próximo con su familia á la miseria por haberlo sacrificado todo á su Dios y á su Rey, se le propuso recibir de V. E. algún socorro á título de limosna; mi delicadeza me hizo rehusar este ofrecimiento: no estaba aún reducido á esta extremidad: tenía aún los brazaletes guarnecidos de brillantes de Mme. Diusse, y los vendí al diamantista del Rey, volviéndome con su producto á Bilbao á unirme á mi mujer y á consolarla del poco éxito de mi viaje á Madrid, enseñándola el producto de las joyas que en otro tiempo habían servido para su adorno.

Apenas me había reunido con ella, la entrada de los bandidos franceses en Guipúzcoa nos obligó á huir de aquel asilo, en donde me proponía vivir largo tiempo con la venta de los diamantes; pero nuestro precipitado viaje y la necesidad de alejarnos mucho, nos ha ocasionado gastos tan considerables, que han absorbido en poco tiempo la mayor parte del dinero que habíamos sacado de Bilbao; creímos poder estar tranquilos en la Coruña, á donde nos trasladamos por tierra y en mulos, y cuando acabába-

mos de instalarnos, nos obligan á salir de ella para internarnos á 20 leguas de la corte: esta orden inesperada ha consumado mi ruína, encontrándome en la actualidad en Orense, á donde por pocos días he fijado mi residencia. Aquí, Duquesa, he reflexionado sobre el espantoso estado á que me encuentro reducido, y Dios me ha inspirado el pensamiento de dirigirme todavía á V. E.

El corazón se me parte al pensar que mi esposa, que fué siempre feliz y disfrutó siempre de la abundancia, está expuesta de un momento á otro á carecer de lo absolutamente necesario; este estado, que quisiera que presenciáreis, me obliga á acudir de nuevo á V. E., confiando en que vuestra bondad y vuestra religiosidad, tan conocidas, harán un esfuerzo para apartar la miseria de una familia que quizá juzgaríais digna de vuestras bondades si la hubiéseis conocido. No quise aceptar la limosna que me ofrecieron indudablemente de parte vuestra cuando estuve en Madrid: mi delicadeza debía entonces rehusar vuestra generosidad; pero las cosas han cambiado, y puedo hoy, sin avergonzarme y sin faltar al honor, pintaros mi situación y recibir vuestro socorro de la manera que os plazca concedérmelo; mas aún os pido hagáis en mi obsequio el sacrificio de 4.000 reales, pues esta suma servirá por el pronto para algún tiempo, y espero que el Señor os hará gozar de la dulzura de haber hecho este bien, que os será pagado en el cielo, no faltándoos allí el sitio señalado para aquéllos que en la tierra se han compadecido de los infortunios de los demás.—*Vizconde de Diusse.*»

Consecuente la Duquesa en seguir el consejo del Evangelio de que «ignorase su derecha lo que hacía su izquierda,» no sabemos qué limosna enviaría á este Gentilhombre; en el mismo legajo en que está la carta que acabamos de copiar, hay dos más que dicen así:

«*Orense, en Galicia,* 28 *Enero* 1795.

Ayer recibí, Duquesa, los beneficios que vuestra generosidad nos ha concedido por conducto del Secretario de este señor Obispo, teniendo con este motivo una larga conversación con el santo Prelado, que tampoco se olvida de vos en sus oraciones. Madame Diusse y yo hemos unido las nuestras á las suyas, oyendo su Misa por vuestra intención: es el único modo que tenemos de demostrar á S. E. el reconocimiento por unas bondades que quedan grabadas para siempre en nuestros corazones. ¡Quiera el cielo que algún día se presente ocasión de demostraros que habéis socorrido á una familia agradecida, no indigna de vuestros favores!

Considero un honor, Duquesa, ser vuestro más humilde servidor.—*El Vizconde de Diusse.*»

«*Orense* 28 *Enero* 1795.

Permitid, Duquesa, que una mi gratitud á la de mi marido, y que considere como un honor el ofrecerme á vos: es muy dulce para mí, que participo de vuestras bondades, participar también del agradecimiento que llena nuestros corazones, singularmente el mío, por la manera noble y delicada con que envolvéis vuestra generosidad, de tal manera, que lejos de herir la delicadeza, honráis á los que son objeto de vuestros beneficios. Vuestra conducta, Duquesa, refleja las virtudes que poseéis, cuya base es la Religión; habéis alejado de nuestro hogar (al menos por algún tiempo) la miseria, que nunca había conocido, y para la cual no nací, pero que acepto sin vergüenza porque creo que mis sacrificios son un deber en la presente ocasión: el cielo me recompensará; por el pronto encuentro ya algo

de felicidad en el hecho de haber sido objeto de vuestras bondades.

Rogad por nosotros, y estad segura de que no os olvidarán nunca nuestros corazones, y de que no pasará un día solo de nuestra vida sin que pidamos al Dios de las misericordias que os colme de bendiciones.

Tengo el honor de ser llena de gratitud y de respeto, Duquesa, vuestra más humilde y obediente servidora.— *La Vizcondesa de Diusse.*»

III

El segundo hecho nobilísimo de la Duquesa con los emigrados franceses no necesita que tampoco digamos nada sobre él: basta con leer la carta que íntegra copiamos á continuación, recibida en Febrero de 1795, y que dice así:

«*Señora Duquesa:*

Ha sido necesario vernos reducidas á la más extrema necesidad, y conocer lo generoso y noble de vuestro corazón, para que nos hayamos atrevido á dirigirnos á V. E. para hacerla conocer nuestros nombres y la situación precaria en que se encuentran tres señoras emigradas de Bretaña, pertenecientes á las más ilustres familias de Francia y víctimas infortunadas de una revolución sin ejemplo. Nuestra posición parecía habernos puesto al abrigo de determinados reveses, y nunca cruzó por nuestra mente, cuando nos veíamos en medio de nuestros vasallos, que llegaría un día en que habíamos de envidiar la suerte del más infeliz de ellos.

La mayor de nosotras tres tuvo la desgracia de perder

en 1789 á su padre, M. Couëssin, Conde de Kraude, y al año siguiente á su madre, María Juana Francisca la Haye de Launays; la segunda perdió también en 1789 á su padre, el Marqués de Lambilly, y pasó por el dolor, al embarcarse precipitadamente para España, de dejar á su madre Francisca d'Armaillé en las prisiones de Ploermel, y á dos de sus hermanas en las de Lambal, casada la una con el Conde de la Villaroyt, emigrado, y la otra con el Conde de la Vigne d'Ampierre, preso en París en 1793, y que será un verdadero milagro el que haya podido escapar de la infernal guillotina; la tercera, sobrina de la precedente, no tenía más que diez y ocho años cuando consiguió escapar, disfrazada de aldeana, del furor de los revolucionarios y refugiarse en 1792 en España, habiendo perdido ya entonces á su madre Lorenza Gabriela de Lambilly, viviendo actualmente en la mayor ansiedad por no tener hace dos años noticia de su padre el Marqués Claudio Agustín María la Valois de Séréac.

Solas y en tierra extranjera, no pudiendo recibir socorro alguno de Francia, dos de nosotras hemos agotado los pocos recursos que lo precipitado de nuestra fuga nos permitió salvar, después de ver la una el saqueo de su hotel de Vannes, y la otra el de su castillo de Chammalié, cerca de Rochefort, en Bretaña; la tercera está á punto de encontrarse en igual situación, que adelanta necesariamente su ternura y su piadosa generosidad con nosotras. ¿Qué hacer en este estado? ¿qué va á ser de nosotras? No tenemos protectores en este reino extranjero, donde la piedad de su Rey nos permite vivir; no tenemos tampoco parientes poderosos para justificar nuestros títulos y nuestras desgracias, ¡ay! que todos ellos se encuentran peleando por su Dios y su Rey, bajo las banderas de los aliados en Francia.

El cielo, al arrojarnos de nuestra patria (y nosotras acatamos sus designios inescrutables), nos ha arrebatado nuestros protectores, nuestros parientes y nuestra fortuna,

todos nuestros recursos, en fin, sin duda para que aprendamos á tener confianza sólo en Dios nuestro Señor. Estamos, pues, en el mayor infortunio: S. E. lo sabe. ¿Necesitamos otra recomendación? ¿seremos sospechosas? Podrán, sin embargo, dar fe de la verdad de lo que decimos muchos sacerdotes franceses establecidos en Madrid y en sus inmediaciones, algunos venerables confesores á quienes hemos dado asilo en nuestros castillos cuando empezó en Francia la persecución de la Iglesia, sobre todo el P. Jurami, de la Orden de Predicadores, que reside en Madrid en el Convento de Santo Tomás de Aquino.

En este aislamiento vos sola, Duquesa, parecéis destinada por la Providencia, que ha empezado ya permitiendo que conozcáis nuestras desgracias, para protegernos y ampararnos. Esperamos confiadamente en que al volver á nuestra patria infortunada los sacerdotes que aquí han encontrado asilo, repetirán siempre con gratitud los nombres de los santos Obispos españoles que los han librado de los horrores de la miseria; en cuanto á nosotras, conservaremos siempre el vuestro grabado en nuestra alma por la gratitud, y podremos decir que una Duquesa virtuosísima cuidó de tres damas nobles retiradas en una pequeña aldea, casi abandonadas de todos, librándolas de una espantosa indigencia, debiéndola la vida puesto que las dió los medios de conservarla.—De V. E., Duquesa, las más sentidas servidoras.—*De Lambilly.—Le Valois de Séréac.—Coüessen de Khaude.*»—Carta de 10 de Febrero de 1795 (1).

Conociendo los sentimientos de la Duquesa, se comprende que no acudieron en vano las nobles emigradas: con efecto, mientras vivieron en España recibieron de ella una decente pensión, sien-

(1) Archivo de Villahermosa.

do muchas las cartas que de ellas existen en la casa de Villahermosa, las cuales demuestran que su protectora no las abandonó hasta que volvieron á reunirse con sus familias después de algunos años.

Dios, que ha dicho que el mayor en el reino de los cielos será aquél que tuviese en la tierra mayor caridad, quiso recompensar la de la Duquesa, consintiendo en ser socorrido El mismo en la persona de su Vicario, valiéndose de ella y de sus bienes como instrumento providencial para burlar los designios de los impíos, y demostrar una vez más, en el transcurso de la historia, que por poderosos que sean los esfuerzos de éstos, no han de prevalecer las puertas del infierno contra su Iglesia.

Para esto hay que explicar los sucesos ocurridos por aquel tiempo en la capital del orbe católico, y la situación angustiosísima en que, á consecuencia de ellos, quedó el Vicario de Jesucristo.





CAPÍTULO VII

I

No se había aún proclamado la República en Francia; pero tampoco existía la Monarquía, que no podía llamarse así una forma de Gobierno en la cual el Rey era prisionero de sus Ministros, y éstos á su vez de las turbas que peroraban en los clubs y salas patrióticas; nominalmente representaba á Luis XVI en la corte de Nápoles M. Macan, el cual, para asegurar la marcha ordenada de los correos que remitía á París, envió á Roma á su Secretario Barville: poco después de llegar éste á la capital del orbe católico, ocurrió la catástrofe del 10 de Agosto.

Dueña ya del Poder público la Convención, ordenó á sus Agentes diplomáticos en el extranjero que abatieran las lises de los Borbones, sustituyéndolas por el gorro frigio y los haces republicanos, sin cuidarse de si podía hacerse esto en países cu-

yos Gobiernos no hubieran reconocido el nuevo Poder que sobre las ruínas de todo lo antiguo se levantaba en París. Quiso cumplir esta orden Barville, que no tenía cargo especial que hubiera sido comunicado á la Santa Sede y que no podía alegar título alguno para ello, pues desde la prisión del Rey estaban de hecho interrumpidas las relaciones de los dos países, no existiendo ni aun las oficiosas que habían prevalecido á pesar del rompimiento del Papa con Francia, á consecuencia de los decretos cismáticos y anti-católicos de las Asambleas revolucionarias en la cuestión de la Iglesia.

Para conseguir su intento, Barville asocióse con algunos jóvenes artistas republicanos que á la sombra del busto de Bruto celebraban á diario con sendas borracheras el nuevo orden de cosas establecido en su país; y después de pintar los nuevos escudos, salieron por las calles de Roma, donde se sabía ya que aquella noche era la designada para la sustitución, con acompañamiento de música, himnos y antorchas, en la Embajada, en la Academia y en las Iglesias de nacionalidad ó protectorado francés.

Como una chispa eléctrica se comunicó la noticia por toda la ciudad, y antes que pudieran tomar disposiciones las autoridades, amotinóse el pueblo, arremetió á pedradas á los franceses, atacó el coche donde la mujer y el hijo de Barville con una señora y un Oficial de la escuadra volvían de pasear del Corso; pudieron los agredidos refugiarse en una casa, cuya puerta cerraron; forzóla el pueblo; acudieron los soldados de un retén pró-

ximo, y en la confusión, uno de éstos hirió mortalmente á Barville que había acudido al peligro de su mujer; trabajo costó á las autoridades pontificias reprimir el motín, pues el pueblo en masa quería reproducir las Vísperas Sicilianas, no dejando con vida un solo francés en Roma.

La Convención, cuyos sicarios asesinaban impunemente en París mujeres, niños y ancianos, juró que vengaría la muerte de su representante; el Papa Pío VI se limitó á exponer los hechos, el sentimiento que le habían causado y lo ajeno que á ellos había sido. De aquí arrancaban los agravios que en el orden temporal mediaban entre la Santa Sede y Francia en el tiempo á que nos referimos.

II

Después del 9 Thermidor, el Directorio que sustituyó á la Convención estaba en situación tan precaria, que por falta de recursos esterilizaba las victorias alcanzadas por Schever: después de haber batido á los austriacos y piamonteses, no podía avanzar éste hacia el centro de Italia por carecer de víveres, municiones y vestidos. En estas circunstancias, un antiguo convencional corso, llamado Saliceti, amigo de Robespierre, y como tal, proscripto, se presentó al Gobierno ofreciéndole conquistar á Italia, asegurando que esto, no sólo podría hacerse sin nuevos dispendios, sino que, por el contrario, recibiría el Erario público sumas

considerables para auxiliar á las guerras con Alemania: para ello, sólo pedía que se aumentase el ejército, que se nombrase un General y se le diera á él y á un su amigo llamado Garrau la representación del Gobierno, á título de Comisarios, y con amplias y absolutas facultades.

No vaciló el Directorio en aceptar convenio tan ventajoso: Schever fué depuesto, y por influencia de Carnot se nombró General á un joven corso de veintisiete años que se llamaba Napoleón Bonaparte y que se había distinguido como Oficial de artillería en el sitio de Tolon; Saliceti y Garrau, investidos de poderes dictatoriales, se unieron al ejército como delegados del Poder ejecutivo.

Aquella Italia á quien, sin duda, Dios, en castigo de haber invadido á todos los pueblos, ha condenado á ser presa de todos los conquistadores, vió de nuevo á las hordas de Atila descender de la cima de los Alpes y caer como devastador torrente sobre las feraces llanuras de la Lombardía y la Liguria. En vano el Rey de Cerdeña y el Emperador intentaron atajarles el paso: cada batalla era para ellas una victoria; los pueblos en masa huían al acercarse aquellos hombres tostados por el sol, hambrientos, sin zapatos, casi desnudos, que no conocían la compasión ni la clemencia, que robaban y saqueaban sin piedad alguna, dejando en un solo día reducidas á la miseria ciudades la víspera opulentísimas, y convertidas en estériles desiertos comarcas renombradas por su fecundidad y abundancia. Los tesoros de las iglesias, las joyas de los Montes de Piedad, el dinero de los

particulares, los cuadros y estatuas de los Museos, los muebles y efectos de los Hospitales, todo era presa de su rapiña insaciable: robando, combatiendo y asesinando, llenaron de terror á Italia y de miedo á Europa, que dudó si los bosques de la Germanía habían vomitado nuevos bárbaros que iban á hacer tabla rasa de todo lo que existía.

Aterrado Pío VI, y temiendo á cada momento que el nuevo Alarico se presentase á las puertas de Roma, hizo que Azara fuese al campo francés á pedir un armisticio con aquel joven desconocido un año antes y cuyo nombre se pronunciaba ya con temor en toda Europa; autorizábale para ello el ser Embajador de España, estar ésta en paz con la República, y existir una cláusula en el último Tratado por la cual se comprometía el Rey á interponer sus buenos oficios entre el Papa y el Directorio para llegar á un acuerdo.

Con gran peligro de su vida pudo llegar Azara al campamento francés en Lodi; pasó de allí á Milán, donde después de una batalla sobre el Mincio, vió por vez primera á Bonaparte. Tenía éste á la sazón veintiocho años: pequeño, delgado, rubio, muy tostado del sol, con ojos azules, vivos y penetrantes, rodeado su rostro de melenas largas y lacias que le caían por ambos lados de la frente y embutido en un uniforme azul, era digno descendiente de aquellos *condottières* que sobre el mismo suelo y á orillas de los mismos ríos habían hecho temblar, tres siglos antes, á Venecia, Florencia y Roma, imponiéndoles la ley. El pueblo de los Viscontis y los Sforzas, destinado á doblar su rodilla y tender las manos con las llaves de la

ciudad á todo conquistador que pasa el Ada, había pedido clemencia á Bonaparte. ¡Inútil pretensión! Aunque Milán abrió sus puertas sin resistencia, fué tratada como si hubiera resistido: tomáronla cuanto dinero público ó particular encontraron; apoderáronse de toda la plata de los templos y de la depositada en el Monte de Piedad; las damas principales fueron despojadas de sus joyas, muebles y vestidos, que pasaron á formar parte del botín del vencedor; se les arrebataron sus coches y caballos, y fueron reducidos á bárbaro cautiverio sus padres, sus esposos y sus hijos, que por largo tiempo vagaron de cárcel en cárcel y de fortaleza en fortaleza para servir de rehenes y garantía á nuevas expoliaciones.

Por dichoso se consideró Azara con poder obtener de Bonaparte un armisticio, durante el cual el Papa debía enviar Embajadores á París á negociar un arreglo definitivo con el Directorio; pero pagando por este armisticio 21 millones de liras, 100 estatuas y 500 manuscritos, amén de Bolonia, Ferrara y Ancona, que quedarían ocupadas por el ejército francés. La conducta del Directorio, empeñado en que el Papa revocase los Breves y Bulas de orden espiritual que había expedido con motivo de las leyes de la Revolución, y la energía de éste en no admitir las negociaciones sobre tal base, hizo que no se llegase á un acuerdo; y roto el armisticio, cuando las hostilidades se habían empezado por mediación también de Azara, se ajustó la paz de Tolentino, uno de los últimos actos de Bonaparte por este tiempo en Italia. Poco después mandóle el Directorio á saquear el pueblo

de los Faraones, como había saqueado el de los Cónsules y los Césares, partiendo á Egipto.

III

No había quedado satisfecho el Directorio con la paz: los 30 millones que la habilidad de Bonaparte había sacado al Papa en virtud de ella, le parecían pocos; la rapacidad de sus individuos no se contentaba con menos del Tesoro pontificio, que aun siendo grande, no alcanzaba la décima parte de lo que se figuraba su codicia; en virtud de esto, y prevalido de varios desórdenes promovidos en Roma por algunos jóvenes de buenas familias que, en unión de lo más despreciable de la plebe, intentaban parodiar á Bruto y á Rienzi proclamando la República, ordenó al General Berthier que se acercase á Roma con el ejército y amparase á éstos, apoyando y promoviendo una sublevación, cuyo objeto fuese destituir al Papa de su principado temporal.

Así se hizo: alistóse la canalla de Roma; circulóse orden de que todo aquél que por ladrón ó asesino había sido castigado ó se le buscaba por la justicia del Papa, estuviese en el Foro el día siguiente del aniversario de la coronación de Pío VI y gritase contra éste, que allí estarían los franceses para apoyar su demanda; pero dejemos sobre este punto hablar á Azara, testigo presencial de los hechos.

«Desde muy temprano, dice, se transfirió al an-

tiguo Foro Romano, hoy campo Vaccino, toda la parte del ejército francés que estaba dentro de la ciudad, y se formó allí en batalla con gran aparato de cañones y morteros; y á eso de las diez, precisamente cuando entraban en la capilla de San Pedro los Cardenales, Prelados, etc., se presentaron en dicho Foro los conjurados, acaudillados de un bribón que llevaba al hombro un madero y le plantó en tierra llamándole *el árbol de la libertad*. Luego, sacando una mala mesa de una hostería y montando en ella el abogado Riganti, comenzó á arengar, preguntando á los que le veían: *Pueblo romano, ¿quieres sacudir el yugo que te oprime y recobrar tu antigua libertad y mando de gobierno?* Respondieron los 40 ó 50 que estaban alrededor de aquella mesa, con grandes gritos: *Queremos ser libres*, y repitieron las demás frases del formulario revolucionario. *¿Queréis*, continuó, *restablecer vuestros antiguos Cónsules romanos?* Respondieron: *Queremos*. Entonces sacó del bolsillo un papel que contenía la nómina de cinco Cónsules, á fin de adular en el número á los cinco Directores de París, y conservar al mismo tiempo un nombre caro á la memoria de la antigua República. En dicha lista el *Riganti* estaba en primer lugar; luego *Constantini, Persuti, Barri*, y como adjunto el mismo *Borelli*, en cuya casa se había fraguado todo.

»En fin, todo cuanto propuso Riganti fué aprobado y aclamado por la chusma, que estaba allí para eso, y más de 50.000 romanos que se habían juntado en el Foro á la novedad del suceso, oían gritar y estaban sin entender una palabra de lo que pasaba delante de sus ojos. Nadie, sin embar-

go, chistó, porque los cañones cargados á metralla y la tropa sobre las armas infundían un justo miramiento y se contentaban con preguntar á su vecino qué era aquello. Los conjurados solos tenían licencia para hablar, y así gritaban hasta desgañitarse cada uno: *Libertad, libertad. ¡Viva la República romana! ¡vivan los franceses!* etc., etc. Esta farsa se calificó de voluntad expresa del pueblo, y sirvió de fórmula para dar por destronado al Papa de consentimiento universal de todos sus vasallos. Los conjurados y la canalla más perdida, más ladrona y más inmoral, se unieron al instante á ellos con intención de robar, y habrían saqueado la ciudad si los franceses no les hubieran contenido. Se derramaron por las calles, cometiendo varios excesos (1).»

A continuación de esta escena, fué ocupado el Vaticano por los franceses. Un General, en términos perentorios, anunció al Papa que el pueblo, usando de sus derechos, le había depuesto de la soberanía y constituídose en República; en seguida Haller, Administrador francés de las contribuciones en Italia, hombre brutal y duro, seguido de una cuadrilla de sicarios, entró habitación por habitación del Palacio del Papa, tomando las llaves, arrojando á sus moradores y apoderándose de cuanto en ellas encontraba: así llegaron al gabinete donde tranquilo y sereno, con la confianza puesta en Dios, estaba Pío VI, que había cumplido ya ochenta años. Sin consideración alguna, empezaron en su presencia á romper cajones, á abrir armarios y

(1) *Memorias de Azara*, pág. 149: Madrid, 1847.

forzar cerraduras, creyendo encontrar dichos muebles llenos de oro y pedrería: su desencanto fué grande al no ver en ellos otra cosa que hilas y vendas; volvieron á reconocerlos de nuevo, y de nuevo se convencieron de lo inútil de sus investigaciones; sin embargo, alentaron alguna esperanza al fijarse en una gran caja en forma de urna que su imaginación les pintó repleta de escudos de oro.—¿Qué guardáis ahí? dijeron al Pontífice.—Tabaco, contestó éste tranquilamente.—No quisieron creerle: la abrieron en su presencia, y como vieran que, en efecto, era eso lo que contenía, le despojaron de él, mandándolo llevar á su casa el Comisario. Igual suerte corrió un pequeño cesto con algunos bizcochos que el Papa tenía para su alimento, su Breviario y su tabaquera, tan modesta que apenas valía un zequí.

Por la tarde de este mismo día volvió Haller á las habitaciones del Pontífice, y encarándose con él le dijo:—La República romana manda que me entreguéis vuestros tesoros: entregádmelos al instante.—¡Ay! le contestó Pío VI, el Tratado de Tolentino no me ha dejado nada: no tengo tesoro alguno que entregaros.—Sin embargo..... insistió Haller al ver dos buenas sortijas en el dedo.—Entonces el Pontífice, quitándose un anillo, se lo entregó.—Puedo daros éste, le dijo; en cuanto al otro, debo transmitirlo á mi sucesor.—No satisfizo esta razón al brutal Comisario; insistió con violencia, y el Santo Padre se vió obligado á entregarle el anillo del Pescador, que sirve de sello á todos los Papas. Aquel día quedó el Pontífice sin más bienes que la ropa que tenía puesta.

Al siguiente, Berthier, por conducto del General Cerroni, tuvo el valor de proponer al Papa que se adornase con la escarapela tricolor, reconociendo la autoridad del Directorio, y se le señalaría una buena pensión. Pío VI, con gran dignidad y admirable entereza, contestó en el acto: «No conozco otro vestido que éste con que me ha adornado la Iglesia. Sois dueños de mi cuerpo, pero no de mi alma. Reconozco la mano que castiga á las ovejas y hiere al pastor por los pecados del rebaño: la adoro y me resigno. No necesito pensión alguna: un saco y una piedra para reclinar su cabeza bastan á un anciano que quiere acabar sus días en la penitencia. Robad, devastad, incendiad cuanto queráis; destruid los monumentos de la Religión: ésta existirá después de vosotros, como existía antes y como existirá hasta la consumación de los siglos.»

Estos atropellos no podían permanecer secretos: había traslucido al verdadero pueblo de Roma la estrecha prisión á que estaba reducido el Pontífice, y se murmuraba en voz alta y había síntomas de trastornos; temerosos los comisionados franceses, acordaron hacer salir de la ciudad al Papa, á quien notificó esta resolución Haller, sin consideración alguna. En vano el afligido Pontífice expuso las razones que dificultaban el cumplimiento de tal orden: su dolencia, sus achaques, lo avanzado de su edad, los grandes dolores que le producía el movimiento, y pidió como un favor que le dejasen morir en Roma. «En todas partes se muere, contestó Haller: si no queréis partir de buen grado, os haremos partir á la fuerza.»

IV

El valor heróico que hasta entonces había demostrado el Papa, flaqueó, al quedarse solo con sus servidores; hubo un momento en que éstos creyeron que iba á sucumbir, agobiado por el dolor y la aflicción; repúsose un poco, y arrodillándose á los pies de un crucifijo hundió entre las manos su venerable cabeza, y se entregó con gran fervor á la oración; levantóse poco después sereno y tranquilo, exclamando:—Dios lo quiere: resignémonos á sus decretos.—Llamó á Azara; convino con él la manera de proceder en los negocios de la Iglesia de España; arregló en la forma que la premura del tiempo hacía posible, los de las demás naciones y los intereses católicos en todo el orbe, y se dispuso á partir.

La noche que precedió á su salida de Roma la pasó toda en oración. Antes de amanecer celebró Misa en su aposento, y no había aún terminado ésta, cuando el ruido de sables y las voces de los oficiales en las habitaciones vecinas, dijeron á aquel anciano moribundo, baldado de medio cuerpo abajo, que había llegado la hora del destierro; que, á semejanza de su Divino Maestro, debía recorrer cargado con su cruz aquella vía dolorosa á cuyo fin estaba su Gólgota. Apoyado en sus servidores, porque no podía andar; sufriendo dolores inauditos que le arrancaban fuertes gemidos, y con las lágrimas en los ojos, bajó aquellas escaleras,

entre la impaciencia de los sicarios franceses y romanos, que temblaban al ver alborear el día, temiendo que el pueblo se enterase de la marcha del Papa. Hiciéronle entrar en un carruaje con su médico y otro individuo de la servidumbre, y rodeado de dragones de caballería le llevaron en dirección de la Puerta Angélica.

En esta forma llegó á Siena, primera estación de su largo vía-crucis; y allí se le unió el Cardenal Lorenzana, Arzobispo de Toledo.

Poco después llegó también Azara, encerrándose inmediatamente con el Papa y celebrando con él durante algunos días largas conferencias. No era ya el antiguo agente de preces aquel volteriano empedernido tocado de odio satánico contra el clero, que hemos visto al través de sus cartas, sobre todo de las dirigidas á D. Manuel de Roda. Habíanle, como á tantos otros, desengañado los sucesos, y al ver aquellas hecatombes de la revolución y los crímenes cometidos por los que querían redimir á la humanidad, y el temporal deshecho que corría su querida Italia, presa de los nuevos bárbaros, había retrocedido confesando su error y reconociendo que aquel Gobierno de sacerdotes que él había aborrecido tanto, era la prenda más sólida de la paz del mundo y la antítesis de aquel otro de abogados rapaces é inmorales que con el nombre de Directorio disponía en París, sin más derecho que el bárbaro de la fuerza, de los destinos de las naciones. De haber vivido Azara algunos años más, hubiera visto invadida su patria por los mismos ejércitos, y sobre la humeante brecha de Zaragoza al fraile, con el crucifijo en la mano,

alentar la resistencia al invasor, y al manolo que él reputaba por tan despreciable cuando el motín de las capas, convertirse en Madrid en héroe, cual no le vieron igual Grecia ni Roma, y hubiera comprendido la razón que tenía el Duque de Villahermosa cuando años antes le aseguraba que la garantía de la libertad y el freno contra la tiranía estaban en nuestra patria en la Iglesia y el pueblo.

En estas conferencias de Azara con el Papa, á las que acudió el Cardenal Lorenzana, en nuestra opinión autor de la idea que las motivó, tratóse de una cuestión gravísima: la de abreviar y simplificar los trámites de una nueva elección de Pontífice, que la edad, las enfermedades y la cautividad de Pío VI hacían temer fuese harto inmediata, reduciendo el interregno y evitando la posibilidad de un cisma. Redactóse con este fin la Bula correspondiente, comisionándose á Azara para recoger el asentimiento de los individuos del Sacro Colegio que andaban dispersos, y su conformidad para que fuese válida la elección; que reuniese el mayor número de Cardenales que se pudiese juntar en cualquier parte, siempre que el electo no tuviese excepción alguna canónica.

A los tres meses de estar el Papa en Siena, ocurrió un terremoto que destruyó parte del edificio en que estaba alojado: á consecuencia de esto, fué trasladado á Florencia en los primeros días de Junio, instalándose en la Cartuja; allí vivió muy retiradamente, recibiendo sólo la visita de Carlos Manuel, Rey destronado de Cerdeña, y del Gran Duque de Toscana, Soberano de Florencia, que debía muy en breve sufrir la misma suerte.



PIVS.VI.PONT.MAX.

Ut qui in cordibus Vivit omnium
Omnium manibus Versari possit
Amor admiratio gratitudo
Incidi curaverunt.

1793.

In Roma presso Agapito Franzetti a [illegible]

V

La relación de todos estos sucesos y la aflictiva situación del Papa fué conocida inmediatamente por la Duquesa de Villahermosa, que, como se ha visto, estaba en continua correspondencia con varios Cardenales de la corte de Roma, pero singularmente con su gran amigo el Cardenal Lorenzana, que hacía más de un año había sido obligado por Godoy á abandonar su diócesis y salir de España, á causa (según decir de las gentes) de la energía con que se había opuesto al matrimonio de éste con la hija mayor del Infante D. Luis, Doña María Teresa Valleabriga, que con su hermana y hermano estaba al cuidado del Arzobispo de Toledo; oposición que reconocía por causa, la sospecha fundada de éste, de que el favorito estaba casado en secreto con Doña Josefa Tudó, que pasaba por su manceba.

Apenas se hizo cargo la Duquesa de la situación del Papa, remitió al Cardenal Lorenzana la suma de 40.000 duros con destino á sufragar las necesidades de Su Santidad, autorizándole para girar contra ella las cantidades que fuesen necesarias al Pontífice, pues deseaba que corriesen por su cuenta todos los gastos de él y de todos los que le acompañaban; igual encargo hizo á su tío el P. Pignatelli, que por aquel tiempo estaba en Florencia, como decíamos en otro lugar, habiendo motivos para creer que también le entregó una fuerte can-

tidad con destino al Papa. Viéronse satisfechos los deseos de la Duquesa: muerto Pío VI, pronunció su sucesor Pío VII las siguientes palabras en la primer Encíclica que dirigió á los Obispos del orbe católico:

«A no ser por la piedad y liberalidad de alguien, ni él (Pío VI) ni los pocos que le acompañaban hubieran tenido con que alimentarse (1).»

Como en todas las limosnas, hizo en ésta desaparecer todo rastro por donde pudiera averiguarse; pero, según hemos dicho ya, estando muy bien montada la contabilidad de su casa, y los caudales de ella á cargo de un Tesorero intervenido por un Contador, no la fué posible hacer desaparecer los documentos que daba para resguardo y data de los mismos, que quedaron como justificantes de las cuentas generales. Estos justificantes son los que nos han servido para averiguar muchas limosnas, que sin ellos hubieran quedado ignoradas (2). El que se refiere á la hecha entonces al Papa, dice así:

«*Núm*. 28.—A D. Jacinto Pérez, mi Tesorero, se le abonarán en cuenta, en virtud de este libramiento y sin más requisitos, ochocientos mil reales de vellón, los mismos que tiene tomados D. Tomás Martínez Torre, Contador de mi casa, en virtud de mi orden, para darlas el curso que le tengo comunicado reservadamente.—Madrid 24 de Diciembre de 1798.—*J. la Duquesa de Villahermosa.*—Son 800.000 reales vellón.—Sentado.»

(1) *Quum nisi alicujus fuisset ei pietas et liberalitas..... non habuisset quo se et paucos qui se assectarentur aleret.*

(2) Hay motivos muy fundados para creer que la Duquesa remitió 3.000 duros mensuales al Pontífice durante su prisión, pues todos los meses Monseñor Spina, Arzobispo de Corinto,

†

(Num.º 88)

A Dn. Jacinto Perez mi tesorero, se le abonarán en cuenta en virtud de este Libramiento, y sin mas requisito ochocientos mil Rs. devon., los mismos que tiene tomados Dn. Tomás Martinez Torre, contador de mi Casa, en virtud de mi orden, para darles el curso que le tengo comunicado reservadamente. Madrid 24 de Diciembre de 1798.

La Duquesa de Villahermosa

Son 800000 Rs. von.

S. de

VI

Había resuelto la Revolución que no terminasen en Florencia los días del Papa ni sus tormentos. Temeroso el Directorio de la inmediación del prisionero á Roma, invitó al Gran Duque á que le hiciese salir de sus Estados; con energía replicó éste que él no le había conducido allí, sino los franceses, y por la fuerza; que á ellos les correspondía invitarle á salir, pues él no lo haría nunca. Después de algunas vacilaciones, resolvieron que partiese para el Norte de Italia: una enfermedad gravísima que acometió al Papa y que duró un mes, retrasó este viaje.

El 27 de Marzo de 1799 se le notificó la orden de marcha para el siguiente día, á las tres de la mañana. Dolorosa fué la operación de subir al Pontífi-

recibía una letra de esta suma. Una carta del Ministro de Policía, fechada el 9 Thermidor del año VII, dirigida á la Administración municipal de Valence, encontrada en los archivos de la Prefectura de la Drôme, contiene este párrafo: «Os prevengo, ciudadano, que un comerciante de Marsella, llamado Berard, está autorizado para remitir todos los meses al llamado Spina (José), Arzobispo de Corinto, del séquito del Papa, 15.000 francos. Os encargo que veléis escrupulosamente la inversión de estos fondos.» Autoriza á creer esto la declaración de Pío VII, antes citada, que se sabe se refería al dinero de la Duquesa, al afirmar que hasta sus últimos momentos tuvo el difunto Pontífice recursos para mantenerse él y los que le seguían. El Rey Carlos IV sólo remitió al Papa 2.000 pesetas al mes, y acreditó cerca de su persona á D. Camilo Labrador, cuando hacía un año que estaba preso.

ce, que no podía valerse de las piernas, al coche cerrado: sus gemidos conmovieron á sus mismos verdugos. Así fué trasladado á Parma: creía que le dejarían allí algún tiempo, cuando de improviso se le dijo que debía partir para Turín inmediatamente; manifestó que le era imposible, porque tenía cubierto el cuerpo de llagas á consecuencia del último viaje; el Comisario francés tiró brutalmente de la ropa que cubría el cuerpo del Pontífice para convencerse: al ver que era cierto lo que se le decía, pidió 2.000 duros por suspender el viaje; se los dieron; pero á los cuatro días insistió en la orden. No hubo más remedio que obedecer, reproduciéndose la escena de Florencia y los acerbos dolores del Papa.

Así, de esta manera, fué conducido á Turín, y poco después, sin que el invierno hubiese terminado, se le internó en los escarpados y solitarios caminos de los Alpes; se le hizo atravesar montes y ventisqueros, conducido en silla de manos por lugares tan expuestos, que el menor descuido de uno de sus guías podía precipitarle al abismo; no había sitios de parada, y por la noche tenían que albergarse, helados de frío, donde la Providencia les deparaba; en algunas ocasiones sorprendióles la tempestad en lo más elevado de la cordillera, y al ver venir sobre su cabeza enormes avalanchas de nieve, creyeron llegada su última hora: la Providencia veló por su Vicario en la tierra, y llegaron al fin á Briançon, primer pueblo de Francia por aquel lado.

Apenas había empezado á sentir las dulzuras del reposo, fué trasladado á Grenoble y de allí á Valence, donde el augusto anciano había de ver el fin de su prolongado martirio.

Era el edificio destinado al Papa una antigua casa que antes de la Revolución había servido de morada á los Gobernadores de la ciudad: medio en ruínas, desnivelados los suelos, llena de grietas y completamente desprovista de muebles, hubo necesidad de acudir á la caridad de los fieles para que prestasen los objetos más necesarios al Santo Padre; apenas circuló esta noticia, llenóse el edificio de muebles y objetos de toda clase, hasta el punto de tener que devolver muchos que sus dueños recibían con tristeza, pues deseaban que los utilizase el augusto prisionero.

Por donde quiera que éste había pasado, lo mismo en Italia que en Francia, los pueblos en masa habían salido al camino; allí donde la tiranía revolucionaria imperaba en absoluto, limitábanse los católicos á doblar la rodilla é inclinar ante él la cabeza, pidiéndole humildemente su bendición; donde éstos gozaban de alguna libertad, el Papa era recibido con aclamaciones, obligando á sus guardianes á bajar los cristales y á descorrer las cortinillas del coche que habían corrido para sustraerle de las ovaciones de sus fieles hijos; en algunas partes los mismos gendarmes, conmovidos y recordando sin duda la fe de sus primeros años, le tributaban los honores de su alta dignidad señalándole á los fieles, y lo que en aquellos tiempos era más grave, invitaban al público á descubrirse (1).

(1) Artaud de Montrou, *Vida de Pío VI*. El Papa, cuando esto ocurría, hacía lo posible por oponerse, y decía: «Esos imprudentes gendarmes van á comprometerse.»

VII

Por encargo expreso del Directorio, eran los individuos que componían la Administración municipal de Valence los carceleros del Pontífice, y cumplieron con tal rigor su cometido, que aumentaron la aflictiva situación de éste con sus continuas molestias y vejaciones: á nadie se permitió la entrada, excepción hecha de las personas de su séquito y de D. Camilo Labrador, que, como Embajador de España, se había incorporado á él desde su entrada en Francia; pusiéronse centinelas en todas partes. En los paseos que daba por el jardín sentado en una silla de ruedas, le acompañaban dos soldados, y se impedía que se aproximase á las inmediaciones del cercano baluarte para evitar que el público que por él transitaba cayese de rodillas ante su presencia y le pidiese su bendición, defraudando las esperanzas de los fieles que pasaban allí las horas con este objeto; el militar que tenía á su cargo la guardia era tan brutal, que trataba al Papa como al prisionero de la más ínfima clase, y siempre que tenía que dirigir alguna comunicación á la Superioridad, le designaba con estas palabras: «El individuo que está bajo mi custodia.»

En todo esto, el Directorio, compuesto de los hombres más desacreditados de Francia, procedía por odio á la Iglesia, no por necesidades políticas que hubieran podido atenuar un tanto su conduc-

ta: creían que, teniendo prisionero al Papa, daban un golpe de muerte al Catolicismo, y que Pío VI sería el último de los Pontífices de la Iglesia. Es esto tan cierto, que afeándoles Azara, ya Embajador en París, su indigna conducta diciéndoles que era una indecencia (frases textuales) lo que hacían con aquel venerable anciano, y que se equivocaban si creían que el Papa era el Papado, pues aunque acabasen con aquél, éste subsistiría á su despecho, se le escapó á Treillard la siguiente confesión: «Lo hemos errado en no ejecutar nuestro primer pensamiento, que fué hacer desaparecer al Papa encerrándole donde nadie supiera de él, pues nunca se hubiera sabido su muerte, y así no hubieran podido nombrarle sucesor (1).»

Hombres que así discurrían y que tenían estas intenciones, dirigían los destinos de Francia y avasallaban con sus hordas á Europa.

El 14 de Julio había llegado el Papa á Valence: al principio el reposo pareció reanimarle; pero á mediados de Agosto se presentaron los síntomas que anunciaron á su servidumbre que se acercaba el momento de su muerte; el 18 se levantó con gran trabajo, sentándose en el sillón que tenía al lado de la cama; quiso rezar las horas canónicas en compañía de su confesor el P. Fanti; pero no le fué posible fijar su vista en el Breviario, recitando sólo aquellos salmos que sabía de memoria, teniendo que volverse poco después al lecho, de donde sólo salió el día 29 para sentarse en el mismo sillón, donde se hizo vestir la muceta, el ro-

(1) *Memorias de Azara:* Madrid, 1847, pág. 190.

quete y la estola para recibir el Viático, que llevó el Arzobispo de Corinto, rodeado de los individuos de la comitiva del Papa con hachas encendidas, desde el sitio en donde habían instalado la capilla para que celebrasen los eclesiásticos: allí, al caer la tarde, se verificó la ceremonia que conmovió á cuantos la presenciaron.

Era la alcoba del Papa un cuarto de regulares dimensiones: en uno de los ángulos estaba el lecho, cubierto de damasco rojo, y en la cabecera el sillón de ruedas que le servía para sus paseos por el jardín; enfrente había una pequeña mesa donde se improvisó el altar sobre el que se colocó un crucifijo de marfil, y en la pared un lienzo representando á Cristo coronado de espinas, y muy inmediato á él, otro cuadro con la imagen de la Santísima Virgen; dos ó tres sillas más y un pequeño escritorio completaban el mueblaje, que recogieron después de la muerte del Papa y guardaron como reliquias los católicos que los habían cedido; colocóse sobre la mesa la Hostia Consagrada, y ante Ella se inclinó el Pontífice adorándola con gran fervor. Monseñor Caracciolo, que estaba á su lado, recitó en su nombre la protestación de la fe, á la que iba asintiendo con repetidas inclinaciones de cabeza. Después que hubo concluído, colocó Pío VI su mano sobre el libro santo de los Evangelios y dió testimonio de su creencia, pronunciando con voz clara estas palabras: *Sic me adjuvet Deus, et hæc sancta Dei Evangelia.*

Con gran emoción recitó el *Confiteor* y el *Amen* después que terminó el *Misereatur* y la *Indulgentiam;* entonces Monseñor Spina avanzó hacia el

Papa, y levantando el Cuerpo de Jesús Sacramentado repitió por tres veces: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi;* con voz entera repitió éste las mismas: *Domine, non sum dignus;* siguió á esto una pausa; antes de recibir la Sagrada Eucaristía quiso rogar á Dios por la Religión perseguida, y á imitación de su Divino Maestro, también por sus verdugos, elevando al cielo una ardiente oración por la salud de la Francia.

Terminada la Comunión, el Papa continuó en oración por largo rato á pesar de sus acerbos dolores, que le obligaron á poco á volver al lecho; así continuó hasta el 28 de Agosto, en que los médicos dijeron que se acercaba su fin; hiciéronselo saber, y pidió que le administrasen el último Sacramento de la Iglesia, lo que hizo Monseñor Spina con los Santos Oleos, de que se había provisto en Florencia. Desde aquel momento brilló en su rostro una alegría celestial: era que el alma presentía la proximidad de la hora de su libertad; tendió á derecha é izquierda sus manos venerables para estrechar las de sus servidores y darles gracias por haber compartido con él su cautiverio: todos las besaron llorando; su confesor le indicó que en trance tan supremo debía imitar al Divino Maestro, del que era Vicario, perdonando á sus enemigos; hizo un violento esfuerzo para hablar, y dijo con voz clara: *Domine, ignosce illis.* Monseñor Spina le pidió entonces permiso para bendecirle *in articulo mortis* y aplicarle la indulgencia plenaria, á lo que asintió con un movimiento de cabeza.

Al acercarse la media noche empezó el P. Fan-

ti las oraciones de la recomendación del alma; terminadas éstas, el Papa, haciendo un esfuerzo supremo, levantó su mano derecha y dió á todos los presentes su triple bendición; cayó después sobre el lecho, se escapó de sus manos el pequeño crucifijo que besaba con gran fervor, y pocos minutos después, su alma, libre ya de tiranos y revolucionarios, volaba á recibir el premio de sus virtudes y de su martirio.

De este modo terminó para Pío VI la pasión dolorosa empezada el día en que se proclamó la República romana bajo la presión del ejército francés. Al saber la noticia de su muerte batieron palmas todos los impíos del mundo, anunciando en sus discursos y en sus periódicos que había muerto el último de los Papas; entristeciéronse los buenos; pero Dios, que abre caminos ignorados, dispuso en aquel momento, que dos poderosas naciones, una cismática y otra protestante, ordenasen á sus escuadras marchasen á proteger con las bocas de sus cañones la libertad del Cónclave que había de elegir el sucesor del mártir de Valence. Las Potencias católicas se habían hecho indignas de este honor.

Con efecto: poco después una escuadra inglesa, anclada en el sitio en que las lagunas venecianas mezclan sus aguas con las del Adriático, aseguraba á los Cardenales reunidos, que nadie sería osado á coartar su independencia, y que podían con libertad elegir al más digno de ellos por Vicario de Jesucristo en la tierra.

VIII

La persecución del Pontífice y las sumas considerables que la Duquesa había gastado en su sostenimiento, no sólo no amenguaron la caridad de ésta, sino que, por el contrario, estimuláronla más aún, llevándola á un punto que no sería creíble á no tener delante de nosotros pruebas evidentes y que nos sirven de guía para esta narración.

Desde mucho antes de la entrada de los franceses en Roma, contribuía la Duquesa con fuertes cantidades de dinero á las necesidades de las Misiones del Tonkín por medio de la Congregación de la *Propaganda Fide*, con quien, como hemos visto, estaba en continuas relaciones á consecuencia de su caridad con los católicos de Siria. Un año antes de los sucesos que determinaron la cautividad del Pontífice, decía el Cardenal Gerdil, á la sazón Prefecto de la *Propaganda*, á la Duquesa lo siguiente: «He recibido ya por conducto de Monseñor Nuncio la noticia de la consignación hecha por V. E. de la suma de 5.000 pesos fuertes en dinero efectivo á favor de esta Sagrada Congregación de la *Propaganda de la fe*, y le he contestado rogándole tenga á bien guardarla en depósito hasta tanto que pueda indicarme el modo mejor y más seguro de colocarla en Roma. Participo á V. E. que me he abstenido de hablar de esto con el Cardenal Lorenzana, que con gran satisfacción mía ha sido destinado á esta Congregación, para que no se quebrante el secreto que V. E. me ha

impuesto (1).» En otra carta de este Cardenal, del mismo año, se lee también lo siguiente: «En tanto la estrechísima ley del silencio impuesta por la edificante modestia de V. E. me tiene perplejo y me dificulta el modo de extraer de ahí la nueva é importante suma que destina al beneficio de las Misiones: me he abstenido de hablar al Cardenal Lorenzana: me parece que V. E. podrá ayudarme en esto y arreglarlo mejor, depositando la cantidad en una persona de su confianza que á su vez la entregue; y que diga procede de una bienhechora que desea guardar el incógnito y quiere que se destine á las Misiones: así, pudiendo publicar el nombre de la depositaria, sería fácil el disponer de ella (2).»

Pero lo que llena de admiración es que al año siguiente esta mujer, que acababa de hacer con el Papa lo que hemos dicho, que sostenía con sus limosnas infinitas Comunidades, que enviaba cuantiosos donativos á los cristianos del Líbano y á los Trapenses de Santa Susana, sin desatender á los pobres de sus Estados, al ver que los franceses habían robado los fondos de la *Propaganda Fide*, dejando á ésta sin recursos para auxiliar á las Misiones, concibe el noble propósito de encargarse ella de esta obra y atender con su patrimonio á las más urgentes necesidades de los que en lejanos países propagaban, á costa de su vida, la fe de

(1) Carta del Cardenal Gerdil, Prefecto de la *Propaganda Fide*, á la Duquesa de Villahermosa: 5 Agosto 1797.—Archivo de Villahermosa.

(2) Carta del Cardenal Gerdil.—Archivo de Villahermosa.

Cristo, y empieza socorriendo á algunos establecimientos cristianos que estaban en extremado apuro, y pide noticia de las necesidades más urgentes de los que se encontraran en igual caso.

Al recibir el Prefecto de la *Propaganda* la carta en que esto se le anunciaba, y al considerar la notabilísima acción de esta mujer animosa en momentos de tanta angustia para la Iglesia, cuando la desolación reinaba en el Santuario, y el Papa estaba prisionero, y disperso el Sacro Colegio, y robados los bienes de las Congregaciones, y el pueblo fiel á merced de los sicarios de la Revolución, y las hordas del Directorio acampadas á orillas del Tíber, no pudo menos de levantar al cielo sus ojos, llenos de lágrimas de gratitud, y entonar un cántico de alabanzas al Dios de toda consolación y fortaleza, que no otro es el comienzo de la carta escrita desde Turín á la Villahermosa en 27 de Junio de 1798, que dice así:

«Excma. Sra.—Bendito sea el Dios Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo, que en las mayores tribulaciones se reserva siempre almas escogidas á las que llena con su espíritu y las hace servir para alivio de los males que permite sufra su Iglesia, para que se manifieste mejor la fuerza de su brazo al sostenerla, y se cumpla la inmutable promesa de Cristo de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

De gran consuelo me ha servido la estimadísima carta de V. E. de 29 de Mayo, y agradezco al Señor la inagotable caridad que le inspira para el sostenimiento de la santa obra de las Misiones, por medio de las cuales se propaga la Santa Fé, por donde es conocido y glorificado el santo nombre de nuestro buen Salvador Jesucristo, hasta los úl-

timos confines del mundo. Conocidas son de V. E. las actuales circunstancias de la *Propaganda*, por las cuales, despues de mi partida de Roma, no he podido procurarme alguna nueva del estado y de las más urgentes necesidades de las diferentes Misiones; llegado á Turin, no dejaré de escribir á quien pueda darme la deseada noticia, pues hasta ahora no he hallado nada. Por Monseñor el Nuncio sé que ya ha llegado á buen puerto el socorro de que habia menester el Superior General de Lazaristas de la China. Y he aquí un procedimiento bien oportuno para aquella Mision, de la cual, por la gracia de Dios, hemos recibido recientemente la noticia más consoladora.

No tengo presente lo preciso de la suma destinada para el Patriarca de los Sirios, por quien se toma V. E. tan caritativo interés. En cuanto á la suma enunciada en el precioso papel de V. E., estoy demasiado á oscuras respecto del conducto que pudiera emplearse para girarla con seguridad; de manera que, respondiendo á Monseñor el Nuncio que nos la habia pedido, no he sabido indicarle otro sino que vea él si para evitar todo riesgo no será por casualidad más conveniente que la retenga en seguro depósito, hasta que se adquiera alguna mayor luz para la expedicion de cartas; y entre tanto, procuraré saber del Santo Padre si hubiese de darse alguna órden por regla de la distribucion, ni dejaré de informar con toda solicitud á V. E. de las noticias que reciba.

Por lo demás, no habia dejado de representar á Su Santidad el justo deseo de V. E. de que le fuese autorizado por Breve la gracia espiritual, que decia le fué notificada por carta de Monseñor el Secretario de la *Propaganda*. Con sumo contento acogió Su Santidad esta ocasion de confirmar su paternal afecto, su grato deseo hacia la respetabilísima persona de V. E., y en seguida dió órden de que fuese expedido el Breve; mas como la rebelde perturbacion de las cosas dilata un poco la expedicion, no lo he recibido desde mi llegada á Turin, y es para mí un preciso

Eccellma Signora

Benedetto Sia il Dio padre delle misericordie, Il Dio di tutta consolazione, che nelle maggiori tribolazioni, Si riserva però Sempre anime elette, ch' Egli riempie del Suo Spirito a Sollievo della Chiesa nelle angustie, alle quali permette ch' Ella Soggiaccia, per chè più manifesto Si venda la forza della Sua destra in Sostenerla, e Si adempia l'immutabile promessa di Cristo, che non mai le ~~[illegible]~~ porte dell' inferno prevarranno contro di essa. Di gran conforto mi è Stata la pregiatissima Lettera di Vostra Eccellenza de' 29 Maggio, e ringrazio il Signore della inesausta carità che le inspira a Sostegno della Santa opera della Missioni, per mezzo delle quali Si propaga la Santa Fede; onde Sia

Sia noto e si glorifichi il Santo Nome del nostro buon Salvatore Gesu Cristo, fino agli ultimi confini del mondo. Note sono a V.E. le attuali circostanze della Propaganda, per le quali dopo la mia partenza da Roma non ho potuto procacciarmi un distinto ragguaglio dello Stato e dè più urgenti bisogni delle differenti Missioni; Giunto in Turino non mancai di scrivere a chi potea darmene le desiderate notizie, e finora non ne ho avuto alcun riscontro. Da Mgre Nunzio intendo che sia giunto a buon porto il sussidio di cui abbisognava il Superiore Generale dè Lazzaristi per la Cina. Ed ecco già uno provvedimento ben opportuno per quella Missione, di cui per grazia di Dio avevamo di fresco ricevute le nuove le più consolanti. Non ho presente il preciso della Somma destinata per il Patriarca dè Siri, cui prende V.E. un si pio, caritatevole

interessamento. Quanto poi alle Somme enunziate nel pregiatmo foglio di V.E. Sono troppo all'oscuro del modo che possa tenersi per farle girare con Sicurezza, talchè rispondendo a Mgre Nunzio che me ne avea richiesto, non ho Saputo accennargli altro, Se non chè veda Egli Se a Scanzo d'ogni rischio, non Sia per avventura più Spediente che le ritenga in Sicuro deposito, finche Si acquisti qualche maggior lume per la Spedizione da farsene; ed intanto procurerò intendere dal Santo Padre, Se avesse qualche ordine da darci per regola della distribuzione; nè mancherò d'informare con ogni Sollecitudine V.E. delle notizie che mi perverranno.

Io poi non avea mancato di rappresentare a Sua Santità il giusto desiderio di V.E. che le fossero autenticate per Breve le grazie Spirituali, che diggià l'erano State notificate per Lettera di Mgre Segretario di Propaganda. Fu accolta da S. Santità con Sommo Suo contento questa occasione di confermare il Suo Paterno affetto, e'l grato Suo Animo verso la rispettabilissima Persona di V.E. e diede Subito l'ordine che li Brevi Si Spedissero; ma l'insorta perturbazione delle cose avendone dilazionata alquanto la Spedizione, non gli ho ricevuti Se non dopo il mio arrivo in Turino; e mi fo un preciso dovere di trasmetterli qui acclusi col presente Corriere. Ebbi l'onore passando per Siena di essere a piedi di S.S. da cui fu rammentata V.E. con quella effusione di Cuore, che Si merita una Si pia, Si Zelante Figlia della Chiesa

dal Padre comune de' Fedeli. L'alta virtù che Dio gl'infonde dal Cielo lo sostiene in mezzo alle sue angustie. Si degni il Signore conservarcelo ancora lungamente ad universale beneficio della Cristianità, e gli faccia raccogliere il frutto de' travagli ch'ei sostiene per la cura del Gregge affidato alla sua Custodia. Dal mio canto in fine non potrei abbastanza esprimere a V. E. la grata tenera riconoscenza, onde vivo penetrato de' sentimenti pieni di bontà, che si è compiaciuta dimostrarmi, e la piena fiducia che m'inspirano per ogni congiuntura che potesse occorrere. Gradisca Ella i voti che non cesso di formare per la preziosissima sua conservazione, come pure il rispettoso immutabile ossequio, con cui mi pregio raffermarmi

Di Vostra Eccellenza

Turino 27. Giugno 1798

Divotiss.° Servitore
G. Card. Gerdil

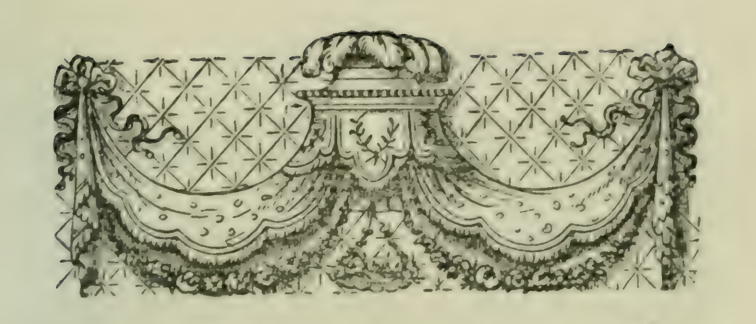
deber el de decirles que lo incluyan en el presente correo. Tuve el honor, al pasar por Siena, de ponerme á los piés de Su Santidad, el cual hizo memoria de V. E. con aquella efusion del alma que se merece tan pia, tan celosa hija de la Iglesia del Padre comun de los fieles. La alta virtud que Dios le infunde desde el cielo, le sostiene en medio de su angustia. El Señor se digne conservarlo todavía largamente para el universal beneficio de la cristiandad, y le permita recoger el fruto de los trabajos que padece por cuidar del rebaño confiado á su custodia. Por mi parte, en fin, no podré expresar bastantemente á V. E. el grato y tierno reconocimiento, por el cual vivo penetrado de grandes sentimientos de bondad, que me complazco en demostrar, y la plena confianza que me inspira toda coyuntura que pudiese ocurrir. Que ella crezca y los votos que no dejo de hacer por la su preciosísima conservacion, como igualmente el respetuoso é inmutable obsequio con que estimo repetirme de V. E. devotísimo servidor,—*G. Gerdil.*—Turin 27 Junio 1798.»

IX

Muerto el Pontífice, y á pesar de los gastos ocasionados á la Duquesa por la elección de su sucesor, como se verá después cuando nos ocupemos en estos sucesos, no se creyó dispensada esta señora de continuar auxiliando á la *Propaganda Fide*, remitiendo á Roma las cantidades necesarias hasta que la entrada de los franceses en España y la guerra de la Independencia la privó de las grandes rentas de su viudedad foral, con la que hacía estas limosnas, dejándola reducida casi á la pobreza, pues fueron secuestrados todos sus bienes por no querer reconocer el Gobierno del Rey intruso.



PIO VII. PONT. MAX.



CAPÍTULO VIII

I

Mucho afligió á la Duquesa de Villahermosa la noticia de la muerte de Pío VI y la relación de sus últimos momentos, que la comunicó en los primeros días de Septiembre el Nuncio en Madrid; no tuvo, sin embargo, espacio para llorar al muerto Pontífice: una más grave preocupación vino á lacerar profundamente su piadoso corazón de católica y de española. El día 5 del mismo mes, sus asombrados ojos leyeron en la *Gaceta oficial* un decreto firmado por el Rey Carlos IV, que decía:

«La Divina Providencia se ha servido llevarse ante sí, en 29 de Agosto último, el alma de Nuestro Santísimo Padre Pío VI; y no pudiéndose esperar de las circunstancias actuales de Europa y de las turbulencias que la agitan, que la elección de un sucesor en el Pontificado se haga con aquella tranquilidad y paz tan debidas, ni acaso tan

pronto como necesitaría la Iglesia; á fin de que entre tanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la religión, he resuelto que hasta que yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia, para dispensas matrimoniales y demás que la competen. En los demás puntos de consagración de Obispos me consultará la Cámara por mano de mi primer Secretario de Estado, y entonces, con el parecer de las personas á quienes tuviera á bien pedirles, determinaré lo conveniente, siendo aquel Supremo Tribunal el que me lo represente y á quien acudirán todos los Prelados de mis dominios hasta una orden mía.»

Este decreto cismático, por el que de una manera oficial se separaba España de la obediencia de la Santa Sede, y, á semejanza de Inglaterra, se constituía en Iglesia independiente, con el Rey por Jefe de los Obispos, era el final y remate de la obra de iniquidad iniciada en el reinado anterior con la expulsión de los jesuitas. El jansenismo, el regalismo y el enciclopedismo reunidos triunfaban en toda la línea, haciendo estériles los esfuerzos de esta nación heróica y los torrentes de sangre de sus hijos derramados en pro de la unidad de la fe y bajo la bandera de la Iglesia en todos los campos de batalla del mundo; alegráronse todos los sectarios; el paso estaba dado; un descendiente de Isabel la Católica y de Felipe II había estampado su firma al pie de un documento á todas luces contrario á las enseñanzas de Roma y atentatorio

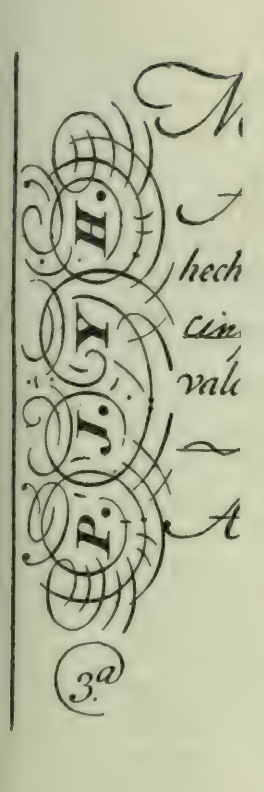
á sus sagrados derechos; en el fondo de sus hogares gimieron los buenos; calló la mayoría del episcopado y se abstuvo de cumplirle, no dignándose ni aun responder al decreto, y sólo le acataron algunos pocos Obispos descendientes de aquéllos á quienes treinta años antes había parecido buena la expulsión de los jesuitas.

Como era de esperar, el Nuncio, Monseñor Casoni, protestó enérgicamente, y el Gobierno, por medio del enciclopedista Urquijo, alma de toda esta conjura, le dió los pasaportes; por fortuna se asustó Godoy y se los retiró, rogándole que permaneciese en Madrid.

Las continuas caridades de la Duquesa y sus relaciones con Roma hacíanla recibir repetidas visitas del Nuncio, que la tenía al corriente de los sucesos, no ocultándola ni aun los negocios más importantes; suspendida la marcha de Madrid por las vacilaciones de Godoy, que temió haber sido comprometido por Urquijo, celebró con ella una conferencia, en la cual la expuso las dificultades que había para que el Cónclave se abriese lo antes posible: eran éstas la precaria situación de los Cardenales, diseminados por Italia y Austria, y privados del dinero necesario para trasladarse á Venecia, lugar de reunión designado para elegir al futuro Papa. En el acto concibió la Villahermosa el propósito de acudir á esta necesidad con sus recursos; pero desgraciadamente éstos estaban agotados: los 40.000 duros enviados al Papa, las muchas atenciones que sobre ella pesaban y el estar encargada de cubrir las necesidades más urgentes de la *Propaganda Fide*, habían dejado sin me-

tálico sus arcas; no se arredró por esto: ayudó al Nuncio á tomar prestada la suma necesaria con su garantía, que era solidísima en Madrid, donde los banqueros conocían lo considerable y saneado de sus rentas, é hizo que se remitiese al Cardenal Lorenzana, con encargo de distribuirla entre los individuos del Sacro Colegio para que pudiesen acudir á Venecia y abrir inmediatamente el Cónclave, reservándose á más la satisfacción de pagar también los gastos que ocasionase la toma de posesión del nuevo Papa en Roma ó donde pudiera establecerse, y la confección de la capa que debía lucir en la ceremonia, siendo tal su fe, que mandó en seguida poner manos á esta obra.

La Providencia recompensó sus afanes; al poco tiempo tuvo la satisfacción de saber que su dinero había sido distribuído entre los Cardenales, y después, que el 14 de Marzo había cesado la viudez de la Iglesia, habiendo sido elegido Pontífice el Cardenal Bernabé Chiaramonti, el cual había tomado el nombre de Pío VII. El 3 de Abril, es decir, á los diez y nueve días de elegido el Papa, el Nuncio recibió de la Duquesa la cantidad que había tomado á préstamo, el cual quedó satisfecho con la letra de 8.854 libras esterlinas, 3 sueldos y 5 dineros que el Nuncio giró sobre Londres por la casa de Joyes y Compañía, de Madrid, orden de D. Carlos Euskine y cargo de los Sres. D. Abraham Robarts y Compañía; letra que reproducimos de la tercera de cambio que quedó en poder de la Duquesa. En cuanto á la capa encargada para la entrada en Roma, si no la lució el Papa en tan solemne momento, no fué por culpa de aquélla, sino



Nuncio con frecuencia á la casa de Villahermosa, y debióse un día hablar en familia, durante el interregno, del Cardenal que sería el elegido; cada

(1) Carta del Nuncio á la Duquesa.—Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Villahermosa. Véase el Apéndice.

P. J. Y H.

Madrid y Abril 4 de 1800 Por £ 8854: 3: 4 Sterlinas

A Setenta dias fecha mandará Vm pagar p.r ésta tercera de Cambio (no haviendolo hecho p.r la primera ni segunda) á la orden del S.r D.n Carlos Erskine Ocho mil ochocientas cinquenta y quatro Libras tres sueldos y quatro dineros Sterlinas valor rec.do del Ex.mo S.r D.n Felipe Casoni Arzobispo de Perges que sentará Vm segun aviso de

Patricio Joyes y hijos

A los S.res D.n Abram Robarts y C.a

Londres

3.a

por la rapidez verdaderamente providencial con que se hizo la elección pontificia en época tan azarosa; pero al poco tiempo supo por el Nuncio «que la caja conteniendo la capa del Santo Padre estaba ya en Barcelona á bordo de una embarcación de Ragusa que no tardaría en darse á la vela (1).»

No pudo ser insensible el nuevo Pontífice á este desprendimiento y á esta generosidad en pro de los intereses de la Iglesia, sobre todo en tiempos tan difíciles como los que ésta atravesaba. Apenas entró en Roma, libre de la tiranía francesa y de la tiranía revolucionaria por los azares de la guerra, apresuróse á remitir un Breve, con amplísimas concesiones, á la Duquesa, y otro á cada uno de sus hijos; y como esto no le pareciese bastante, poco después autorizó al Cardenal Estéfano Borgia para que, por medio de una Declaración, los interpretase de la manera más lata posible, pues la autoridad eclesiástica de Madrid los restringía (2).

Apresuróse la Duquesa á dar gracias al Pontífice por esta merced, é hizo que sus hijos hicieran lo mismo, aunque el segundo apenas tenía once años, dejando que ellos redactasen la epístola según su inspiración. El borrador de una de estas cartas nos revela un hecho curiosísimo. Acudía el Nuncio con frecuencia á la casa de Villahermosa, y debióse un día hablar en familia, durante el interregno, del Cardenal que sería el elegido; cada

(1) Carta del Nuncio á la Duquesa.—Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Villahermosa. Véase el Apéndice.

cual dió su opinión, teniendo á la vista la lista de los individuos del Sacro Colegio: dijo la Duquesa el nombre del que ella creía que ceñiría la tiara; díjolo también Monseñor Casoni, y díjolo también el primogénito D. José; faltaba sólo el pequeño D. Juan Pablo, y no quiso su madre que dejase también de dar su opinión, para lo cual le pusieron delante la *Guía de forasteros*, que, uno detrás de otro, contenía todos los nombres; pasó la vista el niño por la página; miró de arriba abajo, y su manecita señaló uno de ellos: leyóse, y vieron que era el del Cardenal Chiaramonti (1), que poco después era elegido en Venecia.

(1) Este hecho es exactísimo: en el Archivo de la casa de Villahermosa existe el borrador de la carta que D. Juan Pablo escribió á Su Santidad dándole gracias por la remisión del Breve, y en ella se refiere esta circunstancia, así como se evidencia con su lectura que la Duquesa se la dejó redactar según su inspiración. Dice así el borrador, de letra del niño, del tamaño que en el papel pautado se llama de cuarta: «Santíssimo Padre.—Señor.—Bien manifiesto está el grande amor que Vuestra Santidad me tiene en haberme concedido un Breve tan amplio como éste, el cual lo estimo más que cualquier otro favor que se me pueda hacer en este mundo. Con todo eso, aunque nunca pueda corresponder ni al afecto que me tiene Vuestra Santidad, doy mui grandes y repetidas gracias, pues así como es grande el privilegio, deben ser grandes las gracias, las que debiera yo dar con unas expresiones que manifestaran cuán agradecido estoy á Vuestra Santidad; pero como mi poca afluencia de palabras no me lo permite, pienso que con esto cumpliré con lo que debo. Yo tendré siempre á Vuestra Santidad una tierna inclinacion y cariño, no sólo por obligacion, sino tambien por voluntad; y para esto concurre el haberme hecho Dios la gracia de haber acertado que Vuestra Santidad había de ser el Pontífice, y en este Pontificado deseo que Vues-

No se contentó con los Breves el Pontífice: contestó las cartas de los niños, manifestándoles su contento por ellas y enviándoles su bendición; y en cuanto á la Duquesa, sabedor del cariño que profesaba á Monseñor Casoni, después de promoverle en el Consistorio de 3 de Febrero de 1801 á la dignidad de Cardenal, el mismo día la escribió una carta que dice así:

«PIUS PAPA VII.—Amada hija: Hemos sabido toda la satisfaccion y contento con que habeis recibido nuestro Breve; y aunque reconozcamos en las expresiones con que hablais de vos misma un espíritu de verdadera humildad, estamos tan plenamente convencidos de cuanto nos decís de Monseñor Casoni, que por sus méritos y relevantes servicios á esta Santa Sede ha sido promovido por Nos á la dignidad de Cardenal en el Consistorio que hemos celebrado esta mañana. Mas no podemos menos de encarecer el celo de que os vemos animada por la causa de Nuestro Señor Jesucristo, y el deseo de que el universo todo se consagre á su religion santísima. Este es el fin de nuestras más ardientes aspiraciones y de nuestros pastorales cuidados; por lo que no nos cansaremos de excitaros á reanimar cada vez más vuestras fervorosas plegarias para obtener estas gracias, que la misma Santa Iglesia en todo tiempo y más particularmente en los próximos dias santos implora. Nos buscaremos todas las ocasiones de daros testimonio de la

tra Santidad viva muchos años lleno de satisfacciones y gozos.—Smo. Padre.—B. L. P. de Vuestra Santidad su más humilde oveja, que mucho le respeta y ama.—*Juan Pablo Azlor y Pignatelli.*»—A continuación y de la misma letra: «*Nota.* Esta es la carta que escribió Juan Pablo, teniendo once años, en respuesta de un Breve que le concedió con muchas gracias, y así lo certifico para que conste y nadie dude del hecho.—*Yo Juan Pablo Azlor y Pignatelli.*»

especial benevolencia y del paternal afecto con que os miramos, y no nos cansaremos de animaros á que nos proporcioneis motivos para hacerlo así. Y mientras tanto, para vuestro espiritual consuelo y provecho, os damos de todo corazon la bendicion apostólica.

Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 3 de Febrero de 1801, año 1.° de nuestro Pontificado.»

Antes de la firma escribió el Papa lo siguiente: «Añadimos dos líneas de mano propia para darla las gracias por cuanto ha hecho por Nos y por nuestro antecesor, de santa memoria.—Pius PP. VII.»

No creyó haber satisfecho con esto el Pontífice lo que debía á la Duquesa de Villahermosa, y dispuso para ella el regalo que entendió que había de serle más agradable, dada su fe y su piedad: fué éste el cuerpo de Santa Marcelina, mártir, perfectamente conservado y que había sido encontrado en el cementerio de Pristila, en Roma, el 1.° de Mayo de 1801. Provisto de las oportunas auténticas y con los ornamentos correspondientes, llegó éste á Madrid, y por permiso especial del Gobierno se consintió que no fuera registrada en la Aduana la caja que contenía tan sagrado depósito; concesión que el Nuncio no pudo hacer extensiva á otro cajón de libros que también la remitía el Papa, el cual quedó detenido, por no creerse el Ministro de Estado ni el de Hacienda con facultades para sustraerlos del examen de los Revisores Reales y de los del Santo Oficio (1). ¡Concien-

(1) Oficio del Cardenal Cassoni á D. Tomás Martínez Torre, Apoderado y Contador de la Duquesa.—Archivo de Villahermosa.

cia estrecha la de estos Micifús y Zapirones del jansenismo, que teniendo atestadas sus bibliotecas de obras impías, tenían escrúpulos de que pudiesen contener algo contra la fe, libros enviados por el Papa á la Duquesa de Villahermosa por conducto del Nuncio!

II

Parecería natural que con lo referido se considerase satisfecha la caridad de ésta y calmado su vehemente deseo de auxiliar con su fortuna al Vicario de Jesucristo en la tierra y contribuir al mayor esplendor del culto del Dios verdadero; no fué así, sin embargo, que aquella alma noble y generosa no se sació nunca de atesorar bienes para el cielo, debiendo advertir que todas estas liberalidades, las referidas en los capítulos anteriores, así como las que después referiremos, hechas para sostener en Italia á los infelices jesuitas españoles, desprovistos de todo humano consuelo y sin más providencia que velase por ellos que el Padre Pignatelli, las hizo siempre con sus bienes propios y con las enormes rentas de su viudedad foral, sin perjudicar en nada á sus hijos, los cuales tenían ya fortuna propia: el uno con los mayorazgos, y el otro con el patrimonio que debía adquirir á su mayor edad, formado con la enorme masa de bienes libres que había adquirido su padre con los ahorros acumulados en treinta años de ordenada administración.

El mismo año 1801 había remitido la Duquesa á Roma, con independencia de lo referido, 40.000 duros (1), cuya inversión no hemos podido justificar con exactitud, pues la Duquesa aplicó este año con mayor rigor aún su sistema de destruir todo rastro por donde pudieran adivinarse sus caridades, no existiendo cartas de Roma ni de otra parte, por más que en algunas del año siguiente se aluda á ellas; creemos, sin embargo, por la idea vaga que da su hijo en el ligero apunte sobre su vida, que este dinero fué entregado á la *Propaganda Fide* para formar un fondo con destino á las Misiones de Asia y ayudar á la construcción de un templo en Pekín dedicado al Sagrado Corazón de Jesús; creencia verosímil si se tiene en cuenta que, al reintegrarse el Papa á Roma, esta Congregación se encontró sin fondos por habérselos robado los franceses, y que era Prefecto de ella el Cardenal Borgia, muy amigo de la Duquesa, con quien, como Secretario de la misma en la época de los Cardenales Antonelli y Gerdil, estuvo en continua correspondencia, faltando precisamente en el Archivo las correspondientes á este año. Esta suma debió ser un donativo extraordinario, pues hasta la entrada de los franceses en España aparecen, y tenemos á la vista (2), las letras segundas de las giradas periódicamente por la Duquesa á la orden de este mismo Cardenal, y de que se valía para remitir el subsidio con

(1) Véase el libramiento reproducido, que, como los anteriores, justifica la salida de la caja de igual suma.

(2) Archivo de Villahermosa.

Son 800

... con que no había conta-
do la Duquesa, que por completo la ignoraba, hizo que á pesar de esto y de girar las sumas necesarias para la ejecución de los relicarios á Monseñor Capeletti, para que á su vez las entregase á los artífices encargados de la obra, se hiciese pública su piedad y esplendidez.

Por el presente se abonarán a mi tesorería en virtud de este Libramiento, sin mas requisito ochocientos mil Reales vellón los mismos que tiene tomados de ella en virtud de mi orden Dn Tomás Martinez Torre, contador de mi Casa, para darles el curso que le tengo comunicado reservadamente. Madrid treinta y uno de Marzo de mil ochocientos y uno.

Son 800.000 Rs de vn. } La Duquesa de Villahermosa

que todos los años contribuía á tan santa obra.

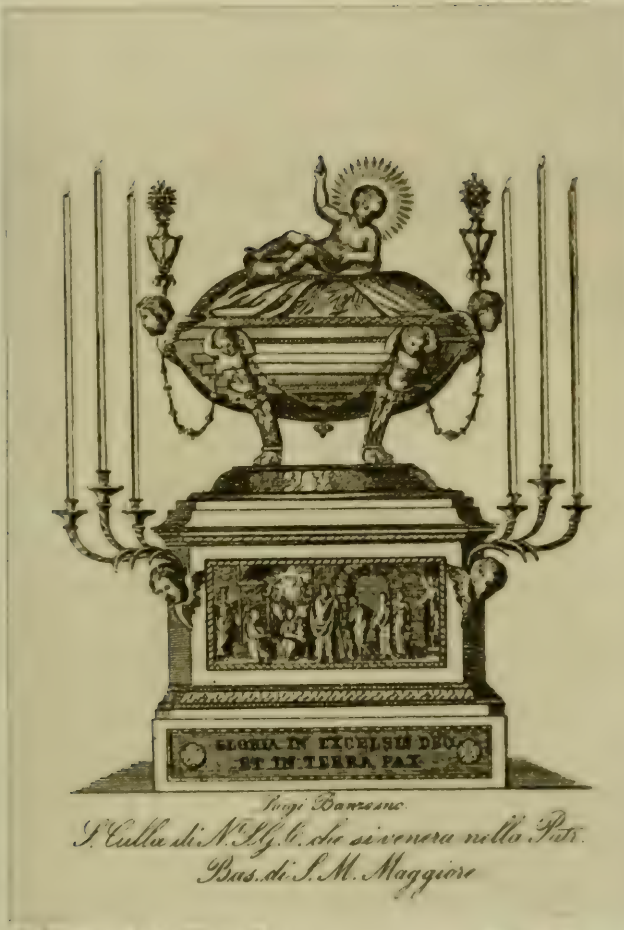
Creado Cardenal el Nuncio en Madrid, Monseñor Casoni, Arzobispo de Perges, fué designado como Ablegado pontificio, para venir á España á traerle la birreta, Monseñor Capeletti, que en nombre de Su Santidad visitó inmediatamente á la Duquesa; quiso saber ésta con todos sus detalles la entrada del nuevo Pontífice en Roma, el entusiasmo del pueblo al ver reintegrado á su Soberano legítimo, y las solemnidades religiosas y civiles que con este motivo se habían celebrado, contristándose grandemente al saber que no habían podido exponerse á la pública veneración, como era costumbre en estos casos, las santas reliquias del *Lignum crucis,* la cuna del Señor y los cuerpos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, por haber sido robados por los franceses los ricos relicarios en que se guardaban y no permitir la penuria de la Iglesia mandar hacer otros nuevos; inmediatamente concibió la Duquesa el proyecto de hacerlos por su cuenta, y comisionó á Monseñor Capeletti para que los mandase fabricar inmediatamente que volviese á Roma, con la condición que sobre esto se guardase el secreto más profundo, autorizándole para decirlo únicamente al Papa y á los Capítulos de las Basílicas donde están las reliquias: una circunstancia con que no había contado la Duquesa, que por completo la ignoraba, hizo que á pesar de esto y de girar las sumas necesarias para la ejecución de los relicarios á Monseñor Capeletti, para que á su vez las entregase á los artífices encargados de la obra, se hiciese pública su piedad y esplendidez.

Viendo los apuros en que se hallaban los Capítulos de las Basílicas y el Tesoro pontificio, Pío VII había por aquellos días encargado á una alta dignidad eclesiástica que explorase la voluntad de los Reyes de España y les hiciese alguna indicación á ver si querían correr con este gasto: habíalo así hecho sin obtener resultado satisfactorio, cuando al poco tiempo de ocurrir esto, súpose en Roma que estaban fabricándose los relicarios y que era una persona de España la que pagaba su importe. Llegó esta noticia á oídos de Carlos IV y de María Luisa, y entróles gran curiosidad por saber quién era ésta, para lo cual encargaron con mucho interés al Embajador de España en Roma, D. Antonio de Vargas, que procurase averiguarlo; no encontró éste otra manera de cumplir su comisión que preguntárselo al mismo Pío VII, el cual, en un momento de efusión y para ensalzar la humildad de la donante, descubrió el secreto, diciéndole que los relicarios se hacían por cuenta de la Duquesa de Villahermosa.

Cuando éstos fueron terminados, al colocar en ellos las preciosas reliquias quiso el Papa recompensar á la Duquesa, y encargándose él mismo del reconocimiento y apertura del envoltorio en que con sellos de Urbano V estaban las cabezas de los Santos Apóstoles, después de mandar expresamente, bajo pena de excomunión, que nadie extrajese el menor fragmento, él mismo sacó una reliquia de cada uno de ellos con destino á aquélla, expresándoselo así pública y solemnemente al Cardenal Antonelli. El Capítulo de San Juan de Letrán mandó fabricar por su cuenta unos her-



Relicarios del LIGNUM CRUCIS *y cabezas de San Pedro y San Pablo regalados por la Santidad de Pio VII a la Duquesa de Villahermosa Dª María Manuela Pignatelli*



Luigi Banzo inc.

S. Culla di N.S.G.C. che si venera nella Patr. Bas. di S.M. Maggiore

Relicario de la Santa Cuna que se venera en Santa Maria la Mayor en Roma regalado por la Duquesa de Villahermosa Dª Maria Manuela Pignatelli

mosos relicarios de bronce sobredorado, copias reducidas de los costeados por la Duquesa, colocando las reliquias en sus pedestales, sellados con las armas del Pontífice; lo mismo se había hecho anteriormente con el *Lignum crucis* y Cuna de Nuestro Señor, cuyos relicarios costeó el Capítulo de Santa María la Mayor, habiendo sido ya remitidos á la Duquesa.

No creyó cumplir con esto el Papa, y el mismo año remitió á ésta la siguiente carta, autógrafa toda ella:

«Pío PAPA VII.—Amada hija y noble señora: Salud y bendicion apostólica. Aprovechamos la ocasion que nos ofrece la próxima marcha de nuestro nuevo Nuncio cerca de esa Real Córte, para hacer llegue á vuestras manos un Breve nuestro que desde hace largo tiempo teníamos preparado, pero que hasta ahora habíamos retenido por no habernos podido dar la seguridad de entregarlo quien se habia encargado de hacerlo. Confiamos seguramente que el Cardenal Borja os habrá significado ya cuánto os hemos agradecido tantas manifestaciones de piedad y religion como de vos hemos recibido, y os habrá expresado lo mismo que os decimos en dicho Breve. El Señor, á cuya gloria con tanto celo y abnegacion os consagrais, no dejará ciertamente de colmaros con sus celestiales preciosos favores como incesantemente se lo pedimos. Rogadle vos igualmente en vuestras fervorosas oraciones aquella divina existencia de que tan necesitados estamos, mientras os concedemos á vos y á vuestra familia la Patriarcal bendicion apostólica con toda la efusion del corazon, proporcionada á la justa estimacion en que tenemos vuestras cristianas virtudes.

Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 3 de Mayo de 1803, año 4.° de nuestro Pontificado.—*Pius PP. VII.*»

III

Con reconocimiento recibió la Duquesa tan valiosas reliquias y las colocó en su oratorio, á donde estaba ya el cuerpo de Santa Marcelina, resolviéndose á llevar á cabo con este motivo el pensamiento, que tenía concebido hacía muchos años, y que había tenido también su marido: el de construir un edificio de nueva planta, digno de la posición social de su hijo y del lustre de su casa, sobre el solar de la antigua morada del Abate Pico de la Mirandola; pensamiento que iba dilatando porque quería que coincidiese con la edad en que sus hijos corrían más peligro de pervertirse en el mundo, para tenerlos de este modo distraídos y ocupados: mandó, pues, trazar los planos correspondientes á D. Antonio Aguado, que había sucedido á Villanueva, su maestro, en el cargo de Arquitecto de la casa, y dióse principio al derribo de ésta en el mes de Abril de 1805, después de haberse trasladado la Duquesa con sus hijos y criados á otra casa propiedad de la Duquesa de Abrantes, en la calle de Alcalá esquina á la del Turco, que hoy pertenece al Marqués de Casa-Riera, y cuyo edificio se ha derribado no há mucho y construído en su lugar uno moderno (1).

(1) Por esta casa pagaba la Duquesa de Villahermosa 44.000 reales anuales de alquiler, sin tener la parte de jardín que da á la calle de Alcalá, que ocupaba el Convento é Iglesia

Pilacca favorevole orationi i
Banc abbisognano, mean
grag famiglia la Parent
Hen: di cuore corrispon
Ische dell Cispiane
Dat. ...

(1) Véase el Apéndice.

Pius PP. VII

Dilecta Filia Nobilis Mulier salutem, et Apostolicam Benedictionem = Approfittiamo dell'occasione, che ci presenta la prossima partenza del Nostro nuovo Nunzio presso codesta Real Corte per far giungere alle sue mani un Nostro Breve, che da lungo tempo era preparato, ma che fin'ora è rimasto presso di Noi, per non aver potuto mantenerci la promessa chi si era incaricato del sicuro ricapito del medesimo. Siamo ben persuasi, che il Card.le Borgia le averà significato, quanto Noi siamo sensibili a tante dimostrazioni di pietà, e di Religione, che abbiamo di Lei, e lo rileverà anche da ciò, che le diciamo nel suddetto Breve. Il Signore alla di cui gloria con tanto zelo, e si indefesso studio si adopera, non lascierà certamente di ricolmarla delli suoi celesti copiosi favori, come incessantemente lo preghiamo. Si compiacia Ella egualmente d'implorarci nelle sue

Pocos meses después, el 5 de Diciembre del mismo año, la Duquesa celebró en familia la ceremonia de colocar la primera piedra de la Capilla, sitio por donde quiso que empezase á construirse el edificio, consignando en el acta que al efecto se levantó que la dedicaba á Dios Nuestro Señor en honor de las Sagradas Reliquias de la Cuna de Nuestro Redentor Jesucristo, que le había remitido la Santidad del Papa Pío VII; de las cabezas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y del cuerpo de Santa Marcelina, mártir, igualmente recibidos del mismo Pontífice: á este acto asistieron sus hijos, su hermano D. Carlos, un hijo de los Vizcondes de la Herrería y los servidores de la casa (1).

La Duquesa llevó á cabo esta obra con los ahorros del Ducado de Villahermosa, pues, como se ha visto, rechazó la renta de éste que se había señalado por el Juez, percibiendo sólo el 10 por 100, por considerar que con ello atendía al sostenimiento de su casa; circunstancia aquélla que quiso que constase en el acta citada, donde dice que la edificación se hacía á expensas y con caudales propios de su hijo primogénito, quedando agregada al Ducado de Villahermosa.

Al mismo tiempo encargó á D. Mariano Maella, pintor muy en boga en aquella época, que pintase el cuadro que debía colocarse en el altar, haciendo que sus hijos ayudasen con sus cálculos, cui-

de monjas llamadas las Baronesas, adquirido y derribado por D. Felipe Riera hacia el año de 1840.

(1) Véase el Apéndice.

dados y vigilancia al Arquitecto Aguado, que prosiguió encargado de la obra, la cual avanzó rápidamente en los años siguientes, debiendo trasladarse á la primera parte terminada, que fué la que mira á la Carrera de San Jerónimo, en los últimos meses de 1807, puesto que allí les sorprendieron los sucesos del año siguiente, que muy en breve referiremos. Entre tanto, vamos á ocuparnos en dar cuenta de lo mucho que hizo en pro de la perseguida Compañía de Jesús, cuya rehabilitación y restablecimiento fué más tarde su más constante anhelo y el mayor de los afanes de su vida.





CAPÍTULO IX

I

Alma tan cristiana y noble, carácter tan desprendido y generoso, no podía menos la Duquesa de ser por completo afecta á la Compañía de Jesús, no sólo por ser ésta una de las instituciones que más servicios han prestado á la Iglesia, sino porque, objeto á la sazón del odio de los Príncipes seculares, la injusticia que con sus individuos se cometía y los atropellos de que eran víctimas, habían de sublevar sus nobles sentimientos y llevar sus simpatías hacia los perseguidos, entre los cuales estaban individuos que tenían su misma sangre.

Niña aún cuando la expulsión, es muy posible que sólo recordase de aquel suceso las lágrimas que vería correr por las mejillas de las Madres Salesas el infausto mes de Abril de 1767 y la ausencia del Monasterio de algún Padre respetable que, con su palabra y sus consejos, la encaminase por

la tierra en dirección del cielo; pero estas impresiones pasaron pronto, y como la mano dura de los golillas de Carlos III sostenía con vigor el silencio de Real orden impuesto por la Pragmática famosa sobre la Compañía de Jesús, de aquí que fueran desvaneciéndose hasta borrarse por completo, sin que se las volviese á evocar el hecho de que, al volver al mundo, fuese á habitar, una vez muerta su hermana, á la misma casa en cuyos salones se habían reunido en secreto las Juntas famosas celebradas para dar apariencia de justicia á una de las más grandes iniquidades que registra la historia.

No es verosímil que en los primeros años de su matrimonio, ni durante su estancia en París, se fijase su atención en los sucesos que á su lado se desarrollaban referentes á la Compañía, ni en la participación de su padre como Embajador en la acción combinada de las cinco Potencias católicas para obligar á la Santa Sede á suprimirla; pues todo esto se llevaría en secreto, cuidando el Conde de Fuentes de que no llegase á su familia, cuya piedad y devoción era conocida, y cuyo afecto á la citada Sociedad, donde él mismo tenía dos hermanos, era público y notorio.

Cuando, indudablemente, conoció toda la verdad de la conjuración tramada contra la Compañía, fué en Turín, al ver por vez primera á su tío el P. Pignatelli, cuyo aspecto le cautivó, y por el que sintió un profundo afecto, que conservó toda su vida.

Nadie como él, siervo de Dios, conocía á fondo y con detalles esta historia; él debió poner ante sus

ojos los medios de que se habían valido los Ministros de Carlos III para su inicua obra; el mal que con ella habían hecho á la Religión y el que se proponían hacer; en fin, todo el misterio de iniquidad que encerraba aquel plan infernal, merced al cual centenares de confesores de la fe sufrían persecuciones inauditas en las ciudades de Italia, y uno tras otro iban bajando al sepulcro lejos del cielo de la patria. Esta relación abrió en el alma de la Duquesa de Villahermosa, sedienta de justicia, un lugar preferente para la Compañía de Jesús, y á partir de aquel momento, no descansó considerando perdido el día en que no podía hacer algo bueno para aliviar la situación de las víctimas inocentes sacrificadas al odio enciclopedista.

Por eso se advierte que, desde que vuelve de la Embajada de Turín, extrema sus manifestaciones de afecto á la perseguida Compañía, logrando arrastrar á su marido por la misma senda, el cual, curado ya de sus ambiciones políticas, sale de la actitud reservada en que había estado toda su vida, protegiendo á los expulsos, pero sin hacer ostentación, y se proclama públicamente adicto á ellos y á su doctrina, pues no otra cosa significa el erigir por público decreto, que comunica á los párrocos y alcaldes de todos los pueblos de sus vastos Estados, como Patrón de su casa á su antepasado San Francisco de Borja, y mandar que á su costa se le haga todos los años una función solemne; y por si esto no fuera bastante, fomenta en la corte el abandonado culto de San Ignacio, y, en unión de la Duquesa de Béjar, costea en la iglesia

de la calle del Príncipe funciones solemnes en su honor, donde se tiene manifiesto todo el día á Jesús Sacramentado, y á donde acuden como en manifestación todos los partidarios de la Compañía en Madrid, y á más reparte ejemplares de las *Meditaciones* de San Pablo, cuya impresión costea, escrita por un Padre de la Compañía de Jesús (1), estampándolo así en la portada.

Nada de esto podía ocultarse á la corte, y nada se le ocultó: mucho antes de morir Carlos III, era la Duquesa señalada como una jesuita resuelta; pero la fama de su virtud, el hacer todas sus manifestaciones dentro de la ley, y, sobre todo, el ser dama de tan encumbrado nacimiento, la pusieron al abrigo de persecuciones que seguramente no hubiera dejado de sufrir de ser otra su condición social.

Es tan cierto lo que decimos sobre lo corriente que era en la corte su afecto á los jesuitas, que no se lo ocultaban á ella misma y hasta se lo decían, sabiendo que no habían de disgustarla. Poco después de muerto el Duque, recogió la Duquesa todos los libros pecaminosos que tenía su marido, que no eran pocos, y otros muchos que á ella le pareció que no contenían nada bueno, y se los remitió al Inquisidor general; al contestarla éste, la decía: «V. E. me ha usurpado la jurisdicción, haciendo una inquisición terrible de su Biblioteca y condenando al fuego los reos: muchos, bien lo me-

(1) El P. Perarnau. La Duquesa hizo una bonita edición, en dos tomos, de esta obra, con una lámina grabada en acero que representa al Apóstol de las gentes.

recen; pero me parece que la sentencia de V. E. ha sido algo severa; sin embargo, si era esa la voluntad del señor Duque (que en paz descanse), no tengo que replicar.

»Los he mandado sacar de los baúles y colocar en estantes reservados, según estilo del Santo Oficio, para discurrir entre ellos en algún rato libre, y darles el olvido que merezcan semejantes escritos, libres, sediciosos y corrompidos, que no sólo pervierten los reinos, sino los corazones.

»V. E., con sus Santos, sus Obispos y con sus J....., lo pasa como una Pascua: eso es lo que yo deseo y que se conserve bien en compañía de los señoritos (1).»

II

Como se ha visto, apenas murió el Duque, todo su afán fué que se autorizase para venir á Madrid á su tío, que estaba en Bolonia, á fin de que se pusiese al frente de su casa y dirigiese la educación de sus hijos; influyó para ello cuanto pudo; interesó á toda la Grandeza; recordó á los Reyes el afecto que su marido les había tenido; pero todo fué inútil: la resistencia del Conde de Floridablanca hizo fracasar sus planes, y la obligó á pensar seriamente en trasladarse á Bolonia á unirse con el Pa-

(1) Carta de Abril de 1794 del Inquisidor general á la Duquesa de Villahermosa.—Archivo de Villahermosa.

dre Pignatelli; la muerte de D. Victorio y la caída de la dinastía en Francia, hicieron que insistiese en su primitivo proyecto de que su tío viniese á España, valiéndose para ello de la influencia que con Godoy tenía su gran amigo el Conde de Fernán-Núñez.

Más afortunada en esta ocasión, consiguió la Duquesa que al fin se permitiese á su tío residir en España, excepto Madrid; pero como había dado estos pasos el Conde de Fernán-Núñez sin consultar al principal interesado y ni aun á ella misma al principio, hubo necesidad de ponerlo en conocimiento del P. Pignatelli, cosa que hizo el mismo Conde, amigo cariñoso de ambos. Los borradores de las dos curiosas cartas que á continuación publicamos, y que han aparecido entre los papeles de la Duquesa, nos revelan esta circunstancia. Dice así la carta primera:

«*Excmo. Sr. Duque de la Alcudia.*—Mi estimado dueño y amigo: Hasta hoy no he podido ver á la interesada, que queda penetrada de reconocimiento y llena de gozo y de esperanza. Ambos pensamos que la exclusión de Madrid, donde está establecida la casa y adjuntos, es una cosa que dificulta mucho el pensamiento y fin principal. Por otra parte, viniendo solo el mayor D. Joseph, que es el que es útil, y no yendo éste á corte, sitios ni visitas, no puede haber inconveniente en que asista en su casa á su sobrina. Como quiera, habiéndose dado estos pasos preparatorios únicamente por la Duquesa y por mí sin saber el modo de pensar de D. Joseph, que estando allá tranquilo y bien visto no sabemos cómo pensará, hemos resuelto escribirle el martes, para no dar un paso en falso, y esperar su respuesta para obrar. Entre tanto, buscará V. E. modo

de arreglar esto de Madrid, en que no puede dejar de conocer hay inconveniente en los términos dichos. En su bondad y buen corazón descansan las esperanzas de la felicidad de nuestras familias.

Sigo mi convalecencia, pero lenta. De todos modos, será de V. E. fino y verdadero amigo, *Fernán-Núñez.*—Madrid 17 Enero 1795 (1).»

Escrita esta carta á Godoy, Fernán-Núñez dirigió al P. Pignatelli la siguiente:

«Amigo y querido mío: Después de una feliz navegación y viaje de tierra hasta Madrid, de que estás instruído, y de una recepción la más cumplida en la corte, empezaron mis trabajos en Madrid, cuyo clima me es siempre poco favorable.

Pillé un resfriado en la friísima Capilla de Palacio el día de las honras de Carlos III, que quiere decir el 14 del pasado. Desde entonces sólo he salido dos días de casa, que fueron el día de la llegada del Rey á la corte y la mañana siguiente; pero tuve que volverme á encerrar, y siempre he estado padeciendo de la bilis, de una obstrucción en el hígado é hinchazón de piernas y muslos, con grande inapetencia y desazón interior. Con todo, gracias á Dios, voy mejor, y salgo por la mañana en coche para dar un paseo, lo que, á la verdad, me hace provecho. Dicen es necesario tiempo y paciencia: ésta, á Dios gracias, no me falta; pero la estación ayuda poco y estamos metidos entre nieve como si estuviéramos en Jaca. No obstante, en medio de mis males he pensado, como deseo, en

(1) Borrador de una carta del Conde de Fernán-Núñez al Duque de la Alcudia: 17 Enero 1795.—Archivo de Villahermosa.

aliviar lo posible á mi amiga la santa Duquesa, que agobiada con el peso del gobierno de su casa y de la educación de sus hijos, trabaja, como puedes considerar, echando siempre de menos un apoyo que la alivie y ayude á llevar una carga tan pesada, y que la viveza de su imaginación, que conoces, no le hace ciertamente más ligera.

Conociendo yo esto, y sabiendo con cuánta razón mira en tí su única esperanza y consuelo en esta parte, y los pasos que dió luego que murió el Duque para pasar á tu residencia, á fin de reponerse enteramente en tus manos, pensó mi amistad haría á la madre y á los hijos el mayor servicio en procurar vinieses á Madrid á vivir en su casa y ayudarla en sus primeras obligaciones. Creí que el primer paso debía ser explicarme confidencialmente con el Duque de la Alcudia, á quien debo favor y amistad, para explorar su ánimo y ver en qué términos podía establecerse la pretensión con seguridad de conseguirla.

De las tres cartas que le he escrito y á que me ha respondido, resulta que desea complacerme; pero que en los términos en que únicamente cree poderlo hacer, es enviando una licencia (al parecer temporal) para venir á España, fundada en el motivo consabido de la asistencia de tu sobrina y sus hijos, ínterin necesitasen de ella. Esta licencia no podría ser para Madrid, sino para Valencia ó Zaragoza, donde tienen Estados y podrían estar establecidos con comodidad. Mira como indiferente la venida de uno ó de los dos hermanos. Bien ves que lo que en todo esto manifiesta claramente es el gran miedo de abrir la puerta al regreso de los exclaustrados, pues serían infinitos los que, venido uno, alegarían motivos para seguirle. Así, pues, sólo halla el medio término de una licencia limitada, por el mismo objeto que da motivo á ella; pero puesto una vez en España, las prórrogas serían fáciles y la permanencia segura. Lo mismo es probable sucediese por lo que mira á la venida á Madrid, para donde acaso podría conseguirse, estando en Zaragoza un tácito permiso, que sería sufi-

ciente para nosotros, y que no tendría el inconveniente, que se quiere evitar, de hacer el ejemplar para otros de tener licencia expresa para venir á la corte.

Este es el estado en que se halla en el día el asunto, cuyos primeros pasos, meramente exploratorios, pero indispensables para dirigirle bien, he dado aun sin conocimiento de la Duquesa, respecto de que á nadie se comprometía en ellos. Llegado á este estado, fué preciso hacérselo saber todo, como lo es también antes de pasar adelante el que te halles instruído, y nos hagas saber tu positiva voluntad, en virtud de la cual se pasará ó no adelante. Es preciso, pues, que enterado de todo nos digas clara y positivamente: primero, si te resuelves á venir por acá en los términos dichos; segundo, si exiges absolutamente sea en compañía de tu hermano ó bien solo, que sería, como conoces, lo más conveniente para todos, no dejándonos absolutamente ningún género de dudas, para que podamos desde luego concluir ó abandonar el proyecto.

Hago todas estas reflexiones para que, examinándolas por tu parte resuelvas con el conocimiento debido.—*Fernán-Núñez.*»

No quiso Dios que recibiese éste la contestación de tan nobilísima carta: pocos días después de escrita agravóse su dolencia, y los médicos declararon ser ésta mortal; apercibióse de ello el Duque, y tranquilo y sereno se dispuso á morir como cristiano, siendo la edificación de cuantos le rodeaban. Cuando agotados, al empezar la noche, los recursos de la medicina, estaba ya en la agonía; aclaróse un poco su inteligencia, algo perturbada, y preguntó qué hora era: «La última de vuestra vida,» contestóle el religioso que le recomendaba el alma; entonces Fernán-Núñez, incor-

porándose en el lecho, exclamó con voz clara y serena: «Ya sabía yo que mi Dios no me dejaría morir sin que le dijese:—En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» y al terminar estas palabras espiró (1).

III

Negóse el P. Pignatelli á abandonar á Bolonia, donde era la providencia, no sólo de sus hermanos, sino también de los sacerdotes y nobles franceses emigrados, á los que socorría con abundantes limosnas en dinero que le remitía su sobrina y de que más adelante hablaremos; negativa racional y lógica, si se considera el espíritu de abnegación y sacrificio de que estaba dotado el siervo de Dios, y lo intenso de su amor por su madre querida la Compañía de Jesús, que en aquellos momentos empezaba á levantarse del sepulcro á donde la habían arrojado sus enemigos.

Es muy posible que si á la muerte del Duque se hubiese alcanzado el permiso de regresar á España, lo hubiera aceptado por complacer á su sobrina, á la que quería entrañablemente; pero en 1795 la situación del instituto había variado, y aunque tenue, veíase ya en el horizonte una luz que anunciaba la proximidad del astro brillante que poco después había de aparecer en el horizonte

(1) Fr. Facundo Labaig. Oración fúnebre en las honras del Conde de Fernán-Núnez.

para seguir haciendo bien al mundo al servicio de la Iglesia. Porque hay que considerar que el siervo de Dios fué sobre todo y ante todo jesuita, poseyendo de tan admirable y providencial manera el espíritu de San Ignacio, para transmitirlo, de la generación que le había educado á él antes de la tormenta, á la que él educó cuando lo fuerte de ella había pasado, que entiendo no hay ejemplo igual entre sus hermanos.

Leyendo las vidas de aquellos mártires que sufrieron persecución por la justicia, que arrojados de su patria ingrata habían de vengarse noblemente defendiéndola con obras inmortales, y que murieron con los ojos y el corazón vueltos á su querida España, adviértese que hay entre ellos sabios mayores que el P. Pignatelli, teólogos más eminentes y quizá hombres de mayores austeridades y penitencia; pero no hay ninguno que posea en grado tan eminente el espíritu de abnegación y sacrificio, el amor á su instituto y la fe inconmovible en su rehabilitación futura, unido todo á una ciega obediencia á las órdenes del Vicario de Jesucristo en la tierra: por eso, cuando le notifican que la Santa Sede ha suprimido la Compañía, dobla la cabeza con humildad; en el acto abandona la sotana querida, que casi puede decirse que recibió en la cuna; viste el traje entre noble y eclesiástico que usaban los abates en aquel tiempo, y arregla su vida á lo que debe ser la de un sacerdote caballero lleno de temor de Dios y de amor á sus hermanos; pero en cuanto ve que por un hecho providencial la Compañía continúa viviendo legal y tácitamente, y la Santa

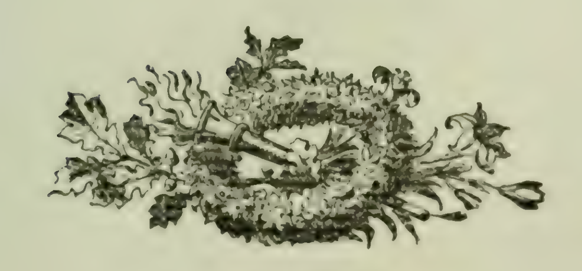
Sede lo reconoce así, y puede, sin ser tachado de desobediencia, vestir su antiguo traje, signo aún de persecución y de infamia entre los poderosos, vuelve á él y con él continúa hasta su muerte.

A más de este hecho, que había ocurrido ya cuando la Duquesa obtuvo el permiso para que regresase á España, es indudable que influyó en su negativa á hacerlo los trabajos que en aquel momento estaba llevando á cabo para el restablecimiento en Parma de la Compañía á instancia del Duque, que ya los Soberanos, ante la lección tremenda que les daba la Revolución francesa, temblaban en sus tronos, temiendo que sobre ellos pesase la justicia de Dios, como había pesado sobre el que más había pecado. No debió tampoco ser ajena á ella el deseo de no abandonar á sus hermanos en religión, que tanto necesitaban de él y del prestigio de su persona y nombre.

Resignóse la Duquesa y continuó en correspondencia con su tío, consultándole todos los asuntos graves y no emprendiendo obra alguna importante sin su consejo y aprobación. Pérdida irreparable es para esta historia el que aquélla quemase toda esta correspondencia en los días en que los franceses entraron en Madrid: por ella se sabrían muchas cosas que sólo se presumen, y se haría la luz sobre hechos relacionados con el período que antecedió á la revocación del Breve de supresión de la Compañía de Jesús, que se dió muchos años después de los sucesos que estamos refiriendo, y cuando nuestra patria había pasado por trances dolorosísimos, participando de ellos la misma Duquesa, á quien Dios tenía aún reservadas grandes

tribulaciones que habían de lacerar su corazón de cristiana, de española y de madre (1).

(1) Esta quema de la correspondencia del P. Pignatelli con su sobrina es tradicional en la casa de Villahermosa: nosotros, sin embargo, dudamos de ella, pues la correspondencia no es verosímil que contuviese nada que justificara esta medida; pero como entre los papeles de la casa ducal no se encuentra rastro de estas cartas, nosotros suponemos que fueron entregadas ó por la Duquesa al P. Monzón, encargado de escribir la vida del siervo de Dios, después de su muerte, ó por el Duque, algunos años más tarde, á la persona que iba á escribir el elogio histórico de su madre, á que aquél se refiere al final de los apuntes sobre la vida de la misma; inclinándonos á esto último, pues no es verosímil que si el P. Monzón hubiera recibido tan precioso depósito no se supiera de él.





CAPÍTULO X

I

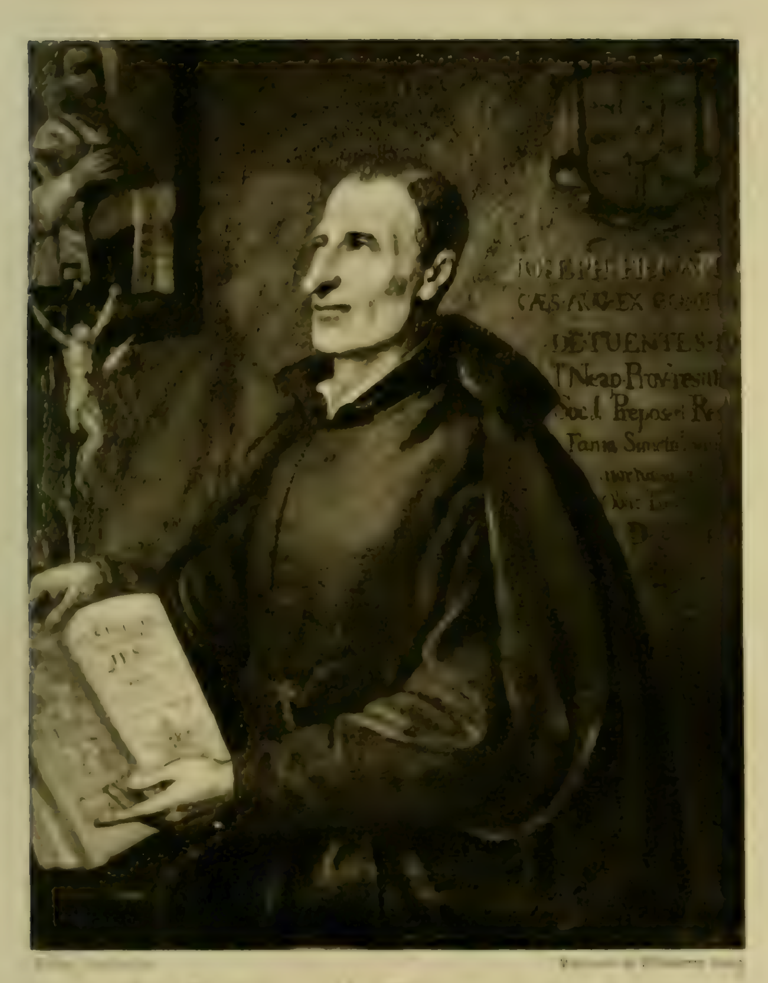
La entrada de los franceses en Italia alejó á gran parte de los expulsos de Bolonia; el Gobierno español los autorizó para que fijasen su residencia donde lo tuviesen por conveniente, pagándoles tarde y mal la mezquina pensión que les había señalado: ésta fué la época en que sufrieron más, pues los alimentos y viviendas subieron de precio, y era peligroso morar en las pequeñas ciudades. El P. Pignatelli, de orden de su sobrina, acudió á esto, y donde sabía que había un jesuita necesitado, al momento recibía el correspondiente socorro; pudiendo afirmar que por mucho tiempo estuvo dando pensiones mayores que las que daba el Gobierno, y sustituyéndole en la obligación de mantener á los expulsos, cuyo número iba disminuyendo considerablemente la muerte, encontrándose ya viejos los que, al salir de España, acababan de profesar.

Dispersa la grey de Bolonia después de la entrada de Napoleón, y quedando muy pocos jesuitas en la ciudad, el P. Pignatelli se trasladó por algún tiempo á Nápoles, en la apariencia para imitar á su hermana la Condesa de Azerra, virtuosísima señora que compartía con su sobrina la Duquesa de Villahermosa la noble misión de amparar á los expulsos; pero en realidad para enterarse de las disposiciones de la corte sobre el restablecimiento de la Compañía: nada hizo por el pronto, porque las dificultades eran aún grandes; pero adquirió el convencimiento de que los Reyes lo deseaban y de que la corte de España haría cuanto fuese posible para impedirlo.

Antes de salir de Bolonia, había hecho el Padre Pignatelli su agregación á la Compañía establecida en Rusia. Acto muy significativo fué el que, amando tanto á su religión, tardase en dar este paso, lo que demuestra su profundo acatamiento al Pontífice y sus escrúpulos de hacerlo hasta que adquirió la evidencia de que era grato á la Santa Sede, el que no se hubiese promulgado en aquellos países el Breve de extinción, puesto que después de veinte años consentía, y con su silencio tácitamente autorizaba, el que la Compañía funcionase allí legalmente.

II

Por aquellos días veíase en toda Italia un movimiento muy acentuado en pro de la Compañía:



R. P. José M.ª Pignatelli de Aragon

el Gran Duque de Parma había entregado su Seminario de nobles á los Padres, y aunque no vestían la sotana ni tenían la organización de las Constituciones, sabían el modo de pensar de todos, y con gran solemnidad se celebraban las fiestas de los santos de la Orden, asistiendo la corte de toda gala á las de San Ignacio, San Luis Gonzaga y otras que hacía largos años habían sido proscritas, y considerado grave pecado contra el Soberano el realizarlas; á más, la Compañía tenía oficialmente una autoridad en la persona del Padre Luis Panizzoni, que acababa de llegar de Rusia, nombrado, por el Padre General, Vicario provincial de los antiguos profesos que iban agregándose, en sustitución del P. Menarats, en 1796, en el Convictorio de San José de Parma.

De vuelta de Nápoles, paró poco en Bolonia el P. Pignatelli; las guerras habían alejado á casi todos los jesuitas, y no había ya en quién emplear su ardiente caridad: unióse entonces en Parma á sus hermanos, empezando una vida de austeridad y penitencia que fué asombro de cuantos la presenciaron.

Ocurridos los sucesos de Roma y la prisión del Pontífice, que hemos relatado ya, vióse al P. Pignatelli abandonar su retiro y trasladarse á Florencia á visitar á Pío VI: celebró con éste algunas entrevistas con el mayor secreto, y volvió á Parma, donde poco después abre la primera Casa de novicios, siendo nombrado Maestro de ella. Mucho se ha discurrido sobre lo que se trató en esta conferencia entre Su Santidad y el P. Pignatelli: para mí, es indudable que no tuvo por objeto el en-

tregarle donativo alguno de su sobrina, pues ésta, con muy buen sentido, se había valido del Cardenal Lorenzana, que por su posición y el estar al lado del Pontífice, era medio más fácil y pronto para ello, y así lo afirma el hijo de la Duquesa, que debió oírselo á ella misma. El objeto de dicha entrevista debió ser tratar con el Santo Padre de las cosas de la Compañía, adquiriendo el convencimiento de que ésta era grata á Su Santidad y de que estaba resuelto á restablecerla en cuanto lo permitiesen las circunstancias, aconsejándolo así á su sucesor, caso de que él falleciese; y esto explica el por qué después de esta visita trabajó con ardor incansable por abrir el Noviciado en Parma, el cual no había podido establecerse, á pesar de hacer tres años que estaba autorizado, por la dificultad que había creado la condición de que los novicios habían de ir á Rusia á hacer sus votos.

III

A partir de esta época empieza el período más importante de la vida del P. Pignatelli: hasta entonces había ocupado su actividad y sus recursos, con la ayuda de su sobrina, en sostener, cuidar y dar protección á la generación de jesuitas que desaparecía después de sufrir con valor heróico las injusticias de los hombres; desde ahora va á dedicarse con el mismo auxilio á formar la nueva generación de hijos de Loyola, siendo el lazo que une á las dos, transmitiendo á ésta el espíritu de

aquélla para que, al venir la resurrección que ya presentía y que Dios sólo le consintió ver desde el cielo, apareciese la Compañía tal como la creó su santo fundador, tal como quiso que fuese y tal como será, mientras Dios disponga que exista en el mundo.

Retirado en el Convictorio de San Roque, preocupábale mucho un peligro que vió para la Compañía de Jesús; peligro gravísimo y al cual daba él, y con razón, grande importancia. En los últimos días que estuvo en Bolonia presentóse ante él un joven deseando hablarle: no le extrañó esto al siervo de Dios, sino que el tal vestía la sotana característica de la Compañía; explicó el hecho el desconocido diciéndole que tenía el permiso tácito de Su Santidad, á quien había visto en Siena y á quien había hablado del proyecto de fundar una Sociedad basada sobre las Constituciones de San Ignacio, preparando á los novicios para que no se viese desprovista la Compañía de personal el día en que se restableciese, y practicando hasta tanto la vida y las obras de caridad que hacían antes los jesuitas, y que el Pontífice había elogiado el proyecto concediendo los privilegios determinados por siete años.

Hizo el P. Pignatelli al joven, que dijo llamarse Nicolás Paccanari, algunas preguntas sobre sus proyectos y modo de entender y practicar las Constituciones, y oyó de sus labios que habían introducido en ellas varias innovaciones; en el acto le dijo, que ni él ni los suyos eran ni serían jamás jesuitas, porque los verdaderos jesuitas, añadió, respetan hasta la última jota y tilde del instituto.

Siguió adelante Paccanari en su proyecto, y el gran vacío que los Padres habían dejado por un lado, y por otro el temor que tenían los Príncipes de que sus pueblos se corrompiesen y los llevasen al trance de Francia, hizo que tanto el Rey de Nápoles como la Archiduquesa María de Austria le protegieran ampliamente, y que la Compañía de la Fe de Jesús, que tal fué el nombre que adoptó, aumentase en adeptos. En vista de esto, recomendóle el Pontífice que se fusionase con otra Congregación semejante establecida en Viena, con el nombre del Sagrado Corazón de Jesús, puesto que el fin de ambas era el mismo: el preparar sujetos idóneos para cuando la Compañía de Jesús se restaurase; obedeció Paccanari y se llevó á cabo la unión con el nombre que él había dado á la suya, dirigiéndose en vista de esto al P. Panizzoni para que los agregase á la Compañía de Rusia.

En todo esto vió el siervo de Dios un peligro para su querida Compañía de Jesús: por un lado, las nuevas generaciones que se iban á formar alteraban la obra de su fundador y no estaban inspiradas en su espíritu: era un cuerpo sin alma lo que iba á salir del sepulcro el día de la resurrección; por otra parte, la Compañía había sido suprimida, no porque se hubiera corrompido ni porque se hubiera apartado del objeto principal para que había sido fundada por San Ignacio, ni porque se hubiera relajado la observancia de las Constituciones, sino porque así lo habían exigido á la Santa Sede, poco menos que con las armas en la mano, cinco Estados poderosos. Si la Sociedad nueva que se formaba se infiltraba en la Compañía

y llevaba á ella su personal, sus prácticas y su espíritu, podría decirse, y seguramente se diría, que ésta había sufrido una reforma que, como otras Ordenes religiosas, la Santa Sede había tenido que volverla á su antigua observancia, lo cual era un agravio á la memoria de aquellos hermanos suyos, cuyos huesos llenaban los cementerios de Italia, muertos algunos en cárceles y en presidios, y hasta en el patíbulo, que después de ser inmolados por sostener la integridad de los votos que habían pronunciado, iban á ver escrita su deshonra sobre la losa de su sepulcro.

Ilustrado indudablemente por el P. Pignatelli, é inspirado por Dios, el P. Panizzoni negó la agregación que se solicitaba, y la obra de Paccannari, como cuerpo sin alma, se disolvió sin dejar otra cosa que la historia de una tentativa más de la vanidad humana para elevarse á alturas á que sólo llegan las almas escogidas por Dios, dirigiéndose por caminos contrarios al seguido por el fundador de la Compañía de la Fe de Jesús.

Estos hechos le aferraron más y más en la idea que tenía de la gran necesidad de contrarrestar la acción de los hermanos de la Fe, que, con muy buena intención y deseo, podían perjudicar la causa de la Compañía, recogiendo todos los elementos de ésta dispersos por Italia, y creando con ellos un noviciado donde se formaran jóvenes inspirados en el verdadero espíritu de San Ignacio, que continuaran la tradicion de éste y fueran al instituto lo que á los campos la nieve que cae en las montañas y se une al pequeño montón del año anterior que ha quedado sin fundirse en un replie-

gue del terreno, defendido de los ardores del verano. Resuelto, pues, á poner por obra su pensamiento, aprovechó la gran amistad que le unía con el Duque de Parma para conseguir un antiguo Convento de dominicos, abandonado de sus moradores, en la residencia real de Colorno, y una pequeña pensión del Erario: poco era esto; pero el P. Pignatelli confió, sin embargo, en Dios nuestro Señor; en la inagotable caridad del Duque, cuyo amor á la Compañía no reconocía límites, y en el auxilio de su hermana y sobrina, á quien, sin duda, comunicó su proyecto. Cuando todo estuvo arreglado y corriente, recogidos los antiguos expulsos y prontos los jóvenes que aspiraban á vestir la sotana, pidió al General indicase la persona que debía tomar la dirección de aquella casa.

Grande fué el asombro, el terror y la confusión del Padre, cuando sus Superiores le designaron á él mismo. «Yo maestro de novicios—decía;—pero si no sirvo, si he vivido largos años fuera de la Compañía y he perdido su espíritu, ¿cómo he de formar jóvenes que le tengan?» é intentó con apremiantes súplicas que le libraran de carga tan pesada, que su humildad reconocía superior á sus fuerzas. Tuvo, al fin, que resignarse y por obediencia aceptar el cargo, que desempeñó con prudencia tan exquisita y con sujeción tal al espíritu y reglas del instituto, que seguramente no fué superado nunca en ninguno de los noviciados de la Compañía, ni aun en las épocas de mayor fervor y austeridad.

IV

Durante estos años fué cuando presenció asombrado Colorno el espectáculo de su santa vida y de sus eminentes virtudes; no hay pluma que pueda describir con exactitud aquella abnegación completa en pro de los demás; aquella caridad nunca saciada; aquel levantarse antes del amanecer, y después de pasar largas horas en oración, ordenar lo necesario para el buen régimen de la casa, y marchar al hospital á visitar á los enfermos, á la cárcel á moralizar á los criminales, á la escuela á enseñar á los niños, y luego lleno de lodo y aterido de frío unas veces, abrasado otras por un sol de fuego, recorrer las casas de los pobres agonizantes, visitarlos amorosamente, dejándoles ración abundante de pan del cuerpo y de pan del alma, para que llevasen con paciencia sus trabajos, y volver después al noviciado para emplearse en los oficios más viles, sin aceptar nunca nada que fuese regalo al cuerpo ni recreo ó descanso. Y todo esto hecho con una sonrisa angelical, ocultándolo en lo posible, no dándole importancia alguna y edificando con su ejemplo á sus novicios, para quien tenía cuidados y desvelos, sobre todo en sus enfermedades, que no hubieran sido igualados ni aun por la más cariñosa de las madres: pero dejemos hablar á un testigo presencial que vivió en Parma en el Colegio de San Roque, donde residía el P. Pignatelli:

«No recordaré los actos de aquella religiosa piedad que eran comunes á todos los que se gloriaban de seguir su primer instituto, ora en el predicar y en el asistir á las congregaciones, ora en el visitar los hospitales y oir las confesiones de los moribundos. Pero nunca podré olvidar cuanto de extraordinario me parecía descubrir en la persona del P. Pignatelli.

»Vile muchas veces en oración en la capilla pública y en la capilla privada; y si no temiese demasiada presunción de mí mismo en atribuirme un conocimiento que apenas puede encontrarse en el que posee la experiencia práctica de la vida cristiana, aseguraría sin reparo que se me presentaba absorto en la contemplación de las cosas celestiales. Estaba siempre arrodillado en el desnudo suelo, sin apoyo alguno; los ojos casi inmóviles y fijos en el altar donde estaba el Santísimo Sacramento; los brazos ya extendidos, ya cruzados sobre el pecho, manifestando en su semblante los interiores afectos de su corazón abrasado, sin distraerse por cualquier objeto exterior que se le pusiera delante.

»El sacerdote que hacía de sacristán me confesó que le tenía en opinión de santo, y que casi siempre le veía en la iglesia por muchas horas con una devoción del todo singular y que se aproximaba al éxtasis; y esto tanto, que le movía á veneración cuando le veía orando, y á amor cuando con él conversaba. Era afable y cortés en su trato, humilde en sus palabras, tranquilo y paciente en escuchar á los demás; resplandecía la moderación y la prudencia en sus consejos, la ciencia y la doc-

trina en la solución de las dudas en materias teológicas y en las controversias que yo mismo expresamente promovía.

»Como era el señalado para explicar el catecismo en la ciudad, veíase rodeado de un numeroso concurso del pueblo, que se apiñaba para escucharle, y mi criado, que fué muchas veces oyente suyo, me hablaba de él con gran elogio.—Estoy persuadido que no sentirán de otra manera que yo cuantos hayan conocido en Parma al P. Pignatelli, en donde era muy común el concepto de su santidad (1).»

Hechos hay en su vida por este tiempo, ocurridos y contados por testigos presenciales, que demuestran que el Señor, en pago de estas virtudes, concedió á su siervo sobrenaturales mercedes.

Como sucede muchas veces en el mundo, los desvelos del P. Pignatelli en el hospital, así como los del sacerdote Faviani que le secundaba en tan santa tarea, en vez de ser agradecidos, eran para ambos motivos de contrariedades y disgustos; refiere este último que con frecuencia se querellaba de ser tan mal correspondidos sus trabajos; quejábase de esto cierto día al siervo de Dios, manifestándole éste que lo llevara todo con paciencia, y oyó una voz que le decía: «¡Oh, hombre de poca fe! Haz lo que puedas y hazlo por la gloria de Dios y sostenimiento de este hospital, dejando todo lo demás en manos del Señor; entre tanto, dí-

(1) Carta del noble eclesiástico Marqués D. Mateo Ordoño de Rosales al P. Mozzi: Milán 2 de Agosto de 1812.—Padre Monzón.

gote, para tu consuelo, que Este se ha dignado hacer saber á esa alma que cuantos hasta hoy han muerto en este hospital se han salvado.»

Encontróse el P. Pignatelli un día con cierto joven alegre, vigoroso y como de treinta años, y mirándole de hito en hito le mandó que inmediatamente fuera al hospital y se acostase; protestó éste de que se encontraba muy bueno y nada le dolía; insistió con dulzura el jesuita, y el joven, que le respetaba mucho, accedió por complacerle. Al día siguiente fué el siervo de Dios al hospital, exhortó al joven á que se confesase y dispusiese para la muerte; atemorizado éste, á pesar de sentirse bien, hizo lo que el Padre deseaba, y poco después era acometido de unas calenturas tan malignas, que espiró casi de repente.

Escándalo de Colorno era otro joven de vida muy relajada y disoluta; á las puertas de la muerte le instaba su madre para que se confesase; contestó con blasfemias, así como á varios sacerdotes que acudieron á ver si podían reducirle, poniéndose más furioso cuantas más eran las instancias que se le hacían para que cuidase de su alma: en trance tan apurado y conociendo la fama de santidad del P. Pignatelli, llamáronle y le encomendaron el negocio; entró éste en la alcoba del enfermo; encerróse con él, y á los pocos instantes el contumaz impenitente se transformó por completo, confesándose con gran contrición, siendo de admirar que habiendo curado de aquella enfermedad, abandonó su anterior vida y fué en adelante modelo de cristianos. Cada vez que de esto se hablaba, decía únicamente: «¡Oh gran santo es mi P. Pignatelli!»

Las maceraciones de su carne serían increíbles si no dieran fe de ellas los que con él vivieron, y el número inverosímil de objetos de hierro, cuerda y cerda que tenía y usaba para mortificarse, hasta derramar sangre en abundancia. Su alimento era tan escaso, que sólo se contentaba con un poco de café ó chocolate por la mañana, y unas sopas por la noche, no consintiendo nunca, desde que había vuelto á la vida de religioso, en comer en las muchas casas donde le invitaban, ni con el Duque soberano que mostró singularísimo empeño repetidas veces.

Amaba mucho á las otras Ordenes religiosas, pero con singular predilección á la de Predicadores, encomendándose siempre á Santo Domingo de Guzmán, á quien constantemente pedía inspiración y auxilio en todos los trances de su vida; visitaba de continuo á los dominicos de San Esteban, y éstos frecuentaban tanto el noviciado que no parecían sino una sola familia, alegrándose con sus satisfacciones y llorando mutuamente sus dolores; cuando había alguna festividad en Colorno acudían los Padres para ayudar á los jesuitas, y cuando la festividad era en San Esteban el P. Pignatelli enviaba á los novicios para que los sirviesen. En la festividad de ambos fundadores alternaban ambos panegiristas, y por mucho tiempo un dominico cantaba las glorias de San Ignacio el 31 de Julio, y un jesuita las de Santo Domingo el 4 de Agosto.

En una ocasión refiere el P. Nonell, de la Compañía de Jesús, que teniendo que ir de Parma el Padre que debía predicar el panegírico de Santo

Domingo en San Esteban, pocos días antes de la fiesta cayó enfermo, y enviaron el aviso con un propio á Colorno al P. Pignatelli, que no lo recibió hasta la víspera de ella; llamó al P. Fortis y le refirió lo que le pasaba, rogándole que supliese al predicador, porque no tenía ánimo para dejar sin panegírico la solemne función de los Padres dominicos, especialmente después que ellos, pocos días antes, se habían prestado con tanta amabilidad y amor á festejar á San Ignacio.

El P. Fortis no pudo menos de alegar algunas razones para declinar el compromiso. «A pesar de todo, le dijo, si vuestra reverencia juzga diversamente, estoy pronto á cargar con este peso, con tal que me lo imponga por obediencia, de cuya virtud recibiré, de seguro, el poder y saber lo que sin ella sería temeridad prometerme.» Díjole entonces el P. Pignatelli: «Sí, sí: id en nombre del Señor y nada temáis.»

Al día siguiente predicó el P. Fortis un panegírico que fué asombro y admiración de cuantos le oyeron; apresuráronse los Padres dominicos, con el Duque soberano de Parma, que estaba presente, á felicitar al orador, apenas hubo espacio para ello; pero atajó éste sus alabanzas diciendo que se las dieran al P. Pignatelli, á cuyas oraciones se debía el éxito de su sermón, pues él no se había preparado ni sabía lo que había dicho, siendo todo improvisado, refiriéndoles entonces lo ocurrido en el día anterior.

Estas festividades en que comían unidos los religiosos de ambas Ordenes servían al P. José para ejercer un acto de humildad, pues fundado en que

él apenas probaba bocado, servía los manjares á los dominicos en el refectorio, á pesar de la resistencia de éstos, que se mostraban avergonzados y le rogaban desistiera de esta manifestación que admiraba á todos, no sólo por lo que en sí significaba, sino por la naturalidad con que la llevaba á cabo.

La muerte, supónese que por envenenamiento, del Duque D. Fernando de Parma, al cual las sociedades secretas no podían perdonar la gloria de haber sido el primero de los Príncipes que restauró y sostuvo en sus Estados la Compañía de Jesús, colocó en gran aprieto al noviciado de Colorno, pues faltó la pensión con que se mantenía la casa; no desmayó por eso el P. Pignatelli: puso su confianza en Dios, y éste, valiéndose de la Condesa de Azerra y de la Duquesa de Villahermosa, acudió con recursos sobrados para sostener la casa.

V

Había ocurrido lo referido en Colorno desde 1798, en que aquél abandonó á Bolonia, hasta 1803; en este año Pío VII llamó de Rusia á un jesuita que, con gran contento de todos los buenos y alboroto é indignación de los contrarios, llegó á Roma sin ocultarse, vistiendo la sotana de la Compañía, diciendo misa en el altar de San Ignacio del Gesu, y alojándose en la Legación de Rusia, desde donde pidió audiencia á Su Santidad, recibiendo y devolviendo las numerosas visitas que

se le hicieron, pues lo más notable de Roma acudió á su casa á darle la bienvenida. Era éste el P. Cayetano Angiolini, el cual, antes de partir de Rusia, rogó al P. Prepósito Gruber nombrase Provincial de Italia al P. Pignatelli; vaciló un tanto el General temiendo que los encontrados caracteres de un español y un italiano dificultaran la unidad que debía reinar en un negocio tan grave como el del restablecimiento de la Compañía; pero tales seguridades recibió de Angiolini y tal era la fama de virtud del P. José, que se hizo el nombramiento con asombro y confusión del interesado, cuya profunda humildad le llevaba siempre á considerarse inútil para los cargos que después desempeñaba con tan exquisita prudencia y admirable acierto.

Este nombramiento que la edad y los achaques del P. Panizzoni hacían necesario, lo ejercitó el P. Pignatelli en Colorno, donde tuvo la satisfacción de saber que en Roma todo el mundo estaba asombrado de una cosa que él sabía hacía ya largos años, cual era que la Santa Sede consideraba útil á la Iglesia la Compañía de Jesús, y que su restablecimiento era sólo cuestión de tiempo y de oportunidad para hacerlo con el menor número de dificultades posible; y bien dió de ello público testimonio Pío VII en la audiencia primera en que con toda solemnidad recibió al P. Angiolini, dándole el nombre de PADRE PROCURADOR GENERAL.

Por estos días acaeció al P. José un gran trabajo: su hermano Nicolás enfermó gravemente en Venecia; trasladóse al punto á la cabecera de su lecho, y no le dejó hasta verlo espirar, teniendo

el gran consuelo de verle pasar santamente de este mundo al otro, después de agregarle á la Compañía. Poco después partió á Roma, donde fué objeto de una demostración de cariño por parte de todas las personas, desde la más eminente á la más humilde, que acudieron á visitarle, aquilatándose más el gran amor que le tenían los religiosos dominicos, pues su General tuvo formal empeño de que fijase su residencia en la Minerva, cosa que no pudo hacer el Padre con gran sentimiento, por haber rechazado ya iguales invitaciones de personas y Corporaciones que podían resentirse; celebró algunas conferencias con el Papa; supo que el Breve de restablecimiento no se publicaba por temor á España, y salió para Nápoles, donde los Reyes habían manifestado públicamente el propósito de autorizar de un modo oficial el establecimiento de la Compañía de Jesús en la capital de su reino.

Así se hizo, teniendo el consuelo, el día que esto se llevó á cabo, de ver el júbilo inmenso del pueblo, que aún recordaba los beneficios inmensos que debía á los jesuitas, y los frutos copiosos que para la gloria de Dios y la salvación de las almas produjo la apertura de las casas profesas.

En Nápoles fué el siervo de Dios lo que había sido en Colorno: prodigio de penitencias y abnegación por los pobres, los niños, los enfermos y los desvalidos de todas clases y condiciones, pues nada se escapó á su ardiente caridad. Estaba, sin embargo, dispuesto por el Señor que no disfrutase mucho tiempo de la satisfacción de ver marchar en paz la santa obra en que con fe tanta se ocupa-

ba. Sobre las ruínas de la sangrienta República se había levantado el Imperio, y aquel General joven que vimos en Bolonia pactando tratados con Azara, trocado en César aspiraba ya en su ambición insaciable al dominio universal, dotando de tronos á los individuos de su familia. La conocida intimidad de la corte de Nápoles con Inglaterra y la estrechísima alianza de las dos naciones, suscitó el enojo de Napoleón, el cual, al hacer con Austria la paz de Presburgo, exceptuó de ella el reino de las Dos Sicilias, mandando á su hermano José, á quien adjudicó la corona, que le ocupase militarmente al frente de un ejército numeroso.

Aunque el P. Pignatelli, atento á su misión, acató al Gobierno constituído y aun recibió de José Bonaparte seguridades para la Compañía, conoció desde luego que ésta debía pronto abandonar aquellos sitios en que tanto bien hacían sus individuos y tanto provecho sacaban las almas de su celo y abnegación. Prudente como siempre, y queriendo estar preparado para los acontecimientos, llamó individualmente á todos los hermanos, y bajo secreto les fué entregando veinte ducados á cada uno, encargándoles los guardasen para el caso de un destierro repentino.

Esta fué la época de mayores apuros para el P. Pignatelli, obligado á sostener sin recurso alguno á todos sus súbditos, y esta época fué también la en que la Duquesa de Villahermosa demostró su amor á la Compañía y su ardiente caridad, pues acudió con su esplendidez acostumbrada en auxilio de ella, aumentando las cantidades que nunca dejó de remitir á su tío desde el primer

año en que la muerte de su marido la dejó dueña de la gran renta que constituía su viudedad foral. Según las letras á la orden del P. Pignatelli, giradas por la Duquesa, cuyos originales tenemos á la vista, y según libramientos de aquel año contra su Tesorería, en los cuales se oculta el objeto para qué se sacaba de ella el dinero, debió remitir á Nápoles y Roma, en los años 6 y 7, próximamente 22.000 duros, remesas cuya procedencia debía sospecharse allá, puesto que el P. Luengo, en Marzo del año 6, después de hablar de las limosnas de la Condesa de Azzera y su hija á los jesuitas, añade en su *Diario*: «¿Y cuánto los había socorrido la Duquesa viuda de Villahermosa, señora riquísima y apasionadísima de la Compañía de Jesús y de su tío el Padre Provincial de Nápoles? Algún día se sabrá, y por ahora sólo podemos decir, en general, que atendidas las circunstancias de esta señora y las de la Compañía en Nápoles, necesariamente ha sido mucho y continuará en adelante. Tengo, por tanto, por indudable que por esta sola persona de su familia ha contribuído tanto el Provincial Pignatelli al restablecimiento y conservación de la Compañía en Nápoles, que sin sus socorros no hubiera podido ir adelante, ó se hubiera reducido á muy pocos sujetos (1).»

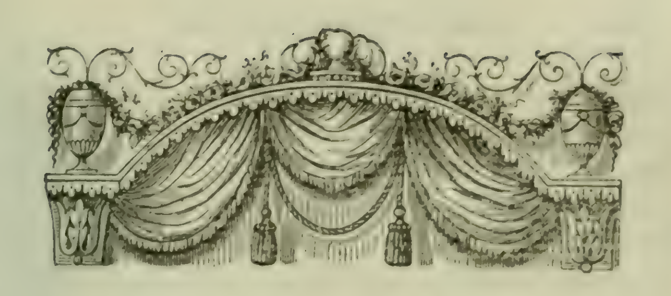
No eran infundados los temores del P. Pignatelli: seis meses después de proveer de fondos á sus hermanos, en previsión de una nueva expulsión, eran los jesuitas arrojados de Nápoles, teniendo muchos de ellos que refugiarse en Roma,

(1) *Diario* del P. Luengo, tomo XL, pág. 98: Marzo 1806.

en donde también se instaló él después de arrojarse á los pies de Pío VII, que le recibió cariñosamente. Apenas se enteró la Duquesa de Villahermosa de que su tío estaba en Roma y con él sus hermanos de religión sin tener recurso alguno con que atender á sus necesidades, le pidió una lista de los jesuitas á quienes el Gobierno de Carlos IV había retirado la pensión por haber vuelto á vestir la sotana en Nápoles, y desde aquel día corrió con los gastos de su mantenimiento (1).

En cuanto al P. Pignatelli, al ver el General de los dominicos su extrema pobreza, insistió de nuevo con éste para que se alojase en la Minerva; también negóse á ello, esta vez por no comprometer á los dominicos con el Gobierno de España, que no podía disimular su enojo al ver á un súbdito suyo como el P. José contrariar sus planes, habiéndole retirado todas las pensiones que en forma de beneficios concedidos á sus hermanos percibió algunos años. En esta época fué cuando se instaló en la Casa de San Pantaleón, unida á la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, desde donde reunió á sus hermanos, dispersos por varias casas de Roma, y donde presenció la nueva borrasca que poco después sufrió la Nave de San Pedro, de que más adelante hablaremos.

(1) *Diario* del P. Luengo, tomo XL, pág. 363.



CAPÍTULO XI

I

Quien de tan noble manera distribuía sus riquezas, siguiendo al pie de la letra la máxima del Evangelio de no guardarlas en la tierra, donde los ladrones y la polilla las destruyen, sino en el cielo, no podía menos de vivir santamente y ser su hogar modelo acabado de todas las virtudes cristianas: así era, en efecto, pudiendo asegurarse que hizo mucho bien su ejemplo en una época y en una sociedad que, aun sin admitir determinadas exageraciones de tiempos posteriores, estaba muy lejos de ser modelo de buenas y santas costumbres.

Desde los primeros años de su viudez rompió la Duquesa de Villahermosa con esa sociedad ligera y frívola que rodea á los poderosos en los días de próspera fortuna y se separa de ellos cuando llegan los adversos, conservando sólo relaciones con los amigos íntimos, que generalmente en número

reducido, constituyen una segunda familia, y de quien se recibe cariño y consejo, necesario siempre, pero con especialidad á personas de su sexo y condición. El Conde de Fernán-Núñez, el de Revillagigedo, el Marqués de Santa Cruz, su hermano el Presbítero D. Pedro de Silva, el Brigadier Ramos, el Obispo auxiliar de Madrid (1), el Marqués de Santiago, el Conde de Cabarrús y alguno que otro, en unión de su hermano D. Carlos, el Nuncio Monseñor Casoni y algunos venerables sacerdotes y religiosos, continuaron asistiendo á su casa y sirviéndola en cuantas ocasiones tuvo de ellos necesidad, amén de D. Antonio Cabañero, que, como se ha visto, no cesó en el apoderamiento general de la casa, bajo la inspección de la Duquesa, que llevó á cabo con exageración sus obligaciones de administradora de los bienes de sus hijos.

Mientras éstos fueron pequeños, preocupóla sólo su salud, pues ni uno ni otro eran fuertes; más adelante, el cuidado de su educación la absorbió por completo, ocupándose personalmente de ella, pues la muerte la iba lentamente arrebatando á

(1) Este Obispo auxiliar de Madrid á quien la Duquesa pedía consejo con frecuencia y á quien debió grandes servicios y consuelos durante su soledad de los años de la guerra de la Independencia, fué D. Atanasio Puyal y Poveda, Teniente de Capellán Mayor de la Real Colegiata de San Isidro, promovido al Obispado en 1790 con el título de Obispo de Cavestey.

Durante la guerra de la Independencia el Cardenal Borbón le nombró Gobernador del Arzobispado, con cuyo motivo tuvo que arrostrar muchos contratiempos y sinsabores por oponerse á las intrusiones de los franceses.

los amigos, cuyo afecto y experiencia podían servirla de auxilio en tan difícil obra; no desmayó, sin embargo, procurando, en primer lugar, que sus hijos fuesen buenos cristianos y después hombres sabios, para lo cual puso ante sus ojos el ejemplo de su vida, asociándoles desde muy niños á las prácticas religiosas tradicionales en su casa, y buscándoles buenos maestros y libros exentos de la más leve sombra de error.

Y á decir verdad, nada había más edificante que la vida de esta mujer extraordinaria, que mientras daba dinero á manos llenas para socorrer cuantas necesidades llegaban á su conocimiento, vestía modestamente un traje negro de la más extremada sencillez; no se adornaba nunca con joyas de ninguna clase; comía parcamente una vez al día, y tomaba dos jícaras de chocolate, una al levantarse por la mañana, y poco antes de recogerse por la noche la otra, cuidándose tan poco de su persona, que sus confesores tenían que obligarla á mandarse hacer camisas, pues como poseía pocas, su amor á la limpieza hacía que se deteriorasen en seguida con el frecuente lavado, y le parecía cargo de conciencia mandárselas hacer en número razonable, mientras muchos pobres carecían de ellas.

II

Levantábase temprano la Duquesa, y después de oir Misa en su oratorio, salía á visitar á los pobres y enterarse personalmente de sus necesida-

des; sin temor ninguno se arriesgaba por los barrios más retirados, entrando á las habitaciones bajas y subiendo á las buhardillas á dejar señales de su caridad; humillándose siempre ante los pobres, á quienes socorría, pidiéndoles sus oraciones, pues con ellas no sólo se consideraba pagada, sino que, en su opinión, resultaba deudora. Los pobres vergonzantes eran objeto predilecto de su caridad, y en socorrer sus necesidades, sobre todo durante la invasión francesa, invertía sumas considerables, siendo de notar que por este tiempo hubo ocasiones en que á ella misma llegó á faltarla lo necesario por el estrecho secuestro á que fueron sometidos sus bienes, á consecuencia de negarse constantemente á reconocer el Gobierno del Rey intruso. Después de cumplir estas obras de caridad, pasaba en la iglesia una buena parte de la mañana asistiendo á las funciones solemnes en que estaba expuesto el Sagrado Cuerpo de Jesús Sacramentado, al que, como su tío el P. Pignatelli, profesaba especial devoción, así como también á San Francisco Javier, que fué siempre desde niña su intercesor ante Dios y su afecto más profundo.

De regreso á su casa, despachaba hasta la hora de comer los muchos asuntos de la administración de sus Estados, examinando cuentas, contestando las consultas y dictando con admirable acierto las necesarias disposiciones que lo vario de su hacienda y lo extenso de ella hacían indispensables.

Comía á la una con sus hijos, haciéndose dar cuenta después por los profesores de los progresos de su educación y del resultado de las lecciones

de la mañana, no consintiendo que pusieran en sus manos un libro nuevo sin que ella lo tuviese antes en su poder, para consultar con personas competentes sobre la ortodoxia de la doctrina que contenía (1). Conociendo lo peligrosa que es para los jóvenes la ociosidad, procuraba que durante el día no estuviesen un instante sin hacer alguna cosa, siendo uno de los móviles que la llevaron á edificar su casa el darlos ocupación, pues hizo que uno y otro vigilasen los trabajos, tomasen las cuentas y ayudasen al arquitecto Aguado, sobre todo D. Juan Pablo, que desde niño demostró asombrosas y excepcionales condiciones para las matemáticas.

Dedicaba la Duquesa las tardes á la visita de los enfermos, asistiendo á algunos hospitales po-

(1) Entre los papeles de la casa de Villahermosa hemos encontrado algunos referentes al cuidado de la Duquesa en este punto de la educación de sus hijos. Como muestra, véase la siguiente carta del Obispo auxiliar de Madrid, en quien la Duquesa tenía gran confianza:

«24 *de Abril.*—Excma. Sra.—Muy señora mía, de mi mayor estimación y respeto: No hay ningún inconveniente en que los señoritos lean la *Historia antigua*, de Rollin: sus máximas son muy buenas; no hay en qué tropezar, y puede servirles mucho su lectura para entretenerles é instruirles. En el *Telémaco* hay algo de lo que dice V. E., y puede pensarse más despacio lo que deberá aconsejársele.

»No me ha sido posible contestar antes á V. E. Celebro que esté más reposado el cuerpo; del espíritu el Señor cuida. Pido á V. E. que haga cuanto pueda para no debilitarse, sino usar de las fuerzas que el Señor la da con su gracia, como yo se lo pido en mis oraciones, repitiéndome á su obediencia su más afectísimo y obligado servidor y capellán, *Athan.*[te], Obispo del Cavestey.»—(Archivo de Villahermosa.)

bres que socorría con sus limosnas; visitaba también á algunas Comunidades de religiosas, singularmente á la de las Salesas, donde aún vivía su hermana; y después de pasar algún tiempo en la iglesia, regresaba á su casa, donde rezaba el Rosario en familia; pasaba con sus hijos y los maestros de éstos las primeras horas de la noche hasta las diez, en que se recogía toda la familia, después de cerrar las puertas, que sólo en caso de urgencia extraordinaria se abrían pasada esta hora.

III

Desde su primera edad empezaron su educación los hijos de la Duquesa: un clérigo vizcaíno, llamado D. Manuel Arriostúa (1), se encargó de enseñarles las primeras letras y servirles de ayo; y poco después un venerable sacerdote, el abate Moulinié, según parece, de la Diócesis de Burdeos, á quien la Revolución del 93 arrojó de Francia, y al que la Duquesa ofreció en su casa cristiano hospedaje, tomó á su cargo hacerles conocer el idioma francés, recibiendo también los niños lecciones de otras asignaturas de adorno, como dibujo, baile y música de los más notables profesores que por aquel tiempo tenía Madrid, siempre bajo la vigilancia de la Duquesa, que nunca se

(1) La Duquesa agradecida le señaló una pensión de 12.000 reales al año, al terminar la educación de sus hijos.

creyó dispensada de esta ocupación, por más que los profesores eran escrupulosamente escogidos. Estas asignaturas se suspendían en tiempo de Cuaresma.

Terminada la primera educación, dió á conocer el hijo segundo de la Duquesa, D. Juan Pablo, condiciones tan relevantes para el cultivo de las ciencias exactas, que ésta no vaciló en que sus estudios siguieran en aquella dirección, para lo cual le confió á uno de los más notables profesores de matemáticas que por aquel tiempo había en Madrid, llamado D. Antonio de Varas, que unía á sus grandes conocimientos en esta ciencia una religiosidad profunda, una honradez á toda prueba, y una dulzura y habilidad tal para la enseñanza de los áridos problemas de aquélla, que hasta los hacía agradables.

Desde este momento entró D. Antonio de Varas á formar parte de la familia, identificándose tanto con su discípulo, que puede decirse que hasta la muerte de éste vivieron el uno para el otro: abrióle el maestro el arcano de todo su saber, y encontró tan dispuesta la voluntad y tan poderosa la inteligencia, que á los pocos años maestro y discípulo se habían igualado en sus conocimientos, con asombro y orgullo del primero, que veía en en aquel niño algo de prodigioso y extraordinario que anunciaba un genio de los que rara vez aparecen en el mundo.

Avido de saber D. Juan Pablo, no cesaba un momento en el estudio, que fué su único recreo y su sola delicia, formando planes para el porvenir, que revelan en él, más que las ilusiones de un niño

de diez y seis años, la inteligencia de un hombre de edad madura: proponíase crear en su casa una academia para el estudio de las ciencias exactas, formada con los profesores más notables de la corte y sujetos distinguidos por su mérito en las ciencias, en la que se pronunciaran discursos y se leyesen Memorias sobre los puntos menos cultivados de las matemáticas, que por aquel tiempo tenían aún mucho que descubrir y adelantar, examinándose los libros nuevos que se publicaran, formando colecciones completas de aparatos y máquinas para hacer observaciones y experimentos, añadiendo estas palabras que pintan su profundo amor á su madre y la bien cimentada base de sus conocimientos:

«Cuando llegue esta dichosa época para mí, en que también podré ser contado por mi edad entre los hombres, comunicaré mi pensamiento á mi madre, cuya protección me prometo desde ahora para entonces. Porque obra suya es que yo me haya dedicado á una ciencia que ha congeniado conmigo; suya fué igualmente la elección del profesor que me había de dirigir en mis estudios, y cosa suya ha sido el haberme proporcionado cuantos auxilios hasta aquí he necesitado en unas ciencias que, sobre haberme instruído, me han hecho conocer mi limitación y pequeñez y la grandeza y soberanía del Supremo Geómetra, que todo lo ha dispuesto en número, peso y medida (1).»

(1) Palabras auténticas de D. José Azlor, sacadas de la relación escrita por D. Antonio de Varas después de la muerte de aquél.—Archivo de Villahermosa.

Iguales disposiciones demostró también el hijo primogénito de la Duquesa en el cultivo del latín y el griego, y singularmente en la Historia, siguiendo en esto las huellas de su padre, como lo atestiguan numerosos apuntes encontrados entre sus papeles y cartas de referencia que á esto aluden; demostrándose la sabiduría y tacto de la Duquesa de Villahermosa, que obtuvo este resultado, haciendo grato el estudio á sus hijos y procurando estuviesen siempre ocupados, distribuyendo equitativamente el tiempo entre la oración, el estudio y el recreo. Seguramente, en todo este plan debió intervenir la mano de su tío el P. Pignatelli, pues sabido es que aquélla consultaba constantemente á éste aun las cosas de menos importancia, pudiendo asegurarse que fué su director constante hasta su muerte.

IV

Una de las cosas que con más cuidado procuró la Duquesa de Villahermosa fué asociar á sus hijos á todas sus buenas obras para que las continuaran después de su muerte, poniéndoles en relación con las personas con quien ella estaba en correspondencia: así hemos visto en los anteriores capítulos á su primogénito D. José en correspondencia con los Patriarcas sirios, y á éste y su hermano dirigiéndose al Papa y recibiendo de él cartas y Breves; también procuró que en nada se relajasen las buenas costumbres y las prácticas

piadosas, que eran tradicionales en su casa, llevándolas á cabo con extraordinaria puntualidad y no dispensándose de ellas cualesquiera que fuesen las circunstancias.

Era la primera la asistencia á la Misa diaria y al cuotidiano Rosario de todos aquellos servidores que podían hacerlo sin desatender sus obligaciones; el exquisito cuidado en que éstos educasen á sus hijos en el santo temor de Dios, asistiéndoles en todas sus urgencias y enfermedades, más como madre cariñosa que como señora de ellos; pero exigiéndoles en cambio el estricto y puntual cumplimiento de sus deberes, y tener siempre delante de sus hijos la sublimación de la pobreza y el valor inmenso de la caridad y de la limosna. Para esto, á más de las extraordinarias, que procuraba ocultar, hacía otras públicamente á fin de dar ejemplo, siendo de este número la obligación que se impuso y cumplió hasta el fin de sus días de costear la manutención de un niño y su ama en la Inclusa de Madrid; de dar una pensión constante en la Congregación de la Esperanza, conocida vulgarmente con el nombre del *Pecado mortal;* de costear igualmente la manutención de un Padre del Oratorio de San Cayetano, que, como es sabido, no tenían más bienes que aquéllos que diariamente les proporcionaba la Divina Providencia, y, por último, convertir algunas veces al año su Palacio en templo de caridad, donde imperaban los más pobres y humildes, que señalaba á sus hijos como representación del mismo Dios.

He aquí, tomado de una nota encontrada entre sus papeles, que íntegra copiamos, lo que hacía

anualmente con los pobres en determinadas festividades:

«*Día de la Purísima Concepción.*—Una niña de siete á once años, vestirla de ropa interior y exterior, peinarla, darla de comer, servirla la comida, darla todo lo sobrante, y además 30 ó 40 reales.

»*Día de San José.*—Tres pobres: una mujer, un hombre y un niño. Todo lo mismo que la anterior.

»*Día de San Joaquín.*—Cinco pobres: dos mujeres, dos hombres y un niño. Lo mismo de vestido, comida y limosna.

»*Día de Jueves Santo.*—Doce pobres: dos panes á cada uno y 30 reales. A las mujeres las lavaba los pies, se los besaba, las peinaba y las preguntaba la doctrina.

»Al servir á todos la comida, cuando pedían agua ó vino, se lo daba de rodillas (1).»

En todos estos actos la acompañaban y secundaban sus hijos, á presencia de los criados de la casa, que aquel día vestían las mejores libreas, pues ésta se engalanaba como para recibir á las personas más principales.

A más de estas prácticas, era la Duquesa muy dada á la oración mental, pasando largas horas encerrada en su cuarto ó en el oratorio, viéndose los confesores obligados en ocasiones varias á poner tasa á austeridades que perjudicaban su salud y combatir sus escrúpulos, que, aumentando á medida que fueron pasando los años, constituyeron

(1) Archivo de Villahermosa.

en ella una verdadera mortificación. También en esto debió contenerla su tío el P. Pignatelli, pues se advirtió que crecieron y se aumentaron cuando la muerte de éste puso fin á la no interrumpida correspondencia que siguieron por espacio de más de veinte años.

V

La vivacidad de la Duquesa de Villahermosa y su sólido talento, hacíanla comprender la inmensa importancia que para el porvenir de la Religión y de la Patria tenían los acontecimientos que á la sazón se desarrollaban en Europa; así es que seguía atentamente la marcha de los sucesos políticos, recibiendo noticias continuas, comunicadas por las muchas personas que en Francia, en Italia y aun en Alemania la eran afectas; noticias que llegaban por el correo en forma anónima, pues algunas de ellas no favorecían á los Gobiernos, singularmente al de España, objeto de censuras merecidas de parte de todos los católicos y todos los monárquicos de Europa, por su rebajamiento y vergonzosa dependencia de los Gobiernos revolucionarios, desde el punto y hora que se firmó el funesto Tratado de Aranjuez (1).

La Duquesa de Villahermosa había visto con

(1) De esta clase de papeles dando cuenta á la Duquesa de los sucesos más importantes ocurridos por aquel tiempo fuera de España, se han encontrado muchos entre su corresponden-

horror el terrible drama representado en París, los asesinatos de los nobles y las ejecuciones en la guillotina de los individuos de la Familia Real que había conocido bajo los techos dorados de Versalles en días mejores; se había asociado al entusiasmo de toda España por la guerra, y había

cia; son pequeños y de forma fácil para incluir dentro de una carta. He aquí copiado uno de ellos:

«El Delfín murió el 8, á las dos de la tarde, de una inflamación antigua en ambas rodillas: fué enterrado el 10 en el cementerio de Santa Margarita, y antes abierto su cuerpo por dos cirujanos, en presencia del comisario de la Convención, para examinar si había sido envenenado. Su hermana está también mala, y los médicos indican por único remedio que es menester viaje y mude de aires; se ha pensado enviarla á las provincias del Mediodía, ó de entregarla fuera de Francia á sus parientes.

»Luxemburgo se rindió el 7 á fuerza de hambre, y salió la guarnición con los honores militares, juramentada de no poder servir contra sus vencedores.»

Así continúa dando noticias de menos interés.

En otro papel de algunos años después, verosímilmente de 20 de Septiembre de 1810, se leen las noticias siguientes, remitidas también á la Duquesa:

«Murió el Arzobispo de Florencia, Mariani, y también el ex-Obispo de Pistoya, Ricci. Murió en Génova el Abate Llampillas y otro Menchaca. El P. D. Faustino Arévalo se encuentra en el Jesús de Roma con otros de sus hermanos. El P. Pignatelli, con su familia, en la misma casita, sin novedad en su salud y vestido como los demás eclesiásticos. El Cardenal Despuig continúa en París enfermo. El Santo Padre en el mismo destino de Sabona, sin novedad, mucho más fuerte de lo que se podía esperar en medio de sus trabajos; bien es verdad que sus hijos y familia han procurado y se han esmerado en no darle pesadumbres, excepto algunos pocos que le han dado que sentir.» —Archivo de Villahermosa.

aplaudido los triunfos de Ricardos en la primera campaña del Rosellón, lamentando los errores de la segunda por la rebajada política de Godoy; había deplorado la paz de Basilea; pero, sobre todo, lo que la indignó fué las brutales medidas tomadas por el Gobierno contra los eclesiásticos y los nobles franceses emigrados en España, que hizo salir violentamente de Madrid, recluyendo algunos Obispos en aislados conventos de Andalucía, hacinando á centenares de sacerdotes en estrechos barcos, y arrojándolos sin recurso alguno en las costas de Mallorca, y, por último, prestándose á todas las exigencias de los Gobiernos revolucionarios de París contra toda razón y derecho.

Por aquellos días alzóse la figura de Bonaparte, que recogiendo en su mano como Augusto, todas las magistraturas de la República, bien á las claras demostraba que se dirigía á la dictadura, y que, siguiendo la ley de todas las revoluciones, la francesa iba á degenerar en una gran tiranía.

Aquel joven flaco, de ojos azules, vivos y penetrantes, pequeño de cuerpo, con el rostro enjuto, rodeado de un marco de mechones lacios de pelo, que descendían cubriendo ambas orejas, y á quien había visto Azara hacía algunos años en Bolonia, embutido en un uniforme azul y cubiertas las piernas con *bragas largas,* se había transformado por completo: grueso, con la cara redonda, el pelo cortado á tijera y la mirada taciturna, ofrecía su busto la imagen fiel del Emperador romano sobrino de César, favoreciendo mucho esta semejanza su popularidad en una época en que llegó al furor la moda de todo lo clásico. Agradecióle la Duque-

sa la protección que dispensó al Papa y el Concordato pactado con Pío VII (1); pero le llenó de horror el asesinato del Duque de Enghien, fría y alevosamente llevado á cabo por Bonaparte en la obscuridad de la noche al pie de los muros del castillo de Vincennes, si bien la indignó más aún la actitud del Gobierno y de la corte de España con ocasión de este suceso memorable.

No podía menos de suceder así teniendo la Duquesa un alma tan nobilísima: aquel joven, último vástago de la ilustre raza de Condé, había sido secuestrado en territorio extranjero, llevado á Francia, sometido á una comisión militar que no le pudo acusar de otro delito que el de su nacimiento, y friamente fusilado en la obscuridad de la noche, teniendo que poner sus verdugos una linterna sobre su pecho para poder hacer la puntería. Apenas se divulgó la noticia por Europa, un sentimiento de protesta se levantó en todas partes, y un grito de noble indignación llegó hasta los asesinos: sólo callaron, llenos de temor, los Reyes, excepción hecha del Papa, el Emperador de Rusia y la República de Suiza, distinguiéndose por su actitud indiferente ante tal suceso el Gobierno del Rey Carlos IV.

(1) Con este motivo ocurrió un hecho que demuestra la perspicacia de la Duquesa. Apenas recibió los periódicos franceses con la copia del Concordato tomada del *Moniteur*, comunicó su extrañeza al Nuncio por el texto de los artículos adicionales; éste se apresuró á tranquilizarla, diciéndola que éstos no tenían la aprobación de la Santa Sede y habían sido introducidos subrepticiamente por Napoleón.

Lastimado con esto Luis XVIII, devolvió al Rey de España las insignias de la Orden del Toisón de oro (que tenía también Napoleón), acompañadas de la siguiente carta:

«Primo mío: Os devuelvo con pena las *insignias* de la Orden del Toisón de oro que el Rey vuestro padre, de gloriosa memoria, me confió. No puede ya haber nada de común entre mi persona y la del gran criminal á quien la audacia y la fortuna ha colocado en mi trono, y que ha tenido la barbarie de mancharse con la sangre pura de un Borbón. La religión puede exigirme que perdone al asesino; pero el tirano de mi pueblo debe ser siempre mi enemigo.

En el siglo presente es más glorioso merecer un cetro que tenerle. La Providencia, en sus inescrutables designios, puede condenarme á terminar mis días en el destierro; pero ni la posteridad ni mis contemporáneos podrán decir que en el infortunio y hasta el último suspiro me he mostrado indigno de ocupar el trono de mis mayores.—Luis.»

VI

A mediados de 1807 estaba ya terminada la parte de la casa de Villahermosa cuya fachada de Mediodía da á la Carrera de San Jerónimo; trasladóse á ella la Duquesa con sus hijos, y se distrajo un tanto de su vida recogida para disponer una solemnidad de familia por ella preparada, que necesariamente había de ponerla en contacto con

la corte y con la sociedad aristocrática de que hacía tanto tiempo vivía alejada.

Hacía un año que deseaba que su hijo mayor, próximo á cumplir los veinte, contrajese enlace con persona de su clase, pero, ante todo, de cristianas virtudes, de piedad sincera y exquisita educación religiosa. En sus frecuentes visitas á sus queridas monjas Salesas, donde estaba su hermana y donde eran ya contadas las Madres de su tiempo que vivían y muchas las monjas que habían sido sus condiscípulas, fijóse en una educanda, de hermosa presencia, de nobilísima familia y á quien todas sus compañeras amaban entrañablemente por su carácter bondadoso, asegurando de ella que, con ser tan hermosa, era su rostro lo que menos valía de su persona, comparado con lo angelical de su alma.

Con gran prudencia tomó minuciosos informes de las Madres más graves de la Comunidad y en quien tenía mayor confianza; y confirmadas todas las noticias que de la educanda había recibido, y habida la seguridad de que no sentía inclinación á la vida de religiosa, fijóse definitivamente en ella para esposa de su hijo (1).

Era esta educanda Doña María del Carmen Teresa Fernández de Córdova y Pacheco, hija del Marqués de Mancera, Povar y otros títulos, y de

(1) Existen muchos papeles y esquelas de las monjas con los informes á que nos referimos. «La elección de V. E. es excelente y me parece muy acertada,» dicen unos. «La señorita de Malpica es un ángel: no la hay más buena y religiosa,» dicen otros.—Archivo de Villahermosa.

la Duquesa de Arión. Alta, hermosa, de arrogante presencia, con una gracia unida á una modestia que hacía resaltar más aún sus excepcionales condiciones, cautivó al joven Duque de Villahermosa, que á la sazón contaba veintitrés años, el cual aceptó gustoso la elección de su madre y empezó á tratarla cual prometida, con gran contento de ambas familias, que auguraban todo género de felicidades á la joven pareja, tan igual en edad, en posición, en prendas físicas y, sobre todo, en virtudes cristianas, dada la severa educación que ambos habían recibido de sus respectivos padres.

En Octubre de 1807 estaban ya en relaciones formales, siendo casi seguro que se habían convenido las familias, aceptándose mutuamente, puesto que en esta fecha mandó la Duquesa abonar un libramiento de 5.800 reales al mercader D. Leandro Sánchez por un pavo real de oro, guarnecido de perlas y brillantes, que le tomó para regalarlo su hijo el Duque á la señorita con motivo de las Ferias (1).

Con efecto, se habían convenido ambas familias; pero siendo aún muy joven la novia, acordóse que la boda se verificase en el otoño del año siguiente, tiempo que la Duquesa quiso emplear en los preparativos indispensables y en la terminación de la parte de la casa que debía ocupar el matrimonio (2).

(1) Archivo de Villahermosa.

(2) En esta ocasión demostró la Duquesa su carácter espléndido y generoso, pues mientras apenas gastaba en su persona, hizo preparativos casi regios para la boda de su hijo, en-



Excma. Sra. Da. Maria del Cármen Fernandez de Córdoba y Pacheco, Duquesa de Villahermosa



Suspiraban con afán los jóvenes enamorados, pareciéndoles largo el plazo de su felicidad; pero ignoraban que la Duquesa esperaba aún con más impaciencia que ellos el mes de Octubre de 1808, en que al entregar á su hijo la administración y gobierno de sus extensos dominios, quedaba ella libre de cuidados y de la tutoría, y podría realizar el deseo constante de su vida: trasladarse á Italia, en unión de D. Juan Pablo, á vivir cerca de su tío el P. Pignatelli, proyecto siempre acariciado y siempre deshecho por la fatalidad.

Ajena estaba de que Dios había de oponerse una vez más á sus designios, y que una tormenta que por entonces empezaba á formarse para descargar sobre España, había de dar al traste con sus proyectos y los de su hijo, poner á prueba sus más caras afecciones y dar ocasión para demostrar sus sentimientos nobilísimos y su abnegación heróica en pro de los santos intereses de la Religión y de la Patria.

El instrumento de la Providencia, la vara de hierro de que se había valido el Dios de la justicia para humillar aquellos Reyes y aquellas sociedades corrompidas que habían perseguido á la Iglesia y á su Vicario, avanzaba ya, restallando el látigo con que había depuesto de su silla á los poderosos, y se dirigía á España para castigar en los hijos las faltas de los padres, para remover la nación toda y dar ocasión á un espectáculo que le asom-

cargando carrozas, muebles y tapices á París; contratando una numerosa servidumbre, y disponiendo valiosos regalos y espléndidas limosnas. —Archivo de Villahermosa.

bró y asombró al mundo, por cuanto le demostró después, que si se había equivocado al menospreciar la fuerza de la Iglesia, se equivocaba igualmente al mirar con desdén á un pueblo que, en el transcurso de su gloriosísima historia, había preferido siempre la muerte á la esclavitud y el aniquilamiento á la deshonra.

Pero no adelantemos estos acontecimientos, que requieren capítulo aparte.





CAPÍTULO XII

I

En medio de esta atmósfera de paz y viviendo una vida tan dedicada á la oración y á la caridad, sólo esperaba la Duquesa de Villahermosa, como hemos dicho, la época de la boda de su hijo primogénito para desembarazarse de la administración de sus vastos Estados y poder dedicar á Dios más espacio de tiempo del que le consagraba, cuando numerosas cartas llegadas de Roma llevaron la alarma á su espíritu, contristándole grandemente, pues de todas ellas se desprendía que nuevas y recientes tempestades se desencadenaban contra la Barca de San Pedro, y que una nueva persecución amenazaba á la Iglesia.

Pío VII lo había sacrificado todo al restablecimiento del culto católico en Francia; con este objeto, había llegado al límite de las concesiones suscribiendo el Concordato, merced al cual volvie-

ron á levantarse los altares derribados por la Revolución, y el Hijo de Dios fué adorado públicamente por el pueblo católico que había permanecido fiel á su fe, á pesar de la tiranía satánica de los hijos de Voltaire, que creían ya realizada la profecía de éste, y *aplastada la infame* objeto de sus odios.

Con mucha repugnancia había aceptado el Papa la invitación de marchar á Francia á coronar al nuevo César, que después de disolver y proscribir todas las magistraturas populares, se había sustituído á ellas proclamándose Emperador; y de vuelta á Roma, creía pasada la tormenta que tanto había combatido la Nave de San Pedro, y dentro ya de un período de paz y de reposo, cuando nuevas nubes se presentaron en el horizonte, mensajeras de mayores y más temibles tormentas que las pasadas por la combatida Iglesia.

No está averiguado cómo empezaron las primeras dificultades entre el Pontífice y el Imperio; pero es indudable, y si necesario fuese podría demostrarse, que éstas las promovió la masonería, muy poderosa en Francia, y con la que había contado Napoleón para subir al trono (1). Conseguido por éste su propósito de pacificar la Francia, aspiró á realizar el sueño de todos los tiranos, reuniendo en su persona el señorío sobre los cuerpos y sobre las almas, resucitando con esto é implantando en plena civilización cristiana, un vasto Im-

(1) Hay muchos datos que confirmen esta suposición. El Cardenal Pacca, Ministro del Papa y prisionero con él, se inclina á ella.

perio pagano, á semejanza del de Diocleciano y Tiberio.

Empezó la lucha por apoderarse de Ancona el ejército francés estando Pío VII en plena paz y en excelentes relaciones con la nación francesa y su Emperador, á quien hacía un año había consagrado; protestó de este acto de fuerza el anciano Pontífice, y pocos días después de la batalla de Austerlitz recibió una carta de Napoleón en la cual le desarrollaba éste por completo su plan de hacerse cabeza de la Religión católica y considerar á su augusto Jefe como su Capellán limosnero encargado de comunicar á los fieles sus órdenes. En ella se exigían de la Santa Sede dos cosas imposibles de otorgar por ningún Pontífice; que considerándose asimismo Emperador para con la Iglesia, como Carlomagno, ésta debía tener por enemigos suyos los que lo fuesen de Francia, y expulsar, en su consecuencia, de Roma y de los Estados de la Iglesia á los súbditos de todas las naciones que se encontrasen en guerra con el Imperio francés (1).

Con gran secreto reunió inmediatamente Pío VII al Sacro Colegio, y les dió lectura de esta carta:

(1) He aquí el párrafo más importante de esta carta: «Vuestra Santidad es el soberano de Roma; pero yo soy el Emperador, y sus relaciones conmigo deben ser las de sus antecesores con Carlomagno. Todos mis enemigos deben ser los vuestros. No es, por consiguiente, conveniente que ningún agente del Rey de Cerdeña, inglés, ruso ni sueco, resida en vuestros Estados, ni que ningún buque de estas naciones pueda tener entrada en vuestros puertos.»—Carta de Napoleón á Pío VII de 13 de Febrero de 1806.

veintinueve Cardenales de los treinta y tres reunidos acordaron que no podía aceptarse el principio establecido por Napoleón, por cuanto no era lícito al Papa, ni como Soberano temporal ni como Jefe de la Iglesia, ligar su existencia á la de Francia; que era fácil prever la tempestad que, á consecuencia de esta negativa, iba á desencadenarse contra el Papa y contra el Sacro Colegio, pero que, recordando el juramento hecho por ellos al recibir la púrpura, estaban decididos á sufrirlo todo, y hasta verter su sangre por defender los derechos sagrados de la Iglesia.

Fuerte con este apoyo, Pío VII se preparó á la lucha. No tardó ésta en estallar con violencia, que fué creciendo hasta llegar al último extremo; poco después el ejército francés ocupaba la parte más rica de los Estados pontificios, imponiéndole al Papa la obligación de mantenerle; los funcionarios de éste, lo mismo del orden eclesiástico que del militar ó civil, que quisieron protestar y resistir, fueron encerrados en lóbregas fortalezas, en las que pasaron largos años.

«Dichosos los que padecen persecución por la justicia,» exclamó el Papa al dirigirse á Napoleón para asegurarle que ni la muerte le haría ceder, y que en vista del ataque de que era objeto, sin más derecho que el bárbaro de la fuerza, apelaba al juicio de Dios. Entonces fué cuando, para contestar á esta carta é intimidar de nuevo á Pío VII, escribió Napoleón al hijo de Eugenia, su Virrey delegado en Milán, el mensaje en que se encuentran estas frases, que los historiadores católicos recuerdan como enseñanza á todos los tiranos, y

que debieron hacer meditar profundamente en Santa Elena al que las escribió: «¿Qué va á hacer Pío VII denunciándome á la Cristiandad? ¿va á poner mi Trono en entredicho? ¿me va á excomulgar? ¿cree quizá que con esto van á caer las armas de manos de mis soldados?» y en que por vez primera anunció el proyecto de reunir un Concilio para arreglar solo y sin el Papa sus asuntos religiosos.

Firme el Pontífice en no ceder en nada que fuese atentatorio á los sagrados derechos de la Santa Sede, había, sin embargo, autorizado sucesivamente á los Cardenales Caraffa y Bayanne para oir las proposiciones del Ministro de Cultos del Emperador en todo aquello que fuese lícito: cansados ya de discusiones y disputas, en que unas veces se convenían bases de arreglo que al día siguiente se negaban, pidieron que el Gobierno del Emperador formulase por escrito sus pretensiones; así lo hizo, presentándolas tales que ningún Pontífice podía admitirlas, pues equivalía á despojarse de su sagrada Tiara y entregársela al Emperador para que gobernase la Iglesia. Tanto Pío VII como el Sacro Colegio las rechazaron con indignación, ordenando á sus Plenipotenciarios que abandonasen inmediatamente á París, regresando á Roma.

II

Al ver la resistencia del Pontífice, el Emperador ordenó que el General Miollis ocupase con su

ejército inmediatamente la capital del orbe católico. El día 2 de Febrero de 1808 se cumplió esta orden, encontrando los franceses abiertas todas las puertas de la Ciudad Eterna, pues el Papa, para evitar efusión de sangre, había dispuesto que no se hiciera resistencia; en tanto él, acompañado del Sacro Colegio y de su Corte toda, celebraba en San Pedro la festividad de la Purificación con la mayor tranquilidad y reposo. Al día siguiente, el Cardenal Casoni, por quien la Duquesa de Villahermosa supo estas noticias, envió, como Secretario de Estado, una enérgica protesta á todas las Potencias de Europa.

El General francés se limitó, por el pronto, á ocupar la ciudad; pero no alteró el Gobierno del Papa ni cambió los Ministros nombrados por éste, esperando que Napoleón le comunicase lo que debía hacer, pues la orden de ocupación no había sido acompañada de otra alguna; debió llegar ésta, cuando á los pocos días se intimó á los Cardenales napolitanos Caraffa, Trajetto, Pignatelli (tío en segundo grado de la Duquesa de Villahermosa), Salluzzo, Caracciolo y Rufo-Scilla, para que saliesen de Roma; contestaron que, como individuos del Sacro Colegio, no podían hacerlo sin licencia del Papa; á pesar de esto, se les obligó por la fuerza á cumplir lo mandado. Igual violencia se hizo poco tiempo después con los demás Cardenales italianos y hasta con el mismo Cardenal Doria, que por motivos de salud había reemplazado á Casoni en la Secretaría de Estado del Papa.

De este modo iba preparando Napoleón los ca-

minos para aislar al Pontífice y poder dominarle, para conseguir de grado ó por fuerza lo que pretendía, en daño de la Iglesia de Jesucristo.

III

Todos estos hechos, de que, como hemos dicho, tenía la Duquesa de Villahermosa cuenta minuciosa y detallada por las muchas personas de Roma con quienes estaba en continua correspondencia, afligieron profundamente su ánimo; no tuvo, sin embargo, mucho tiempo para meditar sobre ellos: otros, si no tan graves, más inmediatos, se desarrollaron de manera tan vertiginosa, que cambiaron su vida tranquila y recogida, arrojándola, así como á la nación toda, á los azares de una lucha porfiada y tenaz con el Capitán del siglo; lucha que puso á prueba su corazón de cristiana, de madre y de española, y en la que demostró las excepcionales condiciones que poseía esta mujer admirable, ejemplo acabado de todas las virtudes y perfecto modelo de la señora de alta cuna y nobilísimo nacimiento, en un país y en un tiempo en que muchos individuos de esta clase estaban sumidos en la más lamentable decadencia. Vamos á dar algunos antecedentes sobre los hechos á que nos referimos, trazando con este motivo algunas páginas de nuestra gloriosa historia.

Pocas cosas hay que más apenen el ánimo del historiador español que la decadencia de nuestra

patria al finalizar el último siglo; los que, haciendo de la historia un arma política, han pintado con negros colores el reinado del último de los Austrias, diciendo que aquella situación era la lógica consecuencia que debía producir un Gobierno influído por la teocracia, han callado el estado á que redujeron á nuestro pueblo los gobernantes jansenistas, regalistas y volterianos que después de la expulsión de los jesuitas disfrutaron la confianza de los dos Monarcas de la Casa de Borbón que ocuparon el Trono durante casi toda la última mitad del siglo XVIII.

Si no de feliz y glorioso, por lo menos de honrado y digno puede considerarse el reinado de Carlos II comparado con el de Carlos IV, que nada ocurrió en aquel tiempo ni en aquella Monarquía que hiciera sonrojar al pueblo español: todavía nuestra voz se dejaba oir en los Consejos de Europa; nadie había intentado poner su pie en el suelo de la patria; nuestra bandera flotaba en Gibraltar y en Orán; nuestros ejércitos defendían nuestro derecho con mayor ó menor fortuna, pero siempre con gloria, en nuestras conquistas de Italia y Flandes; las naciones todas, respetando nuestra soberanía, esperaban, para llevar á cabo sus planes de reparto, que el Rey designase en su testamento la rama que debía sucederle dentro de la legitimidad; y si algún favorito había osado por poco tiempo disponer en provecho propio del Poder Real, inmediatamente había sido lanzado al destierro; nuestros hombres de letras rehacían la historia patria y la depuraban de los errores que la vanidad ó la ignorancia habían introducido en

ella; y en medio de una decadencia literaria que había empezado muy atrás, todavía se percibían los resplandores del astro del autor de *La vida es sueño*. Empobrecidos por la falta de población, por los errores económicos y por la dificultad de sostener una máquina tan poderosa como la de nuestra grandeza en medio de una Europa llena de vigor que no tenía la misión de poblar ningún nuevo continente, era España el hidalgo pobre y honrado que, en medio de las desgracias á que la adversa suerte le había reducido, podía levantar la cabeza con la conciencia tranquila, seguro de que nadie osaría con razón ofender su blasón inmaculado.

¡Cuán distinta fué aquella decadencia de esta otra en que un favorito, de obscuro y pobre abolengo, se ve elevado en años juveniles á todos los honores y á todas las magistraturas, y sin haber mandado nunca soldados, se le entregan los ejércitos, y sin haber visto el mar, las escuadras; é indocto y sin conocimiento alguno, se le pone al frente de la Administración del Estado y se le dan poderes para que dirija la política exterior y firme Tratados ruinosísimos que ligan la fortuna y la dignidad de la patria á naciones enemigas, enviando á la muerte á nuestros soldados y marinos para el servicio y gloria de un pabellón extranjero!

Y todo esto, sin una voz que proteste, sin que en todos los organismos del Estado haya varón alguno de los que nunca faltaron á España, ni aun en los tiempos de mayor decadencia, que diga la verdad á sus Reyes, no por ignorarla, sino

por el vil temor de seguir á su glorioso encierro al severo Jovellanos, víctima del inhábil y vengativo privado. Y esta situación ignominiosa dura años y años y abarca todo un reinado desde su principio hasta su fin, y á un desastre sigue otro; y después de perder nuestros tesoros, que van á París, perdemos nuestros ejércitos, que van á Italia y Dinamarca al servicio de Francia; y luego nuestra marina, que sucumbe heróicamente en Trafalgar por la cobardía y traición del aliado, y, por último, nuestra honra, apoyando para sus obras nefandas á los despreciables individuos del Directorio, verdugos del Papa Pío VI, al asesino del último Condé, al usurpador del Trono de Nápoles, á quien, los que querían regenerar á España, llegan hasta entregar, ¡baldón sin ejemplo! á los infelices realistas emigrados en la Península por haber defendido el Altar de su Dios y el Trono de sus Reyes.

Y cuando al fin fué derribado el favorito, y sus protectores le salvaron la vida á cambio de su Corona, y abandonó la política que había dirigido por espacio de veinte años, dejando la patria ocupada por ejércitos extranjeros, que tenían en su poder las plazas fuertes y prisionera la Familia Real, se vió lo que valía aquella generación, que había salido de las Sociedades Económicas y de las Universidades jansenistas, tocada del más cismático y perturbador regalismo, que, mientras besaba humildemente el pie del César francés, se indignaba contra las demasías de la Corte de Roma.

Todos ellos, con raras excepciones, fueron trai-

dores á la causa de la patria; todos ellos bajaron la cabeza y aceptaron aquella traición insigne, merced á la cual el artero y astuto *condottieri* corso, escamoteó en Bayona la Corona de España á los descendientes de nuestros Reyes, en pago, sin duda, de haber prodigado éstos por largos años los tesoros y la sangre de sus súbditos, por el interés de la nación francesa y por el suyo propio. Refiramos cómo se llegó á este extremo.

IV

Los motines de Aranjuez habían producido la caída del favorito Godoy y la abdicación de Carlos IV el 19 de Marzo de 1808: cinco días después Madrid entero alfombró de flores sus calles y levantó arcos de triunfo; lucieron los Grandes en las fachadas de sus palacios sus tapices y reposteros, y la gente del pueblo sus mejores telas para engalanar los balcones, con objeto de recibir dignamente al nuevo Monarca, en quien todos veían una esperanza para la abatida patria.

Pocos días antes había entrado en Madrid un ejército de 25.000 franceses, al mando del General Murat, gran Duque de Berg, con el encubierto propósito de dirigirse á Portugal, donde el Mariscal Junot, de orden de Napoleón, se había apoderado del reino é instalado un Gobierno que cometía toda clase de rapiñas, mientras la Familia Real portuguesa, sin fuerza para resistir, na-

vegaba con rumbo al Brasil. Con igual pretexto que Murat, habían entrado por Cataluña, Aragón y las Vascongadas ejércitos franceses, á quien la traición ó la debilidad habían hecho dueños de las plazas más fuertes de estos reinos. Por todo había pasado el favorito, alentado con la traidora promesa de ceñir la Corona de los Algarbes, que le había ofrecido Bonaparte.

A pesar de tan crítica situación, era tal la confianza que se tenía en el Emperador, que muy pocos sospechaban abrigase contra España traidores designios, y ninguno que creyera había de atreverse á despojar de la Corona á la rama española de los Borbones, que si de algo había pecado era de sobradamente confiada y leal con su aliado: esto hizo que, libre de preocupaciones el pueblo, el entusiasmo fuese delirante, y aplaudiese y victorease á Fernando VII con verdadero frenesí, que preocupó profundamente á Murat y los Generales franceses.

V

Sentado Fernando VII en el Trono de España, comprendió cuán importante era, para disfrutarle pacíficamente, que Napoleón le reconociese: á este objeto, renovó la petición, hecha ya cuando el asunto del Escorial, de contraer enlace con una Princesa de familia Bonaparte. Desde el primer momento vió el francés el partido que podía sacar de las disensiones de la Familia Real española, y

se propuso utilizarlas en su provecho: así es que fué dando largas al asunto, sin resolver nada sobre este extremo, pero trabajando al mismo tiempo, por medio de Murat y de su Embajador en Madrid, para que Carlos IV retirase la renuncia que había hecho el día del motín de Aranjuez. Conseguido esto, y sabiendo que la protesta sobre la abdicación estaba extendida y firmada por el Rey padre, fundándose en habérsela arrancado á la fuerza, resolvió sacar á Fernando VII fuera de su reino, bien haciéndole huir de él, á imitación de lo hecho por los Reyes de Portugal, bien haciéndole pasar con cualquier pretexto á Francia, pues no se le ocultaba la dificultad de arrancar de sus sienes la Corona en medio de sus súbditos, llenos de entusiasmo con su advenimiento al Trono y esperanzados con mejores días para el país que los del último reinado.

Para obtener esto, insinuó Murat á Fernando que Napoleón se proponía pasar á España á dirigir personalmente las operaciones contra Portugal, y que le obligaría á reconocerle por Rey y darle una Princesa de su familia por esposa, si viera que salía á recibirle. Repugnó este acto á Fernando VII, sobre todo por no habérsele notificado oficialmente este viaje y no saber aún que el Emperador hubiese puesto el pie en territorio español; así es que no atendió la indicación: limitóse por el pronto á disponer que su hermano el Infante D. Carlos y una Comisión de Grandes de España saliesen á la frontera á recibir al egregio huésped. No satisfizo esto á Murat, y volvió á insistir en que el Rey en persona debía hacer el aga-

sajo; sometió éste el asunto al Consejo, y después de acalorada controversia, se resolvió como quería el francés, saliendo el Rey el 10 de Abril con dirección á Burgos, después de nombrar una Junta de Gobierno bajo la presidencia de su tío el Infante D. Antonio.

Dos días después llegó á esta ciudad de Castilla, y nada en ella denunciaba la presencia del Emperador; el General francés Savary, que de orden de Napoleón acompañaba á la Corte, aconsejó que se siguiera hasta Vitoria, y ya allí, súpose que éste había llegado y estaba en Bayona, á donde Fernando diputó al General francés con una carta para su Soberano; pasados tres días volvió Savary con la respuesta, áspera y desabrida, y capaz por su tono de convencer al más obcecado de que Napoleón pretendía explotar en su provecho los sucesos de Aranjuez. Nada vieron los Consejeros de Fernando, y desechando la opinión de algunos buenos españoles que, temerosos de lo que sucedió, instaban una y otra vez al Rey para que se pusiera en salvo, comprometiéndose á llevarlo por sendas desconocidas á Bilbao, en donde podía embarcarse para Inglaterra ó América, si el interés de la patria y de la dinastía lo hacían necesario, determinaron seguir hasta la frontera, y, por último, ir á Bayona.

Reunidos ya al otro lado del Pirineo los principales individuos de la Familia Real, necesitábase, para llevar á cabo la usurpación que se meditaba, que lo estuviesen todos, para no dejar en España ningún vástago de la dinastía que pudiera servir de bandera en el caso de una resistencia por

parte del país á los proyectos de Napoleón; por este motivo dispúsose que salieran de Madrid la Reina de Etruria con sus hijos y los Infantes Don Antonio y D. Francisco, niño éste á la sazón de pocos años y objeto del cariño del pueblo.

Señalóse para la partida la mañana del 2 de Mayo. Estaba ya movido el pueblo de odio á los franceses, á cuyo General habían silbado la víspera al regresar de una parada, y hacía días se susurraba que se quería alejar de España á los Infantes para imponerla un Rey de extranjera tierra y sin derecho alguno á la soberanía. Dejó indiferente el paisanaje, que adusto y airado llenaba la Plaza de Palacio, que partiese la Reina de Etruria, pues aunque hija de Carlos IV y de María Luisa, no era popular; pero al ver que pasaba tiempo y los Infantes no salían, aumentó la ansiedad, trocada poco después en conmiseración y rabia al oir á un criado de Palacio que el Infante D. Francisco se resistía llorando á la partida, y que á ella se le iba á obligar por orden del Gran Duque de Berg. Apareció en esto por la Plaza un ayudante, y se dirigió apresuradamente á la regia morada, lo que dió carácter de verdad á esta noticia; pero aún la indignación y el odio siguieron contenidos por el natural temor y el espíritu de obediencia; lloraban las mujeres; volvían los hombres los ojos anhelantes á uno y otro lado, esperando la llegada de alguna autoridad española que impidiese lo que ellos consideraban una irreverencia y una mengua para la patria, hasta que una voz femenina salida de un grupo exclamó con dolorido acento: «¡Ay, que nos los llevan!»

Como si estas palabras hubieran encerrado una fuerza poderosa, una conmoción extraordinaria agitó al inmenso pueblo allí reunido: gritaron con furor todas las bocas, y se alzaron con indignación todas las manos pidiendo armas; pero aun sin ellas ó con algunas cortas de bolsillo, acometieron con reconcentrada rabia á los soldados extranjeros, cortaron los tirantes del coche que estaba dispuesto para el camino, y después de recibir á boca de jarro una descarga de la fuerza que acudió al tumulto y que causó algunas víctimas, se lanzaron por toda la población al grito de «¡Abajo los franceses! ¡viva España!»

Sorprendidos éstos, no resistieron al principio, y fueron desarmadas algunas patrullas; volaron los paisanos llevando la insurrección de uno en otro barrio; armóse cada cual según pudo, reconcentrando la resistencia en la Puerta del Sol, donde quedaron sin vida buen número de individuos de la guardia mameluca, objeto de odio por parte del pueblo por su ferocidad y su traje mahometano, hasta que, tomadas posiciones por Murat, lanzó sobre los amotinados sus columnas, que los acribillaron sin compasión, después de una heróica resistencia, prolongada con sin igual tenacidad de calle en calle y de puerta en puerta.

Había sido reducido Madrid, y aún se oía tronar el cañón y la fusilería en su parte alta, singularmente hacia el barrio de Maravillas, viéndose correr azorados edecanes y ayudantes franceses, comunicando órdenes de un lado á otro de la población: era que dos Oficiales del Cuerpo de Artillería, D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, acom-

pañados de uno de Infantería, llamado Ruiz, habían abierto las puertas del Parque de Monteleón á los manolos y chisperos de los contornos, que, bajo su dirección y con algunos pocos artilleros, barrían las columnas francesas que, por la angosta calle que daba acceso al edificio, se lanzaban al ataque: una y otra vez fueron rechazados, hasta que, acumuladas más fuerzas, y después de una heróica resistencia, en la cual había caído muerto D. Pedro Velarde y heridos la mayor parte de los artilleros que los habían secundado, se vieron obligados á parlamentar; sonó la trompeta de *alto el fuego,* flotó la bandera blanca, y en estas condiciones pasaron los franceses el dintel de la puerta del Parque; ya en éste, faltando al honor militar, atravesaron de parte á parte con una espada al herido Daoiz, asesinaron á los que cogieron prisioneros, y se proclamaron dueños por fuerza de aquel lugar, en donde habían sido recibidos á título de parlamentarios: hazaña insigne no inscripta en el Arco del Triunfo.

Por fin, á mediodía, la menguada Junta á quien el Rey al partir había delegado sus poderes, dió señales de vida: fué á la residencia de Murat; reiteró la orden para que la tropa siguiese encerrada en los cuarteles; publicó un bando exhortando á la paz, y sus individuos se esparcieron por calles y plazas, haciendo retirar á los más tenaces, cuyos atezados rostros y manos ennegrecidas por la pólvora, atestiguaban bien á las claras, que habían comprendido mejor que los que los exhortaban, su deber de españoles en tan supremo momento y en día tan aciago.

Todo había terminado; no existía en Madrid paisano alguno que hostigase á los franceses, y la población entera descansaba en la palabra del General Murat de que, una vez restablecido el orden, nadie sería molestado, cuando corrió la noticia, á la que no quiso darse crédito en los primeros momentos, de que las patrullas francesas que recorrían las calles iban deteniendo á los pacíficos ciudadanos que salían como de ordinario á sus quehaceres, y una vez registrados, si se les encontraba el arma más pequeña, eran conducidos al Prado é inmediatamente fusilados; averiguado el caso, resultó cierto el hecho, agravado por la entrega á los franceses, por el oficial italiano al servicio de España que los custodiaba, de los que habían caído prisioneros durante el tumulto y que estaban sometidos á la autoridad de la Junta.

Las descargas cerradas que de vez en cuando sonaban por el Prado, el Retiro y la Moncloa, dijeron á los madrileños que en aquel momento se inmolaban con bárbara crueldad las primeras víctimas de la independencia nacional; que se vertía la primer sangre generosa que, al regar el suelo patrio, había de fecundarle, convirtiéndole en plantel de héroes, cuyo valor había de redimirle y librar á éste y á Europa del oprobio y la deshonra á que la habían conducido sus rebajados gobernantes.

A pesar del tiempo transcurrido, aún estremece el recuerdo de aquella noche luctuosa en que centenares de españoles, reducidos á prisión al salir de sus hogares y sin forma de proceso, atados unos á otros y todos inocentes, fueron bárbaramente

asesinados bajo las alamedas frondosas que hasta hace pocos años rodeaban el monumento levantado para guardar sus cenizas y transmitir sus nombres á las generaciones venideras. Calcúlase en más de doscientos de todas clases y condiciones los que allí perecieron; toda la noche duró la matanza, y al día siguiente cansáronse las manos de los verdugos, pero no se aplacó su furor; un bando draconiano digno de Atila dejó la vida de los madrileños á merced de los franceses, que por él condenaron á muerte á los habitantes todos de las casas donde se hubiera hecho fuego á los invasores. Así terminó el día 2 de Mayo; así empezó la primera resistencia á los deseos del tirano Napoleón.





CAPÍTULO XIII

I

Durante estos acontecimientos, había permanecido retirada en su casa la Duquesa de Villahermosa, donde, según hemos visto, continuaba viviendo como en un monasterio, dedicada á obras de caridad, saliendo sólo á los templos ó á visitar á sus queridas monjas Salesas: allí veía á la futura esposa de su hijo primogénito, cobrando cada vez hacia ella mayor afecto. Las noticias de Roma recibíalas por cartas frecuentes de su tío, del Cardenal Casoni y de algunos otros personajes de la Corte pontificia; los sucesos políticos que se desarrollaban en España, la eran referidos por algunos pocos amigos que la visitaban ó por la lectura de la *Gaceta*, pues si bien desde los primeros días de su viudez se había retirado de la corte, la conducta del Gobierno con el Papa Pío VI, la tentativa de cisma de Urquijo y la expulsión de Es-

paña y prisión de los venerables Obispos y sacerdotes emigrados, la habían hecho romper por completo con el Gobierno, que, por su parte, no la guardaba las consideraciones que á su estado y categoría correspondían, recargando de alojados su casa, designándola los más molestos, como Generales con su Estado Mayor, y haciéndola sufrir toda suerte de vejámenes, de que se quejó varias veces por escrito, sin que fueran atendidas sus reclamaciones (1).

Como todos los vecinos de Madrid, engalanó los balcones de su casa el día que entró Fernando VII, y en unión de sus hijos presenció el desfile de la comitiva en uno de ellos. Sorprendiéronla, como á todos los habitantes de la corte, los sucesos del 2 de Mayo; mandó que durante la lucha estuviesen cerradas las puertas de su casa, y sólo se franqueasen si algún herido acudía en demanda de socorro, que para este caso tuvo su cristiana previsión dispuesto lo necesario, y ordenó que durante el día no saliesen de la casa ni los hijos ni los servidores.

A pesar de su serenidad, fué grande su alteración y susto en aquellos momentos. Constantemente llegaban á sus oídos noticias de los atropellos que los franceses cometían en las casas inmediatas á la suya: supo el ataque y saqueo de la de Híjar, situada en la misma calle, y el bárbaro fusilamiento en mitad de ésta de su inocente por-

(1) Archivo de Villahermosa.—El que más molestias causó á la Duquesa como alojado, fué el General Dupont, vencido en Bailén.

tero; vió á los granaderos franceses pasar con los vestidos y preseas reales, propiedad de los Condes de Ribadeo, acumulados después de largos años, á virtud del privilegio de la Epifanía, y lo que fué más doloroso para ella, estuvo oyendo durante toda la noche las descargas de fusilería que en el inmediato recinto del Prado producían la muerte á los infelices aprehendidos en las calles.

A la mañana siguiente entraron aterrados los criados con una copia del bando de Murat, por el cual se condenaba á muerte á los dueños y habitantes de las casas desde donde se hubiese hecho fuego á los franceses: nadie desde el interior del edificio había dirigido á éstos agresión alguna; pero grupos de paisanos, amparándose de las puertas y de la parte aún en construcción de la calle del Turco, habían disparado sus armas y prolongado el combate; y como la experiencia del día anterior había convencido á la Duquesa de Villahermosa de que los franceses no oían exculpación alguna, no se creyó segura en su casa y dispuso trasladarse inmediatamente con el mayor sigilo, en compañía de sus dos hijos y una doncella, á casa de Doña Antonia, viuda de un antiguo servidor, que por su modestia no podía llamar la atención: así lo hizo, saliendo todos por la puerta de servicio; pero no sin recoger antes las reliquias de los Apóstoles, el trozo de la Cuna del Señor y el *Lignum crucis*, y ordenar á sus criados que la siguiesen, dejando uno solo al cuidado de la casa, con orden de no oponer resistencia alguna á los franceses si se presentaban, pues prefería perder todos los tesoros que encerraba, á que su con-

servación comprometiese la vida de uno solo de ellos.

Pasados quince días, y restablecida la paz material en Madrid, volvieron la Duquesa de Villahermosa y sus hijos á su casa.

Sigamos refiriendo los sucesos políticos que siguieron al 2 de Mayo; sucesos que influyeron grandemente en la vida de Doña María Manuela Pignatelli, dándola ocasión para demostrar la grandeza de alma de que estaba poseída y lo entero de su amor á la Religión y á la Patria.

II

Pocos días antes de estos sucesos había exigido Murat la libertad del favorito Godoy, el cual tomó el camino de Francia en pos de los Reyes sus protectores; reunidos todos en Bayona, Napoleón se quitó la máscara presentando su plan al descubierto; instóse á Fernando que devolviese la Corona á su padre, y á éste que renunciase á ella cediéndosela á Napoleón mediante determinadas condiciones; obligóse después á los Infantes Don Fernando, D. Carlos y D. Antonio á que hicieran dejación de sus derechos y formasen un convenio que redactó Bonaparte.

Solos en tierra extranjera y sin auxilio alguno, faltos de hombres leales que les aconsejasen, bajaron la cabeza resignados ante aquella iniquidad sin ejemplo, baldón eterno para su autor, que no vaciló en atropellar las leyes santas de la hospi-

talidad, respetadas entre los pueblos más bárbaros, para servir á sus tenebrosos designios. ¡Cuán distintos eran los caracteres y cuán otros los tiempos de aquéllos en que un Monarca español, acérrimo enemigo de otro francés, con quien estuvo en guerra toda su vida, necesitando acudir con presteza á sujetar alteraciones en sus dominios, le pidió permiso para atravesar su reino con una pequeña escolta, permiso que éste le concedió agasajándole y sirviéndole, considerando su persona sagrada é inviolable, y agradeciéndole toda su vida la confianza con que se había entregado á su lealtad! Habían sido estos hombres formados por la Edad Media; rendían culto á leyes del honor, y sin hablar de la dignidad humana, la sentían en sí con una fuerza y un vigor extraordinario; aquéllos, en cambio, eran hijos de la revolución que todo lo había falseado y corrompido, y habían aprendido de ella que no había más Dios ni más ley que el éxito, debiendo sacrificarse todos los derechos, al derecho brutal de la fuerza, aliada en ocasiones, como la que estamos narrando, á la más repugnante falsía.

Realizadas las renuncias, Napoleón aceptó la Corona de Isabel I y de Carlos V, y declaró que no la conservaría para sí, sino que se proponía transmitirla á un individuo de su familia; después de esto, creyóse tranquilo y consideró su obra consumada; un golpe de habilidad y de astucia le había valido un reino; debió, sin embargo, inquietarle un tanto aquella noche el parte de Murat enviándole la relación de los sucesos del 2 de Mayo: unos cuantos miserables del más ruín popula-

cho, movidos por los frailes, se habían atrevido á desobedecer las órdenes que acataban de rodillas Reyes y Emperadores; pero habían sido severamente castigados, y no volverían á inquietarle. Por vez primera de su vida le faltó el instinto que en tantas ocasiones le había llevado á adivinar la táctica del enemigo y derrotarle en los campos de batalla; no advirtió que en aquel momento atravesaba la crisis más grave para su porvenir y su grandeza; que aquellos paisanos que él reputaba ser tan despreciables, le decían muriendo, al grito de ¡viva España! bajo los árboles del Prado y de la Moncloa, que había concluído la guerra con los Reyes; que en aquel instante empezaba la guerra con los pueblos, y que el que pretendía sojuzgar había cansado el poder romano; había sacudido el yugo agareno después de ocho siglos de servidumbre nunca consentida; había llevado sus banderas gloriosas por ambos hemisferios, haciendo tremolar las barras de Aragón y las torres de Castilla sobre los baluartes de París; había sojuzgado á Italia y Flandes, y no había tomado posesión de Londres con sus gloriosos tercios, no por impedírselo el valor enemigo, sino por la incontrastable fuerza de los vientos y las olas que le habían sido contrarias.

La facilidad con que se había apoderado de la Corona de Portugal, fué indudablemente el aliciente que le movió para hacer lo mismo con España; genio de la estadística, tenía encasillados en su prodigiosa cabeza los elementos de resistencia de todos los países, y singularmente del nuestro; sabía el valor de nuestras plazas fuertes, ya

en su poder por la traición; el número de fusiles de nuestros parques, que custodiaban granaderos franceses; el calibre y cantidad de nuestras piezas de artillería, servidas bajo la vigilancia de los suyos; la existencia de caudales en nuestras Tesorerías, y los recursos todos del Estado; sabía que todo esto estaba en su poder por la renuncia de Carlos IV, pues los elementos que formaban la Administración pública le eran adictos, y con muy raras excepciones siguieron sirviéndole allí donde el pueblo no lo impidió, igual que si lo sucedido en Bayona hubiera sido lo más correcto y legal y lo más conforme con el derecho y la dignidad de la patria.

Lo que no sabía ni supo nunca, hasta que la Providencia le arrojó bajo el cielo de los trópicos sobre el peñón de Santa Elena, fué que al lado de aquellos jansenistas y regalistas que pululaban por las oficinas y los Ministerios; codeándose en verbenas y toros con la nobleza prostituída y cortesana, y riéndose en los teatros de los literatos á la francesa que escribían comedias con arreglo á las leyes de Boileau, había un pueblo al cual no habían llegado, por fortuna, aquellas teorías que habían producido la revolución en Francia, aunque hacía un siglo que estaban inculcándoselas; que este pueblo vivía apegado á sus viejas tradiciones, leyendo sus antiguos romances, obedeciendo á su clero, adorando el Altar de su Dios y el Trono de sus Reyes, más entusiasta de ellos cuanto más alejado había estado de sus personas; que este pueblo, al que en son de menosprecio se llamaba pueblo de curas y de frailes, guardaba

una energía tan poderosa y un sentimiento tan grande de su independencia, que iba muy en breve á conmover al mundo y escribir en la historia una página que han de leer siempre temblando los tiranos.

Y así sucedió en efecto, y dió España al mundo un ejemplo no conocido hasta entonces, porque nunca se había visto que una nación sin Rey, abandonada á sí misma y traicionada por sus autoridades, ofreciese el espectáculo que ofreció la Península el mes de Mayo de 1808, levantándose unánime contra el invasor, arrojándole el guante y declarándole una guerra á cuyo fin había de encontrar aquél la derrota y el destierro.

III

Apenas se recibió en las provincias la noticia de las bárbaras matanzas del 2 de Mayo, transmitida á casi toda la parte meridional de la Península por el lacónico parte del alcalde de Móstoles, y de lo ocurrido en Bayona, de que dió noticia la *Gaceta*, levantóse en masa la nación; vientos de libertad cristiana y española corrieron por todas partes donde no pesaba el yugo francés; Asturias recuerda que en sus breñas fué donde, diez siglos antes y en circunstancias parecidas, se refugió la bandera de la patria y se levanta la primera para protestar de lo ocurrido, pidiendo que se declare la guerra al capitán del siglo; vacila su Junta, y el

Marqués de Santa Cruz de Marcenado, á pesar de sus setenta años, la decide con aquellas memorables palabras: «En cualquier punto que se levante un hombre contra Napoleón, tomaré un fusil y me pondré á su lado;» sigue Santander, y las talladas hoces de Cantabria resuenan con el eco de la trompa de guerra que convoca á los concejos y los invita á la resistencia, como en los días de Augusto; Galicia reúne sus parroquias, y con sus curas á la cabeza, se une á la Universidad y al pueblo, dando al aire la bandera terror de los navegantes extranjeros, á cuya sombra defendieron su costa intangible; Valladolid reivindica su título de capital de Castilla, y alza pendones por el Rey legítimo, á pesar de estar rodeada de ejércitos enemigos; León convoca en sus montes escarpados á los bravos montañeses, terror un día del soberbio Almanzor, y espera allí á los enemigos de la patria; Aragón reúne á orillas del Ebro sus gloriosas Cortes, y deliberan y resuelven sus cuatro Brazos que el Emperador, su familia y todo francés son responsables de la vida del Rey, su hermano y su tío, y que si á causa de un atentado contra sus preciosas vidas, España se viese privada de su dinastía, la nación, como en Caspe, usaría su derecho electivo; Badajoz grita á los portugueses, al través de la frontera, que ha llegado la hora de prescindir de seculares odios y unirse en un estrecho abrazo para salvar la independencia de la Península; Valencia lanza á rebato las campanas de su Miguelete y convoca á los tostados hijos de su huerta á la sombra del *Rat penat*, sostenido por el Conde de Cervellón; Cata-

luña prepara sus somatenes y los coloca de centinela en las alturas del Bruch; Sevilla y Cádiz presencian por última vez el espectáculo de un alzamiento nacional inspirado por la noble y cristiana libertad española, que había de quedar muy pronto enterrada entre sus muros para ser sustituída por la libertad revolucionaria, volteriana y extranjera importada allí por las logias masónicas, y toda la nación, en fin, libre de la tiranía oficial y del convencionalismo cortesano y autoritario, reivindica su soberanía, alza su frente, prepara su brazo y se dispone á esgrimir la espada con que en otro tiempo había dominado al mundo.

Espectáculo admirable no estudiado aún bastante, y que llenó de asombro y de admiración á Europa; porque hay que tener en cuenta que la rebajada política del último reinado había hecho concebir de nuestra patria la más triste idea; en todas partes se consideraba á España como un pueblo envilecido y degradado: Rusia nos despreciaba; la Santa Sede nos consideraba peor que á los franceses; Austria y Prusia no sostenían con nosotros relaciones; en la tribuna parlamentaria de la Gran Bretaña resonaban frases ofensivas para nuestra honra, y Burke, al ver nuestro servilismo con el Directorio, insultaba á nuestra patria llamándola el feudo del regicida; Luis XVIII, después del fusilamiento del último Condé, devolvía á Carlos IV, como ya hemos dicho, el Toisón de oro, porque no quería ser compañero de armas de un asesino; allí donde aún se rendía culto á las leyes del honor y de la lealtad, éramos mirados como objeto de lástima.

El despertar de nuestra patria causó, pues, mayor asombro, por cuanto menos se esperaba: nuestro pueblo, movido principalmente por el clero y por los frailes y dirigido por la nobleza no contaminada por la revolución, procedió desde el principio con una energía y una actividad que asombra; pasados los primeros momentos y declarada la guerra á Napoleón, en unas partes por las Juntas, en otras por las Diputaciones y en muchas por un hombre del pueblo subido en una silla, como en Valencia y la Coruña, procedió á organizar la resistencia: reunióse dinero, compráronse armas, nombráronse Generales, enviáronse Embajadores á las Potencias de Europa, que concertaron alianzas, firmaron Tratados, y contrataron empréstitos, disponiéndose todos á la pelea sin preocuparse de que estaban rodeados de 100.000 enemigos en cuyo poder estaban las plazas fuertes, los puntos estratégicos y hasta las mismas fuerzas organizadas de la patria, y que todos estos elementos los mandaba y dirigía un hombre, genio de la guerra, nunca vencido, y á cuya voluntad humillábanse los poderosos imperios de Europa.

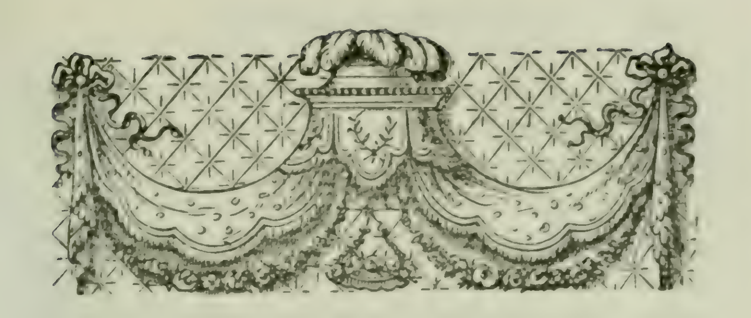
Y á decir verdad, el éxito coronó en los primeros momentos estos esfuerzos: los invasores, confiados y jactanciosos al principio, empezaron á vacilar y á temer que aquellos soldados bisoños educados por frailes les habían de dar mucho que hacer, y con efecto, al mes justo del 2 de Mayo, el General Merlo, que iba á reducir á Santander, tiene que contramarchar para prestar auxilio á su compañero Lassalle, comprometido en Valladolid;

Lefevre no se atreve á entrar en Zaragoza, y dos divisiones francesas que se dirigían á prestar auxilio á sus compatriotas comprometidos en Aragón y Valencia, tienen que volver á encerrarse en Barcelona después de ser batidos por los somatenes en las alturas del Bruch, cuyo paso no pueden forzar; flanqueada después la posición por otro ejército más numeroso, acude á sorprender á Gerona, y aunque llega, amparándose de la noche, al pie de sus muros y casi penetra en la ciudad, es rechazado y tiene que retirarse de la vista de aquella gloriosa población; Cádiz obliga á capitular á la escuadra francesa anclada en su rada; Valencia se resiste heróicamente, y el Mariscal Moncey retrocede ante sus muros para no encontrarse entre dos fuegos; y por último, vencidos ó vencedores los españoles, en todas partes se fortalece el ánimo del pueblo, no decae nunca, y ya celebre su triunfo con un *Te Deum* en la iglesia del pueblo, ó ya se apoye vencido sobre las humeantes ruínas de su templo, incendiado por el enemigo, jura odio implacable al invasor de la patria.

Rota por los acontecimientos citados la comunicación que entre sí tenían los ejércitos franceses; incorporadas después de hechos heróicos á las fuerzas nacionales las reliquias del nuestro que estaban en su poder, y enfermo Murat, preocupóle esta situación al Emperador, el cual se apresuro á transmitir la Corona de España á su hermano José, dándole orden de venir á tomar posesión de su reino. Reunióse precipitadamente en Bayona un simulacro de Cortes; aceptaron una Constitución que les presentó el mayor de los Bonapar-

tes, emprendiendo después de esto el *rey intruso* el camino de Madrid, donde entró en medio de la indiferencia y el silencio de sus habitantes, sólo interrumpido por algún que otro heróico ¡viva Fernando VII! lanzado de vez en cuando por el pueblo, que conservaba vivo el recuerdo de la hecatombe de Mayo.





CAPÍTULO XIV

I

Estos acontecimientos, tan rápidamente desarrollados, llenaron de perplejidad á la Duquesa de Villahermosa; ésta, como toda la nación, no se daba cuenta de lo sucedido, y apenas podía creer su imaginación lo que veían sus ojos. Después de largos años de una vergonzosa dictadura, un motín triunfante, que todo el mundo bendijo, libra de ella al país é inaugura un nuevo reinado, en el que no había español que no cifrase grandes esperanzas; no bien empieza á reinar el joven Príncipe, con deslealtad insigne se le hace salir de España, y de repente encuéntrase la nación despojada de su Soberano legítimo, éste cautivo, y ella entregada á uno extranjero, que anuncia grandes transformaciones y grandes mudanzas en la constitución social y política de la sociedad española.

Como no podía menos de ser, una vez conoci-

dos los sucesos referidos, asocióse con entusiasmo la Duquesa de Villahermosa á la protesta enérgica, unánime y espontánea con que, como hemos visto, respondió España á la deslealtad de Bayona; su alma cristiana y española conoció desde el primer momento que no se trataba solamente de un cambio de dinastía ni de un cambio de Gobierno; que en el fondo de todo lo ocurrido se encerraba el problema de saber si España debía continuar siendo católica, ó de si debía quemar, en aras de la Revolución, sus sacrosantas creencias, bajo la garra del águila imperial, que en aquel momento oprimía al Pontífice, dirigida por el hijo de la Revolución, que, después de hacer en Francia el papel de Constantino para consolidar su poder, se había erigido en Juliano el Apóstata para extenderle y dilatarle sobre los cuerpos y sobre las almas, como los antiguos Césares.

Al llegar á este punto, su conciencia la dijo que era su deber inmolarlo todo en aras de la Religión y de la Patria; que era muy grande el sacrificio que una y otra la exigían, pero que no debía retroceder ante él, como no retrocedió Abraham ante el de su hijo cuando Dios se lo ordenó; que si quería ser digna del nombre que llevaba por su nacimiento y cumplir la obligación que tenía de guardar incólume, para transmitirle á sus hijos, el que su marido la había dejado en depósito, debía en el acto, sin pérdida de momento, llevar á éstos á donde se combatía por Dios, por la Patria y por el Rey, y dar su fortuna á la nación, como la había dado en días de prueba á la Iglesia.

No era la Duquesa de las que retroceden ante

ningún deber, por penoso que éste fuese: así es que llamó á sus hijos, y les expuso claramente la situación de las cosas y el camino que su honor y la obligación que su dignidad y nombre les trazaba; díjoles que el lema de su casa era un perpetuo juramento hecho ante Dios, y transmitido de padres á hijos desde el primero de sus antepasados que le formuló, de defender con sangre, lo que con sangre habían conquistado, es decir, el derecho de ser católicos y de vivir libres dentro de una patria libre; que de perder ambas cosas estaban amenazados en aquellos momentos, pues la invasión extranjera, no sólo atacaba la independencia de la Patria, sino los altares del Dios verdadero, puestos en peligro por los mismos principios y por los mismos hombres que habían abolido en otro tiempo en Francia el culto del Dios único y verdadero, y sentado una prostituta, á manera de diosa, sobre el altar de Nuestra Señora de París.

Hijos respetuosos, educados en las ideas más puras sobre los deberes de los hombres para con su Dios y con su Patria, uno y otro respondieron que estaban dispuestos á obedecer á su madre y que irían con gusto allí donde su deber lo exigiera, templando únicamente la satisfacción que el cumplimiento de éste les ocasionaba, la pena de tener que separarse por vez primera de su madre á quien amaban tanto. Con lágrimas en los ojos agradeció la Duquesa la sumisión y el cariño de sus hijos, y resolvió el viaje á Zaragoza, que estaba ya en completa insurrección contra los franceses, y en donde se susurraba que Palafox, sobrino de la Duquesa, había sido nombrado por el pueblo Ca-

pitán General y Virrey de todo el reino de Aragón, con amplios poderes para dirigir la campaña.

Antes de salir de Madrid, el joven Duque, acompañado de su madre, visitó á la Duquesa de Arión para devolverla la palabra empeñada dejando en libertad á su hija, pues era evidente que, por lo menos, las circunstancias imponían un más largo aplazamiento á la boda proyectada, con el cual no sabían si estarían conformes la prometida y su madre.

Esta nobilísima señora, comprendiendo el sentimiento de delicadeza que movía al Duque á dar este paso, y después de oir las protestas de cariño de Villahermosa hacia su prometida, aplaudió la determinación tomada, y de acuerdo con su hija, le contestó que podía marchar á defender la patria; que su prometida esperaría á que lucieran días mejores para la nación, realizándose entonces la boda en que ambos cifraban su felicidad (1).

Dado este paso, preparóse todo para el viaje,

(1) La Duquesa de Arión envió también al ejército á su hijo, imitando la conducta de la gran mayoría de la nobleza, que supo estar á la altura de las circunstancias, siendo muchos los de esta clase que murieron en los campos de batalla; otros se arruinaron por levantar regimientos á su costa, y algunos sufrieron larga prisión por no reconocer al intruso.

Como al hablar de la aristocracia de fines del pasado siglo se cita con tanta frecuencia la composición famosa de Jovellanos, y se supone que en ella retrata la nobleza de su tiempo, bueno es que conste que el insigne escritor sólo se refiere á una parte de esta clase muy reducida, que vivía en la corte, y que el resto cumplió noblemente su deber y mereció bien de toda la nación por su heroísmo y desprendimiento, no inferior al de las demás clases.

saliendo de Madrid la Duquesa, acompañada de sus hijos, el 3 de Junio, en un coche de colleras ajustado hasta Calatayud en 6.000 reales. Pasaron la noche en Torija; al día siguiente cambiaron de tiros en la Venta del Puñal, y pasando por Torremocha é Irache, llegaron á Alhama, donde durmieron. El día 5 comieron en Ateca, y al anochecer llegaron á Calatayud, descansando en esta población la noche y el día siguiente, saliendo de ella el 7 para pernoctar en la Almunia; el 8 llegaron á la Muela, donde salió á recibir á los viajeros D. Manuel Chianfi, apoderado general de la Duquesa en Aragón, y sin detenerse entraron al ponerse el sol en Zaragoza. Poco después llegaron los criados, que de cerca seguían á sus señores, en dos calesas alquiladas al efecto (1).

Desde los primeros momentos, y mucho antes de acercarse á la ciudad, comprendieron los viajeros que algo muy extraordinario ocurría en ésta: necesario es que sobre ello demos algunos antecedentes á nuestros lectores.

II

Como en el resto de la nación, era odiado en Zaragoza el Gobierno del favorito: apenas llegó la noticia del motín de Aranjuez y su prisión, el

(1) «Cuenta de los gastos ocurridos con motivo del viaje que ha hecho la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa con sus dos hijos, mis señores, á Zaragoza y Lérida, y del regreso de S. E. á Madrid.»—Archivo de Villahermosa.

pueblo, ebrio de gozo, se lanzó á la calle, y los estudiantes, sacando de la Universidad su retrato, lo quemaron en el Coso con gran algazara, mientras era colocado entre estrepitosos aplausos, en el sitio que aquél ocupaba en el Salón de Grados, el de Fernando VII, ante quien desfiló la multitud en señal de acatamiento. Los sucesos del 2 de Mayo y la barbarie de Murat, indignaron á aquel pueblo altivo y generoso, colmando la medida de su furor la noticia de la salida de España de la Real Familia, las abdicaciones y la orden de que Zaragoza nombrase Diputados á unas Cortes que el francés convocaba en Bayona para sancionar la obra de la deslealtad y de la traición.

Algunos hombres del pueblo, dirigidos por Don Mariano Cerezo, labrador acomodado de la parroquia de San Pablo, y por otro que no lo era tanto, llamado Jaime Ibor, más conocido por el mote de «Cuello corto,» á causa de lo bajo de su talla y lo subido de sus hombros, de gran influencia entre sus compañeros del arrabal, al ver la impasibilidad de las autoridades que continuaban indiferentes como si nada hubiese ocurrido en la nación, celebraban Juntas frecuentes, aunando voluntades, fijando pasquines dirigidos al pueblo y empleando cuantos medios eran conducentes á mover su ánimo y preparar un levantamiento: cayó la semilla en buena tierra, pues apenas se supo el propósito, asocióse á él la población entera, excepción hecha de las autoridades, que, débiles y vacilantes, no querían arrostrar la responsabilidad de unirse á una rebelión contra el nuevo régimen, que consideraban sólidamente establecido y defi-

nitivamente afirmado por la voluntad del hombre de hierro que gobernaba á la Francia.

Cautos y prudentes los iniciadores de los trabajos para el levantamiento de la ciudad, comprendieron desde el principio lo indispensable que era para asegurar el buen éxito de la empresa el nombramiento de un Jefe popular y caracterizado que se pusiese al frente de ella y sustituyese á la autoridad que iban á derrocar; con este objeto habían dado algunos pasos cerca del Conde de Sástago y del ex-Ministro D. Antonio Cornel; pero uno y otro se habían excusado, si bien manifestando que pensaban como el pueblo y se unirían á él, para lo cual estaban convenciendo á las autoridades á fin de que no se opusieran á lo que se intentaba. Se estaba en estas negociaciones, cuando se supo que había llegado fugitivo de Bayona, y estaba escondido en la inmediata torre de Alfranca, D. José Palafox y Melci, nacido en Zaragoza, hijo menor del Marqués de Lazán, muy popular en la ciudad, y que tenía en el ejército el grado de Brigadier; fijáronse en él todas las miradas, é inmediatamente Jorge Ibor, á nombre del pueblo, ofrecióle el mando de Zaragoza para resistir al francés, del cual se susurraba que avanzaba ya con 6.000 hombres en dirección á la ciudad. Aceptó en principio Palafox, y se resolvió á entrar en Zaragoza y conferenciar con las autoridades.

Entre éstas era grande la confusión; el Ayuntamiento quería asociarse al movimiento popular que, sin tener armas ni haber hecho ostensiblemente acto alguno de rebeldía, era ya imponente; pero deseaba que la Real Audiencia tomase la ini-

ciativa, á lo que ésta se negaba, fundándose en que el Capitán General insistía en no hacer nada y esperar órdenes de Madrid, limitándose solamente á publicar *Gacetas* extraordinarias con las alocuciones que en bien de la paz daba la menguada Junta central que, bajo la dependencia de Murat, había sustituído al Rey en el Gobierno de la nación, con lo cual antes encendía los ánimos que los calmaba. Avistado Palafox con el Capitán General, que lo era D. Jorge Juan de Guillelmi, intentó persuadirle de que rompiese con el Gobierno de Madrid, armase al pueblo y secundase el movimiento de protesta de toda la nación contra Bonaparte; negóse á ello Guillelmi, mostrándose tan desconocedor de la situación de las cosas y tan fuera de la realidad, que llegó hasta rogar, al que era ya el ídolo popular de toda Zaragoza, que se escondiese y no le pusiese en compromiso, pues tenía órdenes terminantes de Murat de prenderle donde quiera que le encontrase; retiróse entonces Palafox, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos y de la ceguedad de Guillelmi, que no se había enterado aún de que estaba sobre un volcán y corría su vida peligro inminente al menor grito que contra él profiriese cualquier muchacho de Zaragoza.

Llegó en esto, con el día 24 de Mayo, la publicación de los papeles y *Gacetas* en que oficialmente se daba cuenta de lo ocurrido en Bayona, que ya se sabía, y la nueva inaudita de la cesión de Napoleón á su hermano José de la Corona de España; colmó esto la medida, y sin previo acuerdo estalló el movimiento, largo tiempo contenido: un



El General Dn. José de Palafox
heroico defensor de Zaragoza

practicante de Medicina, llamado Carlos González, fijó en su sombrero una escarapela roja; imitaron otros muchos su acción, repartiéndolas con abundancia, pues de antemano las tenían prevenidas, y con grandes gritos y en tumulto acudieron al palacio del Capitán General en demanda de armas; quiso la guardia oponerles resistencia, pero la arrollaron, subiendo al despacho de Guillelmi, ante quien formularon con energía, capitaneados por González, la misma petición, mientras la multitud en el Coso se asociaba á ella, lanzando piedras contra los cristales.

Ciego y porfiado, Guillelmi intentó disuadirlos de su intento con palabras blandas, de que no era ocasión ni momento; por fortuna apercibióse el Coronel de fusileros, D. Antonio Torres, que mandaba la guardia del edificio y que había ordenado no hacer resistencia al pueblo, de la gravedad de la situación y del peligro que corría la vida del Capitán General, é interponiéndose con gran serenidad entre unos y otros, los convenció que el asunto debía tratarse en la Aljafería, donde estaban las armas, y á donde debían trasladarse todas las autoridades militares y pueblo, quitando importancia y calificando de hijos del acaloramiento los mueras y pedradas que continuaba lanzando la multitud desde el Coso. Esto salvó á Guillelmi: trasladados todos al castillo, logró vencerse su resistencia y mandó entregar á Torres, y á otro Jefe también del mismo apellido y Cuerpo, las llaves del castillo, parques y almacenes de municiones, que inmediatamente se entregaron á los alcaldes de barrio, que en el mismo momento em-

pezaron á distribuirlas entre el pueblo. Guillelmi, ciego y porfiado, intentó marcharse después de esto á su casa: por fortuna los Torres, en bien suyo, le obligaron á quedar detenido en el castillo, salvando su vida, que seguramente hubiera perdido de presentarse en aquellos momentos por las calles de Zaragoza; al día siguiente remitió al Ayuntamiento y Audiencia, reunidos en pleno, su renuncia del cargo de Capitán General y un papel conteniendo un plan de conducta para aquellos momentos, que se le había remitido con grandes amenazas si no procedía á su planteamiento.

En esto estaba ya la ciudad en plena insurrección: Jorge Ibor y sus labradores marcharon á la torre de Alfranca, y en un carruaje descubierto hicieron venir á Zaragoza á Palafox y al guardia de Corps D. Fernando Gómez Butrón, que le acompañaba de Bayona, y después de dejarle en la casa del Marqués de Lazán, que era la de su familia, instalaron en ella una guardia que no le abandonó durante todo el sitio. Al día siguiente, 26 de Mayo, las autoridades todas, con el Segundo Cabo D. Carlos Mur á la cabeza, eligieron por unanimidad á Palafox Capitán General de Aragón, con amplias é ilimitadas facultades en todo el reino para organizar la resistencia al invasor y salvar la independencia de la patria amenazada por los ejércitos franceses.

Después de esto, Palafox, para dar mayor legitimidad á sus poderes y proveer á las necesidades del momento, convocó las Cortes del Reino, que se reunieron en Zaragoza, compuestas de sus cuatro Brazos tradicionales: el eclesiástico, el noble,

el de hijodalgos y las ciudades con voto en Cortes: todos sus individuos confirmaron los acuerdos del pueblo. A poco llegaron también á Zaragoza, después de arrostrar muchos peligros, procedentes de Madrid y Bayona, los dos hermanos mayores de Palafox, el Marqués de Lazán y D. Francisco, que desde aquel momento tomaron parte en los trabajos empezados por aquél.

III

En momentos tan graves y de peligro entraron en Zaragoza la Duquesa de Villahermosa y sus hijos, instalándose en una de sus casas, donde de antiguo estaba establecida la Administración general de todos sus Estados de Aragón y donde tenían reservadas habitaciones, no usadas desde los tiempos en que descansaban en la ciudad de paso para Madrid ó Pedrola. Era la casa grande, de cinco pisos, y estaba situada en la calle de la Frenería, muy cerca del templo de la Seo: en ella la caridad de la Duquesa había establecido una especie de conventículo de antiguos jesuitas, viejos y enfermos, que le habían sido recomendados por su tío cuando, invadida Italia por los ejércitos franceses, se les autorizó para venir á España: dábalos casa y una pequeña pensión, que bastaba á cubrir sus necesidades.

El más caracterizado de estos jesuitas, y á quien la Duquesa profesó siempre mayor respeto

y cariño, era el P. Moreno, anciano que á la sazón frisaba en los noventa años, fuerte y robusto, sin embargo, que hacía frecuentes viajes á Calatayud, verosímilmente su patria, y que había conocido al P. Pignatelli desde el día en que éste, casi niño, entró á educarse en una casa de la Compañía; había otros también cuyos nombres no hemos podido averiguar, entre ellos un personaje misterioso, que excusaba siempre firmar con su nombre las cartas que dirigía á la Duquesa, suponiendo que en ello había peligro (1).

(1) El P. Moreno, á juzgar por algunas cartas de la Duquesa de Villahermosa á su hijo en años posteriores, fué á quien primero se encargó el que hiciese una relación de la vida del P. Pignatelli, cuando poco después de su muerte incoaron sus hermanos de la Orden su expediente de beatificación, fundándose en que le habían conocido de discípulo y novicio en las casas de la Compañía.

Respecto al personaje misterioso á que nos referimos, hay de él dos cartas escritas á la Duquesa con espacio de muchos años, ambas sin firma; la primera termina con estas palabras: «El que ni tiene ni puede escribir su nombre;» y la segunda, de 1804, acaba diciendo: «Permítame V. E. que no firme, pues aún quedan ciertos temores, bien que no los tiene mi conciencia.»

Hemos pensado, y lo exponemos á manera de presunción solamente, si el autor de estas cartas sería el famoso misionero Alba, tan perseguido de los Ministros de Carlos III, por su libro en defensa de los jesuitas. Alba era muy querido del P. Pignatelli, que le favoreció siempre, pagando la deuda de gratitud que con él tenía la Compañía, y se nos ocurre si recomendado por el siervo de Dios á su sobrina, acabó sus días sostenido por ella.

Exponemos esto sólo como hipótesis, pues desconocemos lo ocurrido en sus últimos años á aquella alma nobilísima, infla-

Desde el momento de su entrada en Zaragoza, fué la Duquesa testigo presencial de los hechos heróicos de sus nobles paisanos, viendo desarrollarse el principio de aquella *Iliada* sin ejemplo.

Confiado y tranquilo avanzaba hacia la ciudad el General Lefevre al frente de sus 4.000 hombres, y seguíanle hasta 20.000: en Alagón y en Mallén había dispersado á las fuerzas mandadas por el Marqués de Lazán, compuestas de paisanos armados, poco diestros en las maniobras y no acostumbrados á batirse en campo abierto: esto había aumentado su seguridad de penetrar en Zaragoza sin resistencia alguna, y así lo anunció públicamente remitiendo proclamas, á fin de que no se llevase á cabo el inútil trabajo de hostilizarle, y acompañándolas de excitaciones á la paz hechas al reino de Aragón por algunos de los malos españoles reunidos en Bayona que, sin fe en la energía de la patria, se resignaban á doblar su cuello al yugo extranjero. Llegado que fué el momento, preparó el General francés sus columnas y las lanzó sobre la ciudad; pero con gran asombro, aquellos paisanos, sin fuerzas regulares que los protegiesen, pues no había entonces ni un solo soldado en Zaragoza, las batían donde se presentaban, impidiéndolas avanzar un solo paso. No había allí altas torres, gruesos muros, profundos fosos ni bien combinadas baterías; unas cuantas tapias de tierra y algunos cañones que arrastra-

mada de amor por la justicia, que aun á riesgo de su vida levantó la voz con viril acento en defensa de la Compañía de Jesús, cuando era perseguida por los poderosos.

ban donde hacía falta muchachos y mujeres, era todo lo que tenían ante su vista los vencedores de Jena y Austerlitz, que habían visto ondear su bandera sobre la ciudadela de Milán y sobre los baluartes de Maguncia; fué, pues, necesario detenerse y esperar para dar el ataque con fuerzas mayores y por más puntos á la vez: ocurría esto el día 15 de Junio, fecha gloriosa que señala la primera acometida de los franceses á la ciudad, seguida de su primera derrota.

La vista de águila de Palafox comprendió que Zaragoza estaba perdida si no se acudía á ella con recursos, pues escaseaban los alimentos y, sobre todo, las municiones, y salió de la capital para traer estas cosas, dejándola entregada al valor y lealtad del pueblo. Bien conocía á sus paisanos: ni un desorden, ni un atropello, ni el más pequeño desmán manchó la gloria de aquellos días; nadie se preocupaba de otra cosa que de la salvación de la patria. El presbítero Sans, beneficiado de San Pablo, acaudilla sus compañías de escopeteros; Ibor, con sus labradores, cubre los sitios de más peligro; el Capitán Cerezo, con espada y rodela, como los antiguos héroes, acude donde la pelea es más fuerte; los pocos artilleros que hay en la plaza se multiplican para servir las piezas de las puertas y portillos; sin que nadie dirija, todo se hace con orden admirable; la voz de un muchacho descalzo que llega á escape, diciendo: «hace falta gente en la Puerta del Carmen,» lleva allí la necesaria; cuando las municiones empiezan á escasear, aparece de repente la Comunidad de un convento, que, después de rezar maitines la noche

anterior, ha visto amanecer haciendo cartuchos bajo el fuego de las piezas enemigas; sin que nadie pida nada, todo el mundo da lo que tiene; los herreros de la ciudad trabajan día y noche en fabricar metralla, y los infelices comerciantes de hierro viejo, entre los que hay muchas mujeres, entregan con alegría su hacienda toda para transformarla en proyectiles que defiendan la independencia de la patria.

La Duquesa vió todo esto, y se sintió orgullosa de ser española y de ser aragonesa; había dado ya á la patria sus hijos, que, aun sin cargo por la salida de Palafox, trabajaron contra el enemigo común confundidos entre el pueblo; sólo la tocaba dar su dinero, y no le escaseó, derramándolo á manos llenas para premiar hazañas heróicas, singularmente entre los artilleros, los más necesarios y los que corrían más peligros en aquellos momentos. No es posible calcular el dinero que empleó en esto, no sólo durante el tiempo que estuvo en Zaragoza, sino después de su salida, para lo cual dió instrucciones á su apoderado Chianfi, amén de las sumas con que, como persona principal del reino, contribuyó á la defensa de la capital, y de las cuales no dejó rastro, llevada de su antigua costumbre (1).

(1) Como los donativos de la Duquesa de Villahermosa á los artilleros y demás personas que se distinguían por su arrojo y valor contra los franceses, no podía entregarlos ella misma, se valió de las personas más caracterizadas de Zaragoza que por su autoridad y valor presenciaban los hechos y podían apreciar su mérito. Son muchos los papeles que sobre esto tenemos á la vista, pues las personas á que nos referimos, lle-

IV

La noche del 30 de Junio volvió á Zaragoza Palafox, y á pesar de la premura de tiempo, fué

vadas de su delicadeza, y aun cuando la Duquesa no se lo exigía, justificaban la entrega de los donativos con los recibos de los agraciados. He aquí, escogidos entre otros, los justificantes de una de las varias entregas á que nos referimos:

«*Razón del dinero entregado para los artilleros.*—A D. Pablo Arias, 2.000 reales.—Al mismo, 4.000.—A D. Fernando Blasco, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000.—A D. Manuel Chaure, 2.000.—A D. Antonio Securiar, 1.000.—A D. Fernando Blasco, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000.—A D. José Royo, 1.000.—A D. Manuel Lacartera, 1.000.—A D. Manuel Chaure, 2.000.—A D. José Royo, 1.000.—A D. Santiago Sas, 1.000.»

La inversión de esta suma aparece perfectamente justificada con recibos firmados por los interesados.

En otros repartos la Duquesa señaló, para que todos disfrutasen de sus beneficios, 10 reales á cada uno de los artilleros, 20 á los cabos y 60 á los sargentos que servían las piezas del Puente de Piedra; Puertas del Angel, del Sol y de San José; calles de la Puerta Quemada y de la Tripería; Puerta de Sancho; baterías de las Puertas del Carmen, Misericordia, Santa Engracia y otros puntos.

También socorrió á varios Jefes y Oficiales, singularmente á D. Prudencio Soto y D. Pedro Bustamante, que estando en Barcelona cuando los franceses sorprendieron aquella ciudadela, se descolgaron por la muralla, y sin equipaje ni dinero alguno se vinieron á Zaragoza, llegando con tanta oportunidad, que contribuyeron poderosamente á rechazar á los franceses en su primera acometida del 15 de Junio. Todo esto está comprobado con los documentos originales.—Archivo de Villahermosa.

á casa de su tía, á quien halló acompañada de su sobrina Doña Consolación, casada con el Conde de Bureta, hija de D. Manuel Azlor y Doña Petronila Villavicencio, á quien la de Villahermosa pasaba una pensión y daba casa, en recuerdo de lo mucho que su esposo había hecho por el Duque D. Juan Pablo durante la infancia y orfandad de éste y de su hermano D. Jorge.

Aconsejóla Palafox que saliese inmediatamente de Zaragoza y se trasladase á Lérida con sus hijos, los cuales, nombrados ya edecanes suyos, debían proveerse del correspondiente equipo y aguardar allí sus órdenes, pues sospechaba que tendría que hacer aún algunas salidas para introducir refuerzos en la plaza, cuyo asedio apretaba más Lefevre, habiendo empezado desde la víspera un continuo bombardeo; al mismo tiempo entregó al Duque de Villahermosa un pliego cerrado, que á toda costa debía evitar cayese en poder de los franceses, entregándole intacto al Obispo de Lérida, que sabía ya su destino.

Esa misma noche tratóse también de un asunto de familia por demás desagradable; el Conde de Fuentes, sobrino de la Duquesa, que se había decidido por los franceses y recibido de ellos el nombramiento de Capitán General de Aragón, había sido preso en el campo por el herrero de Valtierra, y caminaba hacia la ciudad; inmediatamente ordenó Palafox que saliese de Zaragoza el Capitán Cerezo y, por el camino más retirado, lo llevase á la Aljafería, pues de otro modo hubiera sido víctima del furor é indignación popular.

Al día siguiente, 1.° de Julio, con riesgo de sus

vidas, pues los franceses, convencidos de que no podían tomar la ciudad por asalto, habían empezado un continuo bombardeo, salió la Duquesa con sus hijos y criados, llegando á Lérida, donde el señor Obispo, antiguo amigo de la familia, les dió cariñoso hospedaje, después de recibir el pliego entregado por Palafox (1).

Continuó el bombardeo de Zaragoza todo el día 1.°, y el 2 al amanecer, creyendo Lefevre aterrados á sus defensores, lanzó de nuevo sus columnas sobre la ciudad, atacándola á la vez por varios puntos; de todos ellos fueron rechazadas por el paisanaje y tropa que había venido con Palafox

(1) Al día siguiente de la llegada de la Duquesa á Lérida, recibió de Chanfi una carta, en la que se lee el siguiente párrafo: «Julio 2.—Celebraré que V. E. y los señoritos hayan llegado á esa ciudad con la mayor felicidad y sin ningún trastorno en el camino. Aquí ha durado el bombardeo que V. E. dejó empezado, hasta hoy á las tres de su mañana, en que los franceses, nuestros *aliados*, han principiado á atacarnos por las tres Puertas de Santa Engracia, el Carmen y el Portillo, con tanta furia, que nos habemos tenido por perdidos; pero la intercesión de nuestra Patrona ha concedido de la Majestad Divina el poderlos rechazar con mucha pérdida de los enemigos, que se han retirado tan escarmentados, que no han vuelto á respirar desde las siete de la mañana hasta ahora que son las siete de la tarde.»—En otra carta del mismo se lee también esto refiriéndose á la casa de la Duquesa: «El otro día tiraron cuatro ó seis granadas, y una de ellas entró por una ventana del gabinete de la señora Virreina (la viuda de D. Manuel Azlor, el cual había muerto siendo Virrey de Navarra), y rompiendo dos tabiques, pasó junto á la cama donde se hallaba S. E., y tuvo la felicidad de que no la tocó, y después se hallaron dos cascos en la misma cama, de modo que puede atribuirse á caso milagroso.»—Archivo de Villahermosa.

dos días antes; pero ocurrió que, mal construída la batería que defendía la Puerta del Portillo, no amparaba á sus servidores, que uno tras otro habían sucumbido á los certeros tiros de los franceses, hasta el punto de quedar solitaria la cargada pieza sobre un montón de cadáveres; apercibidos de ello los enemigos, avanzaban confiados en columna cerrada; la pérdida de la ciudad era segura si entraban, cuando una mujer del pueblo llamada Agustina Aragón, única que había sobrevivido y que, como tantas otras, conducía el agua para refrescar las piezas y alentar á los soldados, llena de ira al ver avanzar alegres y á pecho descubierto á los enemigos de su patria, autores de tantos desastres, trepó sobre el montón de cadáveres, y arrancando de manos del último artillero muerto la mecha aún encendida, aplicóla al oído del cañón, que al dispararse cargado de metralla hasta la boca, sembró el terror entre los franceses; diezmó la columna, dejando el suelo cubierto de muertos y haciéndoles retroceder, dando con esto tiempo á que nuevos defensores acudieran á aquel sitio. No fué necesario: aterrados los enemigos, no reprodujeron el ataque, y poco después el General francés, lleno de ira, ordenó la retirada.

Al día siguiente llegaron los refuerzos pedidos por Lefevre; más cauto el General Verdier, que los mandaba, hizo que se adoptase otro plan de ataque, que consistió en encerrar á Zaragoza dentro de un círculo de fuego y lanzar sobre su recinto granadas y bombas, sin dar reposo á sus moradores, intentando algún que otro falso ataque para probar la resistencia de los aragoneses. Así

se hizo; durante el mes de Julio no cesó el bombardeo; cuando se suspendía, avanzaban las columnas sobre la ciudad; pero siempre eran rechazadas con grandes pérdidas, hasta que el 4 de Agosto se resolvieron, por fin, los enemigos á intentar un ataque general que prepararon después de tres días de incesante bombardeo, que abrió tres brechas en diferentes puntos de la muralla y redujo á escombros los monasterios y hospitales inmediatos á éstas; dada la señal, partieron las columnas francesas por diferentes puntos en dirección á la ciudad.

La situación de ésta era por demás comprometida, no porque hubiera decaído el ánimo de sus defensores, que eso no ocurrió nunca, sino porque faltaba lo más necesario; escaseaban las municiones y los alimentos, las obras de defensa amenazaban ruína y habían perecido casi todos los artilleros. En esta situación, supo Palafox que le habían llegado refuerzos y estaban en Pina sin poder entrar en Zaragoza, y concibió el plan de romper las líneas enemigas, salir en su busca y llevarlos á la ciudad, esperando del valor y energía de sus paisanos que se defenderían el tiempo bastante para darle lugar á llevar á cabo tan arriesgada operación.

Heróica fué la resistencia de los aragoneses: la ciudad estaba ya abierta por todas partes; á pesar de esto, costóles gran trabajo á los invasores llegar; pero llegaron al fin, después de mes y medio, desde su campamento á la calle del Coso: estaban, pues, ó por lo menos creían estar, en posesión de la ciudad, y lo proclamaban con gritos

de alegría delirante: «*¡Zaragoza es nuestra, Zaragoza es nuestra!*» Y así, acechando por ver si les hacían fuego, procuraban ganar las boca-calles, pues en su tránsito, algunos paisanos apostados dejaban á varios fuera de combate. Hubo un momento de pánico y desaliento en los defensores, que al ver á los franceses en las calles y las columnas dispuestas para entrar en la Puerta del Sol por la Plaza de la Magdalena, introduciendo por allí la caballería, y á otros en el Arco de la Cineja, creyéndole, equivocadamente, la entrada de la calle de San Gil, lo dieron todo por perdido, refugiándose en las Plazas de la Seo y del Pilar, dispuestos á morir á la sombra de sus benditos templos. No estaba, sin embargo, todo perdido: un Capitán (1), Comandante de una de las baterías inmediatas, no pierde la serenidad en tan críticos momentos; reúne algunos pocos, los arenga, reanima su espíritu, y al ver salir de algunas casas á varios soldados franceses que se habían detenido á robar, grita: «*¡Que huyen los enemigos!*» Estas voces suenan en toda Zaragoza, é inflamando de nuevo el ardor á sus antes abatidos defensores, acuden todos á oponerse á las columnas francesas, que seguían avanzando, resueltos á librar una batalla en cada calle, en cada casa y, si es necesario, en cada habitación, para detener la marcha del invasor.

Y así sucedió: desde aquel momento las columnas francesas, que avanzaban lentamente hacia el interior de la ciudad, se vieron hostigadas por todas partes; se las hizo fuego por los lados, por la

(1) D. Marcos María Simonó.

espalda y por el frente; cada casa fué una fortaleza: se combatió en el portal, en la escalera y en las habitaciones; apenas ocupaban los franceses un edificio, los paisanos rompían la medianería y penetraban en él por los lados ó por la espalda, y después de matar á sus enemigos, los arrojaban por los balcones á las calles; fueron invadidos los templos, y desde el púlpito, convertido en trinchera, y detrás del altar, hecho barricada, se fusiló sin piedad al enemigo, que, al oir en las calles inmediatas el redoble de los tambores, tocados por muchachos, creyó que numerosas fuerzas habían entrado de refresco en la ciudad. Al mediodía empezaron á vacilar los sitiadores: esto animó á los sitiados, que organizaron una segunda línea de defensa, llevando á brazo los cañones bajo el fuego de sus enemigos. Poco á poco fueron recuperándose, al caer la tarde, los puestos que se habían perdido por la mañana.

Todo esto ocurría en los extremos de la ciudad; en las calles del centro se organizó con igual tesón la resistencia, por si llegaba hasta allí el enemigo. Doña Consolación Azlor, Condesa de Bureta, cerró con barricadas las entradas de la calle donde estaba su casa, hizo salir de ella á su familia y criados y, armada con su fusil, esperó al frente de ellos y de un grupo de patriotas, la llegada de los enemigos, resuelta á morir antes que consentir que su hogar fuese profanado. Al llegar la noche, el enemigo emprendió la retirada y los patriotas ocuparon los puestos avanzados, dominando hasta el Coso. La situación al día siguiente se hizo aún más crítica; la lucha titánica de la víspera casi había



Excma Sra Da. Maria de la Consolacion
Azlor y Villavicencio, Condesa de Bureta
Heroina de Zaragoza

agotado las municiones. No desanimó esto á los defensores de Zaragoza; á la intimación que les dirigió por la mañana el General francés, contestaron haciendo fuego, y se reprodujo el combate del día anterior: se volvió á luchar cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, en las casas, en las calles y en los templos, sin que los invasores pudiesen avanzar por el interior de la ciudad, de cuyos arrabales estaban ya en parte apoderados; preparábanse á intentar un último y supremo esfuerzo, cuando llegó el Marqués de Lazán al frente de 400 guardias españoles, algunos cañones y gran provisión de pólvora; esto reanimó á los sitiados, que se consideraron invencibles.

Todo vecino de Zaragoza que no estaba de servicio en algún punto avanzado, se trasladó cuatro días después al arrabal y se extendió por ambos lados del Puente de Piedra para recibir á Palafox y aclamar á los 3.000 hombres que con él venían en socorro de la ciudad. Dignos eran de este homenaje la mayoría de ellos: habíanles sorprendido los sucesos ocurridos en España en las alturas de Dinamarca, sirviendo, por la torpe política de Godoy, á la causa de Napoleón, á las órdenes del Marqués de la Romana; sin vacilar un punto, y á pesar de tener á su espalda los revueltos mares del Norte y al frente el ejército enemigo, diez veces superior al suyo, reuniéronse después de inauditos trabajos en los páramos del Langeland, y allí, clavadas las banderas en un círculo que formaron, y puestos en su presencia de rodillas, hicieron juramento, con lágrimas en los ojos, de ser fieles á la patria invadida, cuyo símbolo tenían delante, y de restituirse á ella para morir en su defensa. Dios

los había protegido, y en barcos ingleses habían arribado á los puertos españoles y acudían en auxilio de Zaragoza.

Pocos días después, aterrados los franceses con la noticia de su desastre de Bailén, y sin esperanza de tomar á Zaragoza una vez introducidos los refuerzos, levantaron el sitio, clavando sus piezas de calibre, mojando las municiones que no pudieron transportar, y arrojando al canal multitud de armas y pertrechos de guerra. Antes de partir volaron la iglesia de Santa Engracia, monumento insigne de la Religión y del Arte, fundado por los Reyes Católicos, y en donde la piedad y el patriotismo de muchas generaciones había acumulado valiosas riquezas é irreemplazables reliquias. Temieron, sin duda, que salieran de sus tumbas, para narrar su derrota, los restos de Blancas y Zurita, los dos grandes historiadores aragoneses que estaban allí enterrados.





CAPÍTULO XV

I

Apenas conocida la noticia del levantamiento del sitio de Zaragoza, el Duque de Villahermosa y su hermano, que estaban ya incorporados á uno de los cuerpos que avanzaban en socorro de la capital de Aragón, entraron en ella, y desde aquel día empezaron á prestar servicio como Ayudantes de Palafox, armados y equipados por cuenta propia y sin percibir sueldo alguno del Real Erario, que expresamente renunciaron. El defensor de Zaragoza, en uso de las facultades que tenía, les nombró Capitanes del Cuerpo de almogábares de Aragón, recién creado, pero destinándolos á sus inmediatas órdenes.

A poco llegó también la Duquesa, instalándose en casa de la Condesa de Bureta, donde sólo permaneció dos días: tenía impaciencia por regresar á Madrid; apenábala profundamente el espectáculo de tanto infortunio, y, sobre todo, no que-

ría distraer á sus hijos del cumplimiento del deber con su permanencia en una ciudad que podía, de un momento á otro, volver á ser acometida por el enemigo. El día que salió de Zaragoza acompañáronla el Duque y D. Juan Pablo hasta cerca de Cariñena: allí, arrodillados ante su madre, recibieron su bendición; después la noble señora los estrechó entre sus brazos, y se despidió de ellos con lágrimas en los ojos, que hubieran sido más amargas, de haber sabido que no volvería á ver en la tierra al uno de ellos, y que sólo se reuniría con el otro, después de largos años de estrecha prisión en tierra extranjera. El 18 de Septiembre entró en su solitario palacio de Madrid, sin más compañía que sus criados y sus queridas reliquias.

Los asuntos de España entraban en una nueva fase; después de haber brillado por algunos meses sereno el sol de la patria, nuevas nubes le obscurecían, presagio de próximas tormentas que habían de retrasar algunos años la libertad de nuestro suelo. José Bonaparte había abandonado Madrid, en unión de su Corte, después de la batalla de Bailén; en Aranjuez se reunían los individuos de la Junta central, entre los que se contaba Floridablanca, curado por la Revolución francesa de muchas de sus antiguas ideas, entre ellas su enemiga á la Compañía de Jesús, á la que quería compensar los perjuicios que la había inferido (1), y otros muchos que, después de haberse entusiasmado con las ideas nuevas, parecíanles pocos ya todos los

(1) Personas respetables aseguran habérselo oído decir en Sevilla poco antes de su muerte. (P. Zarandona.)



Dn. José Antonio de Aragon Azlor
y Pignatelli Duque de Villahermosa
Ayudante del General Palafox
en el sitio de Zaragoza

diques para amparar la Religión y la autoridad.

Napoleón había conocido que no era tarea fácil dominar á España, y había resuelto llevar á cabo la empresa por sí propio, pidiendo al Senado una ley para sacar una quinta de 80.000 hombres, y llamando del Norte 200.000 para caer con ellos sobre la Península. Así lo hizo: en los últimos días de Octubre estas fuerzas estaban distribuídas en ocho ejércitos, mandados por los Mariscales más distinguidos: Víctor, Bessieres, Moncey, Lefevre, Mortier, Ney, Saint-Cyr y Junot; el Emperador, por su parte, se reservó la dirección superior de estos ejércitos, y el 8 de Noviembre cruzó el Bidasoa acompañado de los Mariscales Soult y Lannes, como Jefes de Estado Mayor; poco después lo hicieron los soldados, pudiendo contarse un total de más de 300.000 hombres. No intimidó esto á la Junta central que en Aranjuez ejercía la soberanía: aceptó la alianza ofrecida por Inglaterra, que envió un ejército en auxilio de España, y se dispuso á resistir mientras hubiera un hombre en pie y un fusil en los parques.

Avanzó Napoleón sobre Madrid, después de algunas batallas en que los españoles fueron derrotados, más que por el valor de sus contrarios, por lo abrumador del número, y el día 2 de Diciembre pernoctó en Chamartín, intimando la rendición á Madrid, que sólo contaba 300 hombres de guarnición, más el paisanaje armado de fusiles viejos y muy escasas municiones, mandados todos por D. Tomás Morla y el Marqués de Castelar. Al día siguiente situó una batería de 30 piezas en las inmediaciones del Retiro y rompió el fuego

sobre sus débiles tapias, mientras simulaba un ataque en la línea que se extendía desde el Portillo del Conde-Duque á la Puerta de Recoletos.

Por descuido ó imposibilidad no se había apenas fortificado este sitio de recreo, que, dada su posición, puede considerarse como la llave de Madrid; así es que, apenas abierta brecha y lanzadas por ella las columnas francesas, tuvieron los que la defendían que replegarse á la segunda línea de defensa, que la constituían las cortaduras de las calles afluentes al Prado, en donde habían abierto zanjas y hecho barricadas.

Estaba una de éstas situada en la parte de la Carrera de San Jerónimo que está al lado del hoy Congreso de los Diputados, entonces iglesia del Espíritu Santo; de modo que la casa de Villahermosa, la ya derribada de Medinaceli y otras de la parte afuera de la defensa, quedaron sin protección alguna á merced del enemigo.

Pocos días antes de estos sucesos habían llegado á Madrid y alojádose, como de costumbre, en casa de la Duquesa, su hermano menor D. Carlos Pignatelli y su primo D. Manuel Azlor, los cuales, como militares, comprendieron el peligro que se corría permaneciendo en el edificio si los franceses llegaban al Prado; así es que la víspera del asalto aconsejaron á la Duquesa que recogiese cuanto tenía de valor y fuera susceptible de ocultarse, y se retirase de la casa para evitar desgracias. Estaba también en ésta, con el carácter de alojado, el General Galluzo, el cual, más confiado ó menos inteligente, opinó de distinta manera, asegurando que no había peligro; por desgracia,

la Duquesa, de cuyo ánimo varonil hemos visto pruebas, siguió esta opinión (1); así es que tuvo que escaparse precipitadamente y salir de su casa por cierto pasadizo que en ella existe, junto á la medianería, llamado *la mina*, aunque no es subterráneo, cuando ya los soldados franceses rompían á balazos las puertas del jardín de la casa, mataban al mayordomo Raimundo Pastoriza, al portero y á un mozo de cuadra, anciano y casi sordo, y saqueaban, robaban y destruían cuanto encontraban á mano.

La plata labrada, el dinero, las joyas dispuestas para la boda del Duque, las alhajas de la Duquesa, todo lo que tenía algún valor, fué á parar á manos de los invasores; arrancaron las pinturas de los marcos, y arrollados los lienzos, hicieron con ellos paquetes que se llevaron; igual suerte corrieron las estampas de la colección de D. Juan Pablo, cuyas márgenes cortaron, y aún quedan en la Biblioteca de la casa ducal algunos libros de grabados, indudablemente de los remitidos por Azara

(1) He aquí el párrafo de una carta en que muchos años después refería D. Carlos Pignatelli á su sobrino el Duque de Villahermosa lo ocurrido en este día: «Detenido forzosamente en Madrid, me encontré en la defensa de esta plaza á las órdenes del General Galluzo, que estaba alojado en tu casa, como sabe muy bien Manuel Azlor, habiendo éste y yo aconsejado á tu madre, contra el parecer de dicho General, saliese de la casa la víspera de la entrada de los enemigos, lo que no verificó sino el día mismo de la entrada por la mañana de prisa y corriendo, y fué causa de no haber puesto en sitio seguro las cosas de precio, pues no hablo de las desgracias del pobre D. Raimundo, el portero y demás criados.»—Carta de D. C. Pignatelli al Duque de Villahermosa.—Archivo de Villahermosa.

desde Roma, en que aparecen las huellas del vandalismo francés; lo que no podían llevarse lo rompían y quemaban, dejando la casa en breves momentos sin objeto alguno de valor; pues como las columnas se sucedían, el saqueo se reprodujo hasta tres veces, arrebatando y destruyendo las que venían detrás lo que no habían tenido tiempo de destruir y arrebatar las que ya habían pasado.

Mucho sintió la Duquesa suceso tan doloroso; pero después de la muerte de sus criados, nada la afectó tanto como la pérdida de sus reliquias, que corrieron la misma suerte que todo lo que había en la casa: el trozo de la Cuna del Señor, el *Lignum crucis,* las partículas de las cabezas de San Pedro y San Pablo y otras muchas, desaparecieron ese día, quedando sólo en la profanada capilla el cuerpo de Santa Marcelina y los cuadros grandes, si bien el de Maella, que representa la *Purísima Concepción*, con una rozadura de bala en la serpiente que ésta tiene al pie, y los demás con bayonetazos.

Aunque parte de estas reliquias se recuperaron después y existen en la capilla de la casa ducal de Madrid, la Duquesa lamentó siempre la pérdida de las demás, singularmente la del trozo de la Cuna del Señor (1).

(1) Según consta en una carta que publicaremos más adelante, de la Duquesa á su hijo, refiriéndole el saqueo del 3 de Diciembre, fueron robadas en este día todas las reliquias, excepción hecha del cuerpo de Santa Marcelina; pero como estas mismas reliquias, menos la de la Cuna del Señor, existen hoy en poder de la actual Duquesa, colocadas en los mismos relicarios que fueron remitidos por los capitulares de las res-

Ocupado Madrid por los franceses después de una capitulación que no cumplieron, Napoleón entró muy temprano en la capital dos días después; bajó del caballo á la puerta del Palacio Real; recorrió de prisa los salones, alabando su suntuosidad; se hizo conducir ante un retrato de Felipe II, ante el cual se detuvo algún tiempo, y sin más, se volvió á Chamartín, regresando á Francia después de una estancia breve en Valladolid y Burgos, dejando trazado el plan de campaña que debía seguirse, y cuya ejecución confió á sus Mariscales, por creer, como en otras naciones, que, tomada la capital, era ya cuestión resuelta la total reducción de España.

La Duquesa, con el susto y peligro consiguientes, se puso en salvo, trasladándose á una casa del interior de Madrid, donde también había estado con sus hijos los días que siguieron al 2 de Mayo, pues la suya quedó por el pronto inhabitable.

II

Mientras esto ocurría en Madrid, la heróica Zaragoza había vuelto á ser sitiada; la batalla de Tudela, perdida por los españoles, la había dejado completamente al descubierto. El 20 de Di-

pectivas Basílicas de Roma, es indudable que fueron rescatadas años después; cosa no difícil, pues los saqueadores vendían en las mismas poblaciones y reducían en seguida á dinero el fruto de sus rapiñas.

ciembre se presentó á su vista, intimando la rendición, el Mariscal Moncey, encargado interinamente del mando del ejército francés, por haberse quedado enfermo en Tudela el Mariscal Lannes; á continuación de Moncey llegó también Mortier con su ejército, formando entre todos un conjunto que excedía de 35.000 hombres; con la firmeza de siempre negóse Palafox á entregar la plaza, dando principio en el acto á las operaciones propias del sitio, estableciendo poderosas baterías compuestas de artillería gruesa, levantando campamentos, acopiando municiones y empezando los ingenieros el estudio de minas, pues aleccionados los enemigos con lo ocurrido en el primer sitio, estaban resueltos á rehuir en lo posible los combates cuerpo á cuerpo, que tan funestos les habían sido.

La primera operación de los sitiadores fué atacar el monte Torrero, que defendía el General D. Felipe Sain March, amigo íntimo de Palafox, y que con los valencianos había acudido en socorro de la plaza en las postrimerías del primer sitio: con heroísmo se defendieron los sitiados; pero ocupadas por los enemigos las alturas que dominan aquel punto, y flaqueada su posición por haberles quitado, después de un ataque simulado por la izquierda, el Puente de la Muela y de Casa Blanca, situada á la derecha, les fué imposible sostenerse, viéndose obligados á abandonarle, después de haber sido volado por los fuegos del enemigo el depósito de granadas que tenían acopiado para alimento de la batería.

No desanimó esto á los sitiados: el mismo día

de este suceso rechazaron, causándole gran número de muertos, heridos y prisioneros, al General francés Gozan, que intentó acometer y tomar uno de los arrabales de la ciudad, alentado con el fácil triunfo obtenido sobre los mozos que defendían uno de los puntos avanzados. Esta derrota convenció á los franceses de que los españoles eran invencibles en el combate cuerpo á cuerpo, y resolvieron rodear á Zaragoza de artillería y vencerla á fuerza de pólvora, balas y obuses. Desistieron, pues, de los ataques á pecho descubierto, y empleando la artillería, comenzaron á batir el puente sobre el Huerva, el Convento de San José y el castillo de la Aljafería, por creer que eran éstos los puntos más débiles de la ciudad.

Viendo los defensores de la plaza que avanzaban los trabajos del enemigo y que empezaban á ser destrozadas sus obras de defensa, débiles todas como improvisadas, el 31 de Diciembre, hicieron una salida, mandada por el Brigadier Gómez de Butrón; fingió éste un ataque sobre toda la extensión de la línea enemiga, amenazando singularmente su izquierda; pero advertido de que por la llanura que se extiende por frente de la Puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándola una carga con la caballería, la deshizo por completo, cogiéndola más de 200 prisioneros. Estos dos sucesos causaron profunda impresión en el ejército francés. Al día siguiente dejó Moncey su mando, sucediéndole Junot, también con el carácter de interino.

En el primero de estos encuentros recibieron el

Duque de Villahermosa y su hermano el bautismo de fuego, estando al lado de Palafox cuando éste bajó al arrabal á animar á las tropas y paisanos que rechazaron al General Gozan, comunicando las órdenes que recibían y montando el servicio de guardia, establecido en la Capitanía general, día y noche.

Del 1.° al 10 de Enero dejaron los franceses de hostilizar á la plaza, empleando el tiempo en emplazar baterías alrededor de aquélla; en la mañana de este día, ocho de éstas empezaron á batir en brecha el reducto del Pilar y el Convento de San José, que no pudieron resistir, quedando reducidos á escombros que, al desplomarse, en vez de cubrir dañaban con su caída á sus defensores; dióse el asalto, y cuando murió el último soldado que defendía aquel montón de ruínas, plantaron sobre él los franceses su bandera. Con esto y con la toma en la misma forma del reducto del Pilar, no quedó por aquel lado más obstáculo que unas débiles casas, que los sitiados decidieron defender á toda costa, trasladando al centro de la población á los moradores de ellas.

Avanzaron en los días siguientes sus paralelas los enemigos, estableciendo nuevas baterías que al descubrirse destruían las defensas de la plaza, siendo inútil el heroísmo de los que detrás de ellas esperaban el ataque que nunca venía, pues el sistema era rodear á Zaragoza de un muro de escombros, dejándola desamparada por todas partes. El 22 de Enero llegó por fin el Mariscal Lannes con más tropas y más artillería, que utilizó inmediatamente, dejando con ella completamente descu-

bierta la ciudad y cómodamente practicable por una ancha brecha; pareciéndole esto poco al enemigo, abrió dos brechas más, una enfrente del Convento de San José, y otra del molino de aceite que ocupaban: por estos tres sitios Lannes ordenó el asalto general el 27 de Marzo, seguro de que al caer la noche ondearía la bandera tricolor sobre la iglesia del Pilar.

A las doce de la mañana de este día, el tañido de las campanas anunció que del campamento enemigo salían las columnas de ataque que iban á lanzarse sobre las tres brechas para penetrar en Zaragoza; la población entera se lanzó á ellas para morir antes que consentirlo, y así sucedió: detrás de cada una encontraron los franceses improvisadas defensas, desde las cuales se les hacía un fuego mortífero; dominados los sitiados por el número, se recogían á los inmediatos edificios, y reproducían allí con igual vigor la anterior resistencia; á cada soldado que caía muerto le reemplazaba otro, y cuando no había más soldados, acudían paisanos disputándose el derecho de morir por la patria; entre ellos, con el crucifijo levantado sobre la cabeza de todos, un fraile los arengaba, y cuando éste caía muerto por el fuego enemigo, otro fraile recogía la santa imagen tinta en sangre, y continuaba excitando á morir por la Religión, mientras los demás retiraban los heridos y absolvían á los moribundos. Así llegó la noche, sin que los enemigos hiciesen otra cosa que apoderarse de algunos edificios inmediatos á las brechas, á costa de un torrente de sangre: en la de Santa Engracia sólo, perdieron 800 hombres.

En los días 27 y 28 repitieron con igual furor su ataque por otros puntos, y fueron asimismo rechazados; reprodujéronse las luchas cuerpo á cuerpo dentro de los edificios, en las iglesias, en los púlpitos y detrás de los altares de los Conventos de San Agustín, Santa Mónica y otros; los defensores no cedían, hasta que, convencido el invasor de la inutilidad de sus esfuerzos, suspendió el ataque ideando otro sistema, contra el cual nada podía ya el valor de los hombres: en vez de atacar las casas, hacían una mina y las volaban: de esta manera pudieron apoderarse de los Conventos de San Agustín y Santa Mónica; acercarse al Coso, esperando penetrar en él por la calle de Puerta Quemada, y ganar terreno palmo á palmo á costa de centenares de bajas, entre ellas las de varios Generales y Jefes de ingenieros: aterrado Lannes y deseando acabar de cualquier modo, envió recado á Palafox noticiándole la derrota de todos los ejércitos españoles, la fuga de la Junta central de Aranjuez á Sevilla y el abandono de la Península por los ingleses; impasible, el defensor de Zaragoza le contestó: «No importa; defenderé hasta la última tapia.» Estéril heroísmo: el enemigo que debía rendir á Zaragoza estaba ya dentro de la plaza.

III

La seguridad de que Zaragoza había de ser nuevamente sitiada, no sólo por mayor número de enemigos, sino también por artillería más comple-

ta y poderosa que en el primer sitio, hizo que Palafox introdujera en ella una bien nutrida guarnición de fuerzas de línea que se alojaron con estrechez en los escasos cuarteles y en las casas de los particulares; la batalla de Tolosa hizo que acudiera allí también parte de los restos del ejército que mandaba Castaños; de modo que la población se aumentó considerablemente con relación á sus recursos, por más que se había hecho, lo mismo por la autoridad que por los vecinos, abundante provisión de vituallas.

Empezado el asedio por los franceses y apoderados por una parte del monte Torrero, y por otra del baluarte del Pilar y del Convento de San José, la necesidad de defenderse dentro de las mismas casas hizo necesario trasladar al centro de la ciudad á las numerosas familias pobres que en ellas se alojaban, hacinándolas en obscuros sótanos y cuevas, donde tenían que alumbrarse día y noche con hachas de azufre y cuerda, y donde tenían también lumbre encendida constantemente, no sólo para templar la humedad del lugar, sino para preparar sus alimentos; esto, unido á los muchos cadáveres insepultos que habían quedado del primer sitio entre los escombros, á los que quedaban después de los continuos ataques y diario bombardeo, á lo insuficiente de la alimentación y hasta al estado de los ánimos, hizo que al mes de empezado el sitio se declarase la peste en proporciones aterradoras.

En los primeros días de Enero morían ya diariamente 350 personas, habiendo días en que la mortandad pasó de 500; no había médicos ni me-

dicinas; á los que eran atacados se les conducía á los pórticos y al interior de los templos, viéndose lleno de camas hasta el del Pilar; faltaba todo: una gallina costaba cinco duros, y no había medio de procurarse carne ni legumbres; no había quien enterrase á los muertos que permanecían entre los moribundos, hasta que algunos frailes, ocupados en esta obra de caridad, los separaban de los vivos entre el peligro de un continuo bombardeo.

A pesar de tantos horrores, no cejó un punto el tesón de los aragoneses, y siguieron rechazando los ataques subterráneos y descubiertos del enemigo. Palafox, rodeado de su Estado Mayor, comunicaba las órdenes oportunas, que transmitían sus Ayudantes entre un diluvio de balas, y alentaba á todos con su presencia; pero las bajas por la epidemia eran ya de mucha consideración y mermaban el número de los defensores.

Serenos como soldados veteranos, cumplían su deber el Duque de Villahermosa y su hermano D. Juan Pablo, cuando en los últimos días de Enero sintióse éste atacado de la epidemia: trasladado á los bajos de su casa, prodigáronsele con afán toda clase de cuidados por algunos criados inferiores, pues el Apoderado general de la Duquesa, D. Manuel Chianfi, aterrado con el recuerdo del primer sitio y temiendo por la vida de una hija moza que tenía, había salido de Zaragoza, huyendo del bombardeo, á poco de empezado éste. El Duque, que entrañablemente amaba á su hermano, pasaba á su cabecera las horas libres de servicio sin el consuelo de oir su voz, pues desde los

primeros momentos de la enfermedad perdió el habla y el conocimiento, y aun cuando recobró éste, no pudo ya articular palabra por tener hinchada la boca y la lengua.

Una carta del P. Moreno, que acudió allá inmediatamente que supo la enfermedad del hijo menor de la Duquesa, da los siguientes conmovedores detalles sobre la situación en que encontró á éste: «Al bendecirle yo con las reliquias de San Francisco Javier y Santa Teresa, añadiendo varias oraciones por su salud si le convenía, quería hablar, pero no podía por tener impedida la lengua; pero me habló no poco rato mirándome fijamente al rostro con ojos angelicales, que inspiraban devoción, sin cerrarlos ni retirarlos ni por un momento, hasta que me despedí por no cansarle (1).»

Otra carta del Duque, escrita desde Bayona, y cuando después de haber capitulado Zaragoza iba conducido prisionero á Francia por no haber querido jurar ni reconocer al Gobierno del Rey intruso, da detalles más precisos sobre la enfermedad y muerte de su hermano. «Cayó malo el 27 de Enero y murió el 8 de Febrero; la víspera de la Purificación se confesó á toda satisfacción del Cura de San Felipe, porque él lo pidió, y el día siguiente recibió el Viático en su sano juicio; después se le fué la cabeza y se aletargó; al último, según me han dicho, estaba en sí, pero no pudo hablar por tener hinchadas la boca y la lengua, con lo que no pudo mandar siquiera alguna cosa: esto último

(1) Carta del P. Moreno á D. Tomás Martínez Torre: 15 de Abril de 1809.—Archivo de Villahermosa.

me ha servido de mucho tormento; pero diga usted á mamá, cuando sepa la noticia, que lo que le he oído siempre decir es que lo que desearía era dejar á D. Antonio Varas con qué pasar. Sobre esto ya no puedo escribir más, pues las lágrimas no me dejan: sólo diré á usted que se le enterró en la Capilla de Santa Justa y Rufina de la Seo, y que no se le pudieron hacer funerales por motivo del bombardeo (1).»

Así murió el hijo predilecto de la Duquesa. Dios, llevándose aquel niño, en quien todos cifraban grandes esperanzas, á recibir corona más inmarcesible y duradera que la que ciñó la patria á sus heróicos defensores, quiso probar la virtud de su sierva y su conformidad con sus divinos mandatos.

IV

La mitad del mes de Febrero le pasaron los franceses practicando minas por debajo del Coso; el 16 había ya practicables seis galerías, y en ellas acumuladas 3.000 arrobas de pólvora que esperaban

(1) Carta reservada del Duque de Villahermosa á D. Tomás Martínez Torre: Bayona 24 de Mayo de 1809.—Archivo de Villahermosa.—La Duquesa cumplió religiosamente la voluntad de su hijo, señalando, una vez terminada la guerra, á Don Antonio Varas una pensión de 12.000 reales anuales, que le fueron pagados hasta su muerte. Durante la guerra, como la Duquesa pasaba bastantes apuros, llegando, como se verá, hasta no tener para el gasto diario de la casa, apenas percibía alguna cantidad, daba parte de ella al profesor de su hijo.



Dn. Juan Pablo de Aragon Azlor
y Pignatelli Ayudante del General
Palafox en el sitio de Zaragoza

volar, al mismo tiempo que llevar á cabo un asalto general á todo el recinto de la plaza, para cuya defensa sólo había hábiles 4.000 hombres, pues aparte de los muertos, otros 14.000 yacían, atacados de la epidemia, en los hospitales, edificios y calles de la población. Dispuestos estaban, á pesar de esto, los defensores á enterrarse en las ruínas de la ciudad, cuando la epidemia hizo presa en el General Palafox, alma de la resistencia, el que alentaba á todos con su palabra y con su ejemplo, el ídolo á quien adoraban los zaragozanos. La noche del 18 de Febrero, ya vacilante y presintiendo que iba á perder el conocimiento, resignó su mando y sus poderes en una Junta presidida por el Regente de la Audiencia, D. Pedro María Ric, compuesta de 34 personas notables de la población, entre las que se contó por su calidad y servicios el Duque de Villahermosa.

Sin apresuramiento que denunciase miedo, procedió, una vez constituída la Junta, á llamar á su seno á los Jefes militares más caracterizados para pedirles informe sobre los medios de defensa que aún quedaban á la ciudad. El más explícito de ellos fué el General Saint-Marc, el cual declaró que si los franceses atacaban por uno ó dos puntos á la vez, serían rechazados, á pesar de las terribles minas y del bombardeo; pero que si intentaban un ataque general, no habría fuerzas bastantes para rechazarlos. Como algunos Vocales dejasen entrever la posibilidad de que estuviesen para llegar refuerzos á la plaza, fundados en habérselo oído á Palafox, la Junta comisionó al Duque de Villahermosa para que fuese á casa de éste en demanda de

noticias, si estaba en situación de darlas, procurándose, caso contrario, los papeles, avisos y notas que estuviesen en su poder.

Pasó nuestro Duque á cumplir el encargo de sus compañeros á casa de Palafox, que había perdido ya por completo el conocimiento y no se daba cuenta de nada de lo que á su alrededor ocurría: llevóse todos sus papeles y los presentó á la Junta; examinados por ésta, resultó no encontrar en ellos, por ser de fecha atrasada y por su redacción, base alguna en qué fundar esperanza de próximo auxilio: en vista de esto, y demostrada la imposibilidad de sostenerse por más tiempo, se puso á votación si debía ó no capitular la ciudad y entrar en tratos con Lannes, aprovechando una última intimación que éste acababa de hacerles; la mayoría votó por la afirmativa; ocho Vocales sostuvieron que debía resistirse á toda costa.

Al día siguiente, 20 de Febrero, presentóse en el cuartel general francés D. Pedro María Ric con varios Vocales de la Junta, entre los que no estaba el Duque de Villahermosa, que, como joven militar y amigo y deudo de Palafox, opinaba por la resistencia á todo trance; recibióles con desdén el Mariscal Lannes; dirigióles algunas palabras despreciativas, y llevaba trazas de seguir por este camino, cuando le hizo desistir la actitud de los comisionados; entonces, reportándose un tanto, cambió de tono y dijo: «Bueno, capituláis: respetaremos las mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluído.—Ni aun empezado—contestó con energía Ric;—eso sería entregarnos sin condiciones á merced del enemigo, y antes que

eso, continuará Zaragoza defendiéndose, pues aún tiene armas, municiones y, sobre todo, puños.» No quiso Lannes exasperar á caracteres tan altivos, y aceptó una capitulación por la cual se respetaba la vida de todos; los militares saldrían con armas de la plaza y las entregarían, quedando en libertad los que reconociesen y jurasen el nuevo orden de cosas y prisioneros los demás y facultado el vencedor para llevarlos á Francia.

Así capituló Zaragoza. Dueños ya de ella, los franceses no cumplieron lo pactado, pues asesinaron de noche, sacándolos de sus casas de orden del Mariscal Lannes, á los sacerdotes D. Santiago Sas y P. Basilio Boggiero, arrojando sus cadáveres al río desde el Puente de Piedra, donde se verificó el sacrificio: de este modo castigó el enemigo al uno su indomable energía y su ascendiente sobre el pueblo, y al otro sus sabios consejos y su influencia con Palafox, del que había sido sabio maestro.

Pocos días después salió el Duque de Villahermosa con otros Oficiales para Pamplona, todos en calidad de prisioneros, pues ninguno quiso aceptar la libertad a cambio de la deshonra.





CAPITULO XVI

I

Después del infausto 3 de Diciembre habíase retirado la Duquesa de Villahermosa á lo que ella llamaba su rincón, y que era la vivienda de la viuda de un antiguo contador de la casa, llamada Doña Antonia: allí esperó con ansia noticias de Zaragoza, sabiendo sólo que hacía cuatro días que había sido sitiada nuevamente por los franceses, y que no había posibilidad de tener correspondencia con los que defendían la plaza.

Con grande ansiedad pasó los meses de Diciembre, Enero y Febrero, elevando su corazón á Dios y pidiéndole, por la intercesión de San Francisco Javier, su santo predilecto, la salud de sus hijos; su corazón se estremecía cada vez que los franceses hacían correr la voz por Madrid de que Zaragoza había sido tomada y pasados á cuchillo sus defensores; con afán repetía cartas y propios

á los pueblos inmediatos á la capital de Aragón, sin conseguir noticia alguna.

En cambio, las que la llegaban de sus administradores eran cada vez más desconsoladoras: el de Pedrola, D. Carlos Messía de la Cerda, á continuación de una muy satisfactoria escrita algunos días antes de empezar el sitio, en que la decía que habían estado allí el Duque y su hermano acompañando al General Palafox, con cuyo motivo había habido gran regocijo en la villa y entusiastas aclamaciones, la escribía otra, una semana después dándola cuenta de que los franceses estaban en Pedrola, habiendo descerrajado todas las puertas del Palacio y saqueado éste, llevándose cuanto encontraron á mano, menos las alhajas de la iglesia, que pudo ocultar á tiempo, haciendo también gran destrozo en el ganado, ayudados por las autoridades de la villa, que hacían pesar sólo sobre la casa ducal los tributos en dinero y especies que aquéllos imponían á todos los vecinos (1).

Por fin, en los últimos días de Febrero supo la noticia de la capitulación de Zaragoza y la muerte de su hijo, comunicada por la familia Azlor. No es decible pintar la amargura de la Duquesa; debió, sin embargo, llegar por aquellos días alguna carta de su tío el P. Pignatelli, á quien ella hacía partícipe de todas sus alegrías y de todos sus dolores, ó debieron escribir á éste para que acudiese con su influencia y con sus consejos á

(1) Cartas de D. Carlos Messía de la Cerda, administrador de Pedrola, á la Duquesa de Villahermosa: Pedrola, Noviembre y Diciembre de 1808.—Archivo de Villahermosa.

calmar tamaña pena, pues á poco reflejan ya sus cartas una conformidad grandísima con la voluntad de Dios y una tristeza resignada y cristiana.

El Duque, en compañía de su tío el Duque de Granada y de su primo, hijo de éste, también prisioneros, se detuvo en Pamplona, donde hizo celebrar un suntuoso funeral por el alma de su hermano y gran número de misas; se proveyó de dinero, y siguió su camino en dirección á Francia.

En Bayona escribió la primera carta á su madre, en la cual, por no afligirla, no la habló nada de su hermano, limitándose sólo á manifestar su contento al saber que estaba buena, y añadiendo para su consuelo, en la forma quizá excesivamente respetuosa que se usaba entonces en las relaciones entre la familia (1): «Por mí no tenga V. E. cuidado, pues gracias á Dios estoy muy bueno y con mucho ánimo para seguir la suerte que Dios me ha destinado, pues vivimos en este mundo para hacer su divina voluntad, y me acuerdo de lo que en otra ocasión escribía á V. E. el tío D. Joseph, que *era menester servir al amo como él quería ó á su gusto.* La educación cristiana que V. E. me ha dado y las máximas que tantas veces la he oído, han sido lo que me han ayudado infinito para estar alegre y animoso en todo el ca-

(1) En toda la larga correspondencia que medió entre la madre y el hijo hasta 1814, en que éste recobró la libertad, nunca aparece suprimido el tratamiento de V. E. en las cartas del Duque á la Duquesa; en cambio, en los sobres de ésta aparece invariablemente su calidad de Grande de España, y en los de aquél estas palabras: «Para mi querida madre y señora: Dios la guarde muchos años como deseo y he menester.»

mino, pues todo lo he mirado como venido de Dios, no de los hombres (1).»

La Duquesa, por su parte, sintiendo como su hijo y sabiendo lo mucho que los dos hermanos se querían, se abstuvo, por no afligirle también, de nombrar á D. Juan Pablo en sus primeras cartas; más adelante ya se atrevió el Duque á tocar esta cuerda tan sensible, y respondió á ella con tal vehemencia el corazón de la madre, que tuvo éste que decirle el mucho daño que le hacía el evocar los recuerdos de aquel sér tan querido á quïen había visto morir y que, después de su madre, había sido lo que más había amado en la tierra. Pasó la Duquesa por esto, pero no sin protesta consignada en la carta de contestación, en la que se leen estas hermosas palabras: «Mucho gusto y consuelo tengo al ver lo que me dices sobre el sacrificio que debemos hacer á Dios. Su Divina Majestad te mantenga y aun aumente en tales sentimientos tan cristianos que me confundes, porque aunque dices muy bien que lo sé, *el espíritu está pronto, mas la carne es flaca*. No te hablaré de nuestra querida prenda, pues tanto te conmueves; pero creo que cuando uno la tiene en la memoria, siente no poder hablar, pues aunque lo haga con otros fines, al cabo es como si la echase en olvido (2).»

Por disposición de las autoridades francesas detuviéronse algunos días en Bayona los prisioneros:

(1) Carta del Duque de Villahermosa á su madre: Bayona 22 de Marzo de 1809.—Archivo de Villahermosa.

(2) Carta de la Duquesa á su hijo: Julio de 1809.—Archivo de Villahermosa.

y los
sacerdotes, aun en los pueblos bastante grandes, muy respetados: esto me ha servido de mucho gusto, y creo que le sucederá á V. E. lo mismo.»

Instalado en la población en una casa alquilada en compañía del Duque de Granada y de su primo, recibió, como ellos, permiso para transitar li-

q.de Duq.s puedes abisar ā lasella
q.e venga tambien á comer, y no olvides
mi encargo

Palafox

allí tuvo Villahermosa el placer de abrazar á su General Palafox, que aunque no repuesto de su grave enfermedad, caminaba igualmente prisionero; convidóle éste á comer, así como á Granada, y enterado de que entre los prisioneros estaba también su Ayudante D. Rafael Casellas, autorizó al Duque para que le llevase en su compañía, pues los Oficiales y Jefes andaban sueltos por la ciudad bajo palabra de honor.

II

El 6 de Mayo llegó el Duque de Villahermosa á Nancy, lugar destinado para residencia de los prisioneros españoles cogidos en Zaragoza: durante su camino fué escribiendo constantemente á la Duquesa y comunicándola algunas noticias interesantes sobre el estado de la Religión en Francia. «No puedo menos de decir á V. E. lo mucho que me he alegrado el ver cómo está la Religión en estos países, pues se encuentra en mucho más auge que creíamos; las iglesias bastante bien adornadas, casi todas con el altar mayor por lo menos muy hermoso, y en muchos altares imágenes y aun capillas al Sagrado Corazón de Jesús, y los sacerdotes, aun en los pueblos bastante grandes, muy respetados: esto me ha servido de mucho gusto, y creo que le sucederá á V. E. lo mismo.»

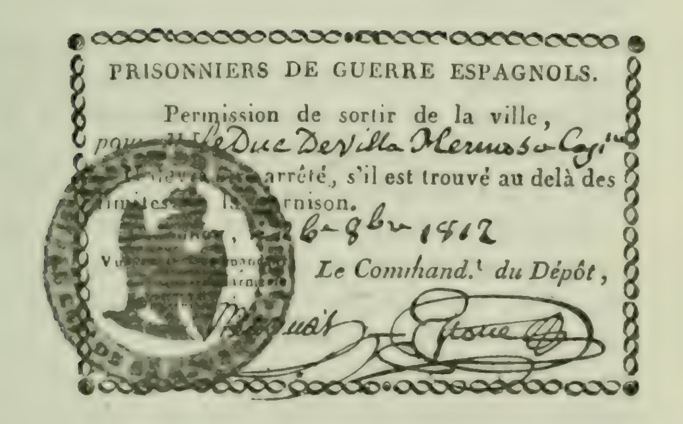
Instalado en la población en una casa alquilada en compañía del Duque de Granada y de su primo, recibió, como ellos, permiso para transitar li-

bremente por toda la ciudad y aun para pasear por las afueras hasta cierto límite, previa palabra de honor de no fugarse. A partir de este momento empieza la correspondencia entre la madre y el hijo, que debía prolongarse por espacio de más de cuatro años, tiempo que duró la soledad de la Duquesa, y que influyó notablemente sobre su salud; pues á la gran pena de haber perdido un hijo y de tener al otro prisionero, se unieron los muchos trabajos y disgustos para sostener su casa, enviar dinero á su hijo y pagar las muchas compras hechas para la boda de éste cuando nada hacía prever lo ocurrido y contaba con bien saneadas rentas.

Por de pronto no quiso volver á su casa; escribiendo á su hijo le decía: «No sé cómo te has podido figurar que vivo en mi casa. Cuando te dije que me volví á mi rincón, creí que me hubieses entendido estoy en casa de Doña Antonia, y no he vuelto á ver mi casa ni aquellos barrios; desde la trapisonda te aseguro que me horroriza la casa sin vosotros, pues ahora no es como la otra vez, sino muy diferente; y si llego á ir á ella, me ha de costar mucho sacrificio y violencia: así nos convierte Dios los gustos de esta vida en amarguras para nuestro bien. ¡Ojalá vinieses antes, pues con esto se pasaría el trago menos mal! (1).»

En una de sus primeras cartas manifestó el Duque el deseo de saber lo que había ocurrido en la

(1) Carta de la Duquesa á su hijo. En ella alude al 2 de Mayo, que también tuvo que huir de su casa y refugiarse con sus hijos en casa de Doña Antonia.—Archivo de Villahermosa.


PRISONNIERS DE GUERRE ESPAGNOLS.

Permission de sortir de la ville, pour M. le Duc De Villa Hermosa Capne

[illegible] arrêté, s'il est trouvé au delà des limites [illegible] garnison.

[illegible], 26 9bre 1812

Le Command.[1] du Dépôt,

casa el 3 de Diciembre, y la importancia del robo y destrozos llevados á cabo por los franceses. Contestando á esta carta su madre, después de aludir á los apuros y estrecheces que empezaba ya á pasar, pinta lo ocurrido en estos párrafos, modelo de precisión y claridad, escritos en un estilo del cual sólo ella poseía el secreto. «Aquí, en verdad, dice, estoy muy apurada, pues además de tres saqueos de mi casa que llevo, en que me han dejado como puedes discurrir, me llevaron después la parte de plata que había libertado la primera vez. La Santa escapó y los dos cuadros que me dicen; pero el del *Nacimiento*, de un balazo ó dos estropeado, y el de la *Purísima* de uno ó dos bayonetazos á la serpiente, y no sé si un balazo también; éstos, ó por este accidente, ó porque no quiso ó no le gustaron, los dejó el General que estuvo primero en mi casa; pero se llevó las demás pinturas, colección de estampas, etc., etc.; y después, otro que siguió volvió á rebañar lo que pudo. Y ahora, por remate, me piden la contribución; justamente acabo de recibir segundo oficio sobre esto: con que ya ves mi situación. Lo digo para satisfacer tus preguntas; por lo demás, no te apures, pues gracias á Dios ni esto ni nada ha hecho mella en mi salud, pues la pobreza, también gracias á Dios, no me espanta. La reliquia de la Sacra Cuna, el *Lignum Crucis* y las demás, el camafeo, todo se lo llevaron, como las demás alhajas y diamantes. Pepe mío, es la hora de hacer á Dios el sacrificio. Dios lo dió, Dios lo quitó: sea su santo nombre bendito. Después de perderos á vosotros, ¿qué puedo sentir más? Las reliquias sí lo he sentido mucho y las

pinturas, te lo confieso; lo demás también, pero no tanto, pues es más fácil de recobrar ó no hace falta.

»No te he querido decir nada de esto, pues bastante tienes con tus trabajos; pero hazte cargo que como nos volvamos á ver nos consolaremos de las pérdidas, menos de la de nuestro amado Juanito. Pero en esto está el mérito de ofrecer á Dios nuestro continuo dolor, conformándonos con su santa voluntad, que así lo ha querido, y, en fin, por la cruz hemos de ir al cielo: el mejor culto de ésta y de la Sagrada Cuna es abrazar la santa pobreza cuando Dios nos la envía, y conformarnos con un Dios pobre y crucificado por nosotros para enriquecernos con su gracia y premiarnos con su gloria: esto hemos de procurar, hijo mío (1).»

Por su parte, el Duque de Villahermosa correspondía á los ejemplos, á las máximas y á la educación recibida de su madre, siendo modelo de caballeros cristianos, causando la admiración, no sólo de sus compatriotas, sino de los católicos todos de la población, que muchos años después pronunciaban con respeto su nombre. Su piedad era ejemplar y su caridad excesiva, pues le llevaba á comprometerse por grandes sumas para socorrer á sus compañeros de emigración, contrayendo deudas que ponían espanto en la conciencia de la Duquesa, como veremos más adelante.

Entrando una vez en la Catedral vió con pena que estaba el Señor de manifiesto con sólo dos lu-

(1) Carta de 25 de Junio de 1809.—Archivo de Villahermosa.

ces; inmediatamente dispuso que se le pusiesen hasta veinticuatro, y encargó que siempre que se expusiese el Santísimo se encendiese por su cuenta el mismo número, gasto que satisfizo los cuatro años que vivió allí prisionero; á más de esto, mandó fabricar una lámpara, cuyo dibujo hizo, y pagó al mismo tiempo el aceite que en ella se consumió día y noche delante del sagrario (1). Hacía celebrar con frecuencia funciones religiosas para impetrar de Dios la salvación de España, la salud de su madre ó la libertad próxima de los prisioneros que suspiraban siempre por la patria, cuyas noticias les llegaban muy de tarde en tarde y siempre pasadas por el tamiz francés, pues en las cartas de familia, sometidas á una inquisición rigurosa en Francia y España, estaba prohibido en absoluto hacer referencia alguna á los sucesos políticos.

Al llegar el día del Pilar, no olvidaron los prisioneros á su excelsa Patrona, y se dispusieron á obsequiarla con una magnífica función de iglesia, la que, como de costumbre, costeó el Duque, que no se contenía á pesar de los continuos sermones

(1) El Duque de Villahermosa no sólo pagó el coste de la lámpara encendida ante el Santísimo, sino que manifestó el propósito de costear siempre este gasto; he aquí en qué términos lo dice á su madre: «También pienso poner una lámpara al Santísimo Sacramento en el altar de la Catedral, pues tienen á Su Divina Majestad á obscuras: la lámpara no creo que me costará más de 3.000 reales, pues no será de plata, y el mantenerla encendida no cuesta sino 5 ó 6 pesetas al mes, y ya ve V. E. que es una friolera; veré también el medio de dejarla siempre, aunque nos vayamos, pues con 2 ó 3.000 francos de capital había bastante para rédito tan corto.»—Nancy, Febrero de 1810.—Archivo de Villahermosa.

de su madre en gastar dinero sin medida. He aquí cómo refiere lo ocurrido en una carta dirigida á ésta: «Ayer tuvimos la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, que fué muy hermosa y concurrió á ella mucha gente: por la mañana hubo la Misa, cantada por uno de los Capellanes españoles á canto llano, y por la tarde Completas; la Letanía de la Virgen, que hice cantar por mis intenciones, y después el *Tantum ergo* como lo cantan en España, y mientras duraba la bendición el *O Salutaris Hostia*, que hizo traer Pepe de ahí, que no le cantaron nada bien, pues no se encuentran aquí buenas voces; hubo muchas luces, y por el cuerpo de la iglesia quinqués; estuvo el Santísimo manifiesto todo el día, desde la Misa, y el día anterior se cantaron Vísperas sin manifiesto. A todos ha gustado mucho, y también al Obispo que asistió desde una tribuna; al Canon hasta consumir, y á la bendición por la tarde, salimos seis Oficiales con cirios: dos marinos, dos Ayudantes de Campo, que éramos Pepe y yo, y dos fusileros de Aragón, todos con nuestro uniforme. La función estuvo buena, y hubo devoción y decoro, que es lo principal (1).»

Esta función produjo un conflicto entre el Cabildo y el Gobierno imperial, suspicaz y celoso en todo lo que se refería á la Iglesia, singularmente en aquel tiempo en que ya estaba Pío VII prisionero en Savona, y encerrados en seguras fortalezas los Cardenales que le eran adictos. He aquí cómo refiere el Duque á su madre lo ocurrido: «Ayer pensé haber hecho cantar una Misa en ho-

(1) Nancy, 13 de Octubre.—Archivo de Villahermosa.

nor de María Santísima y San José en la Catedral; pero no ha podido ser, porque de resultas de las fiestas del Pilar ha tenido algún disgusto el Cabildo por no haberse cantado el *Domine salvum fac Imperatorem*, y han dicho que si no se cantaba no podían ó no se atrevían á decir la Misa, por lo que me ha parecido mejor dejarlo, que Dios ya ve la intención que tenía de honrar á su Santa Madre y San José, con lo que tendremos paciencia y no haremos ya más funciones: es una mortificación más, y es menester aguantarlas (1).»

Esta piedad y devoción encantaban á la Duquesa, que veía contenta los frutos que para la Religión y para la Patria producía la cristiana educación que había dado á su hijo.

III

Sería pequeño este libro si hubiéramos de consignar en él todas las cartas de la Duquesa de Villahermosa á su hijo, que contienen algo de notable. Con una claridad y una sencillez tan natural como espontánea, dábale cuenta de su vida; de las visitas, muy reducidas por cierto, que recibía; de los consuelos que le prodigaba el señor Obispo auxiliar; del estado de salud de las personas queridas; del cariño que la profesaban sus criados, no faltando nunca en ellas párrafos verdaderamente edificantes sobre la confianza que debía tener en

(1) Nancy, 27 de Noviembre.—Archivo de Villahermosa.

Dios y la resignación con que debía acoger todos los trabajos que Él le enviaba para probarle; sin transición, pasaba de los asuntos más elevados á los más vulgares, y al concluir de ponderar á su hijo los consuelos que el Señor prodiga cuando visita á sus siervos, recomendándole que se abrazase á la Cruz, pues por la Cruz había de salvarse, pasaba á darle noticia de las más vulgares medicinas para el cuerpo, con un sentido artístico tan inconsciente, pero tan real, que resulta un admirable conjunto imposible de imitar.

He aquí una de estas cartas:

«Hijo de mi corazón y alma mía: Considera con qué gusto te podré escribir, habiendo llegado la mala, y hallándome sin carta tuya: las dos que tuve en el pasado y otras dos el anterior me manifiestan que no pierdes ciertamente ocasión de escribirme; sé tu cariño y tu afán por mí, y sabes lo que te quiero y quál estaré sin carta tuya sabiendo no es por tu culpa. Quál sea la causa, quién lo atinará. En fin, es víspera del Corazón de Jesús y me acuerdo de lo que me dixo aquel Santo Mártyr, que tal se puede llamar (aunque no prevengo el juicio de la Santa Madre Iglesia), que acercándonos al Corazón Sagrado de Jesús nos han de punzar por fuerza las espinas de que está rodeado. Acuérdate de este pensamiento para tu consuelo. He venido de la procesión de San Isidro sofocada, porque había horror de gente. Me he hallado la Elena y D. Tomás, que me dió el recado que no tenía carta tuya; me entró el mal humor, y paciencia. Elena, muchas cosas para tí. La Isabel, que la ponga á tus pies; lo mismo dirán todas, y yo deseándote mucha salud, y todo lo que pido á Dios para tí, necesito que á mí me dé mucha paciencia, y quedo, por lo demás, sin novedad, siempre teniéndote en mi

—1—

Hijo de mi corazon y alma mia! considera con què gusto te podrè escrivir, habiendo llegado la mala, y hallandome sin carta tuya: Las dos q.^s tube en el pasado y otras dos de ante rior, me manifiestan que no pierdes ciertam.^te ocasion de escrivirme, sè tu cariño, y tu afan p.^r mi, y sabes lo q.^e te quiero y qual estaré sin carta tuya sabiendo no es por tu culpa. Quàl sea la causa Quien lo atinarà. Enfin es disp.^n del corazon de Jesus, y me acuerdo delo q.^e me dixo aq.^l S.^to Martyr q.^e tal se puede llamar (aunq.^e no prevengo el juicio de la Sta Me Ygl.^a) Que acercandonos al Corazon Sag.^do de Jesus, nos han de punzar p.^r fuerza esas espinas de q.^e esta rodeado. Acuerdate de este pensam.^to p.^a tu consuelo. He venido dela Procession de S. Ysidro sofocada p.^r habia horror de gente. Me he hallado la Elena, y D.^n tomas q.^e me diò el recado q.^e no tenia carta tuya, me entrò el malhumor, y paciencia. Elena mil cosas p.^a ti. La Ysab.^l q.^e la ponga atus P. lo mismo diràn todas. y

yo deseandote m.ª Sal.d y todo lo q.e pido â Dios, parati,
necesito q.e ami me dé m.ª paciencia, y g.do p.r lo demas
sin nov.d s.pre teniendote en mi Corazon que es tan tuyo
el de tu Mamà q.e te ama tan tiernam.te como sabes, y
como aun Vida que pasa harto tristem.te sin el consuelo
de verte como deseo q.to puedes imaginar y q.e te doy mil bend.s
A. M. M.ta

M.d 8 de Junio. Què te diré dela mem.ª del dia 8. ✝
sea Dios Bendito p.r todo! él me lo dió Il me le
quitó; sea su S.to Nombre bendito: hijo mio ado
remos sus Disposicion.s q.e todas son de suma Bond.d
y como tales beneficios p.a nosotros. alg.n dia lo
entenderemos. Alabarle s.pre y entodo. Amen

Amado Hijo mio demi alma.

corazón, que es tan tuyo el de tu mamá, que te ama tan tiernamente como sabes, y como á su vida, que pasa harto tristemente sin el consuelo de verte como deseo cuanto puedes imaginar y que te doy mil bendiciones.

¿Qué te diré de la memoria del día 8? ¡Sea Dios bendito por todo! Él me lo dió, Él me lo quitó; sea su Santo Nombre bendito: hijo mío, adoremos sus disposiciones, que todas son de suma bondad y como tales beneficios para nosotros: algún día lo entenderemos. Alabarle siempre y en todo. Amén.

Amado hijo de mi alma.—*María Manuela*.—Madrid 8 de Junio.»

También tiene mucho interés la siguiente:

«Amado hijo de mi alma y de mi corazón: Vengo cansada de la iglesia de San Ignacio, á donde he estado á Oficios, que, contra la costumbre, han tenido sermón en la Misa después del Evangelio: ha predicado Palacios; yo no sabía que había sermón, que ha sido en español, de Mandato, pues era sobre el Evangelio. Por lo demás, han oficiado muy bien y me ha parecido tanto mejor, cuanto que el año pasado estuve tal día como hoy, donde no hubo ni *Gloria* ni *Credo*. Este año apenas hay monumentos por la pobreza, y en estos barrios menos, pues las monjas están pereciendo.

Vamos ahora á tus cartas, que he recibido cuatro: del 27 de Febrero, 2, 4 y 6 de Marzo. He quedado muy poco contenta; pues lo primero tus dolores me son dolorosísimos; segundo, la pérdida de mi larga carta me ha mortificado horror, pues se trataba de seis hojas de éstas, si no me engaño, por lo menos, aunque dudo si la última llana estaba llena ó si fué más: ello es que me duró días el correo, y sabes que cuando me pongo no sé dejarlo, y aun á la Castejón un día de aquéllos, que fué el 21 de Enero, que vino (á comer si no me engaño), la enseñé lo mucho

que llevaba escrito, sin leérselo, y aun añadí al día siguiente, que fué viernes, que se iba el arriero; con que mira qué lucida he quedado: es verdad que el pliego abultaba, y me dijo D. Tomás que tal vez llamaría la atención, y, sin duda, así ha sido: veremos lo que hará San Javier, que bien te lo mereces por la confianza que tienes en él, y esto empeña mucho á Dios, que hará lo mejor y que más nos convenga, y así yo no sé qué decirte de nada absolutamente, pues aquí ya parece que se van, y lo dicen grandes embargos; ya se quedan, y lo peor es que con esto hasta sin leche de burras estoy por el embargo hasta de borricas (1). Por otra parte, visto el chasco, ya no te quiero escribir más que fes de vida y cosas precisas y dejarme de conversaciones por escrito.

Celebro tu inocente diversión. Me parece que has de gustar del trato de gentes como tu padre ó más. Yo siempre he sido adusta ó solitaria, ó amiga de serlo, por la mayor parte de mi vida, y ahora que lo soy de veras, no puedo conmigo misma por un conjunto de cosas que me hacen amarga la soledad, que antes eran mis delicias en otros tiempos, y que en siendo tan absoluta y seguida y con tantas penas, se hace intolerable al natural. Hasta que uno muera, en todo lo que no es Dios, no puede haber verdadera felicidad en este mundo.

He visto que tienes maestro de música y de baile: el primero lo sabía, no del segundo; dime si tocaste algún instrumento en esa grande orquesta, y quién cantaba el Oratorio, pues tu primo solo no me parece que pueda ser, y dime si hablas corriente el francés con las madamas. ¡Cuánto diera por verte detrás de una cortina en esas concurrencias y oirte! No me persuado que me hayas oculta-

(1) Alude aquí la Duquesa á los embargos de toda clase de caballerías que hizo José Bonaparte, para trasladar á Francia el inmenso botín que se llevó de España y que perdió después de la batalla de Vitoria.

do lo del maestro de baile, y es creíble sea mentira; pero si es cierto, te aconsejo te acuerdes del ejemplo de nuestro querido San Luis y de San Javier, que se castigó por mucho menos que bailar, que fué por saltar, según me parece (1). Así han juzgado los santos y debemos imitarlos, pues todos debemos aspirar á serlo, según la medida de la gracia que se le da á cada uno; pero si no somos fieles á corresponder, no nos quejemos más que de nosotros y de nuestra tibieza y flojedad. Yo digo que no será verdad, pues sé tu buen modo de pensar y virtud, y que nada de tus cosas me ocultas, de lo que estoy muy pagada y satisfecha, pues ya sabes que siempre quiero me tengas entera confianza como á una amiga y la más fina y verdadera, pues el amor de madre es muy sin comparación. No pases pena por lo que te digo, que ha sido voz volandera y como de esas que suelen correr (no digo de tí, á quien todos alaban mucho, gracias á Dios, no sea esto para envanecerte), y como hablan con poca reflexión, así va ello. Si no, ¿corrieran tantas mentiras como hoy día?

Tengo especie que esos oratorios ya están en música, no sé si de Hayden ó de otro compositor famoso: en pasando estos días lo sabré, porque hay una señora que los tenía, y me parece que los habían cantado en su casa de Cádiz ó la Isla, según me parece me contó; pero me informaré: en especial será difícil lo que pides, pues Saluccio, que corrió con las cosas del Marqués (2) (que santa gloria goce), salió desterrado este invierno; además, según tengo entendido, á su tiempo trató con los herederos, porque el Marqués le estuvo manteniendo cuanto pudo; y con

(1) Esta carta está escrita en la época en que la Duquesa padecía de escrúpulos; antes de esto, entre las clases de adorno á que había querido que asistiesen sus hijos, estaba la de baile.

(2) El Marqués del Mérito, gran aficionado á música, que, como tantos otros nobles, prefirieron morir de hambre á jurar al usurpador.

decirte que al último acudió á mí y tuve que socorrerle de mi pobreza, por vía de préstamo, para hacerse ropa, pues estaba casi sin cama, lleno de miseria, según he oído; sus papeles los habían enviado á su sobrino; pero no trates de escribir á éste para apurarlo: veré lo que pueda averiguar, y te lo enviaré.

¿Pero cómo quieres te envíe paquetes de papeles, si una triste carta mía no te llega, y eso que justamente era consolatoria, es decir, escrita para consolarte? Abracemos la Cruz por donde venga, que es la que nos ha de salvar, y aunque no fuera más que por amor de Dios crucificado, que tal exceso hizo por nosotros, que esto sólo sobraba para hacérnosla abrazar con grande amor, si le fuésemos tan agradecidos como debiéramos. Voy faltando á mi propósito, y así, te dejo y me voy á comer. Dios quiera que hayas hecho tu Cuaresma con toda felicidad y que tenga el gusto de volverte á ver tu madre, que te ama como á su vida y cuanto puede.—*J. María Manuela.*—Madrid 15 de Abril.

Hoy 16.—De vuelta de mi Basílica, la misma de ayer, cerca de las once, abro para añadirte que, por Dios, no te dejes llevar de los ejemplos del mundo, sino que sigas como hasta aquí por la misericordia de Dios y con su santo temor para conservar la inocencia bautismal; pues no puedes tener mayor felicidad, y es la que yo te deseo, y pido siempre á Dios que antes te lleve que lo permita, como siempre os decía; y así, no dejar tus buenas costumbres de oración mental y santas lecturas, frecuencia de Sacramentos y visitas al Santísimo, y Dios te llenará de sus copiosas bendiciones. Agur, agur.»

En este capítulo y en el siguiente copiaremos párrafos de otras cartas aún más interesantes y conmovedoras.

Con las cartas de la Duquesa iban con frecuencia otras para el Duque de «la señora novia,» co-

mo aquélla llamaba á su futura nuera, la cual en Malpica primero, y más adelante en el Convento de las Comendadoras de Santiago de Madrid, esperaba resignada el fin de la guerra.

IV

La antigua amistad que había unido al padre del Duque de Villahermosa con el Conde de Cabarrús, hizo que éste se interesase vivamente por la suerte del prisionero de Nancy, aumentando este interés el conocimiento de los apuros de la Duquesa para proveer de fondos á su hijo; apuros que conocía, por intervenir muchas veces en los giros y por ser su constante amparador contra las demasías de la Administración francesa.

Al principio de la guerra había estado indeciso Cabarrús sobre el partido que debía tomar: aunque nacido en Francia, no le ligaba á ella lazo ni interés alguno; en cambio vivía en España hacía más de treinta años, y en ella había ocupado las más altas dignidades del Estado. A poco del 2 de Mayo habían ido á Zaragoza ayudando á la insurrección y aun redactando alguno de los documentos que por aquellos días firmó Palafox; pero vuelto á Madrid antes de empezar el primer sitio, le lisonjeó el verse nombrado Ministro de José Bonaparte, y sin fe en el triunfo de la nación, cuya fuerza y vigor desconocía, aceptó, como tantos otros individuos de las clases ilustra-

das, el nuevo régimen, dedicándose á su servicio.

Al conocer Cabarrús los apuros de la Duquesa, quiso ver si había medio de que se levantase el secuestro de sus bienes haciendo que ella ó su hijo jurasen fidelidad al nuevo orden de cosas; pero conociendo el ardiente españolismo de Doña María Manuela y su santa intransigencia en este punto, no se atrevió á tratar con ella el asunto, y dirigió á su hijo, á quien sólo había visto algunas veces siendo niño, la siguiente carta, creyendo encontrar en él materia mejor dispuesta para sus planes:

«Ilmo. Sr.—Amiguito mío: Aunque no he visto á vuestra merced sino muy niño, mi tierna veneración por la memoria del señor Duque su padre, que me honró con su amistad, y la que tengo hacia mi señora, su madre, á pesar de la suma distancia de nuestras opiniones, le da derecho á cuanto pudiera hacerse para servirla.

Puede vuestra merced, por consiguiente, dirigirme sus cartas y cuanto quiera; pero le encargo que en todas ellas se abstenga de cuanto no sea respectivo á su salud, intereses y cosas indiferentes, pues lo demás sería comprometerse.

Si hubiesen podido algo con su madre de vuestra merced mis consejos, mucho tiempo há que estaría restituído á sus brazos y en posesión de sus bienes; pero esta señora une á las virtudes más recomendables cierta inflexibilidad en sus aprensiones, que condenan igualmente la Religión y la razón.

Ambas quieren que nos resignemos á los decretos de la Providencia; que cuando ha cesado la obligación política porque hemos hecho lo que hemos podido, cuidemos sólo de aquellas otras obligaciones de padres, hijos, esposos, que al cabo son las de la naturaleza, y que no sacrifiquemos éstas por una rara obstinación.

Sentenciada á quemar esta carta. Nancy 13. de Abril de 810
Villahermosa

Madrid 12 marzo 1810.

Exmo Sor.

Amiguito mio: aunque no he visto á V. sino muy niño, mi tierna veneracion por la memoria del Sor Duque su Padre que me honró con su amistad, y la que tengo á mi Sra su madre apesar de la vasta distancia de años y epocas me ha dado á que cuanto pudiera hacer para servirla.

puede V. por consiguiente dirigirme sus cartas y quanto quiera, pero le encargo que en todas ellas se abstenga de quanto no sea respectivo á su salud intereses, y cosas indiferentes, pues lo demas seria comprometernos.

Si hubieran pedido algo con su madre desde mis consejos, mucho tiempo que estaria restituido á sus brazos y en possesion de sus bienes, pero esta desgracia como á las virtudes mas recomendables cuanto influye

dad en sus aprensiones que condenan igualmente la Religion y la razon —
ambas quieren que nos sometamos a los Decretos de la Providencia; que quando ha cesado la obligacion politica porque hemos hecho lo que hemos podido cuidemos solo de aquellas otras oblig.s de Padres, hijos esposos que al cabo son las de la naturaleza, y que no sacrifiquemos estas por una vana ostentacion

Ha pensado vm alguna vez que su madre que vive así como suele por la miseria, morirá tal vez hallandose lejos que la rendicion de Valencia haya destruido las unicas propiedades sobre la esperanza de las quales admiten tardanza a la partida?

Ha pensado vm que yo mismo tierno amigo suyo y de su familia, no puedo en virtud de mi ministerio negarme a vender todos los bienes de vm en S.

instante que alguno se presente a
comprarlos? ¿piensa V.m. si esto se
verifica qual sera su suerte, despues
deshacerse con ello con tanto regalo y
tantas esperanzas..? bien se que metido
alli entre cornillos de Jovenes inexpertos
y de personas acaloradas, le diran y
no repetira que primero perder todo
que ceder, pero esto que se dice con
tanta priesa en un momento, la
vida entera se emplea en llorarlo
he visto tus amigos Franceses
pasear en todos los payses se arrepen
timiento y acabar por hacer tantas
sumisiones muchos mayores que
aquellas que hubieran conservado
sus propiedades —
Yo conosco quasi individualmente quantos
acompañan a V.m. alli, a una mucha de
ellos, aprecio su honradez, y valor
pero tambien se hasta donde rayan
sus conocimientos y prevencion politica y
como llevamos y llevaremos durante

todos los efectos de su locura, sin imaginarse tan
cosa sin medios, sin objeto, sin autoridad
legal y sin concierto — como estoy mejor —
enterado que todos ellos; me lo ha escrito mas
hacer en un caso de su prudencia y consejo.
crea V. mi amiguito mio piense V. asi
en sus primeros años que son de su Madre
su persona y su familia; siempre
que admita este consejo, yo le diré lo
que deva hacer; sin este conocimiento
lo prometerme que yo le hable de los
medios — su Madre de un estara
en paz, pero sea que luego que
lleva resultado a su cariño y —
que si va asi misma en posesion
de aquellas convenencias de que
hara tan noble y generoso uso ——
palpitara de ternura de besarlo —
y reconocera al amigo sincero y —
desapasionado, que tiene mas
presente a la nueva obligacion Patria
que asi le habla a su hijo
mandeme pues a su afmo. Alvarez

¿Ha pensado vuestra merced alguna vez que su madre que vive, así como suele, en la miseria, morirá tal vez en ella, luego que la rendición de Valencia haya destruído las únicas propiedades sobre la esperanza de las cuales algunos todavía la prestan?

¿Ha pensado vuestra merced que yo mismo, tierno amigo suyo y de su familia, no puedo, en virtud de mi ministerio, negarme á vender todos los bienes de vuestra merced en el instante que alguno se presente á comprarlos? ¿Piensa vuestra merced, si esto se verifica, cuál será su suerte, después de haberse criado con tanto regalo y tantas esperanzas? Bien sé que, metido allí entre corrillos de jóvenes inexpertos y de personas acaloradas, le dirán y vuestra merced repetirá que primero perder todo que ceder; pero esto, que se dice con tanta priesa en un momento, la vida entera se emplea en llorarlo. He visto los emigrados franceses pasear en todos los países su arrepentimiento, y acabar por hacer tarde sumisiones mucho mayores que aquéllas que hubieran conservado sus propiedades.

Yo conozco casi individualmente cuantos acompañan á vuestra merced allí: como muchos de ellos, aprecio su honradez y valor; pero sé hasta dónde rayan sus conocimientos y prevención política, y cómo lloramos y lloraremos durante siglos los efectos de su locura en una existencia sin medios, sin objeto, sin autoridad legal y sin concierto. Como estoy mejor situado que todos ellos, me es lícito no hacer gran caso de su prudencia y consejo. Créame vuestra merced, amiguito mío: piense seriamente en sus primeras obligaciones, que son su madre, su persona y su familia; siempre que admita este consejo, yo le diré lo que debe hacer: sin este conocimiento, es prematuro que yo le hable de los medios. Su madre de vuestra merced gritará un poco; pero fío que, luego que le vea restituído á su cariño y que se vea asimismo en posesión de aquellas conveniencias, de que hace tan noble y generoso uso, palpitará de ternura su corazón, y reconocerá al

amigo sincero y desapasionado, que tiene más presente al nunca olvidado padre cuando habla así á su hijo.

Mande vuestra merced, pues, á su afectísimo—*Cabarrús.*—Madrid 12 de Marzo de 1810.»

El Duque de Villahermosa no se dignó responder; se limitó á escribir al borde del papel estas palabras: «Sentenciada á quemar esta carta: Nancy 13 de Abril de 1810.—Villahermosa.» Debió el Duque, una vez pronunciada la sentencia, acordar el indulto, puesto que esta carta ha sido encontrada entre sus papeles, lo cual nos ha permitido el poder reproducirla.

Algunas otras tentativas se habían hecho el año anterior en este mismo sentido cerca del Duque, pues al contestar á su madre, que le decía habían corrido voces en Madrid de que volvía pronto, la escribió estas nobles palabras: «No he recibido aquí orden alguna sobre volver; pero no puedo menos de decir á V. E. que, si ha de ser jurando, estoy pronto á seguir lo que Dios quiera, sin abrazar jamás otro partido que el que sigo, aunque me sea sumamente doloroso el estar separado de V. E., pues ni mi honra, ni el ejemplo que me dan mis compañeros, ni otras cosas, me permiten mudar de opinión. Crea V. E. que tengo muchas esperanzas de que Dios me ayudará como hasta aquí, y teniendo á Dios conmigo nada temo, pues nada sucede sin su voluntad: así no tenga cuidado por mí; pues en sabiendo que V. E. está buena, estoy contento en lo que cabe (1).»

(1) Carta del Duque de Villahermosa á su madre: 13 de Mayo de 1809.—Archivo de Villahermosa.

V

Ocupado todo el Aragón por los franceses, y no habiendo el Duque jurado fidelidad á José Bonaparte, le fueron secuestrados sus bienes, dejando de recibir la Duquesa las rentas de ellos; sólo de Valencia percibía algunas muy de tarde en tarde, procedentes de los pueblos no dominados por el invasor: esto la creó una situación difícil, pues los ahorros hechos en su ya larga administración, no tomando más que el 10 por 100 de las rentas de los Estados patrimoniales de su casa, los había invertido en el magnífico edificio recién construído, sin vender una sola finca ni aumentar el gravamen de los colonos que de ella dependían; en cuanto á su viudedad foral, ya hemos visto de qué noble manera la había gastado: á estas dificultades se unieron los encargos y adquisiciones hechas para la próxima boda de su hijo, que debía verificarse á fines del año 1808, y la necesidad de sostener en Nancy á éste con el decoro propio de su rango y categoría.

Generoso y desprendido Villahermosa, derramó el dinero sin medida entre los muchos compañeros pobres y llenos de necesidades que, agobiados de familia y sin más recursos que la insignificante pensión del Gobierno imperial, discurrían por las calles de Nancy, hasta el punto de que, habiéndole consignado 9.000 reales mensuales la Duquesa, el primer año de cautividad gastó más del doble de la suma. Habíale advertido repetidas ve-

ces su madre y prometido él enmendarse, cuando llegó á aquélla una carta de Zaragoza en la cual le daban cuenta de que el día de la Epifanía se había celebrado en una iglesia de aquella ciudad una función en honor de San José, costeada por su hijo, y que un prisionero llegado allí procedente de Nancy se hacía lenguas de la caridad del Duque, de quien decía además que estaba viviendo suntuosamente. Disgustó esto mucho á la Duquesa, y escribió á su hijo dos curiosísimas cartas, modelo de rectitud y buen sentido, que ponen de relieve las relevantes condiciones de la noble señora; cartas de que vamos á transcribir los párrafos más interesantes.

Después de tratar algunos asuntos particulares, en la primera le decía: «He sabido por una casualidad la fiesta que has mandado hacer en Zaragoza el día de la Epifanía, cosa que me ha chocado mucho: lo primero, por escoger dicho día, que es tan clásico y solemne, con Octava cerrada, y, por tanto, te debías conformar con el espíritu de Nuestra Santa Madre la Iglesia y no trastornar de ese modo las cosas, pues á más de que no habrán podido decir la Misa votiva de San José, el sermón del Santo después ó en la Misa del Misterio, es una impropiedad, y parece ridículo y producido por una piedad y devoción poco ilustrada, ó más bien ignorancia de los Misterios; pues si entendieses bien la grandeza de éste, y que á más de la Octava cerradísima tiene hasta Canon propio, comprenderías cuánto y con cuánta razón le celebra la Santa Iglesia, y la misma Virgen Santísima y San José le celebrarían; y así no les puede ser gra-

to se deje á un lado, tanto más teniendo todo lo demás del año para hacer cuantas fiestas quieras á San José, y las tres que celebra la Iglesia en su honor. Ya te podías acordar cuántas veces me has oído criticar estos trastornos, y hacer más caso de lo que me has oído sobre esto, y cree que no te hace honor entre gentes que tengan una devoción bien entendida.

»En segundo lugar, me ha chocado porque veo que no haces caso de cuanto te tengo tan dicho, que no hagas gastos sin necesidad, y que no se puede, teniendo deudas, porque, ó es poco el coste, y entonces no es decente la fiesta para tí, ó si es mucho, debes excusarla, pues la primera devoción es obedecer la ley de Dios pagando las deudas, y en esto no hay tergiversación: si hubieras enviado á Valencia para dicha fiesta, habría menos que extrañar, y al menos hubiera sido para el día de San José. Eres un atolondrado: si te atropellas, siempre errarás. Es menester detenerse á pensar las cosas. No sé lo que resultará en Zaragoza; pero sabe que como los acreedores censalistas claman se les pague, y aun me parece si piden ó amenazan en justicia, cuando suene que se hacen fiestas por la casa, ¿qué han de decir? Que el administrado se niega con que no tiene para pagar, y luego tiene para hacer fiestecitas (1).»

En la otra carta, lamentándose de que el Duque hubiera pedido y recibido dinero de sus administradores, le dice lo mismo en estas palabras: «Yo no sé cómo no has reflexionado sobre nuestra si-

(1) Madrid y Enero.—Archivo de Villahermosa.

tuación, pues si estuviese la casa desempeñada y sin deudas, no me importaría nada que gastases lo que quisieras, que al cabo es tuyo y eres dueño; pero en la situación en que nos ha cogido, hijo mío, de tantas deudas, y además tan inciertas las rentas y todo. Porque has estado á pique de quedarte sin nada, porque le ha faltado poco hayan tomado á Valencia los franceses, como han tomado Andalucía, y en tal caso, agur, amigo, te lo secuestraban todo; con que ya ves si estamos para fiestas, pues lo que no sucede un día, sucede otro, como hemos visto; y así, no hay que fiarse tanto, y es muy escrupuloso gastar más de lo muy preciso é indispensable para mantenerse: lo demás debe emplearse en pagar deudas, pues que esto es primero que la limosna, porque de lo que no es de uno no podemos disponer, y cuando hay deudas estamos en este caso. Así, recoge velas y no me andes en historias ni caridades mal entendidas: la limosna vendrá cuando haya con qué; ahora no estás para mantener á nadie (1).»

El Duque contestó á estas cartas con humildad; á la filípica litúrgica dijo, que no era suya la culpa, sino de su encargado en Zaragoza, que había señalado un día tan fuera de lugar para el caso como el de la Epifanía; en cuanto á los gastos, confesó ingenuamente su culpa y presentó atenuantes de su conducta que no dejaban de tener fuerza. «Ya he dicho á V. E. hace dos ó tres correos mi gasto mensual, que no puede ser menor; de comida, no tenemos más que sopa, cocido, un guisado, un

(1) Carta sin fecha.—Archivo de Villahermosa.

asado, otro plato de verdura ó dulce, leche, etc., y postres, y la cena un guisado, huevos de un modo ó de otro, una ensalada cocida y otra cruda; así es que no entiendo por qué dicen tengo un gasto desproporcionado; el vestido es decente, pero nada más; á los Oficiales es verdad que los he dado mucho, pero era menester no ser cristiano ni hijo de V. E. para no hacerlo teniendo: ahora ya recojo velas y no haré sino lo preciso (1).»

Realmente la misma Duquesa no aplicaba con rigor absoluto el principio que explicaba á su hijo, pues ella, en la medida de lo posible y á pesar de sus deudas, remediaba también grandes necesidades, vendiendo para ello sus joyas: el terrible invierno de 1812, conocido por los madrileños con el nombre de «año de hambre,» pagó por espacio de cuatro meses una sopa que distribuía en el patio mismo de su casa á los pobres del barrio (2), procediendo así, al mismo tiempo en que habiéndole hecho un pariente muy necesitado una reclamación injusta, después de demostrarle que no tenía razón, le envió una cantidad para remediarse, terminando la carta con estas palabras: «Considero que tu necesidad te sofoca; y para que veas que te deseo todo alivio, te envío el que puedo en mi estrechísima situación, que para que acabes de entenderlo y de creerlo, hay ocasiones que nos quedaríamos sin comer algunos días seguidos si no le fiasen al mozo que compra (3).»

(1) Nancy, 31 de Abril.—Archivo de Villahermosa.

(2) Libro de los gastos diarios de 1812.—Archivo de Villahermosa.

(3) Carta á D. Manuel Azlor.—Archivo de Villahermosa.

En épocas de tanta estrechez, no olvidó tampoco á su querida Compañía de Jesús ni á los buenos Padres expulsos de España que en Italia pasaban tantas privaciones: en estos mismos días fué cuando remitió á su tío el P. Pignatelli los 7.000 reales que él recibió con enojo, comprendiendo el sacrificio que representaban, y que produjo la nobilísima carta de éste, que conservaba el Duque de Villahermosa, en la cual se leían estas palabras, dirigidas á su sobrina: «Te agradezco los 7.000 reales que recibo con vergüenza, tentado á devolvértelos, porque quién hubiera imaginado los apuros de la buena Villahermosa, aún mayores cien veces que los de estos Padres, á quien Su Divina Majestad á mano abierta socorre: te pido sea la última (1).»

No asustaba la pobreza á la Duquesa, que vivía como pobre hacía muchos años; en los mismos días en que derramando el oro á manos llenas en obras tan santas como las que hemos narrado, sus confesores tenían que mandarla como obligación que se hiciera ropa, pues tenía la estrictamente necesaria para la limpieza, y consideraba cargo de conciencia el más pequeño gasto para la comodidad ó regalo de la persona; antes por el contrario, en las cartas á su hijo se ven constantemente éstas ó parecidas palabras: «Abracemos la pobreza con cariño; no la rechacemos, que seguramente será para nuestro bien si el Señor nos la envía.»

(1) Carta del P. Pignatelli, citada por el Duque de Villahermosa, que conservaba el original.

VI

Tantos y tan rudos golpes recibidos por la Duquesa, no podían menos de quebrantar su salud, que nunca había sido muy fuerte: ocultábaselo á su hijo quitando importancia á sus indisposiciones; pero al terminar el año 9 empezó su naturaleza á resentirse de una manera tan alarmante, que inspiró cuidado á su médico y ella misma conoció que caminaba á su fin si continuaba en el abandono en que estaba, pues nunca se cuidó ni hizo nada por curar radicalmente sus dolencias: comprendiendo entonces lo necesaria que era á su hijo, y enérgicamente aconsejada por su confesor y por el Obispo auxiliar de Madrid, su constante amigo, resolvió obedecer á su médico, empezando por salir de la casa obscura, húmeda y baja de techo en que vivía Doña Antonia, y trasladarse á la suya, venciendo la gran repugnancia que esto le inspiraba.

He aquí cómo participó á su hijo esta mudanza: «Hijo mío: Te escribo estas cuatro letras para decirte que ya estoy en la hermosa y desgraciada casa; que me ha costado el mayor sacrificio por las tristes memorias de vosotros que continuamente están martirizando mi corazón; pero Dios me asiste, y con la esperanza de recobrarme aquí con tan buena luz y buen aire; pues aunque gracias á Dios estoy buena, aún me siento algo dé-

bil y cargado el pecho y sigo con la leche (1).»

Al día siguiente le daba también algunos detalles sobre su instalación en la nueva casa, que son por extremo interesantes: «Es gusto escribirte con tan buena luz y claridad y un aire que vivifica y que me hacía mucha falta, según dice Caro (2), que me halla con mucha mayor fortaleza en el pulso desde que me he venido aquí: hoy hace un día propio de primavera, y he estado un rato con la ventana abierta (que es horror lo que me gusta), y estaría mucho más si no es por las muchas moscas que se han metido en el cuarto; te escribo en la alcoba, que con el *boudoir* y tocador son las únicas piezas que disfruto ni disfrutaré de la casa, sirviéndome por el corredor del cuarto de las criadas, cuya primera sala es antesala de criados mayores, y ellas se están en la de más adentro: todas las visitas vienen por aquí, y lo demás cerrado; sólo se abre cuando paso á Misa, el gabinete de corte y pieza de comer. De aquél se llevaron el *trouman;* los demás están enteros, aunque no he visto más de la casa, ni tal vez veré ni quiero, hasta que vengas á llenar el hueco que falta y que es bien grande, y del todo no puede ser ya.

»El oratorio se ha compuesto de préstamos de bienhechores. D. Elías (3), el primero que me ofreció los candeleros; ornamentos de las Salesas,

(1) Carta de 2 de Abril de 1810.—Archivo de Villahermosa.

(2) Caro era el médico de la Duquesa.

(3) D. Elías Sidiac, sacerdote sirio, empleado en la Biblioteca Real, que habían conocido los Duques cuando la venida á España del monje armenio Rabbdan.

y lo que éstas no han podido, las señoras Comendadoras de Santiago; Su Ilustrísima, el cuadro, que es un *Ecce-Homo;* campanilla comprada de munición, vinajeras de cristal: ésta es la historia de mi venida, que fué casi repentina, viendo que no podía allí convalecer por no poder madrugar y por el frío de las mañanas; y después, cuando salía el día de fiesta á Misa, si hacía mal tiempo me volvía á resfriar (1).»

Era el Duque muy curioso en todo lo que su madre le refería, y quiso saber cómo había arreglado ésta la casa. La Duquesa, para satisfacerle, le escribió: «Por decirte algo de tu curiosidad, *Nuestra Señora del Amparo* está en el oratorio al lado del Evangelio; yo me pongo dentro, enfrente del mismo lado en donde estaba la Santa, que no ha vuelto á casa, ni el *Nacimiento,* que está arrollado; la *Concepción,* con sus agujeros, está donde estaba el *Descendimiento;* el *Corazón de Jesús,* donde estaba el *Cristo* de Mengs; la *Asunción,* el boceto, donde estaba el *Nacimiento;* la lámina de la *Dolorosa* que había en el oratorio y á veces en la antesala, está aún al lado de mi cama, y al otro la estampa de *San Javier, predicando;* el *Cristo* del oratorio portátil le he quitado y puesto sin marco debajo de la *Concepción,* en mi alcoba, y en su lugar he puesto la *Anunciación* chiquita de ustedes, con marco y todo, y hace bastante bien; en mi gabinete, donde te escribo hoy, he puesto en su lugar, porque al principio estuvo aquí, una estampa de las vuestras del *Sagrado Corazón de Jesús* grande al lado

(1) Archivo de Villahermosa.

de *San Javier,* y al otro *San Ignacio,* las *Cabezas del Salvador* y el *San Juanito* de Maella; al lado de la chimenea la *Cabeza de San Pablo,* que estaba en el oratorio, pero sin cristal; y al otro lado el *San José* tuyo de Maella; y al frente, donde estaba la *Anunciación* grande, enfrente del *Cristo* grande (de que no me puedo consolar), la compañera de San Pedro, pero con cristal: éste es todo el perjeño. Una mesa de las del cuarto de verano, con el Cristo de marfil de ustedes, y debajo de la *Concepción;* en la alcoba, la mesa de dos cajones, que se ha compuesto, y en donde escribo siempre; enfrente de la cama otra de las de verano de las chicas, y en el oratorio otra, donde está *Nuestra Señora del Amparo,* que viene cabalita (1).»

Por cierto que, refiriéndose á las estampas del Sagrado Corazón de Jesús que, como hemos dicho más adelante, eran la reproducción del cuadro que Bayeu había pintado para Pedrola, hecho grabar por la Duquesa á Selma, nos refiere una carta de ésta lo siguiente, que es curioso: «Sábete que las estampas del Corazón de Jesús se han desparramado bien, pues cuando uno de los saqueos de mi casa se las llevaron casi todas, y las venden por ahí á tres y á ocho reales: de manera que el otro día me chanceaba el P. Meave, diciéndome que yo que las daba con tanta reserva, y ahora las tiene cualquiera que quiere. No son éstas solas las que se han llevado, sino todas y la colección famosa. Pero del Corazón de Jesús aún se salvaron al-

(1) Carta de 7 de Junio de 1810.—Archivo de Villahermosa.

gunas chicas que dejaron en aquel revoltijo (1).»

Aunque la Duquesa aparentaba alegría y salud en sus cartas, ésta iba empeorando cada vez más, y negras tristezas, que ella llamaba *murrias,* se apoderaban de su espíritu, hasta el punto de reflejarse en algunas ocasiones, á pesar de su cuidado, en estas mismas cartas; en una de ellas, refiriéndose á su salud, le decía: «Yo por mí ya no deseo más que la tuya, y si Dios quiere la del tío D. José y aquellos amigos que tanta falta hacen en el mundo: si Dios me deja ver á tí y á ellos, diré el *Nunc dimittis* (2).»

En los primeros meses del año 11 la Duquesa debió sentirse muy mal; y al ver la prolongación de la guerra y el horizonte cerrado por todas partes, sin señal de mejora, perder la esperanza de abrazar á su hijo y bendecirle por última vez, entonces, sin decírselo claramente por no afligirle, le escribió una hermosísima carta, especie de despedida, cuyos párrafos más notables dicen así: «Por lo demás, bien creo cuanto me dices y estoy bien cierta de tu cariño y que no me puedes querer más, ni yo tampoco; antes lo que siento es que, como es regular me sobrevivas muchos años, te prepares con ese gran cariño á un gran dolor, por lo que debes siempre ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra separación cuando fuese su santísima voluntad, porque así estés prevenido. Esto no lo digo por entristecerte, pues confío en Dios me dará algún poco de tiempo para llorar mis peca-

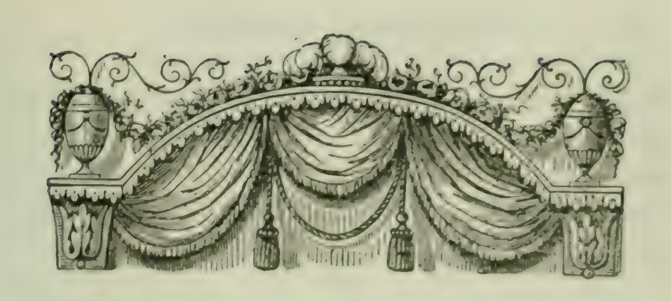
(1) Archivo de Villahermosa.
(2) Idem id.

dos y disponerme en paz á verte y arreglar nuestras cosas, y después tomar mi camándula, y tal vez me consolará completamente viendo antes de morir lo que tanto deseo para su gloria; con que así, ánimo, hijo mío de mi alma: no hay plazo que no llegue.

»Por más que oigas malas noticias de tus asuntos de Valencia, que nos dicen ya entregada, aunque con tales variantes que no sabemos la verdad, *Dominus dedit, Dominus abstulit: sit Nomen Domine Benedictum*, es el caso en que debes agarrarte á eso y tal vez es lo que Dios espera y el momento en que ha determinado acabar las pruebas que hace contigo, á ver si le eres fiel; y siéndolo, como lo espero de su bondad infinita, y adorando sus divinas disposiciones, y sometiéndote y uniéndote con su santísima voluntad, convertirá todo en tu bien y felicidad verdadera, llenándote de sus bendiciones y abrasándote en su santo y divino amor, que te hará feliz aquí y por toda la eternidad, y cesará la borrasca y vendrá el buen tiempo y la dulce calma (1).»

Dios escuchó las oraciones de la madre atribulada y la concedió, y también á su hijo, lo que en ellas deseaba; pero antes hizo pasar á ambos por un gran dolor, cuya narración dejamos para el siguiente capítulo.

(1) Carta de 21 de Enero de 1811.—Archivo de Villahermosa.



CAPITULO XVII

I

En los anteriores capítulos dejamos al Papa Pío VII luchando con Napoleón, y al Padre Pignatelli en su casa del Buen Consejo, al frente de los Padres novicios expulsados de Nápoles, procurando su mantenimiento, fiado en la Providencia de Dios y en la caridad de su sobrina, pues el Gobierno de España había retirado la pensión á los que habían vuelto á vestir la sotana, considerando este acto como un grave desacato á su Soberano y como un insulto á las cenizas de Carlos III, que entendían que muerto, aún debía perseguir y anatematizar á los hijos de San Ignacio.

Napoleón estaba en Alemania, y desde allí ordenó al General Miollis, Jefe del ejército, que contra todo derecho y razón ocupaba á Roma, que procediese de modo que el Papa quedase reducido al papel de súbdito del Imperio francés,

dependiente del Emperador, lo mismo en el orden temporal que en el espiritual, y que se deshiciese de cualquier modo de cuantos Cardenales ó funcionarios de la Corte pontificia contrariasen esta política y defendiesen la independencia del Pontífice.

Secundando estas órdenes, y después de cometer tropelías sin cuento en los Estados pontificios, cuyos individuos, súbditos del Papa, sustraídos de sus Jueces naturales, fueron fusilados sin más trámites que Consejos de guerra sumarísimos, ó desterrados á voluntad de los Jefes militares que procedían á capricho y sin responsabilidad alguna, quiso el General Miollis arrancar del lado de Pío VII al Cardenal Pacca, hombre á la vez prudente y enérgico, que había sucedido al Cardenal Gabrielli en el cargo de primer Ministro y Secretario de Estado, y que oficial y públicamente había protestado de los actos del representante del César francés. Una mañana llegó al Quirinal, donde el Papa se alojaba, un Mayor sardo al servicio de Francia y un Oficial de esta misma nación con el encargo de notificar al Cardenal Pacca la orden de abandonar á Roma en el término de veinticuatro horas, advirtiéndole que en la Puerta de San Juan encontraría la escolta de dragones encargada de acompañarle hasta Benevento. Tranquilo y enérgico, contestó el Cardenal que no reconocía en Roma derecho á darle órdenes más que en su Soberano legítimo, y que sin consentimiento de éste no haría lo que se le mandaba; volvió la espalda para retirarse á sus habitaciones, y se le dijo que no podía salir, pues estaba mandado no perderle

de vista; entonces el Cardenal Secretario de Estado escribió un billete al Santo Padre dándole cuenta de lo que ocurría, y se lo remitió por medio de uno de los empleados de la Secretaría, poniéndose á hablar tranquilamente con los emisarios franceses.

Poco después de esta escena abrióse de repente una de las puertas y apareció el Papa; el semblante irritado, el gesto altivo, erizados los cabellos y en tal estado de exaltación, que no conoció á su Secretario, el cual se le acercó respetuosamente. «¿Quién sois? le dijo.—Soy el Cardenal, y le besó respetuosamente la mano.—¿Dónde está el Oficial?—Después que le fué señalado, éste dirigióse á él diciéndole:—Marchad á anunciar á vuestro General que estoy harto de sufrir tantos insultos y tantos ultrajes de un hombre que aún se atreve á llamarse católico; que no ignoro cuál es el objeto de todas estas violencias; quieren separarme de todos mis consejeros para ponerme en situación de no poder ejercer mi Ministerio apostólico ni defender los derechos de mi soberanía temporal. Yo ordeno á mi Ministro no obedecer las órdenes de una autoridad ilegítima y seguirme á mis habitaciones para compartir conmigo la cautividad, y que entienda que sólo por la fuerza le arrancará de mi lado, y eso después de romper todas las puertas, declarándole, si esto sucede, responsable de las consecuencias de este atentado tan enorme como inaudito (1).» Inclinóse respetuo-

(1) *Memorias* del Cardenal Pacca, tomo I, pág. 137: París, 1884.

samente el Oficial francés y salió. A partir de este día, el Cardenal Pacca vivió encerrado en el Quirinal en tres habitaciones que le designó el Papa inmediatas á las suyas.

Después de ocurrir esto aún quiso el Pontífice usar de prudencia para demostrar al mundo los designios del Emperador y justificar ante la historia la resolución que estaba dispuesto á tomar en defensa de los derechos de la Santa Sede; pero esta prudencia sólo sirvió para alentar al usurpador, cuyos delegados aumentaron sus violencias contra los súbditos del Papa y los ataques á la Iglesia: entonces Pío VII se resolvió á llevar á cabo un acto discutido y preparado hacía muchos meses, para demostrar á la grey católica que, si hasta entonces había sido el manso Cordero de Judá, iba á ser en adelante el león fuerte de Israel: este acto era la excomunión pública y solemne del usurpador Bonaparte ante su mismo ejército y en presencia de sus mismos Generales.

El 10 de Junio de 1809, Napoleón consumó el último atentado: á las dos de la tarde fueron abatidas las armas pontificias del castillo de Sant-Angelo, é izada y saludada por una salva de artillería la bandera tricolor, mientras en calles y plazas se repartía la *Gaceta* conteniendo un Decreto del Emperador, por el que declaraba terminada la soberanía temporal de los Papas é incorporaba á Francia el territorio pontificio. Había llegado el momento; el Papa no vaciló; pero era indispensable tomar precauciones, pues las autoridades francesas habían asegurado que Pío VII ni aun protestaría, y que al que viesen fijar ó repartir la pro-

testa sería en el acto fusilado. No arredró esto á los fieles servidores del Pontífice: el mismo día, y cuando aún corría de mano en mano la *Gaceta* imperial, supieron con ira y asombro las autoridades francesas que en la puerta de San Pedro, en la de todas las Basílicas y en la de muchas iglesias de Roma estaba pegada y era leída con afán por el pueblo, que aplaudía con entusiasmo, no la protesta de usurpación, sino algo más grave: la excomunión del poderoso Emperador francés.

Recibió Napoleón esta noticia en España, y lleno de furor comunicó las órdenes más severas al General Miollis para que desde aquel momento tratase sin consideración al Santo Padre: la excomunión le había puesto fuera de sí; aun cuando un año antes había escrito al Príncipe Eugenio aquellas memorables palabras citadas más arriba, y era descreído, le preocupó el acto de energía de Pío VII, á quien nunca creyó capaz de oponerse de tan resuelta manera á sus planes.

El Papa, después de publicada la Bula de excomunión, dió orden de que en ningún caso se diese entrada en su Palacio del Quirinal á las autoridades del usurpador, que para llegar á él debían usar la violencia; así sucedió. La noche del 5 al 6 de Julio numerosas fuerzas francesas arrimaron las escalas á los muros del Palacio pontificio; subieron algunos soldados por ellas, y rompiendo á hachazos las ventanas, penetraron por éstas, precipitándose con antorchas encendidas por los desiertos patios y corredores para abrir las puertas á sus compañeros y dirigirse al departamento ocupado por el Pontífice.

Advertido éste de lo que ocurría, levantóse con gran serenidad; vistióse; púsose la muceta y la estola, y acompañado de los Cardenales Pacca y Despuig, éste español, y de algunos criados, trasladóse al Salón del Trono y esperó á los invasores, cuya aproximación denunciaba el ruido que producían las puertas de los cerrados salones al caer á los golpes de hacha, pues el Pontífice se había negado á franquearlas para que fuera más evidente la violencia; al llegar á la puerta del salón en donde éste estaba, mandó abrirla para evitar el desorden: por ella entró el General Radet, Jefe de la gendarmería francesa, rodeado de algunos Oficiales y varios revolucionarios romanos que habían dirigido el asalto. Al encontrarse enfrente del Papa, faltóle la palabra; éste no dijo nada tampoco, y reinó un profundo silencio por algunos momentos; por fin, reponiéndose, Radet dijo con voz balbuciente «que tenía una comisión desagradable y penosa; pero que habiendo prestado juramento de fidelidad y obediencia al Emperador, no podía dispensarse de cumplir sus órdenes: en su consecuencia, en nombre de éste le intimaba á renunciar á la soberanía temporal de Roma y del Estado pontificio, y que si Su Santidad se negaba á ello, tenía orden de conducirle á donde estaba el General Miollis, el cual le indicaría el lugar de su destino.»

Sin turbarse el Papa, y con tono firme y lleno de dignidad, le contestó en estos términos: «Si os creéis en el deber de ejecutar órdenes semejantes de vuestro Emperador á causa de vuestro juramento de fidelidad y obediencia, juzgad de qué manera deberé yo sostener los derechos de la San-

ta Sede, á la cual estoy ligado también por tan sagrados y solemnes juramentos. Yo no puedo abandonar ni ceder lo que no es mío. El dominio temporal pertenece á la Iglesia: yo no soy más que el administrador de él. El Emperador podrá hacerme pedazos; pero eso no lo obtendrá nunca de mí. Después de tanto como he hecho por él, no esperaba ser tratado así.—Santo Padre, le dijo el General Radet, ya sé que el Emperador os debe mucho.—Más de lo que creéis, contestó Pío VII; y después, con un acento muy animado, preguntó:—¿Debo partir solo?—Vuestra Santidad puede llevar consigo al Cardenal Pacca.—Entonces éste, dirigiéndose al Pontífice, le dijo:—¿Qué órdenes me dais, Santísimo Padre? ¿debo acompañaros?» Habiendo respondido éste afirmativamente, el Cardenal Pacca pasó á su habitación y volvió cubierto de sus vestiduras cardenalicias, con muceta y roquete (1).

Terminada esta escena, Pío VII y su Secretario de Estado fueron conducidos fuera de la ciudad en un carruaje: allí esperaba otro más fuerte, rodeado de una numerosa escolta de gendarmes; descendió el Papa, y en medio de un silencio general dirigió su mirada hacia Roma, cuyas torres y obeliscos empezaba á alumbrar el sol naciente; á lo lejos veíase la bandera tricolor flotando sobre la mole Adriana; más allá, y dominando á ésta, la cúpula de San Pedro cubriendo las palabras de Jesucristo, escritas en caracteres gigantescos: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella;»

(1) *Memorias* del Cardenal Pacca, tomo I.

y abajo, en el centro de la más hermosa plaza del mundo, el colosal monolito de Heliópolis, traído por Calígula á Roma, abatido por los bárbaros y levantado por Sixto V para servir de pedestal á la Cruz, en cuya base se leen estas palabras: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.* Todo esto lo abarcó el Papa con una mirada, y pareció más tranquilo: levantó su mano venerable y bendijo á la ciudad; luego entró en el nuevo coche con el Cardenal Pacca; un gendarme cerró con llave, que recogió, ambas portezuelas, y dada la señal, partieron todos á escape camino de Francia. Al mismo tiempo y entre el asombro general de los usurpadores que habían amenazado con la pena de muerte al que lo intentase, en todas las esquinas de las calles de Roma, en las plazas y en las puertas de los templos, aparecía puesta, por manos invisibles, la protesta del Santo Padre contra el acto brutal de que acababa de ser víctima, muy de antemano preparado por el Cardenal Pacca en previsión del suceso que acababa de ocurrir.

Por aquellos días, que eran los mismos en que convencido Napoleón de que los españoles no aceptaban su yugo pasó los Pirineos para sojuzgarlos, había llegado éste á la cúspide de su poder y al apogeo de su gloria: á más de las provincias belgas conquistadas á la Casa de Austria, el Imperio francés comprendía la extensa parte de la antigua Galia, reunida después al Imperio alemán, que se extiende desde las fronteras belgas hasta el Rhin, y una gran extensión desde este río al Océano germánico; comprendía asimismo muchas provincias de Italia, y el mismo reino de este

nombre no era otra cosa que una dependencia del gran Imperio. Podían también considerarse como agregados los reinos de Holanda, Nápoles y Westfalia, gobernados por Príncipes que llevaban el título de altos dignatarios del Imperio y que obedecían ciegamente á Napoleón, y la Confederación alemana del Rhin, sometida á su protectorado; todo esto sostenido por un ejército de cerca de un millón de hombres.

Tal era el poder y tales las fuerzas de que disponía Bonaparte al empezar en 1809 la lucha contra un anciano inerme y un pueblo sin Rey, sin Gobierno, sin ejércitos y sin fortalezas; verdad es que ese anciano y ese pueblo representaban las únicas dos fuerzas vivas que habían quedado en Europa después que el protestantismo rompió su unidad admirable: la influencia de la Iglesia y el espíritu de independencia de los pueblos; cosas ambas que desconoció por su mal el *condottiere* corso y que labraron su ruína.

II

Todos estos sucesos se habían desarrollado ante el P. Pignatelli, alojado con sus hermanos en la Casa del Buen Consejo: lleno de fe, inclinaba la cabeza ante los designios de la Providencia, que no quería despejar el horizonte y consentía que los malvados levantasen una nueva tormenta contra su Iglesia.

El local donde se había instalado era un peque-

ño Convento, llamado de San Pantaleón de los Montes, situado cerca del Puente Sixto, en una callejuela que conduce desde la Suburra al Coliseo; contigua á él había una iglesia consagrada á Nuestra Señora del Buen Consejo, de cuyo culto se encargaron los jesuitas por cesión de la Hermandad propietaria del templo. Este Convento estaba en tan mal estado que, según asegura uno de los que le conocían, sólo podía albergar bestias; á pesar de esto, el siervo de Dios lo arregló de tal manera, que pudo colocar con comodidad relativa buen número de religiosos y novicios; pasaban de veinte sus celdas, reducidas en extremo, donde sólo había espacio para una cama y una pequeña mesa; tenía su capilla interior, con dos altares y Sacramento; algunas piezas para el refectorio y varias oficinas necesarias, entre ellas una pequeña hospedería.

La celda que escogió para sí el P. Pignatelli tenía poco más de diez palmos en cuadro: su ajuar consistía en una cama baja y estrecha, una escribanía ó escritorio sin lustre alguno, un estante muy pequeño y cuatro sillas. La única diferencia entre esta celda y las demás consistía en una ventana, cuya portezuela se cerraba con llave. Habíala hecho abrir el siervo de Dios para poder adorar el Cuerpo de Jesús Sacramentado, que se encontraba pared por medio de la celda por él escogida: allí pasaba las horas que sus deberes de Provincial le dejaban libre, entregado constantemente al ejercicio de la primera y mayor devoción de su vida.

En Roma, como en Colorno y en Nápoles, lu-

chó el P. Pignatelli con la escasez de recursos para mantener su grey, el vivero escogido y cultivado con esmero que había de formar la Compañía el día, que presentía próximo, de su rehabilitación; verdad es que el Papa le había acogido benignamente y le había autorizado para vivir con los suyos en comunidad, prohibiéndoles sólo el uso de la sotana característica de la Compañía para evitar complicaciones en aquellas circunstancias tan críticas; pero el Papa no podía proveer á sus necesidades materiales, y el P. Pignatelli no tenía otra fuente de ingresos que la inagotable Providencia del buen Dios que cuida de los pajaritos en el campo y viste espléndidamente á los lirios de los valles.

En esta época fué cuando el P. Mozzi supo por un Cardenal que el Papa pensaba seriamente honrarle con la sagrada púrpura, y que lo deseaban también muchos individuos del Sacro Colegio, estando dispuesto á encargarle varias comisiones difíciles relativas á los grandes intereses de la Iglesia universal y de la Santa Sede: la Providencia hizo que este plan no se llevase á cabo, siendo verosímilmente la causa que lo impidió el haberse convencido el Papa de que aceleraría la muerte del siervo de Dios, ya muy enfermo y achacoso.

Su caridad inagotable; su abnegación por los demás; su olvido de sí mismo, y las frecuentes y terribles mortificaciones de la carne, fueron en Roma, como habían sido anteriormente en Colorno y Nápoles, asombro de los que le rodeaban; no había molestia que no aceptase con gusto, si con ella producía algún bien á sus semejantes: fijóse

un día en los presidiarios que barrían las calles de Roma con la cadena al pie y el severo cómitre cerca, despreciados de todos y objeto de general repulsión; acercóse á ellos con sus novicios, se hizo su amigo, los acompañó los domingos, los dió unas Misiones, y al términar éstas, los llevó á las Basílicas, los hizo ganar las indulgencias concedidas, volvió con ellos á la casita del Buen Consejo, donde les dió una comida servida por él y por sus novicios, redimiendo á muchos del yugo del pecado y del poder del demonio en que habían vivido muchos años.

Cuando desterrado de Roma Pío VII se hizo sentir en toda la ciudad la brutal tiranía francesa ejercida por el General Miollis, el P. Pignatelli empleó tesoros de paciencia y de humildad para librar á muchos de sus hermanos reducidos á prisión por no querer prestar juramento de fidelidad á José Bonaparte: consiguiólo merced á su avasalladora influencia sobre todo lo que le rodeaba; que rudos y brutales como eran los Generales franceses, no podían sustraerse de la atracción de aquel anciano delgado, de figura distinguida, ojos vivos y penetrantes, que, nacido en las cumbres de la sociedad, había descendido á los valles obscuros y tenebrosos donde se albergan todas las miserias, todas las contradicciones, todos los vicios y todas las enfermedades de ella, y que después de pasar las primeras horas de la mañana en oración, recogía á los niños de las calles, visitaba los hospitales más pobres, distraía al presidiario del horror de su situación llamándole su amigo, y al mismo tiempo formaba hombres á su semejanza

para continuar su obra el día, que él veía ya cercano, en que tendría que abandonarla para recibir su recompensa.

III

Los años 9 y 10 fueron terribles para el P. Pignatelli: la ruína de su edificio de reconstitución de la Compañía en Nápoles; la caída del poder temporal y la cautividad del Papa y de los Cardenales; los sucesos de España; los trabajos de su sobrina, á quien quería con cariño paternal; la prisión del Duque de Villahermosa, y, sobre todo, el ímprobo trabajo á que estaba dedicado, unido á las austeridades y mortificaciones que nunca abandonó, minaron aquella naturaleza que, bajo un exterior débil y enfermizo, tenía la fortaleza y el temple del acero desde el día en que, por visible milagro de la Providencia, se vió libre de la enfermedad del pecho que se creyó le llevaría al sepulcro.

Desde mediados del año 10 comprendió que su destierro en el mundo iba á terminar pronto, y extremó los actos de adoración y de unión con Dios: todas las noches rezaba el Oficio de difuntos y las oraciones y letanías de la recomendación del alma; á pesar de sus dolencias, continuaba la vida de austeridad y penitencia que había llevado desde su incorporación á la Compañía, con gran dolor, no sólo de sus hermanos, sino de Roma toda, que veía que con ella abreviaba sus días tan nece-

sarios al bien del instituto cuya instauración se consideraba inmediata, dada la corriente de opinión completamente favorable á los jesuitas que se había formado en toda la Europa católica. Como tantas otras veces, las generaciones nuevas, más imparciales y menos apasionadas, rectificaban los errores y las injusticias de sus antepasados, y eran el instrumento de que Dios se valía para volver las aguas desbordadas al cauce antiguo, limpio y saneado por la tormenta.

Mientras pudo tenerse en pie, refiere el P. Monzón, atendía á todas las distribuciones y observancias domésticas, yendo con los demás al refectorio y tomando el escaso alimento que soportaba su estómago, pero nunca diferente del de los demás; y aun cuando tenía que guardar cama, nunca lograban de él que tomase algún manjar más delicado, á no ser que mediara el mandato de su confesor, el P. Monzón. Entonces se sometía á la observancia; pero se dejaba ver en su rostro la pesadumbre que recibía de aquella singularidad, y muchas veces se le oyó decir que sus males no eran tan extremos que hubiera que regalarle, y que, como Superior, estaba obligado á dar buen ejemplo á sus súbditos. Fué un día uno de éstos á pedirle cierta exención de un acto de comunidad en ocasión de estar el Padre enfermo y en cama, y tapándose el rostro con las manos al oir la demanda, dijo:—«¿Cómo puedo yo negar eso cuando conmigo se hace uso de tantas singularidades y distinciones?»

A mediados del año 11 la enfermedad aumentó en gravedad, y á principios del mes de Octubre

un copioso vómito de sangre hizo perder á los facultativos la esperanza de que pudiera salvarse; á pesar de su extrema debilidad, aún pudo escribir el día 11 á su sobrina la carta á que hemos hecho mención más arriba (1), y celebrar el día 15 la Misa en la festividad de Santa Teresa; continuó diciendo Misa en los días sucesivos, pues nunca se dispensó de esta obligación hasta que cayó en el lecho para no levantarse más.

Era el siervo de Dios por extremo devoto del beato Francisco de Jerónimo, por lo cual todos sus hermanos y sus súbditos rogaban incesantemente al Señor, por intercesión de éste, le concediese la salud; instábale el H. Grassi para que él hiciese lo mismo, y el P. Pignatelli le contestó: —«Ya nos hemos entendido con el beato; ya está concedida la gracia: todo ha concluído.—Pero ¿cómo, replicó el H. Grassi, cómo está todo concluído?—Y el siervo de Dios replicó las mismas palabras: —Todo está concluído: cuando yo haya muerto, no te olvides de rezarme algún *De profundis,»* por donde se colige que el beato le había anunciado su muerte, fijándole el día y hora de ésta, á juzgar por su conducta posterior.

Después de esta conversación, el P. Pignatelli pareció reanimarse un tanto y procedió como procede un hombre que se prepara para un largo viaje: empezó á hacer visitas á las personas á quien estaba más obligado, y á todas ellas decía que sería la última. Se presentó donde moraba el Vice-

(1) Es la carta en que la regañaba por haberle enviado 7.000 reales estando la Duquesa en situación tan precaria.

gerente de Roma, y postrado á sus pies le pidió humildemente su bendición y se despidió de él. Cundió la noticia de estas visitas de despedida por Roma, donde ya se le veneraba como santo, y fueron muchas las personas y comunidades que fueron á la casa del Buen Consejo á preguntar á dónde marchaba el P. Pignatelli. Concluídas las visitas, llamó al P. Monzón, que era Ministro, y ocupóle una mañana en hacerle tomar nota de cuanto convenía hacer, informándole al detalle de todo lo referente á la administración de la casa, entregándole todos los papeles y documentos que á ésta se referían; hizo escrutinio de sus manuscritos, condenando algunos al fuego, y terminado esto, pasó á visitar en sus celdas, y despidióse uno por uno, de todos los novicios y hermanos, verificando esto con la mayor naturalidad, entre el asombro y confusión de todos. El día 2 de Noviembre celebró la Misa en conmemoración de los fieles difuntos; al día siguiente se le hincharon las piernas, pero todavía pudo hacer su última visita á los seres que más había querido en el mundo; salió de la casa y, apoyándose en un bastón, recorrió algunas de las calles contiguas, repartiendo abundantes limosnas entre los desvalidos que de antiguo le conocían y amaban.

Al volver á casa no pudo tenerse en pie y tuvo que acostarse: el mal, que hasta entonces había estado oculto, apareció de repente con síntomas terribles, que cerraron la puerta á toda esperanza. En uno de estos días en que estaba entre la vida y la muerte, ocurrió un hecho que asombró á todos. He aquí cómo lo refiere en su declara-

ción en el expediente de beatificación del siervo de Dios el Cardenal Pedicini:

«Yacía por entonces enfermo en la cama, y en el mismo Hospicio de San Pantaleón, el P. Luis Panizzoni, anciano de una sencillez é inocencia admirables. Sucedió, dice, que adelantando para los dos el peligro de muerte, el P. Panizzoni, más con el corazón que con la lengua, hacía al Señor esta súplica: «Señor, yo soy un sarmiento inútil, y sólo para ser echado al fuego; por el contrario, el P. Pignatelli puede ser muy útil para el restablecimiento de la Compañía, y por lo mismo contribuir más á vuestra mayor gloria: por tanto, llevadme á mí y dejadle á él con vida para los dichos fines.» Poco después el siervo de Dios, aunque muy agravado, pidió que se le condujese al aposento del P. Panizzoni, y se le condujo allá del mejor modo posible en brazos de los hermanos de la Casa.

»A la vista impensada del P. Pignatelli, que yacía en aquel estado, quedó el P. Panizzoni tan atónito que, como aseguró él mismo, le parecía imposible sobrevivir á aquel imprevisto asalto. Entrado en el aposento, y aproximado lo más que se pudo al lecho del P. Panizzoni, quiso el siervo de Dios estar á solas con él, y empezó á hablarle en estos términos: «¿Qué significan esas súplicas que estáis haciendo al Señor? No es esa la manera de rogar. ¿Y quién sois vos, que, cuanto está de vuestra parte, queréis oponeros á la divina voluntad? ¿Cómo sabéis quién puede ser útil ó no al restablecimiento de la Compañía?»

»Hay que notar aquí que el citado P. Panizzo-

ni con nadie había hablado de su deseo y de la súplica hecha para alcanzar de Dios la conservación de la vida de su siervo; que sólo de su corazón había salido, sin que nadie pudiera haberle oído, y que los PP. Panizzoni y Pignatelli tenían sus aposentos el uno en el piso superior y el otro en el inferior de la Casa.»

Vuelto á su cuarto, el P. Pignatelli pidió con gran afán que rogasen por él; á partir de este momento dejó de ocuparse de las cosas de la tierra, invocando continuamente á la Santísima Trinidad y á la Virgen María. Una de las últimas noches ocurrió un suceso que demuestra evidentemente el furor del enemigo común de la humanidad, al ver dispuesta para volar al cielo aquella alma escogida, que en su larga peregrinación por la tierra no había olvidado un punto los divinos preceptos y el afán por disputarle á Dios su posesión. He aquí cómo refiere el hecho el H. Grassi en el proceso instruído para la apertura de la causa de su canonización:

«Toda la enfermedad la llevaba con gran resignación, á pesar de sus agudísimos dolores. Oyósele una noche levantar de repente la voz y quejarse con amargura. Acudieron al punto el P. Monzón y el H. Annoni; mas encontrando la puerta cerrada con cerrojo por dentro, me llamaron á toda prisa, y con un recio golpe abrí, y hallé obscura la cámara, aunque cosa de una hora antes había yo dejado encendida la luz; al reflejo de la lámpara que había en el corredor pude luego ver al siervo de Dios, el cual, desnudo del todo, yacía en el suelo entre la mesa y el reclinatorio,

todo aterido de frío, llorando y extendiendo los brazos en ademán de pedirme socorro. Entonces, sin demora, le cubrí, subíle á la cama y le compuse en ella, y le pregunté cómo había sucedido aquello, y él me respondió que no lo sabía; yo añadí: «La puerta, ¿la había tal vez cerrado vuestra reverencia?» Y él me dijo que no. «La camisa, ¿quién se la ha quitado?» Respondió: «No lo sé.—Entonces, dije, no puede haber sido sino el demonio.» A lo que respondió: «Esto creo yo también.»

»Otra vez se empezó á turbar y poner como triste, y preguntándole la causa, dijo que estaba todo el cuarto lleno de demonios; pero rezando algunas oraciones y rociando la habitación con agua bendita, huyeron los monstruos infernales, y el Padre recobró la calma y no volvió á padecer semejante molestia.»

El día 15 de Noviembre hizo testamento; pidió y recibió con gran fervor la Extremaunción, y después de nombrar Provincial para sucederle, en uso de las facultades que le había concedido el Padre General, al P. Panizzoni, espiró á las cuatro de la tarde, á la edad de setenta y cuatro años.

Así cayó en medio del combate, rodeado de la familia que había escogido casi en la cuna, este esforzado atleta de la Compañía de Jesús: por ella sufrió persecuciones y destierros; por ella renunció elevadas posiciones y cuanto hay en el mundo de más seductor y agradable; por ella caminó cerca de medio siglo cargado con una cruz pesadísima; por ella rompió los lazos que le eran más caros y los vínculos de su nación y de su gente; por

ella, en fin, maceró su carne y vió correr su sangre en asombrosas penitencias, para que Dios aplacara su ira, y permitiese el restablecimiento de su grande Instituto, seguro baluarte para la salvación del mundo.

Hombre prodigioso, tuvo dentro de un cuerpo, al parecer débil y enfermizo, el alma de aquellos colosos que ayudaron á San Ignacio á fundar la Compañía en el siglo XVI; lleno del espíritu del solitario de la gruta de Manresa, lo transmitió á una generación nacida cuando la Compañía estaba disuelta, llevando á cabo trabajos no indignos de Salmerón ni de Láinez, de Borja ni de Rodríguez. Elegido por Dios para ser el Moisés que guiase á su grey al través del desierto, como el legislador de Israel, no pudo llegar á la tierra prometida, que sólo vió de lejos, dejando que su Josué acampase bajo las tiendas de Judá y recibiendo él anticipada recompensa. Lloráronle los suyos como se llora á un Padre amantísimo; pero, según declaran ellos mismos, sucedióles lo que á los Padres en tiempo de la muerte de San Ignacio, en que del sentimiento y suma aflicción en que se hallaban, pasaron al sosiego, paz, calma y tranquilidad, confiando en que había de serles en el cielo de tanto auxilio y sostén como lo había sido en la tierra.

IV

Hacía mucho tiempo que la Duquesa de Villahermosa se preocupaba de la salud de su tío, al que desconfiaba ya de ver en la tierra después de tantas contradicciones é impedimentos como Dios había suscitado cuando, con muy buen deseo y santos propósitos, quería desviarle de la misión que le había impuesto de ser su instrumento para la rehabilitación de la Compañía de Jesús. Al ordenarse en 1810 que saliesen del Estado pontificio todos los eclesiásticos que no hubiesen nacido en él, contestando á su hijo, que desde Nancy la anunciaba la probabilidad de que fuese allí el Padre Pignatelli, le decía: «No será así, que si viniera mi tío, es regular que venga á Aragón ó aquí, si le dejan, según el decreto de Italia y lo que se ha dicho de que se les pagará el viaje y se les dará la pensión; y siendo así, es regular no les permitan ir á otra parte. Pero lo que yo dudo es que venga mi tío, y lo he de ver para creerlo; antes más bien me temo no le volveré á ver jamás si no se mudan todas las cosas: bajo este punto de vista puedes discurrir cómo estará mi corazón sobre este asunto (1).»

A principios de Diciembre de 1811 escribía

(1) Carta de la Duquesa á su hijo: 2 de Julio de 1810.—Archivo de Villahermosa.

también á su hijo: «Por fin tuve carta de mi tío el otro día. Dice de *un muerto resucitado,* y es así porque la letra y toda ella manifiesta su suma debilidad y que ha estado, según dice, algunos meses de enfermedad de capa y espada; pero no dice de qué: sólo que hacía doce días le había dejado la calentura, y parece que algún día festivo dice Misa; pero tiene que restituirse luego á su cuarto y aun á veces tenderse en la cama. Todo lo cual me deja con bastante inquietud y temor, no sea su mejoría la de la muerte, como suele suceder, porque al cabo lleva tres recaídas, según infiero: sólo dice *que, por algunos rasgos de la Divina Providencia, espera que aún nos veamos;* también me indica te escribiera (1).»

Algunos días después de espirar el P. Pignatelli, el P. Monzón puso la triste nueva en conocimiento de la Duquesa (2), y el P. Doz lo escribió á Nancy al Duque, con quien estaba en correspondencia (3); pero ocurrió que hubo de retrasarse en llegar á

(1) Son muy significativas las líneas que hemos subrayado de esta carta, escrita cuando el siervo de Dios sabía que se iba á morir y cuando, aun sin saberlo, nada había que hiciera presumir que él viniese á España, encendida en guerra, ni que su sobrina fuese á Roma, ocupada por un Gobierno usurpador: para mí, convencido como estoy, por los muchos hechos de su vida, de que estaba dotado por Dios del don de profecía, en estas líneas anunció á su sobrina su salvación, dándola á entender que se verían en el cielo. La carta de la Duquesa á su hijo es verosímilmente de 9 de Diciembre de 1811; la del P. Pignatelli de 19 de Octubre.

(2) Véase el Apéndice.

(3) Véase el Apéndice.

Madrid la carta del primero, permitiendo al Duque tomar medidas para que su madre no recibiese de repente la noticia, temeroso de la impresión que pudiera producirla, dado el inmenso cariño que profesaba á su tío: para esto, la escribió remitiéndola una carta de Roma, en la cual le daban noticias de la grave enfermedad del P. Pignatelli, y aludiendo á otra posterior, que no enviaba, en que le decían que había sobrevenido la calentura y no había ya esperanza de salvación; al mismo tiempo escribió todo lo ocurrido al señor Obispo auxiliar, para que la diese la noticia gradualmente y con las prudentes precauciones.

Era muy avisada la Duquesa para que no recelase la verdad: así es que pocos días después escribió á su hijo una carta en que le decía: «Amado hijo de mi alma: El gusto que tuve de recibir cuatro cartas tuyas, no sé si fué el viernes, se me aguó presto, pues dije: «¿si vendrá carta de mi tío?» y me hallé con las tristísimas noticias que me das, que casi me han hecho consentir se lo ha llevado Dios, pues sin un milagro no me parece posible escape esta vez. Ya yo me temí que la mejoría no fuese de muerte. El no enviarme tú la segunda carta, en que te dicen le sobrevino la calentura y lo demás, me ha hecho recelar, porque te dirían en ella su fallecimiento. En fin, estoy temiéndome el golpe, aunque le tengo hecho á Dios el sacrificio. Si se verifica, veo que Dios me va separando de todo para que me disponga también á morir.

»Ya no me queda otra cosa que tú en este mundo, y éste es menester dejarle, pues éste es el or-

den regular, que los hijos entierren á sus padres. Me alegro que estés tan asido á la voluntad de Dios, pues es el atajo de la santidad, y Dios te bendecirá y hará lo que más nos convenga, pues al cabo ésta es peregrinación, y no más: lo que importa es que lleguemos á nuestra Patria para vivir eternamente con Dios. Harto mal camino llevo para esto; pero tus oraciones y las de mi pobre tío y sus compañeros, me ayudarán para alcanzar misericordia y la protección é intercesión de María Santísima, que, como dices muy bien, es el verdadero consuelo de los afligidos (1).»

No llegó el Obispo auxiliar á desempeñar la comisión; he aquí, referido por la Duquesa, cómo supo la muerte de su tío y qué impresión la produjo tan dolorosa noticia: «Por la de Su Ilustrísima verás, decía á su hijo en 7 de Enero de 1812, todo lo ocurrido, que no deja nada que decir. Con efecto, después que te escribí el viernes pasado lo que me estaba temiendo, vino D. Tomás, que había ido á ver á Su Ilustrísima, y con su recado, al punto me temí lo que era; pero extrañaba por dónde había venido la carta de D. Sebastián no habiendo mala; me persuadí que, como solía recibir bajo otra cubierta del Secretario de Ordenes (aunque ahora no creo), sería algo de eso. Empecé á preguntar á D. Tomás, y por su semblante y respuestas conocí ser cierto y que no me lo quería decir; hasta que le dije qué sacaba con tenerme con esa perplejidad é inquietud; que más valía saberlo desde

(1) Carta de la Duquesa á su hijo de 31 de Diciembre de 1811.—Archivo de Villahermosa.

luego y hacer el sacrificio; con esto, viéndose apretado, dijo: «el día de Santa Gertrudis,» como yo le había dicho días atrás que me temía que hubiese muerto ese día. Me afligí, y quise que me dejase sola: me volví á Dios, á conformarme con su santísima voluntad; empecé á desahogar mi dolor; pero advertí que me encendía mucho el llorar, y temí me hiciese daño y me contuve; y haciendo á Dios el sacrificio, me quedé serena: de modo que estoy regularmente y todo lo demás que dice Su Ilustrísima (1).»

Esta carta de la Duquesa se cruzó en el camino con otra de su hijo, en la cual la revelaba toda la verdad, presumiendo que el Obispo auxiliar habría desempeñado ya su comisión: «Amada mamá mía de mi alma: En la carta que por correo recibiría V. E. callé la mitad de la de Bardají, por temer la sorpresa que pudiera ocasionarla tan triste noticia, por lo que escribí á Su Ilustrísima para que viese el modo de decírselo. El intentar consolarla, mamá mía, en tan gran sentimiento con máximas religiosas, sería hacer yo un agravio á la mucha fe que V. E. tiene: así, sólo me contento con suplicarla que recuerde las que me suele escribir para amenguar mi infortunio. En lugar de tener un tío en la tierra, es de creer tenemos un gran intercesor en el cielo. Yo, para consuelo de V. E., he hecho cantar unas honras por su alma y le he hecho decir algunas Misas: hubiera querido que hubiera cantado la Misa un jesuita que está aquí

(1) Carta de la Duquesa á su hijo: 7 de Enero de 1812.—Archivo de Villahermosa.

de Canónigo; pero no ha podido ser por estar enfermo (1).»

Siguió el Duque en activa correspondencia con el P. Doz y sus compañeros, á quienes con vivo afán pidió algún recuerdo de su tío, cosa que ellos se apresuraron á remitir, á juzgar por lo que refiere el Duque á su madre en una carta de 18 de Enero de 1812: «Como yo tenía, dice, tanto concepto del pobre, ó por mejor decir, dichoso tío (que de Dios goce), escribí á Bardají escribiese á sus compañeros que me enviasen alguna cosa de las que usaba el tío, como, en efecto, lo han hecho, enviándome un libro del P. Alesio en latín, y era del que se servía para sus ordinarias meditaciones, con una estampa, de que usaba en el libro de devoción, y un pedacito del pañuelo con que se limpiaba la sangre que se sacaba con las disciplinas de hierro armadas de espuelas de caballo, y que está empapado en sangre; todo lo cual guardo con el respeto que se merece. He escrito al Padre Doz que si han sacado algún retrato, me envíe una copia y haga sacar una estampa por algún buen grabador de allí á mi costa (2).»

En tanto, la fama de santidad del P. Pignatelli iba extendiéndose por Italia, sobre todo en Roma, testigo de su vida y de su muerte, y empezaban á hacerse milagros por su intercesión y verificarse cosas extraordinarias: la primera de que se tiene

(1) Carta del Duque á su madre.—Archivo de Villahermosa.

(2) Archivo de Villahermosa.—Estas reliquias están en poder de la actual Duquesa.

Exmo Señor

Embio porlaposta una obra espiritual en quatro tomitos con el titulo Pr quotidiano dell'Anima, cioè. Diario d' Eserizij divoti per ciascun giorno onore del Sacramento dell' Altare: y un otro tomo, con este titulo: Quaran eserizij spirituali - - - a N. S. Gesu Cristo Sacramentato. esposto. . nelle Santa Orazione delle Quarantore. He creido, que pueden ser del agrado de Si se hallarà alguna otra obra, que se judgue oportuna para el fin, q. presende, se tomarà, y se la dirigiremos como estas. Va franco el paqueto. Dios N. S. que es arbitro absoluto della vida del hombre, llamò para si la noche del martes al miercoles pasado nuestro amado Compañero. y Padre Joseph Doz, con muerte accelerada, pero no improvisa para èl, que de m. as cierto, que su vida podia acabarsi a cada momento. segun judgaban medicos, por los efectos, que se iban manifestando al de fuera del mal, que iba formando al de dentro, se ha ido preparando con tanta resignacion, y paz, q. nos ha dexado muy edificados. Iba diciendo en los ultimos dias: el P. Pignateli me llama: y el ultimo dia, al medico, y a un otro, q. le dixeron, hasta mañana, que nos veremos, con gran serenidad. y con total seguridad, respondio: no mañana no me hallaran, que el P. Pignateli me llama; y fue asi. que murio dos horas despues de la media noche. Mucho lo queria el P. Pignateli, mucho estimava a este el P. Doz: havian vivido desde muy Iovenes siempre juntos: ahora viviran unidos en Dios con gloria inmortal por toda la eternidad. V. Ex se dignarà de ofre- cer algun sufragio por su Alma.

Si se diese oportunidad de poder dar esta noticia al Sobrino del Difunto, V. Ex hagame el favor de darsela. Yo quedo encargado de las cosas de V. Ex, de que

1 P. Dor cuidaba: Se esta abriendo la lamina grande: La reliquias estan en ma-
, de Personas muy fiadas.

A S. Ex. la Señora Madre, si V. Ex. le escribe, umille nuestros filiales res-
tos: y sepan que estamos quietos, y que Diòs no falta.
Acuerdese de nosotros en sus oraciones, y descandole todas las bendiciones del
Cielo. con el mayor respeto me protesto de

V. Ex — Humilde. y rendido Siervo

Roma 30 de Julio 1813 — Agustin Monzón =

noticia es la aparición en Bolonia al H. Domingo Cademarchi, Coadjutor, que había sido novicio suyo y muy amado por sus virtudes, el cual, durante una semana, vió al siervo de Dios, todo sonriente, que se acercó á él con ánimo de darle un abrazo, y que de repente se elevó y desapareció en el cielo.

No pudo seguir el Duque de Villahermosa mucho tiempo su correspondencia con el P. Doz: por una carta del P. Monzón, que reproducimos, supo con gran pesar su santa muerte, ocurrida en Roma en los últimos días de Julio del año 13.

La Duquesa apresuróse también á contestar á los Padres, y entre otras varias cosas les decía: «Por lo demás, gracias á la divina misericordia, á las oraciones de vuestras reverencias y á la intercesión de mi querido tío, he tenido en esta ocasión tal paz y serenidad en mi pena, que parece enteramente increíble; pues si tanto lloré años pasados cuando supe que no venía á España, en la actualidad debían acabar conmigo las lágrimas. Conozco que he sido participante del beneficio y del consuelo que vuestras reverencias han tenido en su dolor y la gran pérdida que les ha alcanzado.»

Lo estrecho de la conciencia del P. Monzón, que no quiso usar algunas medicinas remitidas á Italia por la Duquesa, revela que, aun en sus mayores estrecheces y apuros, no olvidó nunca ésta á su tío ni á sus compañeros de infortunio, pues á más de los donativos en dinero que con tanto escrúpulo recibía, por saber lo apurada que estaba su sobrina con los recursos de sus rentas, los hacía ésta tam-

bién muy valiosos en especie, á juzgar por la carta que reproducimos del P. Monzón.

A partir de la muerte del P. Pignatelli, agravóse la enfermedad de la Duquesa; y aunque lo ocultaba á su hijo por no alarmarle, pasaba largas temporadas en cama, y su naturaleza, antes robusta, fué de tal manera debilitándose, que médicos y confesores la prohibieron en absoluto los ayunos, teniendo los segundos que ejercer con ella su autoridad y prestigio para combatir los escrúpulos extremados, de que dan razón sus cartas, hasta en las cosas más nimias, lo cual la hacía sufrir considerablemente. El año 12 fueron las cartas á su hijo menos numerosas que en los años anteriores, y menos aún las del año 13, viéndose en todas ellas el afán porque Dios no la dejara morir sin experimentar las dos únicas satisfacciones que podía tener ya en el mundo: la de abrazar á su hijo y ver el restablecimiento de su querida Compañía de Jesús.

El Señor escuchó sus oraciones, y la permitió ver abatido al tirano perseguidor de la Iglesia y de la patria que retenía á su hijo en cautiverio, y brillar sobre la cátedra de San Pedro el sol de justicia que, valiéndose de un Pontífice, restableció para servir á la Iglesia la Compañía de Jesús, pasados los tiempos tristísimos en que también, para servir á esa misma Iglesia, otro Pontífice se había visto obligado á suprimirla.



Ex.ma Señora.

Despues de haver pasado a mejor vida, tuvimos aquí en Roma el aviso de los mercaderes de Leon de Francia del caxoncito, que V. Ex. embiava a su gran tio. a su Santo tio. a nuestro muy amado Padre el P. Joseph Pignateli: Lloremos juntamente su perdida, pero nos consuele al mismo tiempo la segura esperanza de su patrocinio en el cielo.

El Cajon llegó a Roma el dia 19 del corriente mès de Enero, y por lo que parece, con todo lo que en èl se puso de Quina. y de Sal medicinal, y lo tenemos en nuestro poder. Dirè. que quedarà intacto a los ordenes de V. Ex. hasta nuevo aviso que nos llegue significativo de su voluntad sobre el empleo de tales generos? o hablando mas conformemente al noble animo de V. Ex. le harè saber, como ellos se emplearan en alivio de estos sus rendidos Hijos. y devotos siervos en las necesidades, a que viven sugetos por su edad. y por los achaques que padecen! Esta creo es la intencion de V. Ex.; y nosotros quedamos mas obligados a titulo de

mas agradecidos, de continuar nuestras oraciones, y sacrificios por V. Ex. y por toda su familia.

En este hospicio de Roma quedamos catorce Sacerdotes, de los quales yo soy el mas Joven, y estoi ya para cumplir 62 años de edad, los demas pasan de 70. y de 80. con cinco Sirvientes jovenes, y un viejo lego de 84 años: otros viven esparcidos en varias Ciudades de Italia.

Nuestra esperanza la tenemos apoyada a la proteccion de nuestro Padre, que está en el Cielo, a donde lo vio subir en Ciudad lexana una persona muy amante de Dios en la hora misma, que espiró en Roma: se van recogiendo noticias para perpetuar su memoria en la vida, che se ha comenzado a escribir; y se notan algunas gracias, que por su intercesion ha obrado Dios, con el designio, si asi agradare a su D. M. de introducir a su tiempo la causa.

Se dio orden para sacar algunos retratos en pintura, de los quales una esta destinado para V. Ex. Quiera el Señor proporcionar medio a per-

tuno, quando estará hecho, de poderlo imbiar
con solicitud, y seguridad.

Aqui todos quedamos á la obediencia, y ordenes de V. Ex. de quien con todo el respeto, y veneracion nos protestamos Siervos, e hijos rendidos; y yo en nombre de todos, aunque el menor, me firmo declarandome en modo especial

Roma 20 de Enero 1812

Muy humilde, y devoto Siervo de V. Ex.
Agustin Monzón

A. S. Exca

la Señora Duquesa de Villarmosa.



CAPÍTULO XVIII

I

No es el objeto de esta obra narrar los hechos que siguieron á la rendición de Zaragoza después del segundo sitio, ni dar cuenta detallada de todos los incidentes de la gloriosísima guerra de la Independencia; por consiguiente, sólo trazaremos á grandes rasgos la marcha de esta lucha gigantesca empezada el 2 de Mayo de 1808 en las calles de Madrid entre un ejército de 25.000 aguerridos soldados y algunos centenares de paisanos, y terminada en 1814 en los campos franceses que baña el Garona, después de haber expulsado de la patria á los enemigos, invadido su territorio y enarbolado la bandera española sobre la capital de la Gironda y de la Provenza, sobre Burdeos y Tolosa, ayudados y guiados por el guerrero Wellington, tan funesto al usurpador.

Retirado éste de España en 1809, después de la

toma de Madrid, para acudir á Alemania, donde la actitud del Austria requería su presencia, creyó que la conquista de nuestra tierra sería cuestión de poco tiempo, pues no concebía que aquellos grupos de paisanos pudieran vencer á los más escogidos Generales de su Imperio; así es que, arrepentido de haber cedido á su hermano país tan hermoso, resolvió anexionarle á su corona, señalando el Ebro como límite natural de Francia, é incorporando las provincias españolas que caen al lado allá de este río, á los departamentos franceses con ellas lindantes por el elevado Pirineo.

No se concibe, sino por la acción de la Providencia que lentamente prepara sus caminos y que entonces había abierto ya el que debía conducir á la ruína al coloso opresor de su Vicario en la tierra, ceguedad semejante: ¡incorporar á Francia provincias españolas, cuando sus ejércitos sólo eran dueños del terreno que pisaban, y podían considerarse siempre sitiados dentro de sus campamentos! Esto, que vió su hermano José desde que puso el pie en España; esto, que vieron sus Generales más ilustres, muchas veces batidos unos tras otros, primero por los españoles, y después por éstos y sus aliados los ingleses; esto, que vieron y publicaron los escritores más insignes de Europa, no lo vió él, cuya mirada de águila había abarcado de manera tan exacta el estado de Francia y de Europa, debiendo á ello el haber ceñido la corona imperial y el haberse elevado al señorío de medio continente, desde el modesto mando de unas baterías en el sitio de Tolón.

Así es que ciego en su error, que había de perderle, envió Generales tras Generales, que se retiraban á medida que iban fracasando, y á Junot sucedió Ney, y á Ney Soult, y á Soult Souchet, y á Souchet Morcey, sin que solos ni reunidos lograsen quebrantar la intrepidez de aquellos admirables ejércitos españoles, más entusiastas y animosos en la derrota que en la victoria. Pasaban los meses y los años, y quintas enteras se trasladaban de Francia á España, insaciable en su voracidad de tragar soldados franceses; y á poco de llegar volvían á aparecer los mismos vacíos en los cuadros, con gran asombro de las oficinas del Estado Mayor de París, que no comprendían aquel desaparecer de millares de hombres, que no se había verificado en Alemania, en Austria ni en Italia, y que amenazaba dejar huérfana á Francia de hombres hábiles para el servicio de las armas.

Verdad es que los que de esto se asombraban no conocían esa admirable guerra de guerrillas, en que cada hombre es á su vez general, soldado y ejército, cuya estrategia no se enseña en ninguna escuela militar, y que fué el elemento principal de nuestra resistencia en la guerra contra los franceses, cuyos ejércitos diezmaban continuamente arriesgados guerrilleros, para los cuales no había roca inaccesible, ni abismo profundo, ni montaña escarpada, ni desfiladero peligroso, pues todo lo salvaban, apareciendo á espaldas del enemigo cuando éste creía tenerlos enfrente, y desvaneciéndose como sombras cuando se les consideraba cercados por todas partes.

La guerrilla, secundando la acción de nuestros

ejércitos regulares y no dejando descansar al enemigo, fué el elemento principal que nos concedió la victoria.

II

En 1809 aparecen ya organizadas numerosas guerrillas contra el invasor: en Cuenca, el Marqués de las Atalayuelas; el Empecinado en Guadalajara, después de haberse corrido de las tierras de Aranda y Segovia; el escribano Miró, Jiménez y Francisquete, en la Mancha; el presbítero Quero y Ayesterán, en Toledo y Extremadura; los dos Minas, en Navarra; Manso y Milans en Cataluña; el capuchino Delicia, el cura Merino, Saornil, el hijo del Marqués de Barrio-Lucio, el cura Tapia y otros, en Castilla, hacían imposible la vida á los ejércitos franceses, llevando su audacia, no sólo á causarles infinitas bajas, sino hasta á apresar á sus Generales á las puertas de sus mismos campamentos.

Este mismo año la guerra nos fué favorable en algunos puntos, y en otros adversa: tenemos ya un ejército inglés que nos ayuda; ganamos en Talavera y nos derrotan en Ocaña, sin que esta catástrofe, una de las mayores de la guerra, abata un punto á nuestros deshechos escuadrones, que se rehacen inmediatamente y vuelven de nuevo á batirse con sus enemigos: Gerona se defiende heróicamente, y, como Zaragoza, cae vencida por la peste cuando su Gobernador Alvarez y los que le obe-

decen no tienen fuerza para manejar la espada con que una y otra vez han rechazado al enemigo de la patria; pero, en cambio, Soult y Ney en el mismo año se ven obligados á retroceder á Castilla y abandonar á Galicia, que queda por el pronto limpia de franceses.

El año 1810 defiéndese con tesón Astorga; rechaza Valencia á Suchet, y Lérida tiene que capitular agobiada por el número de enemigos; en Andalucía somos derrotados y los franceses llegan hasta Cádiz, en cuyo recinto se alberga ya la Regencia, pues una revolución ha obligado á los ilustres varones de la Junta central á deponer su autoridad y á abandonar Andalucía entre los vejámenes inauditos de las turbas revolucionarias de Sevilla, alentadas ya por caudillos ambiciosos. En compensación de tantos desastres, sólo puede ofrecer la guerra de la Península en el año siguiente el fracaso de Massena, que escogido por Napoleón y enviado con numerosos refuerzos para arrojar de España á los ingleses y sojuzgar á los españoles, tiene que retroceder ante las inaccesibles posiciones de Torres-Vedras, donde le espera impasible el inglés, al que no se atreve á atacar, pronunciándose en hábil retirada.

El año 11 fué de verdadera prueba; pero el 12 ya empieza á declararse la suerte á nuestro favor: reconquistamos Badajoz y Ciudad-Rodrigo; deshacemos en la gloriosa batalla de Arapiles á los franceses; entramos en Salamanca; avanzan nuestros ejércitos sobre Madrid, que tiene que evacuar al Rey intruso, y donde es recibido Wellington y sus huestes con un entusiasmo delirante;

todo hace creer que se acerca el fin, que está socavada la base y la estatua del coloso se bambolea sobre su pedestal.

En efecto, había sonado ya la hora de la ruína del soberbio que intentaba resucitar aquellos imperios paganos todo iniquidad, y que tenía en duro cautiverio al Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra, y dispersos y encarcelados á los varones fuertes que formaban su Senado. Antes de explicar cómo se consumó este año su ruína, daremos alguna noticia de la situación de Pío VII, á partir del momento en que le dejamos en uno de los anteriores capítulos, encerrado en un carruaje con el Cardenal Pacca, rodeado de tropas, camino de Francia.

III

Con algunas cortas paradas en Siena y Florencia, llegó Pío VII á Grenoble: allí fué separado del Cardenal Pacca y de todas las personas de autoridad que pudieran consolarle en su triste situación; no se permitió al clero de la ciudad ofrecerle sus respetos, ni á los fieles visitarle ni obsequiarle, como era su deseo; en cambio, desde el sitio donde estaba alojado oyó la voz de un jefe de logia masónica, que dirigía la palabra á sus adeptos desde un sitio inmediato destinado á las reuniones periódicas de esta secta. El día 4 de Agosto de 1809 un Oficial de gendarmes notificó al Cardenal Secretario la orden de conducirle á la Fenestrelle, especie de Siberia colocada entre las

nieves de los Alpes y una de las fortalezas donde Napoleón recluía, sin previo proceso ni formación de causa, á los que estorbaban sus planes: allí permaneció el Cardenal Pacca largos años, hasta que Napoleón le puso en libertad poco antes de su caída (1), así como á la mayoría de los individuos del Sacro Colegio, prisioneros en otros lugares semejantes por no prestarse á secundar sus designios (2).

(1) En las *Memorias* del Cardenal Pacca se da cuenta de los españoles que estaban allí detenidos de orden de Napoleón, y á quienes encontró ya en aquella prisión de Estado: eran éstos el Conde de Trastamara, primogénito de la casa de Altamira; el Marqués de Santa Cruz; D. José de Silva; el Embajador de España cerca de la Santa Sede, D. Antonio de Vargas, con el Secretario de la misma, Elizaga, y los agregados Baramendi y Pardo, todos ellos por el delito de no haber querido prestar juramento al Rey intruso. También encontró el Cardenal Pacca prisionero á un noble romano por el delito de no haber querido que sus hijos fuesen á recibir su educación á un Liceo fundado por los franceses para corromper á la juventud.—*Memorias* del Cardenal Pacca, tomo I.

(2) La prisión y destierro de estos Cardenales fué decretada por Napoleón á causa de no haber querido autorizar con su presencia el matrimonio de éste con su segunda mujer, hija del Emperador de Austria, por considerar que era dudoso si podía, sin anuencia de la Santa Sede, pronunciarse el divorcio, ó por decir mejor, la anulacion del anterior matrimonio con Josefina: á estos Cardenales, que fueron trece, se les hizo quitar la púrpura y vestir de negro, desterrando á unos, aprisionando á otros y privando á todos de la pensión de 30.000 francos, señalada por Napoleón en compensacion de los bienes que había arrebatado al Sacro Colegio. De aquí vino el calificativo de «Cardenales negros y rojos,» para distinguir á los enérgicos de los complacientes: estos últimos fueron muy pocos, y la mayoría franceses.

De Grenoble fué trasladado el Papa á Savona; antes de partir para esta ciudad presenció un día un espectáculo extraordinario, que le conmovió profundamente: más de 1.000 soldados sin armas salieron á su encuentro en la carretera y, humildemente postrados, llenos de fe, y la mayoría con lágrimas en los ojos, le pidieron su bendición; eran un grupo de los héroes de Zaragoza, allí prisioneros por haber defendido los altares de su Dios y el trono de su Rey: de todo corazón los bendijo Pío VII, prisionero también como ellos y por la misma causa. En Savona se aisló también por completo al Pontífice, que no pudo escribir ni recibir cartas, hablar con ningún sacerdote ni ser visitado por las autoridades eclesiásticas de la población; al mismo tiempo que esto hacía el usurpador con su víctima, decretaba la unión de los Estados pontificios á Francia y la traslación á París de la capital del orbe católico.

A partir de este momento empezó una lucha empeñada entre el Emperador y el Pontífice: la verdadera Iglesia de Francia gemía bajo la garra del tirano; pero unos cuantos clérigos venales y algunos Obispos complacientes se plegaron á sus deseos, y á pesar de la heróica resistencia del octogenario Abate Emery, que no vaciló en declarar y demostrar ante el mismo Emperador que la Bula de excomunión del Papa era válida y legítima, se constituyeron en Concilio y usurparon la autoridad del Sucesor de los Apóstoles, apropiándose sus atribuciones.

De repente, en 1812 Pío VII fué arrancado de Savona y trasladado á Fontainebleau, donde, en

completo aislamiento, siguió desconociendo lo que ocurría en Europa. Era esto en el mes de Julio, es decir, empeñada ya la campaña de Rusia, que debía aniquilar al soberbio y manifestar á la faz de las naciones lo grande y terrible que es la justicia de Dios.

IV

La ambición insaciable del César francés; la extensión de sus conquistas; la falacia de sus promesas, demostrada en los asuntos de España, y, sobre todo, en la esclavitud de Pío VII y el afán de hacerse Pontífice de la Iglesia católica, convirtiendo á éste en su limosnero, y arrancando de Roma la Sede del catolicismo, preocuparon hondamente á los Monarcas de Europa, que aunque amigos en la apariencia de Napoleón, tascaban el freno y se sentían humillados ante aquel advenedizo que en Tilsitt y Erfurt les había hecho hacer antesala y les recordaba después que había sido subteniente. Al lado del disgusto de los Reyes empezaban á agitarse los pueblos, que hasta entonces habían permanecido indiferentes, aceptando sin resistencia al conquistador, no pidiéndole más título de legitimidad que la victoria.

El ejemplo de España fué fecundo, y puede asegurarse que mientras duró, estuvo constantemente fija en nuestra patria la mirada de Europa: pasada la primera sorpresa, llegó el asombro; nadie podía convencerse de que soldados bisoños pu-

dieran detener la marcha del genio de la guerra, y que esta situación tan peligrosa se prolongase años y años gastando á los Mariscales principales del Imperio.

A fines de 1811, el Emperador de Rusia fué desviándose de Bonaparte, á pesar de la profunda admiración que sentía por él, y arrimándose á la alianza inglesa, cuyas mercancías favoreció en contra de las francesas: esto irritó á Napoleón, receloso siempre de los Monarcas del Norte, herido porque Bernardotte, al que consideraba como una hechura suya, se inclinaba al lado de sus enemigos, y batido en su proyecto de cerrar todos los puertos á Inglaterra, que quedó sin eficacia desde el punto en que una Potencia tan importante la abría los suyos y admitía sus mercancías.

En los primeros meses de 1812 quedó resuelta la guerra, pronunciando Napoleón estas palabras: «Voy á domar á Alejandro; dos victorias me pondrán en Moscou y Petersburgo; allí dictaré condiciones; celo, mucho celo, y os traeré la paz dentro de tres meses.» Después hizo preparativos colosales, reuniendo un ejército de 600.000 hombres, mitad franceses y mitad de todas las naciones de Europa, que creía hacer servir á sus planes ambiciosos, y que Dios en sus designios inescrutables destinaba á ser testigos de su tremenda justicia.

Alejandro recordó el ejemplo que le daba España, y en vez de dirigirse al ejército y á la nobleza, se dirigió al pueblo todo, declarando que la guerra era nacional y religiosa, y predicando en todas partes la cruzada contra el nuevo Nabucodonosor, cuya ambición sin límite amenazaba ane-

gar en sangre toda la tierra. Levantáronse como sacudidas por un brazo invisible todas las ciudades de Rusia; el archimandrita Platón, de ciento un años, maldijo al Goliat que invadía las tiendas de Israel; lleváronse en procesiones públicas las reliquias de los santos más venerados y populares; los nobles boyardos limpiaron sus aceros, y en torno de la efigie de San Sergio y al son de las campanas de Moscou reuniéronse tártaros, baskirios y cosacos, jurando sobre la cruz de sus espadas morir en defensa de la patria. Formóse el plan de campaña, que no podía ser más sencillo; no arriesgar ningún combate importante, y dejar que el enemigo se internase hasta el corazón del Imperio, para darle allí el golpe decisivo.

El 25 de Junio Napoleón pasó el Niemen y avanzó hacia Wilna, creyendo que el General ruso le presentaría la batalla: éste incendió unos puentes y voló otros, internándose en el país sin ofrecer resistencia; siguieron avanzando los invasores, y siguieron internándose los rusos: así fueron tomando algunas ciudades, caminando lentamente, con sus 600 piezas de artillería y sus 4.000 carros, por caminos que no terminaban nunca, sin encontrar provisiones, pues al retirarse los enemigos lo arrasaban todo, y sin otra esperanza que llegar á la capital para descansar de tanta fatiga.

A principios de Septiembre, es decir, después de dos meses de marchas penosísimas y ya muy internados en el Imperio moscovita, éstos presentaron la primera batalla formal á los franceses, que fué la de Moskova: lucharon en ella, entre los dos ejércitos, más de un millón de soldados, y

aunque la victoria se decidió por los franceses, perdieron en ella más de 30.000 hombres y quedaron muy quebrantados; al día siguiente el ejército ruso, en medio de un orden admirable, atravesó Moscou avanzando hacia el Norte; la capital quedó descubierta; los franceses iban á lograr lo que con tanto afán ansiaban: descansar de las grandes fatigas sufridas, reponerse y pasar con comodidad el invierno, que se presentaba frío y amenazador cual nunca.

El peligro era inminente: entonces el Senador Conde de Rostopchin, Jefe de la ciudad, propuso en una arenga famosa, dirigida á sus conciudadanos, el proyecto de reducir á cenizas á Moscou, pero dejando entrar antes al enemigo; en esta arenga, poniendo por modelo á los españoles, pronunció las siguientes palabras: «Los moradores de Zaragoza, teniendo siempre ante sus ojos el valor inmortal de sus abuelos, quienes por no sujetarse al yugo de los romanos encendieron una hoguera y sepultaron en ella sus bienes, sus familias y ellos mismos, han preferido morir entre las ruínas de su ciudad, antes que doblarse á la injusticia. Hoy la misma tiranía nos amenaza con sus horrores. Haced, pues, ver al universo que el ejemplo memorable de la España no ha sido perdido para la Rusia (1).» La propuesta del Conde de Rostopchin fué aceptada, quedando él mismo encargado de llevarla á cabo.

Pocos días después Napoleón, radiante de júbi-

(1) Alocución del Conde de Rostopchin al Senado de Moscou proponiendo el incendio de la ciudad.

lo y rodeado de su brillante guardia, avanzó hacia la ciudad, que le abrió sus puertas; nadie salió á recibirle, nadie á ofrecerle las llaves; un silencio sepulcral reinaba por todas partes; distribuyó el ejército, y se instaló en el Kerlim, que había ocupado ya Murat. Al caer la tarde estalló un incendio en el arrabal de la Bolsa, asiento de los bazares más ricos: se intentó apagarlo; pero no se encontró una sola bomba en toda la ciudad; los invasores no dieron importancia á este hecho, y se retiraron á descansar por vez primera, después de cuatro meses de penalidades, en cómodos alojamientos. No duró mucho su reposo; á media noche se despertó al Emperador; Moscou entero estaba ardiendo por sus cuatro lados, viéndose saltar entre las llamas á algunos presidiarios que, con antorchas encendidas, propagaban el incendio; se intentó apagarlo: todo fué en vano; en el espacio de seis días vieron los franceses desaparecer barrios enteros, casas, depósitos de provisiones, almacenes de vestidos y pieles, todo lo que necesitaban para pasar el invierno.

Al principio no calculó Napoleón lo que esto significaba, y tuvo la vanidad de dictar desde la fortaleza de los Czares el reglamento de los teatros de París. Más conocedor de la realidad su adversario el General ruso Kutusof, se descubrió con respeto ante las primeras nieves, viendo en ellas la salvación de Rusia; y abarcando en conjunto la difícil situación de Napoleón, que él mismo desconocía, exclamó: «Ya lo tenemos preso.» Después escribió á su Soberano estas palabras: «Señor, dad gracias á la Providencia: la patria está

salvada;» y continuó reconcentrando fuerzas y formando con ellas una inmensa media luna alrededor de aquel montón de escombros.

Bien pronto se dió cuenta Bonaparte de lo difícil de su posición; sus planes todos habían caído por tierra; encontrábase separado de su base de operaciones por centenares de leguas; su ejército reducido á la mitad y desmoralizado; escuálidos y sin fuerzas por falta de alimentación los caballos y acémilas de la artillería, y avanzando un invierno más riguroso que de ordinario: en este estado se avino á solicitar de Alejandro la paz, que éste rehusó, sabiendo que su enemigo había perdido la campaña y estaba á merced del ejército ruso. En vista de esto, ordenó el francés la retirada, que empezó á verificarse en medio de un abatimiento general.

Entonces dió principio aquella hecatombe que sembró de cadáveres franceses la extensión de los caminos del Imperio moscovita, y que, empezada al pie de los muros de Moscou, debía terminar en las orillas del Niemen: los cosacos iban acorralándolos por todas partes y empujándolos fuera del Imperio, exterminando los destacamentos que se desviaban de la ruta. Todavía á fines de Octubre podían librarse de la muerte marchando unidos; en los primeros días de Noviembre sobrevino un frío agudo y penetrante que hizo mayor la catástrofe; y como si esto no fuera bastante y con ello no quedase satisfecha la justicia de Dios, adelantóse el período de la nieve, cayendo ésta tan espesa y con abundancia tal, que borró todos los vestigios de camino, encontrándose los invasores

perdidos en vastas extensiones y sin indicación alguna para continuar su marcha.

Cuando ocurrió esto envainaron los cosacos sus aceros. No necesitaban cansarse: el Señor se había encargado de exterminar á sus enemigos, muy reducidos ya después del terrible paso del Beresina. Acosados los hombres por el viento y entumecidos por el frío, una piedra, un tronco de árbol, cualquier obstáculo les hacía caer, y no siendo capaces de levantarse, pronto eran cubiertos por la nieve; sus manos, encogidas por el frío y llenas de grietas, no podían sostener los fusiles, que se caían de ellas, cumpliéndose aquello de que se burlaba Napoleón considerándolo imposible; gangrenábanseles las extremidades y les producían dolores agudísimos, que les impedían andar, cuando detenerse era la muerte; las caballerías caían al suelo faltas de alimento, y los soldados se apretaban contra ellas para robarlas el poco calor natural que aún las quedaba; el vivac, que se establecía al obscurecer, era á la mañana un cementerio, y los más fuertes que habían podido resistir aquellas noches eternas, al emprender la marcha al día siguiente dejaban abandonados y rígidos á la mitad de sus compañeros; la fuerza del dolor volvió locos á muchos; otros pedían á grandes voces que los matasen, y destrozábanse mutuamente, roto el freno de toda disciplina, por la posesión de un pedazo de leña, de un trozo de pan y del resto de algún vestido. De los 80.000 caballos que habían pasado la frontera, quedaban escasamente 12.000; y de más de 300.000 hombres que habían salido de Moscou, sólo la mitad llegaron á Wilna.

Un *Boletín* redactado por Napoleón participó á Europa la catástrofe, que atribuyó sólo á los elementos; por él se supo que 400.000 hombres más habían sido sacrificados á la ambición del César, pero podían consolarse las viudas y los huérfanos: en el mismo *Boletín* se decía que «la salud de S. M. nunca había sido mejor.» Poco después de los primeros días de Diciembre abandonó el ejército; atravesó en silla de posta media Europa, y se presentó de improviso en París, llamando á la puerta de las Tullerías cuando menos se le esperaba. Murat, á quien había dejado encargado el ejército, apenas llegó á la frontera polaca le abandonó á su vez, marchando á Nápoles, quedando Ney, que mandaba la retaguardia, al frente de aquellos infelicísimos despojos del más numeroso de los ejércitos que se habían reunido en Europa.

V

No concedió Napoleón al desastre de Rusia toda la importancia que en sí tenía; queriendo, sin embargo, desembarazarse de la cuestión religiosa, que le molestaba por la actitud de protesta del verdadero clero francés, presentóse de repente el 19 de Enero de 1813 en Fontainebleau y celebró una larga entrevista con Pío VII, que continuaba solo, enfermo, sin conocimiento alguno de los sucesos, y comunicándose únicamente con algunos Prelados franceses adictos al Emperador. ¿Qué pasó en esta entrevista? Nunca han podido saberse

los detalles de ella: el hecho es, que Napoleón salió con un Concordato firmado por Pío VII, en virtud del cual éste renunciaba á la soberanía temporal y hacía otras concesiones incompatibles con la dignidad de la Santa Sede. Lleno de júbilo Napoleón partió á París, mandando publicar el Concordato y ordenando se diese libertad á los Cardenales prisioneros para poder comunicarse con la Santa Sede.

Al llegar á Fontainebleau, los Cardenales adictos al Papa, que no le habían visto desde 1810, encontraron á éste en una situación tristísima de ánimo. Al ver al Cardenal Pacca, tendió hacia él los brazos y le dijo: «He acabado por mancharme: esos Cardenales me han llevado ante el verdugo y me han hecho firmar (1).» Poco después Pío VII, de acuerdo con los individuos del Sacro Colegio partidarios de la independencia de la Santa Sede, resolvió retractarse y anular el Concordato por haberle sido arrancado por la violencia. Así lo hizo: con gran sigilo empezó á escribir la retractación, aprovechando los momentos en que los Cardenales fieles iban á visitarle; después, para que los sicarios de Napoleón, que registraban sus papeles mientras celebraba la Misa, no sorprendiesen lo que escribía, el Cardenal que pasaba el día con el Pontífice se llevaba el documento, que al siguiente traía al Palacio el que le tocaba hacer la visita. En ésta se reproducía la misma escena: el Papa seguía escribiendo, y los Cardenales llevándose

(1) Palabras del Papa al Cardenal Pacca aludiendo á los Cardenales franceses.—*Memorias* de éste, tomo II, pag. 25.

sucesivamente el precioso documento hasta que estuvo por completo terminado y puesta en él la firma; entonces, acompañado de una carta para el Emperador, lo entregó al Oficial de gendarmería que le servía de carcelero, encargándole le hiciese llegar lo antes posible á manos de su Soberano.

Ocurría esto la víspera de la salida de Bonaparte de Francia para combatir la coalición de pueblos y reyes que, al ver la catástrofe de Rusia, se habían unido con el Czar Alejandro para abatir al Imperio napoleónico, por lo cual aplazó su venganza contra los Cardenales á quien atribuía lo ocurrido, limitándose á encarcelar al Cardenal Di Pietro y desterrar á los demás, jurando que había de aniquilar á todos los que habían aconsejado la retractación del Concordato, que estaba ya publicado en el *Monitor* como ley del Imperio; vanas amenazas; su papel en el mundo había concluído; el sol de Austerlitz estaba ya en su ocaso; Dios había roto aquella espada que, después de ser instrumento de su justicia, se había vuelto contra él: cuando regresó á Francia, los españoles y los ingleses habíanla invadido ya por el Pirineo y se dirigían sobre Burdeos y Tolosa, y los aliados, detrás de él, avanzaban sobre París. En estas circunstancias, y viendo que le faltaba el suelo y vacilaba bajo sus pies, puso en libertad á Pío VII, enviándole á Roma.

Al mismo tiempo renunció al Trono de España, comisionando al Conde de Laforest para que fuese á Valencey á negociar un Tratado con Fernando VII, en virtud del cual devolvió á éste el Trono de España y le reconoció como Rey, garantizando

la integridad de todo el territorio que éste poseía antes de la guerra. El león se sentía débil é iba soltando la presa.

Suscribió Fernando VII el Tratado, y envió á Madrid primero al Duque de San Carlos y después á D. José Palafox, ya en libertad, para que la Regencia le ratificase. Descartado Napoleón de estas dos graves cuestiones que habían producido su ruína, intentó aún un supremo esfuerzo, que no le dió resultado alguno; Francia le volvió la espalda, viéndose en la dura necesidad de salir de París y trasladarse á Fontainebleau á firmar su abdicación sobre la misma mesa en que un año antes había obligado al Pontífice á suscribir el Concordato por el cual se sustituía á su sagrada autoridad.

Abdicación inútil que no logró salvar el Trono de su hijo: los aliados, dueños ya de París, proclamaron la destitución de la dinastía napoleónica, y devolvieron la Corona á su legítimo Soberano Luis XVIII.





CAPÍTULO XIX

I

Todos estos sucesos los ignoró el Duque de Villahermosa, que continuaba prisionero en Nancy, pues las autoridades imperiales eran severísimas en castigar á los que propalaban noticias contrarias al Gobierno, singularmente en asuntos de guerra; y á más, todas las cartas que venían de España eran sometidas á una rigurosa censura, que sólo autorizaba las que referían sucesos particulares ó de familia.

A principios del año 14 su inquietud era grande, pues las cartas de la Duquesa iban haciéndose más raras, á causa de lo delicado de su salud, que, como hemos dicho, la obligaba á estar largas temporadas en el lecho; por otra parte, eran muchas las cartas que escritas con gran trabajo no llegaban á su destino á causa de haberse trasladado el teatro de la guerra á la parte Norte de la Península y tener los correos que atravesar dos ejércitos. En esta ansiedad se encontraba el Du-

que, cuando el día 4 de Enero de 1814 recibieron orden todos los prisioneros españoles de salir en el día con destino á Rouen, lo que ni él, ni su tío el Duque de Granada, ni su primo, pudieron verificar por falta de caballos; hiciéronlo al día siguiente, llegando el 7 á Troyes y el 14 á Rouen, después de haberse detenido un día en Fontainebleau y otro en Versalles, que por decreto imperial estaba restaurándose.

Hasta el 16 de Marzo no supieron los españoles prisioneros en el citado punto, que el día 13 Napoleón había puesto en libertad á Fernando VII, y que éste había entrado ya en España por la frontera de Cataluña: grande fué su regocijo; pero desconocedores de los graves sucesos que habían ocurrido en Europa, de la invasión de Francia por los ejércitos españoles é ingleses en el Mediodía, y por los de las Potencias aliadas en el Norte, creyeron que sólo se trataba de la terminación de la guerra con España y de la posibilidad de un inmediato canje de prisioneros que les devolviese la ansiada libertad, reintegrándolos á la patria, por la que hacía cinco años suspiraban (1). Por fin el día 2 de Abril se dieron cuenta de la gravedad de los sucesos que habían ocurrido en Francia: supieron que los ejércitos aliados habían entrado en París; que á poco se había reunido el Senado y nombrado un Gobierno provisional compuesto de cinco personas, á cuya cabeza estaba Talleyrand; que este Gobierno había formado una Constitu-

(1) Carta del Duque á su madre: Rouen 16 de Marzo de 1814.—Archivo de Villahermosa.

ción, y presentada al Senado y aprobada por unanimidad, se había proclamado Rey de Francia á Luis XVIII. Notificóseles que muy en breve estarían en libertad; pero no pudiendo dominar su impaciencia el Duque de Villahermosa, y recordando sus relaciones con el antiguo alojado de su casa de Madrid, General Dupont, Ministro de la Guerra del nuevo Gobierno, se dirigió á él pidiéndole permiso para ir á París: á vuelta de correo recibió éste, y poco después, arreglados sus asuntos, se trasladó á las orillas del Sena, residencia á la sazón de los Soberanos de Rusia, Prusia y Austria.

Antes de salir de Rouen tuvieron el gusto de presenciar la restauración de la Monarquía legítima, y el Duque dió cuenta del caso á su madre con estas palabras: «Vamos ahora á las cosas del día: no puede V. E. figurarse las mudanzas que ha habido; uno lo ve y no lo cree: ahora por las calles no se ven más que flores de lis, escarapelas blancas y gritos de ¡viva el Rey! El Sábado Santo se publicó en ésta, delante de las autoridades y la tropa, el nombramiento de Rey de Luis XVIII, y los comisarios que con poderes y comisión del Conde de Artois, como Lugarteniente General del Rey, han venido á publicarlo aquí, nos convidaron para que asistiéramos á la ceremonia, en la que estuvimos enternecidos, sobre todo del gozo y alegría del pueblo en general; mañana hay *Te Deum* solemne, y gracias á Dios ya no se oye el *Domine salvum fac Imperatorem* que tanto me exaltaba y me daba tanta cólera, pues no podía oir que insultasen de tal manera á Dios, siendo el perseguidor declarado de su Iglesia y su Vicario en la tierra; pero al

fin Dios le ha castigado, y no á palos, pues, como dice ahora uno de los papeles públicos, en la misma habitación de Fontainebleau donde ha tenido encerrado á la Cabeza visible de la Iglesia y donde, añade el mismo papel, tuvo la osadía de levantar la mano al Representante de Dios en la tierra, ha sido donde se ha visto desposeído de su autoridad y abandonado de sus mismas hechuras. Dicen, no sé si aún es oficial, que los aliados le permiten ir á la isla de Elba, en la costa de Italia, con una pensión de seis millones de francos para él y toda su familia, lo que me parece demasiado para un sujeto como él (1).»

A mediados de Abril llegó el Duque á París con su tío el de Granada y algunos Generales y Oficiales defensores de Zaragoza; por algunos días fueron objeto de la pública curiosidad: todo el mundo se disputaba el honor de estrecharles la mano, recibiendo frecuentes ovaciones de los Oficiales de los ejércitos aliados que los aclamaban como héroes; los Generales extranjeros los presentaban como modelo, y los Soberanos aliados manifestaron deseos de conocerlos, enviándoles sus edecanes para hacérselo saber.

El primero de los Soberanos á quien se presentaron los defensores de Zaragoza, fué al Emperador de Rusia, el cual, apenas supo que estaban en

(1) Carta del Duque á su madre: Caen 2 de Abril de 1814. —Archivo de Villahermosa. El Duque se hace eco en esta carta de la acusación lanzada entonces contra Napoleón de haber levantado la mano á Pío VII para obligarle á firmar el Concordato: el hecho no fué cierto, sin que esto excluya la violencia moral que se ejerció para aquel acto.

su antesala, salió á su encuentro y los recibió en el acto, dándoles preferencia sobre gran número de Generales y diplomáticos que hacía largo tiempo esperaban su audiencia; después de hablar cariñosamente con el General español Blake, que se unió á ellos, dirigióse á los Duques de Granada y Villahermosa y á los demás que con ellos iban, y les dijo «que tenía una inmensa satisfacción en conocerles,» añadiendo: «Hemos procurado imitar á ustedes, que han sido los primeros en darnos el ejemplo, y no hemos querido quedarnos atrás; nos hemos ayudado mutuamente, y creo que no hemos sido inútiles á su Rey: cuántas ganas tenía de hablar con ustedes (1).»

Tres días después vieron al Emperador de Austria, que estuvo con ellos muy cariñoso; refiriendo á su madre esta entrevista, dice el Duque: «Ayer nos presentamos al Emperador de Austria, que nos dijo muchas cosas muy lisonjeras, aunque no tan pulidas como el Emperador de Rusia; pero se conocía que tenía mucho gusto de vernos, como él dijo, libres y prontos á restituirnos á nuestra tierra; nos añadió que había hecho cuanto había podido para decidir la balanza, y aún más de lo que había podido, poniendo todas sus fuerzas, y que se acordaba que tenía sangre española por su madre, haciendo mil elogios de nuestra constancia y fidelidad, todo dicho en un tono natural y afable (2).»

(1) Carta del Duque de Villahermosa á su madre: París 7 de Mayo de 1814.—Archivo de Villahermosa.

(2) Carta del Duque de Villahermosa á su madre: París 10 de Mayo de 1814.—Archivo de Villahermosa.

Al día siguiente de llegar á París, se anunció al Duque de Villahermosa y á su tío el de Granada que el Rey Luis XVIII recibiría á los nobles españoles; pero cuando se disponían á ir á las Tullerías, supieron que concurrían á la audiencia algunos de los pocos Grandes que habían reconocido al Rey intruso y otros á quien José había dado esta dignidad. Resueltos á no confundirse con los que consideraban traidores á la patria, renunciaron á ofrecer sus homenajes al Soberano aquel día, limitándose á solicitar de él una audiencia particular. «El domingo, dice á su madre el Duque de Villahermosa en la misma carta á que nos hemos referido, nos presentamos particularmente al Rey de Francia, que nos recibió en su despacho solo á los cinco Grandes Fernandinos que estábamos, que éramos el tío; el Marqués de San Simón; Fernán-Núñez, que ha venido de Embajador al Congreso; Wellington, que se presentó como Grande, y yo; nos recibió al modo de por aquí; habló á todos; á mí me dijo que debía ser nieto del Conde de Fuentes, Embajador en la corte de Luis XV; la única cosa que nos dijo en general fué: ustedes han sufrido mucho; espero que ahora lo olvidarán. A esto se redujo todo.»

Ardía en deseos el Duque por volver á España, pues le inquietaba el largo silencio de su madre, que él atribuía á disgusto por sus muchos gastos: arreglados, por fin, sus asuntos y tomado dinero para el viaje, emprendió éste el 28 de Mayo; el 2 de Junio llegó á Bayona, entrando en España al día siguiente y haciendo una pequeña parada en Zarauz, donde se separó de su tío el Duque de

Granada, continuando su viaje á Madrid el 13, y llegando el 18, después de perder un día á causa de habérsele roto en Vitoria la cigüeña del coche que le conducía.

Profunda emoción sintió el Duque al no ver á su madre en el dintel de la puerta de su casa; esperábale ansiosa y conmovida en el lecho, donde hacía seis meses estaba postrada: abrazáronse estrechamente la madre y el hijo, vertiendo abundantes lágrimas, mezcla de alegría y tristeza por parte de éste, al ver las profundas huellas que la enfermedad y los padecimientos habían dejado en aquel sér, para él tan querido, de quien se había separado en el camino de Zaragoza á Madrid cinco años antes y que encontraba en estado tal, que parecían haber pasado sobre ella veinte años.

El Duque tuvo también la satisfacción de encontrar alrededor de su madre á los amigos que la habían sido fieles en la desgracia: el señor Obispo auxiliar; D. Antonio Varas, tan querido de su hermano; el sacerdote D. Elías Sidiac, y algunos otros. Inútil nos parece decir que aquel mismo día ofreció sus respetos á la Duquesa de Arión, cuya mano besó, inclinándose ceremoniosamente ante su prometida, con quien había estado en continua correspondencia durante los años de su cautiverio.

Agradecido y caballero, el Duque no descuidó tampoco el deber de participar su libertad á sus parientes de Zaragoza y darles gracias por los cuidados y el interés que en el sitio y durante su larga cautividad habían tenido por él. Es curiosa la carta que la Condesa de Bureta remitió á su prima Mercedes Villavicencio refiriéndola la entrada

de Palafox en Zaragoza, y que ésta debió enviar al Duque al contestarle, puesto que ha aparecido entre sus papeles; esto nos permite reproducirla á título de documento curioso para la historia.

II

Desde lo más íntimo de su alma dió gracias á Dios la Duquesa por haberla permitido ver á su hijo antes de morir, y dispuso inmediatamente que éste, cumpliendo como caballero, empezase á practicar las diligencias preliminares á la boda, que quiso se verificase inmediatamente; pero antes de que ésta se llevase á cabo, concedióla también el Señor otra dicha, por la que largos años venía suspirando: el restablecimiento y rehabilitación por la Santa Sede de la Compañía de Jesús.

El 24 de Mayo de 1814 había hecho el Papa su entrada en Roma: el P. Panizzoni y todos sus hermanos de la escondida Casa del Buen Consejo se habían asociado al regocijo público, y con ardientes plegarias daban gracias á Dios, que, despejando el cielo y alejando las tormentas, concedía días de paz á su Iglesia, pidiéndole con mucha fe que no olvidase á su querida Madre la Compañía de Jesús y, como á Lázaro, la sacase del sepulcro á que la habían hecho bajar los enemigos de su santo nombre. Abrióse desde luego su corazón á la esperanza al ver que tanto el Cardenal Rufo como otras Eminencias de las más adictas al Papa les visitaron en seguida, asegurándoles que éste era

Zarag.ª 1.º de Ab.l de 14

Merced mia, Nro Pepe Palafox llegó el 28 à las 11 y ½ dela noche y se fue alas 10 dela mañana del 29. fuimos a recivirle a Maria con la tartana llena de ramos de olivo y laurel q.e me pusieron los labradores de esta Ciudad q.e cadavez es mas eroica y hermosa p.r lo q.e dire despues. Salieron con mijo los labradores que han quedado con vida despues delos sitios, de los q.e le fueron a buscar ala torre de Alfranca cuando lo hicieron Gen.l; todos ivan con su fusil q lo mejor bestidos q.e tenian, tambien salieron lo mismo otra porcion delos del S.n Pablo &.a y hasta la casa blanca un gentio inmenso en donde estuvieron esperando hasta tal ora apesar del buen granizo, y aguacero q.e caió el cual aguantaron como unques y.r el afan p verle; querer espresar los vivas, regocijos, ilu-

minacion y pruevas q.l dieron de su regocijo es imposible: Por evitar confusion se fue alas 6 dela mañana al Pilar p.o no lo consiguió p.s acaso desde antes de amanecer estava la calle llena; en el Pilar parece no le dejaron sosegar lo q.l no vi p.s me quedé encasa p.a lo q.l ocurriese p.o me dijeron q.l solo el sacerdote y monacillo se quedaron en la S.ta capilla y cuando salió de la Yglesia todos melo besavan abrazaban y el q.l no podia mas le besava la ropa lo q.l vi repetir siempre q.e p.r condescender salia al balcon p.a q.l le viese el pueblo p.s lo hacian las infinitas gentes q.e subieron alas Salas, y cuando se fue q.e apenas le dejavan tocar al suelo con las puntas delos pies y si procuravan apartar alas gentes p.r q.l absolutam.te podi andar, decian dejeme V. q.l le toque la ropa si quiera.

Voi ahora a decir p.r q.l es cadaver mas hermosa y eroica esta pueblo; entre las inf

nitas gentes q.e vinieron afelicitarle huvie
ron la devilidad ó necedad de venir dos -
afrancesados, y asi q.e los vieron los labradores
se incomodaron p.o con una prudencia sin-
igual fue uno de los labra.s y les dijo q.e los
llamavan afuera lo creieron y siguieron
y asi q.e salieron de la sala les dijo, nadie
los llama a V.s sino nosotros p.r q.e no son dig-
nos de estar ai; ¿ves q.e es mui hermoso; no
quieren que se mezclen ni confundan los
buenos Españoles con los renegados, p.o tam-
poco quieren mancharse en su sangre ni
menos insultarlos en publico como creo lo hu-
biesen echo en Valencia en igual caso; tambien
es bien hermoso q.e al verse desairado este pue-
blo tan benemerito y q.e tan de justicia devia
hacerse venir al Rey p.r aqui, q.e una multi-
tud de Labradores entraron ala sala donde su-
pieron q.e estava el Gefe politico con el G.l y
le dijeron a aq.l V.S.a digale al G.l q.e le diga al
Rey q.e venga p.r esta ciudad p.a q.e vea lo q.e emos
echo p.r S. M.

Asier en el mercado dijo un oficial (sin duda de los muchos incendiosos) q.e Palafox era un hombre como como el, luego le reconvino un Paisano y como insistiesen en deprimir a Palafox dió al paisano una puñada lo tiró en tierra lo pateó y luego le dijo Palafox es mas q.e io y io soi mas q.e V. con que vea V. si es tanto como Palafox. Te incluio el diario p.a q.e veais lo q.e se dice de su llegada &.a

Luis ha llegado oi en posta q.e para a ber-se incorporarse con S. M. ha dicho q.e Naver viene y q.e publicam.te dice lo q.e tu deseas.

Abrazo a todos como Perico y niños y quedo tu fina her.a de corazon

Consuelo

admirador de su instituto y que entendían que muy en breve se realizaría lo que tanto anhelaban.

No eran únicamente estas noticias tan favorables las que los sostenían en la creencia de que se acercaba el día en que desde la Cátedra de San Pedro se les devolviese, para bien de la Iglesia y su servicio, la vida que se les había quitado para la paz de la misma y bajo la presión de la fuerza: había, á más de esto, la fe que todos los Padres tenían en la profecía de su General el P. Retz, el cual anunció, muchos años antes de la persecución, que la Compañía de Jesús sería extinguida y restablecida después gloriosamente en Roma, siendo su restaurador uno que entonces era novicio y que vendría de la Rusia á esta ciudad; circunstancias que se hallaban sólo unidas en el Padre que el siervo de Dios había designado á su muerte para sucederle.

Hasta el día 3 de Junio no dió el P. Panizzoni ningún paso oficial: este día tuvo una larga audiencia con el Papa, de la que salió extremadamente satisfecho: según el P. Luengo, «hizo alguna insinuación sobre la introducción de la causa del difunto Provincial Pignatelli, y en esto, como en todo lo demás, halló al Papa propicio y favorable. En el punto principal y aun único, que es el restablecimiento de la Compañía, salió también Panizzoni contento y alegre, y dice sin rebozo que Su Santidad le ha asegurado que está resuelto á restablecerla (1).»

(1) *Diario* del P. Luengo, tomo XLVIII, pág. 488.

No creyeron, sin embargo, los Padres que estuviese tan cerca el momento de la rehabilitación por ellos tan deseada, cuando llegó á sus oídos la noticia de que en los últimos días de Junio el Cardenal Pacca, adicto entusiasta de la Compañía de Jesús, después de haber sido en la juventud su adversario (1), había tratado de explorar las intencio-

(1) Refiriendo el Cardenal Pacca, Secretario de Estado durante la época más azarosa y difícil del Pontificado de Pío VII, las conversaciones tenidas con éste durante el tiempo que le acompañó en su cautiverio, dice lo siguiente: «No dejaba en mis audiencias diarias de llevar algunas veces la conversación intencionalmente sobre algunas materias importantes, para suministrar al Papa proyectos útiles para el caso en que volviese á ocupar la Silla de San Pedro. Prefería, sobre todo, tratar del restablecimiento de la Compañía de Jesús, á la que él profesaba estimación y afecto. Es digno de que se fije aquí la atención en los admirables designios de la Providencia sobre esta Sociedad tan célebre. Bernabé Chiaramonti, siendo novicio benedictino, había tenido maestros y libros *anti-jesuitas*, que le habían enseñado las doctrinas teológicas más opuestas á las de la Compañía de Jesús; todo el mundo conoce las impresiones profundas que dejan en el espíritu las primeras enseñanzas de la juventud. En cuanto á mí, se procuró inculcarme desde mi adolescencia sentimientos de aversión, y hasta diré de una especie de odio contra esta ilustre Sociedad. Bastará sólo con que diga que pusieron en mis manos, con orden de extractarlas, las famosas *Cartas provinciales*, en francés primero y después en latín, con las notas de Wendrok (Nicolás), más detestables aún que el texto; *La Moral práctica de los jesuitas*, por Arnauld, y otros libros del mismo género, que yo leía y creía de buena fe. ¿Quién hubiera podido prever entonces que el primer acto del benedictino Chiaramonti, elevado al Pontificado al día siguiente de una espantosa tempestad, ante las sectas encarnizadas contra la Compañía de Jesús, sería el restablecimiento de esta Compañía en el mundo cató-

nes del Papa sobre este asunto, diciéndole en una audiencia: «Santísimo Padre, podríamos proseguir algún día nuestras interrumpidas conversaciones sobre la Compañía de Jesús;» y que, sin añadirle otra cosa, habíale respondido el Pontífice: «Podremos restablecerla en la próxima fiesta de San Ignacio.»

Con efecto, todo estaba dispuesto para esta fecha: una dificultad surgida sobre una palabra consignada en la Bula, hizo que su publicación se demorase hasta el siguiente domingo de Agosto.

Llegado este día, y á la hora de las ocho de la mañana, salió el Papa de su Palacio del Quirinal, trasladándose con el cortejo acostumbrado á la

lico, y que yo había de ser el que había de prepararla los caminos de su nuevo triunfo, por conferirme el Papa la honrosa y agradable misión de ejecutar sus órdenes soberanas? Yo puedo asegurar que este gran acto fué para el Papa y su Ministro fuente de una inmensa satisfacción. Testigo Roma en las dos épocas memorables de la supresión y del restablecimiento de la Compañía; yo he podido juzgar de las diversas impresiones que produjeron. El 17 de Agosto de 1773, día de la publicación del Breve *Dominus et Redemptor noster*, se veían el dolor y la vergüenza pintados en todos los rostros. El 7 de Agosto de 1814, fecha de la resurrección de la Compañía, Roma resonaba con los gritos de alegría, con los aplausos y con las aclamaciones. El pueblo romano acompañó á Pío VII desde el Quirinal hasta la iglesia de Jesús, donde se dió lectura de la Bula, y la vuelta del Papa á su Palacio fué una marcha triunfal. He creído necesario entrar en estos detalles para aprovechar la ocasión de consignar en mis escritos una retractación solemne de los imprudentes discursos que en mi juventud haya podido pronunciar contra una Sociedad que tanto bien merece de la Iglesia de Jesucristo.»—*Memorias* del Cardenal Pacca, tomo II, págs. 137, 138 y 139: París, 1884.

iglesia de Jesús, espléndidamente adornada por el exterior y decorada interiormente como en las más grandes solemnidades. Al llegar á la puerta del templo, adelantóse el Sacro Colegio, representado á la sazón por 18 Cardenales residentes en Roma, vestidos de toda gala, con el cortejo correspondiente de servidores y familiares, y revestidos con los ornamentos de su alta dignidad en la Iglesia.

Adelantóse Pío VII por el centro del templo, lleno de fieles, y en donde estaban representados los altos Cuerpos del Estado pontificio, Tribunales, Academias; Embajadores de las Potencias de Nápoles, Parma y Cerdeña, colocados en amplias tribunas, y cuanto por aquel tiempo encerraba Roma de notable en santidad, sabiduría ó nobleza, faltando únicamente á la invitación que oportunamente se les había dirigido, el Rey de Cerdeña, Carlos Manuel, por enfermedad, y Carlos IV por razones políticas; asistieron, sin embargo, la Reina de Etruria y sus hijos, para demostrar, sin duda, que, inocentes de las culpas de sus abuelos, se asociaban al júbilo de la Iglesia toda, por el restablecimiento de la ínclita Compañía de Jesús.

Hizo el Papa una breve oración, y revistiéndose, celebró Misa rezada en el altar de San Ignacio; dió gracias después, mientras uno de los Monseñores de su Casa celebraba otra Misa, que también oyó el Pontífice; concluída que fué, tomó un ligero desayuno en la Capilla de Nobles, volviendo después y subiendo al trono que al efecto habíase colocado en el presbiterio; á uno y otro lado de éste sentáronse en rojos escaños los Cardenales, y detrás de ellos los Padres de la Compañía, lle-

nos de júbilo y no atreviéndose apenas á creer el espectáculo que presenciaban sus ojos. Luego que el Papa hubo tomado asiento, entregó la Bula á Monseñor Belisario Cristaldi, el cual, de pie en el primer escalón del solio, la leyó toda entera con voz alta, pausada y firme.

Terminada la lectura, volvió la Bula á poder de Su Santidad, el cual llamó al Padre Provincial Luis Panizzoni: puesto éste de rodillas, recibió de mano del Papa el documento; tomóle en las suyas el jesuita; besó con humildad las del Pontífice, y, apretando sobre su corazón el documento, se retiró. En aquel momento debieron de saltar de júbilo en su tumba los huesos del P. Rizzi y de tantos otros mártires de la ira volteriana y jansenista; por fin brillaba el día de la rehabilitación, y la Santa Sede, en bien de la Iglesia, restablecía el Instituto, una vez pasada la tormenta.

Después de esto, presenciaron los concurrentes un espectáculo que conmovió hasta á los más indiferentes y fríos: unos cuantos ancianos jesuitas, restos de aquel glorioso ejército, nunca en buena lid derrotado por la impiedad, que habían sobrevivido á sus compañeros de persecución y destierro, avanzaron para prestar el acatamiento y la adhesión, nunca por ellos desmentida, hacia la Santa Sede. Los más jóvenes pasaban de sesenta años; más de quince habían cumplido los ochenta, y habíalos también que rebasaban los ochenta y seis; no podían algunos valerse por sus achaques, y subieron trabajosamente las gradas del Trono pontificio apoyados en sendos bastones, pero rebosando felicidad y alegría en sus rostros; á otros hubo

que ayudarlos, tarea que cumplieron gustosísimos los Monseñores de la comitiva del Papa, el cual, por su parte, profundamente conmovido, revelaba en su semblante el gozo que sentía su alma.

Momento sublime y consolador aquél en que la Compañía de Jesús, restituída á su primitiva forma, resucitaba, en medio de tantas cosas que habían pasado para siempre. Ya no existían sus enemigos de Port Royal, desenmascarados por los sucesos; había pasado la corrompida aristocracia francesa, extinguida en las prisiones, en la emigración y en la guillotina; aquellos orgullosos Parlamentos, compuestos de Jueces venales y complacientes, habían sido barridos por la Revolución; los nietos de los Reyes que se creyeron inmortales, volvían del destierro á llorar sobre las cenizas de los que habían subido al cadalso; Europa entera estaba llena de ruínas de templos, de tronos y de nacionalidades; dos Pontífices habían salido de Roma prisioneros, y uno había muerto en poder de sus verdugos; Italia había sido saqueada una y otra vez por un nuevo Alarico que, confinado ahora en una isla, meditaba nuevos proyectos que habían de fracasar, porque su misión había concluído y le abatía la mano misma que le había ensalzado; aquella soberbia República veneciana, señora de los mares, enemiga del Pontificado, yacía sepultada en el fondo de sus lagunas, y el murmullo de las ondas del Adriático se confundía con el ruido de sus cadenas. La Compañía de Jesús resucitaba en medio de todas estas ruínas tal como había sido, sin variación ni mudanza, para seguir empleándose en servicio de la Iglesia.

Al salir Pío VII del Gesu, el público le aclamó con delirio, no cesando de victorearle hasta que el coche que le conducía desapareció bajo el ancho portón del Palacio del Quirinal.

Estas noticias parecieron dar nueva vida á la Duquesa de Villahermosa: un poco mejorada, abandonó por algunos días el lecho y asistió á la boda de su hijo, que en familia se verificó en la iglesia de Santa María de la Almudena, inmediata á la casa de Malpica, al final de la calle Mayor, el día 14 de Septiembre de 1814.

Después, con la actividad de sus mejores días, empezó á gestionar con los Obispos y personas con quien estaba en relaciones, á fin de que influyeran cerca del Monarca para que, imitando el ejemplo de la Santa Sede, restableciese en España la Compañía de Jesús.

III

En la segunda mitad del año 14 y en la primera del 15, fueron numerosísimas las exposiciones dirigidas á Fernando VII pidiéndole el restablecimiento de la Compañía de Jesús: rompieron la marcha los Arzobispos de Santiago, Zaragoza y Burgos; el Obispo de Lérida, tan amigo de la Duquesa de Villahermosa, y los de Ibiza, Orihuela, Teruel, Barcelona y Pamplona; los Vicarios capitulares, Sede vacante, de Cádiz y Málaga; los Cabildos y colegiales de las iglesias de Sevilla, Burgos, Málaga, Barcelona, Pamplona, Mallor-

ca, Cádiz, Manresa y Cervera; el clero general de Vizcaya, Diputación de Guipúzcoa; Ayuntamientos de Madrid, Toledo, Santiago, Valencia, Barcelona, Tarragona, Lérida, Murcia, Cervera, Cádiz, Jaén, Coruña, Málaga, Baeza, Pontevedra, Manresa, Graus, Olot, Pollensa, Morella y multitud de Corporaciones públicas y personas particulares.

No pudo resistir Fernando VII esta presión y este deseo de sus pueblos, y con fecha 29 de Mayo de 1815 ordenó pudieran restablecerse y abrirse conventos y colegios de jesuitas en los pueblos que lo hubieran solicitado, pidiendo informe al Consejo Supremo de Castilla sobre la derogación total de la Pragmática famosa, como respeto á la memoria de su augusto abuelo, que reservó en su Real pecho las razones que había tenido para publicarla.

No satisfizo del todo á la Duquesa esta manera de restablecerse la Compañía, y así lo manifestó á los Padres de Roma en la carta que reproducimos autógrafa y que copiamos también como uno de los apéndices.

Poco duraron los recelos y desconfianzas de la Duquesa: á fines de Octubre del mismo año tuvo la satisfacción de leer, facilitada por uno de sus amigos, copia del magnífico informe emitido por el Fiscal más antiguo del Consejo, D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, en el cual, con elocuencia suma y gran copia de datos, refutaba uno por uno todos los cargos acumulados por el Consejo extraordinario formado por Carlos III, que sirvieron de base á la Pragmática de expulsión, opinando que

✝

R.R. P.P.

A Mis Veneradissimos y Respetabilissimos Padres, y tiernamte. amados Hijos, y Hermanos de la Compa. de Jesus: Ya que en tantos años no se me ha compuesto el cumplir la palabra que di a V. R.R. quando el fallecimto. de mi Vble. Tio el Pe. Jph. Pignatelli, ni aun con el plausible motivo del restablecimto. hecho por su Santd. el año pasado, de la Compa. de Jesus; me ha parecido compensar este mi largo silencio, causado (casi siempre) por mi falta de salud. con aprovechar este momto. en q. tenemos la satisfacci on de que N. amado Monarca pr. su Rl. Decreto restablece la Compa. de Jesus en España; en los terminos que V. R.R. verán por el mismo Decreto que remito. Ayer fué grde. el gozo que tu be con esta noticia; pero hoy q. ha salido el Decreto se me ha disminuido pr. los terminos, en q. está concebido, q. dan mucho margen â dificultar q. se verifique la pronta venida de V. V. R.R. que es todo mi anhelo. Me ha parecido consigte. a mi declarado

afecto
ala Comp.ª de Jesus, decir llanam.te a V.V.R.R. mi modo de pensar sobre asunto tan delicado. pues aunq.e sé muy bien su gran sagacidad, y penetracion, al cabo como estarán tan poco enterados del estado actual de este Reyno, no creo puedan dexar de estimar q.e se les indique alg.a cosa p.a su gobierno; y al fin haran V.V.R.R. el uso q.e les pareciere.

Por el tenor delas ultimas clausulas del Decreto se insinúa algo si se intereseará alg.a nov.d acerca del gobierno de la Sociedad ô Comp.ª de Jesus. ademas se manifiesta bast.te q.e en el animo de su Mag.d hace sp.re impresion la causa reservada p.r su Abuelo, y como estoy persuadido q.e S. Mag.d ignora el secreto, y que se ha procurado segun parece no dexar m.s rastros por donde se venga â descubrir por la falta de papeles y Documentos, con q.e se han hallado ahora, y son pocos los q.e saben el mysterio de iniq.d q.e segun dicen fué la causa decisiva; y por otra parte aun son menos entre tantos apasionados y interesados en la buelta de los Jesuitas, que hayan instruido al Rey y hablado claro, lo q.e hubo sobre este asunto. (pues me persuado no habido ning.o y asi es imposible se desimpresione del todo, y lo q.e hace â favor

es à fuerza de impulsos agenos) Por tanto me parece (salvo mejor dictamen) q. V.P.R.R. agradeciendo à su Mag.d su favor, y ala Nacion sus instancias hagan presente à su Mag.d que su estimacion y honor queda s.pre vulnerado; mientras no se acla re esta causa y la inocencia de V.P.R.R. ò dela Comp.a pues las opiniones y pareceres particulares, no mudan la substancia dela cosa. y q. p.a el exercicio de los Ministerios que usa la Comp.a de Jesus, no conviene quedar con una nota semejante y tal, q. cada qual la puede interpretar como le parezca pues como se ignora la calid.d del delito, y solo se ha visto el rigor del castigo, dà margen à toda la malicia delos emulos: y para personas en que deben confiar toda clase de ~~personas~~ sujetos, los Padres p.a entregarles sus hijos los fieles sus almas &c., es m.l inconv.te

Y asi es q. S.n Ygn.o s.pre q. se ofreciò como leemos en su vida s.pre quiso q. se declarase en justicia la inocencia dela Comp.a y la verd.d Ni obsta q. N. SS.mo P.e haya restablecido el instituto sin este requisito, pues aunq. esto deberia bastar p.a q. todos se so-metiesen à su juicio: como se sabe q. el Rey no quiso declarar le à su Santid.d el motibo q. tenia y se lo reservò en su pecho; se dexa ver q. p.a los enemigos alo menos de Esp.a no queda la cosa clara y tal como me parece hubiera querido N. P. S.n Ygn.o y en fin yo digo esto p.r q. me alegrara del mayor lustre dela

comp.ª de Jesus p.ª q.ᵉ haga mas fruto. y taparlas bocas delos calumniadores p.ª siempre en q.ᵗᵒ sea posible.

V.V. R.R. admitan mi sinceridad y fina vol.ᵈ y añado q.ᵉ tal vez p.ʳ Roma se podrá descubrir mejor este asunto, porlos papeles de la secret.ª del Ministerio de España de aquellos tpos. y ademas me persuado q.ᵉ p.ʳ lo menos alg.ˢ de aquellos Padres de V.V. R.R., ~~españoles~~ mas ancianos, tendrán tod.ˢ las noticias q.ᵉ ignoramos acà. y aùn tal vez prevenida la representacion a S. M. p.ª este caso. Si V.V. R.R. juzgan todo lo dicho, inoportuno me someto asu mas acertado juicio y consejo. y deseo q.ᵉ Dios lleve adelante su obra y la perfeccione alosumo.

Y entre tanto dispongan V.V. R.R. de mi inutilid.ᵈ pues estoy cascada y llena de achaques y males, q.ᵉ ~~ya~~ absolutam.ᵗᵉ no sirvo de nada en este Mundo. pues ni aùn puedo rezar como hace qualq.ʳ Vieja de un lugar: Por tanto estaba deseando ~~y~~ suspirando a Dios la venida de V. V. R.R. p.ª tener el consuelo q.ᵉ me asistiesen y ayudasen à bien morir. pero veo q.ᵉ seme desvanece mi esperanza: pero enfin me consuelo q.ᵉ Dios melo concederá si me conviene. Ruego à tod.ˢ V.V. R.R. me encomienden m.ᵒ à Dios p.ª q.ᵉ me dè perfecta contricion demis pecados. y una buena y s.ᵗᵃ muerte. N.ᵒ S.ʳ gũe las preciosas y imp.ᵗᵉˢ vidas de V.V. R.R. los m.ˢ años q.ᵉ necesitamos los fieles à mayor gloria de Dios. De V.V. R.R. B.L.M. su h.ᵐᵃ servidora hija herm.ª y M.ᵉ Ma.ᵃ de V.H.

debía restablecerse la Compañía sin limitación ninguna, terminando su informe con estas notables palabras: «No se extrañe, por lo tanto, que el Fiscal concluya diciendo que las acusaciones dirigidas contra el instituto, la doctrina y conducta de la Compañía para precipitar el extrañamiento y abolición de la Orden en todos los países católicos, se presentan á la escasa luz de su crítica falsas en la realidad, injustas en la substancia, ofensivas de la razón y funestas en sus efectos á la Religión y á la política, deprimidas y degradadas desde entonces.»

Conformándose el Consejo con este dictamen, hizo presente al Rey la conveniencia de restablecer sin limitación alguna, en todos los dominios de España y Ultramar, á los jesuitas, derogando en todas sus partes la Pragmática de Carlos III: así lo hizo Fernando VII por Real cédula de 3 de Mayo de 1816.

Apenas había sido conocida en Roma en el año anterior el primer acto del Rey referente á la Compañía, se apresuraron los Superiores á nombrar Comisario general, para el restablecimiento de ésta en España, al P. Zúñiga, que era Provincial en Sicilia, y á los PP. Osuna y Silva como Secretario y Coadjutor, emprendiendo todos acto seguido el camino de la Península.

IV

Apenas llegaron á Madrid los Padres jesuitas, su primer acto fué presentarse á la Duquesa de Villahermosa á manifestarla, en nombre de los Superiores, la gratitud de toda la Compañía por las mercedes sin número de ella recibidas, y anunciarla que sus individuos, sin excepción alguna, la aclamaban madre y cooperadora al acto de justicia de su restablecimiento. Cuando vió la Duquesa á su alrededor á los Padres revestidos de la sotana característica del instituto; sobre la mesa la Real cédula de su restablecimiento en España; asegurada ya la sucesión de su casa con el nacimiento de un nieto (1); á su hijo querido de todos y distinguido por el Rey, y á los escasos amigos del tiempo de su infortunio asociados á su dicha, no pudo menos de levantar las manos al cielo, y con toda la fe de su corazón, llenos de lágrimas los ojos, exclamar: «Gracias, Señor: tu sierva está dispuesta.»

A partir de aquel momento, sus fuerzas decayeron visiblemente; como si su misión en el mundo hubiese terminado, preocupóse sólo del cuidado de su alma y de sufrir con paciencia los acerbos dolores que su enfermedad la ocasionaba,

(1) El padre de la actual Duquesa, Excmo. Sr. D. Marcelino Azlor y Aragón de Fernández de Córdoba, décimocuarto Duque de Villahermosa y de Luna, Conde de Guara.



IV

Apenas llegaron á Madrid los Padres jesuítas, su primer acto fué presentarse á la Duquesa de Villahermosa á manifestarla, en nombre de los Superiores, la gratitud de toda la Compañía por los cuidados [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] al acto de perso- [illegible], Cuando vió la Duquesa á su alrededor á los Padres revestidos de la sotana característica del instituto, sobre la mesa la Real cédula de su restablecimiento en España; asegurada ya la sucesión de su casa con el nacimiento de su nieto (1), á su hijo querido de todos y distinguido por el Rey, y á los escasos amigos del tiempo de su infortunio asociados á su dicha, no pudo menos de levantar las manos al cielo, y con toda la fe de su corazón, llenos de lágrimas los ojos, exclamar: «Gracias, Señor: tu sierva está dispuesta.»

A partir de aquel momento, sus fuerzas decayeron visiblemente, como si su misión en el mundo hubiese terminado, preocupándose sólo del cuidado de su alma y de sufrir con paciencia los acerbos dolores que la enfermedad la ocasionaba,

(1) El padre de la actual Duquesa, Excmo. Sr. D. Marcelino Azlor y Aragón de Fernández de Córdoba, décimocuarto Duque de Villahermosa y de Luna, Conde de Guara.



Excmo. Sr. D. José Antonio de Aragon
Azlor y Pignatelli de Aragon
Duque de Villahermosa Conde-Duque de Luna



Excma Señora Dª. Maria del Carmen
Fernandez de Córdoba y Pacheco
Duquesa de Villahermosa

ofreciéndoselos á Dios en pago de sus muchas culpas, según ella decía.

A principios de Noviembre de 1816 llamó á su hijo al lecho, donde la enfermedad la tenía largo tiempo recluída y donde había ido lentamente consumiéndose; despidióse de él, recomendándole que no cediese en su amor á la Compañía y que la protegiese siempre, considerando esta obligación como uno de los timbres más gloriosos de su casa (1); y después de bendecirle y recibir los Sa-

(1) Fiel guardadora de las tradiciones de su casa la actual Duquesa de Villahermosa, ha continuado dispensando, libre y espontáneamente, su afecto y auxilio á la Compañía de Jesús en la medida que lo consienten los tiempos y las circunstancias, habiéndola secundado, mientras vivió, en tan nobilísima tarea su difunto esposo D. José Manuel de Goyeneche, Conde de Guaqui y Duque de Villahermosa, cuyo recuerdo no se borrará nunca de la memoria del autor de este libro, unido á él por los lazos de una antigua y cariñosa amistad.

Muchas páginas serían necesarias para describir los grandes servicios que durante su vida prestó éste á la Iglesia en general y á la Compañía de Jesús en particular. El día en que, serenadas las pasiones, se escriba la historia de la reacción religiosa que felizmente se está verificando en nuestra patria, y se dé cuenta del florecimiento de las Ordenes monásticas en España, por el cual el hábito religioso, tantos años proscripto, empieza á ser elemento importante de la vida nacional, como lo fué siempre en el curso de nuestra historia, brillando en las academias, enseñando en las cátedras, influyendo en el pueblo en bien de la Iglesia y de España; ese día el nombre del Duque de Villahermosa, Conde de Guaqui, brillará entre los primeros operarios que lentamente prepararon el camino, y asociado á algunos compañeros unidos á él por la misma fe, después de sufrir grandes contradicciones é inauditos trabajos, abrieron sobre roca dura el cauce por el cual la misericordia de Dios ha querido que se precipite después impetuoso el caudal de las gran-

cramentos de la Iglesia, espiró en la paz de los justos, auxiliada de sus queridos jesuitas, el día 6 de Noviembre de 1816.

Tal fué la vida de esta mujer esforzada, cuyo corazón, sediento de justicia, palpitó siempre lleno de amor por los inocentes perseguidos: próxima pariente de San Luis Gonzaga por su madre y de San Francisco de Borja por afinidad, parecía en ella innato el amor á la Compañía de Jesús; en unión de su tío el P. Pignatelli, fué uno de los instrumentos de que se valió el Señor para hacer brillar ante los hombres la sabiduría de sus designios y demostrar los obscuros é ignorados senderos de que se vale para llevar á cabo sus obras. Lloróla el Pontífice, que no olvidó nunca los servicios por ella prestados á la Iglesia (1); lloróla su

des aguas que empiezan á refrescar la atmósfera de nuestra patria, seca y enrarecida por las tempestades revolucionarias.

Mientras esto sucede, cúmpleme recordar á mí, que fuí de ello testigo muchas veces, que nunca tuvo la Compañía de Jesús más ardiente partidario, que no toleró que fuese atacada ante él sin consignar su protesta y salir noblemente á su defensa; que gestionó con afán incansable le fuese devuelto el santuario de Loyola, del que había sido despojada; que pidió y obtuvo la concesión para la misma de otros antiguos monasterios; que no descansó hasta que la Diputación foral de Navarra dotó de una buena carretera al antiguo castillo de Javier, cuna del Apóstol de las Indias, parte de los bienes patrimoniales de su esposa, y que, en unión de ésta, le restauró y cedió á la Compañía.

Otras muchas buenas obras hizo en este mundo que no quiso fuesen conocidas de los hombres; pero estamos seguros de que Dios, á quien nada se oculta, le habrá dado por ellas ya su recompensa.

(1) Véase en el Apéndice la carta de pésame de Pío VII al Duque de Villahermosa, con motivo de la muerte de su madre.

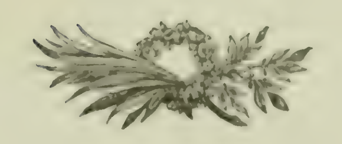


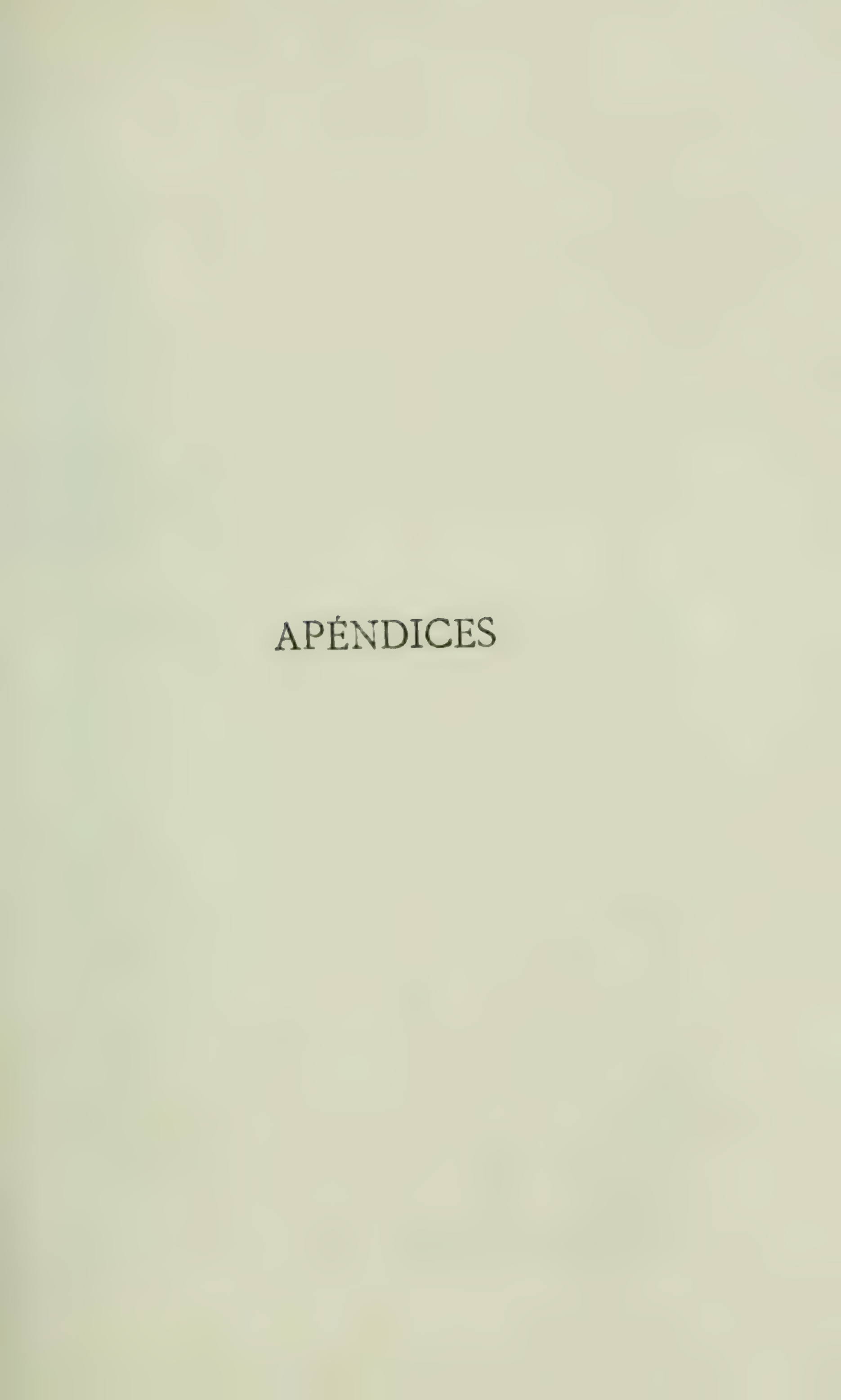
Claustro del Monasterio de Veruela
Entrada a la sala capitular

hijo y lloráronla los jesuitas todos; lloráronla también los infinitos pobres que vivían de sus limosnas, y Madrid entero, que conocía sus virtudes, se asoció al duelo que produjo su muerte apenas fué conocida.

Amenguó, sin embargo, esta pena, é hizo que las lágrimas de los suyos fueran menos amargas, la fundada creencia de que, al perder en la tierra tan valiosa protectora, la habían ganado en el cielo, donde, pensando piadosamente, habría recompensado Dios sus eminentes virtudes y su santa vida. La cripta del Monasterio de Veruela recibió sus cenizas, sin que pomposa inscripción, ni ampuloso elogio, ni larga lista de títulos revelen al que la visita de quién son los restos que allí se guardan; silencio muy conforme con la modestia verdaderamente cristiana de la que, habiendo nacido en excelsa cuna, tuvo por norma constante de su vida el antiguo lema de la casa de su marido, que hemos puesto al frente de este tomo: *Virtus vera nobilitas.* (La virtud es la verdadera nobleza.)

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO





APÉNDICES

I

BREVES DE PIO VII

Á LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA Y Á SU HIJO EL DUQUE, CONCEDIÉNDOLES GRACIAS Y PRIVILEGIOS EXCEPCIONALES PARA SU ORATORIO.

Fuera dice: «A nuestra amada en Christo, hija la noble señora María Manuela Pignatelli, Duquesa de Villahermosa.» Y dentro: «Pío séptimo, Papa. Amada en Christo hija, noble señora: Salud y la bendición apostólica. No faltan á la verdad, ni faltaron nunca en la Santa Iglesia de Dios, algunos modelos ilustres de todas las virtudes que la han dado y dan brillo y esplendor, y con los cuales se han aficionado y atraído los ánimos humanos. Nadie seguramente puede ignorar ó dudar la inocencia de costumbres, integridad y piedad con que tú, siendo una señora de ese país de tanta dignidad y tantos bienes, te has comportado en la flor de tu edad después de haber perdido tu esposo Juan de Azlor de Aragón, de buena memoria, Grande de España de primera clase, Duque de Villahermosa, con quien estabas unida en legítimo matrimonio, viviendo después de su muerte según los preceptos que el Apóstol dió y recomendó á las viudas christianas. Y hemos recibido informes de tus brillantes virtudes de varios, y más particulares de nuestro amado hijo Esteban, Presbítero Cardenal de la Santa Iglesia Romana, llamado Borgia, á quien Nos, por su mucha sabiduría y erudición y sobresalientes méritos para con esta Sede apostólica, damos mucha auto-

ridad ó crédito. El cual, como es amantísimo de la antigüedad, teniendo presente cuánto han aliviado perpetuamente, hasta estos últimos tiempos, los Pontífices romanos á los católicos del Oriente con toda especie de socorros, te favorece en gran manera, principalmente por causa de que, con tu liberalidad para con ellos, has acostumbrado ayudar á los cuidados que nos tomamos por ellos, los cuales son también comunes á él. Así, pues, para darte un testimonio de nuestra gratitud y reconocimiento por nuestro *motu proprio*, cierta ciencia y madura deliberación, y con plenitud de la potestad apostólica, por el tenor de las presentes concedemos indulto á tí, amada en Christo, hija noble señora, y á tus dos hijos José, Duque de Villahermosa, y Juan de Azlor de Aragón, que se hallan dotados de una excelente instrucción virtuosa, y que sabemos que con la buena educación que les has dado les has imbuído y enseñado toda especie de virtudes; que todos y cada uno de vosotros, mientras os conservéis en vida, la que deseamos vivamente y rogamos á Dios sea prolongada, podáis y tengáis facultad de hacer celebrar en los Oratorios privados de vuestras casas, en cualquier Diócesis que residiéreis en la cual poseáis bienes, tres misas todos los días, aun en los de las fiestas más solemnes, con licencia del Ordinario, y sin ningún perjuicio de los derechos parroquiales, y no sólo vosotros, sino también cualquiera otros que asistieren á ellas con la debida piedad y reverencia, se reputen haber cumplido con el precepto eclesiástico en los días de fiesta; y que además vosotros, después de haber expiado vuestras culpas legítimamente con el Sacramento de la Confesión, en dichos Oratorios podáis tomar la Santísima Eucaristía de mano del sacerdote que celebrare en los mismos (bien que no en la Pascua); y que si acaso sucediere que os halláreis enfermos en camas, podáis oir por entre una celosía el divino sacrificio que se celebre en el cuarto inmediato, en altar construído y adornado decentemente, y recibir asimismo la Sagrada

Comunión que se os lleve: lo que creemos será oportunísimo, muy satisfactorio y muy agradable á la religión en que brilláis. Sin que obsten las constituciones y disposiciones apostólicas, ni cualquiera otras cosas que fueren en contrario.—Dado en Roma en Santa María la Mayor, sellado con el sello del Pescador, el día 7 de Noviembre de 1800, en el primer año de nuestro Pontificado.—R. Cardenal Braschia de Honestis.—En lugar ✠ del sello del Pescador.»—(El original está en latín, y su presente traducción castellana fué hecha en la Interpretación de Lenguas á 24 de Julio de 1828.)

Fuera dice: «Al amado hijo el noble varón M. Duque de Villahermosa.» Y dentro: «Pío séptimo, Papa. Amado hijo, noble varón: Salud y la bendición apostólica. La benevolencia que nos manifiestas en tu carta ha aumentado nuestro amor hacia tí: por ella hemos visto con cuánta piedad nos reverencias y respetas. No dudamos que habrás sentido mucho nuestras desgracias y que te habrás alegrado de veras y de todo corazón de nuestro regreso á esta ciudad. Y nos también recíprocamente nos gratulamos de tu regreso á tu patria, y del deseadísimo enlace de que ya hay esperanzas de que nacerán hijos que esperamos serán educados por vosotros de modo que, sucediendo en la herencia de vuestro patrimonio, os imiten también en vuestra piedad. Y para corresponder en algún modo al amor que nos profesas, después de desearos toda paz, concordia y felicidad, os concedemos con mucho gusto lo que nos pedís según lo deseáis. Por tanto, las gracias y privilegios que concedimos á tu piadosísima madre y á tí, ya en nuestras Letras del día 7 de Noviembre de 1800, y ya con la declaración del Cardenal Borgia, de buena memoria, del día 27 de Junio de 1801, accediendo á tus súplicas, las atendemos todas de manera que tu ilus-

trísima esposa y los hijos que nacieren de vosotros puedan disfrutar de las mismas gracias y privilegios, lo mismo que si les hubieren sido concedidos expresamente, para que tu casa, obligada por estas pruebas de nuestra indulgencia y afecto, se esmere y procure distinguirse primeramente en el obsequio de la Sede apostólica; y mientras así lo esperamos, concedemos amorosamente la bendición apostólica á tí, á tu madre y á tu esposa. Dado en Roma en Santa María la Mayor, sellado con el sello del Pescador, el día 28 de Febrero de 1815, en el año XV de nuestro Pontificado.—Domingo testa.—En lugar ✠ del sello del Pescador.—Está escrito el original en vitela.»—(Dicho original está en latín, y su presente traducción al castellano fué hecha en la Interpretación de Lenguas á 24 de Julio de 1824.)

«Pío Papa VII.—A nuestra amada hija, salud y la bendición apostólica.—No podía ser mayor la satisfacción que hemos experimentado al recibir y leer su carta. Los devotos sentimientos con que está concebida, el interés y el cuidado que muestra por Nos y por todo lo que se refiere al bien de la religión y de la Iglesia, son dignos de su piedad y merecen nuestro particular agradecimiento. Nos causa sentimiento saber que se encuentra tan quebrantada su salud, y no dejaremos de rogar al Padre de la misericordia á fin de que se digne hacerle menos pesada y enojosa la vida. Deseando entre tanto Nos acudir á sus espirituales menesteres, la concedemos de buen grado la facultad pedida de poderse confesar en su habitación, aunque se halle en el lecho, cuando el médico la aconseje no levantarse. Ofrezca al Señor cuanto sufra en la seguridad de que hallará compensaciones en los tesoros de la eterna retribución. No olvidará también de elevar al Supremo Padre de la luz fervorosas plegarias por Nos, á fin de que

nos asista con su gracia y haga útil á la Iglesia el resto de nuestros días. Entre tanto, confirmándola los sentimientos de nuestra benevolencia, damos con toda el alma á ella, á su hijo, consorte y familia la paternal bendición apostólica.

Dado en Roma en Santa María la Mayor el día 14 de Enero de 1816, año XVI de nuestro Pontificado.—*Pius PP. VII.*»

(El encabezamiento y el pie están en latín, y lo demás en italiano.)

II

DOCUMENTOS

CON QUE FUÉ ENVIADO Á MADRID EL CUERPO DE SANTA MARCELINA, QUE EL PAPA PÍO VII REGALÓ Á LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA.

1.º Bula del Papa Pío VII, dada en Roma en Santa María la Mayor á 28 de Enero de 1802, en la cual dice que para satisfacer los deseos que tenía la Duquesa de poseer reliquias de los mártires, la enviaba el Papa el cuerpo de Santa Marcelina, mártir, que había sido descubierto en la ciudad sagrada, en el cementerio de Priscila, fuera de la puerta Salaria, en presencia de la Archiduquesa Mariana de Austria, en Mayo de 1801, y que le enviaba juntamente la lápida de mármol en que se lee escrito el nombre de la mártir y un vaso que contenía la sangre y el dedo índice de la misma.

Este documento está escrito en una hoja de pergamino.

2.º Auténtica dada por el Vicario general de la Curia Romana, á 30 de Enero de 1802, de las indicadas reliquias, que designa con los nombres de *Sacram Vertebram et partem Ossium Iliorum*, y que dice se enviaban en una urna con su cristal, el marco de ésta pintado de color de lapislázuli.

3.º Certificación escrita en italiano, que traducida dice así:

«Mariana, Archiduquesa de Austria, etc., etc. Hallándome con mi séquito en la Catacumba de Priscila en el

mes de Mayo de 1801, á tiempo que el Sr. Cardenal de la Somalia, Vicario de Su Santidad, hacía las excavaciones de los cuerpos de los santos mártires, fué excavado en mi presencia un depósito donde ví estaba un esqueleto con los acostumbrados signos del martirio, una ampolla donde había sido conservada la sangre del mártir y una lápida de mármol, en la cual estaba grabado el nombre de *Marcellina*, y para entera é indubitable fe de ello he escrito de mi propio puño la presente testificación, que hago proveer con el sello de mis armas. Roma, último de Enero de 1802.—*Mariana.*»—(Con rúbrica.)—Al margen, sello en lacre rojo.

Tan preciosas reliquias, que se veneran en el altar de la capilla del Palacio de Villahermosa, hállanse dispuestas dentro de una figura yacente que representa á la santa mártir muerta y lujosamente vestida. Esta figura está hecha de tela, á cuyo través se ven por algunos sitios los huesos, y junto á la cabecera hay un vaso de bronce que contiene la sangre y el dedo. La urna que contiene la figura y el vaso está forrada por dentro y por fuera de damasco carmesí y está cerrada por un cristal, cuyo marco, de color lapislázuli, es al que se ha hecho referencia.

Junto á la urna se conserva la tabla de mármol blanco, de $0^m,722$ de longitud por $0^m,176$ de altura, en la cual está grabada en grandes y claros caracteres esta inscripción:

MARCELLINA

III

CERTIFICACION

DEL ACTA QUE EN 3 DE DICIEMBRE DE 1805 SE PUSO EN LA CAJA DE PLOMO QUE SE COLOCÓ EN LA PIEDRA FUNDAMENTAL DE LA CAPILLA DE LA CASA DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE VILLAHERMOSA, QUE SE CONSTRUYE DE NUEVA PLANTA.

DON TOMÁS MARTÍNEZ TORRE, Secretario de la Excelentísima Sra. Duquesa viuda de Villahermosa, mi señora, y Contador de su Casa y Estados,

Certifico: Que con motivo de la reedificación que se está ejecutando de la casa comprada en 18 de Octubre de 1771 á D. Alejandro Pico de la Mirandola, sita en la Carrera de San Jerónimo, se colocó en una caja de plomo que se depositó en la piedra fundamental de la capilla una memoria que á la letra dice así: «Jesús, María y Josef.—Madrid 3 de Diciembre de 1805, día del glorioso Apóstol de las Indias, San Francisco Javier.—Sea memoria á la posteridad que yo, Doña María Manuela Pignatelly, Gonzaga y Caracciolo, Duquesa viuda de Villahermosa y de la Palata, etc., en virtud de la viudedad foral de Aragón de resultas del fallecimiento de mi amado esposo (que santa gloria haya), el Excmo. Sr. D. Juan Pablo de Aragón Azlor, Gurrea de Aragón, Zapata de Calatayud, Fernández de Híjar, Toralto, Ladrón de Vilanova, Zanoguera, Villarragut, Díez de Escorón, Martínez de Marcilla, Chaves, Coscón, Ximénez, Cerdán, Palavicino, Navarra, Ca-

rroz de Castelles, etc., Duque que fué de Villahermosa, Conde-Duque de Luna, Conde de Guara, de Real, de Sinarcas y de Vilamonte, Marqués de Cabrega, Duque de la Palata y Príncipe de Masa en el reino de Nápoles, Vizconde de Chelva, Barón de Panzano, Pedrola, Torrellas, Herla, Grañén, el Castellar, Rafales, Monflorit, Frescano, Escorón, Artana, Arenós, Pedralva, Bugarra, Mozota, Millars y Beniajar, Señor de las Villas de Ludiente, Zucayna, Tuegar, los Fayos, el Provencio y Catarroja y de los lugares y jurisdicciones de Alcalá de Ebro, Torres de Berrellén, Santa Cruz, Vicién, Traella, Albero bajo, la Zayda, Tramaced, Quarte, Sora, Mezalocha, la Fuempudia, Bonavía, Castillo de Carbonera, Coves, el Castillo de Villamalefa, Espadilla, Vallat, Torrechiva, Costeán, Enate, Benavente, Cajígar, Gordum, Montserrat, Calles, Domeño, Loriguilla, Benageve, Iguergüelas, Alcalá de la Tovada, Benisili, Beniaya, etc., Grande de España de primera clase, Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, Gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, su Embajador en la corte de Turín, Racionero de capa y espada de la insigne Colegial de San Pedro el Viejo en la ciudad de Huesca, Académico de número de la Real Academia Española, etc., etc. Y como madre, tutora y curadora de mi hijo primogénito, el Excmo. Sr. D. Josef de Aragón, Azlor y Pignatelly, etc., Duque y Señor de Villahermosa y de los mismos títulos, con acuerdo de su curador *ad litem* el Dr. D. Josef Ignacio Joven, tuve á bien hacer reedificar y agrandar esta casa como manifiesta el plan que acompaña, cuya casa fué visitada con el número 6 de la manzana 273, sita en la Carrera de San Jerónimo, que por otro nombre llaman del Prado, la que por una parte tiene vistas á la calle del Turco, confinando en la misma calle con la Real Casa que fué Almacén de Cristales y hoy está destinada al estudio de la Chîmica; por dicha Carrera está contigua á una casa perteneciente al Excmo. Sr. Marqués de Valmediano; y por la que mira

al paseo público del Prado, con la iglesia de San Fermín ú Hospital de Navarros, la cual fué vinculada por dicho Excmo. Sr. Duque, mi amado esposo, difunto, con agregación al Ducado de Villahermosa; cuya obra y reedificación se hace á expensas y con caudales propios del citado Excmo. Sr. D. Josef, mi hijo primogénito, la cual tuvo principio en el día 17 de Abril del presente año de 1805, bajo la dirección de D. Antonio Aguado, Teniente Arquitecto mayor de esta villa, Académico de mérito y Director de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando, y concurrieron á la colocación de esta caja con los papeles y monedas que incluye en la piedra fundamental de esta capilla, que dedico á Dios Nuestro Señor en honor de las Sagradas Reliquias de la Cuna de Nuestro Redentor Jesu-Christo que me ha enviado Nuestro Santísimo Padre Pío VII, en el año 1803; de las cabezas de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, que me envía Su Santidad, y del cuerpo de Santa Marcelina, mártir, sacado en Roma del cementerio de Pristila en 1.° de Mayo de 1801 y que me envió el mismo Santo Padre en el año de 1802, los señores el Excmo. Sr. D. Josef, Duque de Villahermosa, y D. Juan Pablo de Aragón Azlor y Pignatelly, mis dos hijos; el R. P. M. Fr. Félix Meave, Predicador de S. M.; D. Carlos Pignatelly, Gonzaga y Caracciolo, mi hermano; D. Manuel Arriortúa, Presbítero, ayo de dichos mis dos hijos. D. Josef y D. Juan; D. Fernando de Navia y Güemes, Teniente del Real Cuerpo de Artillería, hijo de los Excmos. Sres. Vizcondes de la Herrería; dicho D. Antonio Aguado, D. Thomás Martínez Torre, Don Raymundo Pastoriza, D. Josef Alcocer, D. Francisco de Paula Ruiz y D. Miguel de Torres, Contador, Mayordomo, Archivero, Oficial de mi Contaduría y Ayudante de Mayordomo: cuya colocación se hizo en el día 3 de Diciembre del año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesu-Christo 1805, el sexto del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre Pío VII, y el del reinado del Sr. D. Car-

los IV, el 18.—La Duquesa de Villahermosa.—Carlos Pignatelly.—Fr. Félix Meave.—Manuel Arriortúa.—Antonio Aguado.—Fernando de Navia y Güemes.—Raymundo Pastoriza.—Josef Alcocer.—Miguel de Torres.—Francisco de Paula Ruiz.

MONEDAS DEL REINADO DE CARLOS IV Y PAPELES QUE SE COLOCAN EN ESTA CAJA DE PLOMO

	Reales.
Monedas de oro.	
Media onza de oro de cuatro escudos del año de 1803, su valor......................	160
Un doblón de oro de dos escudos del año de 1805, su valor.........................	80
Medio doblón de oro de un escudo del año de 1799, su valor.........................	40
Un escudito de oro de la proclamación de Carlos IV, del año de 1789, su valor........	20
Monedas de plata.	
Un peso duro de plata del año de 1805, su valor................................	20
Medio duro de plata del mismo año de 1805, su valor.............................	10
Una peseta columnaria del año de 1794, su valor................................	5
Media peseta columnaria del año de 1800, su valor................................	2,17
Real columnario del año 1802, su valor.....	1,8 1/2
Una peseta corriente del año de 1805, su valor.	4
Media peseta ó real de plata de 1803, su valor................................	2
Real de vellón del mismo año de 1803, su valor................................	1

	Maravedises.
Monedas de cobre.	
Una pieza de dos cuartos del año de 1805, su valor..............................	8
Un cuarto del año de 1805, su valor.......	4
Un ochavo del año de 1805, su valor.......	2

Papeles públicos.

La Guía Eclesiástica del presente año de 1805.

La Guía de Forasteros del mismo año de 1805.

El Mercurio de 15 de Octubre del mismo año.

La *Gaceta de Madrid* del martes 3 de Diciembre del referido año de 1805.

El Correo Mercantil del 2 de Diciembre del citado año.

El Diario de Madrid de este día.

El Arancel de los precios de los comestibles.

Y para que en todo tiempo conste, de orden de la Excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa, mi señora, firmo la presente en Madrid á 6 de Diciembre de 1805.—*Thomás Martínez Torre.*»

IV

MUERTE DEL P. PIGNATELLI

CARTA DEL P. MONZÓN Á LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

Roma 21 de Noviembre de 1811.—Excma. Sra.: La profunda y sensibilísima llaga que habrá abierto en su noble y ternísimo corazón la noticia de haber fallecido en el día 15 del corriente el amabilísimo tío de Vuestra Excelencia, el P. José Pignatelli, nuestro amantísimo padre, nuestro insignísimo bienhechor, nuestro amparo, nuestro escudo, y el único apoyo de nuestra esperanza sobre la tierra en el estado y circunstancias en que nos hallamos, no hay otro bálsamo que la pueda aliviar sino el conocimiento y persuasión que nos da la fe; que la vida del hombre mortal está en manos de Dios, y que Su Divina Majestad dispone de ella cuando y como le agrada, para su gloria, y siempre, según dice San Crisóstomo, en el momento y estado que al hombre mismo es de mayor ventaja y utilidad.

«Si vivimos,» dice el glorioso apóstol San Pablo, «vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y vivos y muertos, somos del Señor.» Lo que nos obliga á someter nuestra voluntad á la suya, á exaltar con humilde reverencia sus santas disposiciones, y adherir bien de corazón en el Corazón amable de Jesús. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.*

Levantemos, señora, los ojos de nuestra mente al cielo; y veremos al que lloramos en la tierra, sentado ya en trono de eterna gloria, anegado en el gaudio del Señor,

gozando ya en compañía de los bienaventurados el inmenso y sumo premio, que él se ganó en vida con sus muchas, con sus admirables y heróicas virtudes. Él vivió siempre de santo; ha muerto de santo; santo lo aclaman todos después de muerto, y se piden sus cosas para memoria y reliquia de tal santo. Para nosotros, que tanto tiempo hemos vivido con él, ha sido siempre un objeto de admiración en su religioso proceder, en su observancia, en su humildad, en su paciencia, en su caridad, en su íntimo trato con Dios, en su devoción, en su celo, en su mortificación y abnegación, en el desprecio y despego de todas las cosas del mundo, y en todas las otras virtudes, tanto teologales como morales, que el carácter muestran y son de la verdadera santidad: en su vida nos ha sido con sus santos ejemplos viva norma de toda virtud, y no dejará de sernos su memoria continuo estímulo para practicarla, sabiendo que no podemos ofrecer tributo del amor, del respeto, de la gratitud, que le debemos, ni más acepto, ni más conforme al santo empeño, que tuvo siempre viviendo, de promover en todos la perfección propia de nuestro estado.

Las lágrimas que han salido de nuestros ojos en su muerte, han sido lágrimas más de ternura y devoción, que de dolor y pena. Nos ha sucedido lo que sucedió á nuestros Padres en la muerte de San Ignacio: que aunque mucho y mucho lo amábamos; aunque su presencia y vista nos era tan amable y deseable; aunque lo mirábamos y teníamos como únicamente necesario para llevar adelante la obra que Dios le había encomendado; aunque perdiendo á él, hemos perdido un padre tan amable, tan tierno, tan benigno, tan solícito, toda nuestra consolación, nuestro amparo, todo nuestro bien en este mundo, con todo eso no sabemos llorar por dolor, ni entristecernos con desconfianza; señal clara de la interna segura persuasión que nos anima, que quien nos ha sido padre en la tierra, [nos será] protector en el cielo. Con tal confianza enderezamos á él

nuestros votos, imploramos su mediación con Dios, y nos vemos obligados á confesar que experimentamos los efectos de su protección. Digamos, pues, lo que San Bernardo decía de San Víctor: «El P. Joseph estuvo entre nosotros en la tierra para nuestro ejemplo; fué llevado al cielo para nuestro patrocinio; ha sido hecho medianero para el reino el que fué estímulo para la virtud: en su seguridad se muestra solícito de nosotros.»

Toda Roma se mostró empeñada por la salud del Padre, cuando se comenzó á temer de su muerte: de todos los órdenes de personas, muchísimos con oraciones, con novenas, con triduos privados y públicos, suplicaban de continuo á Dios por su vida y salud; pero Dios nos hizo conocer claramente que lo quería para sí. Todo nuestro empeño después de su muerte es de perpetuar su memoria y que quede viva, especialmente la de sus virtudes y ejemplos. Se puso un elogio suyo, escrito en pergamino, cerrado en un cañón grueso de vidrio, dentro de la caja de su deposición, el cual elogio remito á V. E. en el papel adjunto (1). Se piensa extender un copioso compendio de su vida y virtudes. Se le ha formado la máscara, y se pintará el retrato. Entre tanto, en la pérdida tan sensible que nos ha tocado de un padre tan amable, queda á esta pequeña grey la dulce consolación de tener en V. E. una madre tierna, amorosa y empeñada en su bien. Será siempre V. E. el objeto de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra gratitud; y se continuará, como hasta ahora se ha hecho, en ofrecer al Señor oraciones y sacrificios por la vida, salud y felicidad de V. E. y de toda su familia.

Se ha recibido la cantidad que V. E. envió al P. José. El Sr. Saluci se ha portado, en lo que se le encomendaba, con todo empeño y exactitud. Quedamos todos al afecto y disposición de V. E., y con especial modo el que

(1) Consérvase en el Archivo de los señores Duques de Villahermosa, y va á continuación copia de él.

en nombre de todos escribe á V. E., á cuyas oraciones se encomienda, ofreciéndose con todo el respeto y veneración—Su muy humilde siervo de Vuestra Excelencia.—*Agustín Monzón.*

ELOGIO

DEL V. P. JOSÉ PIGNATELLI

JOSEPHUS PIGNATELLI
EX COMITIBUS DE FUENTES CÆSARAUGUSTÆ IN HISPANIA
NATUS
SOCIETATIS JESU QUATUOR VOTORUM PROFESSUS
ET REDIVIVÆ SOCIET. PRIMUS NEAPOLI PROVINCIALIS
VIR
NOBILITATIS GENERE, INGENIO, DOCTRINA
CLARUS,
ET PRÆCLARIS PRUDENTIÆ, ET CONSILII DONIS
A DEO INSIGNITUS.
EXIMIUS RELIGIOSARUM VIRTUTUM
CULTOR
ABSTINENTIÆ, SUI ABNEGATIONIS, PŒNITENTIÆ,
HONORUM HUMANARUMQ: RERUM CONTEMPTUS,
INVICTÆ IN ADVERSIS ANIMI FORTITUDINIS,
ADMIRABILIS IN TOLERANDIS INFIRMITATUM DOLORIBUS
PATIENTIÆ.
PROMPTÆ AD MAIORUM NUTUM
OBEDIENTIÆ.
FIDE FIRMUS, SPE CERTUS, SINGULARI IN PROVIDA DIVA CONFIDENTIA
SUPRA MODUM PLENUS,
STUDIO ORATIONIS ET INTIMÆ CUM DEO CONIUNCTIONIS
ARDENTI IN IPSUM FEREBATUR AMORE:
CHARITATE IN PROXIMUM SOLLICITUS,
LIBERALITATE IN PAUPERES EFFUSUS,
IN OMNES SINGULARITER BENEFICUS,
CUNCTIS OMNIUM ORDINUM HOMINIBUS
CHARUS.

Ab omnibus in honore et veneratione
Habitus,
Apud Principes sæculares æque atque Ecclesiasticos
Cum gratia et auctoritate valeret plurimum,
Eorumq: amorem, ac venerationem sibi vel aspectu conciliaret,
Sibi ipsi tantummodo vilis erat, et abiectus.
Ad omnia maxima natus,
Nihil se valere, resque sibi commissas
Vitio suo in malum ruere
Existimabat ac timebat.
Vir consiliorum consilium inferiorum exquirebat.
Religiosam familiam cui diu præfuit
Benignitate, exemplo, humili auctoritate rexit:
Sociis factus observantiæ norma
Observantiam severe exigebat.
Meritorum plenior quam annorum
Magno omnium ordinum luctu,
Acerbo sociorum dolore,
Pauperum misera comploratione,
A Pio VII. Pont. M. magnæ Prudentiæ Vir
Appellatus,
Et supremi Societatis regiminis dignus
Iudicatus.
Sanctus ab omnibus habitus,
Rebus suis pro reliquiis a pluribus certatim
Etiam a quodam Principe (1) quæsitis
Diem extremum sancte clausit
Romæ in Hospitio S. Pantaleonis ad montes,
Quod sibi, et sociis Neapoli exulibus annuo pretio conduxerat (2)
XVII. Kal. Decemb. An. MDCCCXI.
Ætatis an. LXXIV.

(1) Rege Carolo Emmanuele IV Sabaudiæ. Hoc est proprium Principis nomen: pro quo ex errore scriptum fuit in Authographo: Carolo Amadeo Sardiniæ Rege.

(2) Sepultus fuit ex voto et voluntate sua in Ecclesia B. M. Virginis de Bono Consilio nuncupatæ.

V

MUERTE DEL P. PIGNATELLI

CARTA DEL P. DOZ AL DUQUE DE VILLAHERMOSA

Excmo. Sr.: Uno de mis primeros pensamientos, apenas pasado de esta vida el tío de V. E., fué avisar á V. E. y á su señora madre su fallecimiento, constándome bien, no sólo por las referencias que de V. E. ha tenido conmigo, sino también por las muchas cartas que de uno y otro ha tenido, cuánto amaba tan dignos sobrinos; pero no pudiendo encontrar conducto para dirigir la carta á V. E. sin que le llegase improvisa, he creído mejor dejar que la señora madre le comunicase la triste nueva, quien con su virtud y ejemplo le sabría consolar en el mismo momento que le afligía. Para la señora madre, se encontró el conducto de su confianza y afirmación, y se la comunicó el mismo que ha escrito la adjunta relación; y es el autor del adjunto elogio, á quien en consecuencia de los deseos de V. E., que me comunica Monseñor Bardaxí, he suplicado que á nombre mío extendiese una sucinta relación de lo sucedido en su muerte y enfermedad.

Dice bien V. E., que varias cosas que más le caracterizarían y harían ver su espíritu, no pueden fiarse al papel, y que otras no es tiempo de publicarlas. Esperemos que salga á la luz su vida que se piensa imprimir, en que las cosas sean más detalladas. Sólo una cosa quiero añadir; y es que nos ha sucedido á nosotros lo que sucedió á los Padres en tiempo de la muerte de nuestro santo P. Ig-

nacio, que del sentimiento y suma aflicción en que se hallaban viendo la pérdida que hacían en el pasaje que hizo de esta vida el Santo, pasaron ellos á la paz, calma y sosiego y tranquilidad. Nuestras amargas lágrimas se convirtieron en dulces, no de dolor, sino de ternura; nuestra aflicción por perder un padre, el único apoyo, que supiéramos, que el cielo nos daba en esta vida, en consolación, calma y tranquilidad de espíritu; gracia que todos creemos que nos ha alcanzado del Padre de las misericordias. Yo, particularmente, que desde la edad de trece años estreché con él tan inalterable amistad, que juntos hemos tenido el noviciado, juntos casi todos los estudios, juntos el magisterio, y juntos, bajo de un techo, todo el destierro, siempre lo tengo presente; pero su memoria no me es amarga, sino muy dulce, y á él me encomiendo, y espero en su mediación que, habiéndome querido siempre junto, me obtenga su afecto por toda la eternidad en el cielo.

Remito á V. E. un tomito del P. Lessio, de que se servía para su ordinaria meditación, y con él el elogio que se puso, en un fuerte tubo de vidrio bien cerrado, en la caja junto con el cadáver. Va también con el libro una estampa de que usaba en un libro de devoción, y un pedacito del pañuelo con que se limpiaba la sangre, que sacaba con las disciplinas de hierro, armadas de espuelas de caballo.

Con esta ocasión renuevo á V. E. el afecto y servidumbre, que siempre mi casa ha tenido á la de V. E. y Condes de Fuentes, suplicándole me reconozca por su más apasionado servidor y Capellán Q. L. M. B. de V. E.—*Joseph Doz y Funes* (1).

(1) La Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, actual Duquesa de Villahermosa, en carta de 31 de Mayo de 1891 escribía: «Conservo la reliquia, para mí preciosa, de un pañito empapado en sangre, con un letrero que dice: «tela bagnada del Sangre del P. Jph. Pignateli;» tiene un marquito de unas perlas chicas..... tiene un sello con lacre.....

También poseo el libro del P. Pignatelli: tiene su auténtica, escrita en latín, firmada por el P. José Doz y Agustín Monzón, 1812. Después de la auténtica, que tiene un sello, hay escrito en otra parte: «De este libro se servía ordinariamente para sus meditaciones y contemplación el P. Josef Pignatelli.» Se envió desde Roma á Nancy de Francia al Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, su sobrino, á primeros del mes de Enero de 1812..... Del crucifixo nada sé.» Ambas reliquias, el pañito y el libro, las trajo dicha señora Duquesa el verano de 1891 á su villa Juín, situada en el pueblo de Azcoitia, provincia de Guipúzcoa, en donde las ví y tuve en mis manos, dice el Padre Nonell en la *Vida del P. Pignatelli*.

De la disciplina, consta por el proceso romano (fol. 487) que fué enviada (teñida aún de sangre coagulada) á su familia en España. D. Angel de Angelis, en el fol. 1.168 del citado proceso, dice que el P. Doz, después de la muerte del Padre, entregó al caballero de Rossi un cuadro de la Sagrada Familia, que tenía el siervo de Dios á la cabecera de la cama.

VI

RESTOS DEL P. PIGNATELLI

Restablecida la Compañía de Jesús, quisieron los Padres que los restos del siervo de Dios descansasen en su principal casa de Roma; y á pesar de los obstáculos y de la oposición de los cofrades de la iglesia del Buen Consejo, que no querían desprenderse de tan precioso depósito, consiguieron trasladarlos al templo de Jesús, en unión de los otros jesuitas fallecidos en aquella Casa, modesto asilo que les sirvió de refugio cuando ya la tormenta tocaba á su fin.

Al fin de la vida del siervo de Dios, compuesta en castellano por el mismo P. Monzón, de la cual se envió copia al señor Duque de Villahermosa, se halla un relato de esta traslación del cadáver del venerable P. José, que copio aquí con sus mismas palabras. Dice así:

«En la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo á los Montes estaban sepultados doce cadáveres, entre sacerdotes y legos de la Compañía de Jesús; los que fallecieron en los años anteriores á la gloriosa repristinación [restauración] de dicha Compañía, y posteriores á la expulsión de la misma de Nápoles, que acaeció en tiempo de la invasión francesa. Entre los demás cadáveres existía aquél [el] del P. Joseph Piñateli, religioso bastantemente conocido por la nobleza de su familia, por sus talentos; pero más celebrado por sus heróicas religiosas virtudes y por la fama de las gracias extraordinarias, que por su medio dicen obró Dios antes y después de su muerte.

»El M. R. P. Perelli, Vicario general de la susodicha Compañía, estimó por conveniente y preciso recuperar dichos cadáveres; y aunque encontrase muy fuertes oposiciones para ello, sin embargo, pudo disiparlas recurriendo al trono de Su Santidad, que en el día 30 de Septiembre de este año de 1817 dió un decreto, con el cual se concedió la gracia que dicho P. Perelli solicitaba, remitiéndolo para la ejecución al Ilmo. y Rmo. Monseñor Frattini, Vicegerente de Roma.

»En la noche del 18 de Noviembre se trasladaron los cadáveres, acompañados del Párroco y algunos individuos de la Compañía. Todos los religiosos, con hachas y velas encendidas, los recibieron; y colocados en la Congregación de la Buena Muerte en el Jesús, les rezaron las sólitas preces, á las que asistió también el citado Monseñor Vicegerente.

»Pareció oportuno al P. Vicario general hacer una demostración de piedad pública y distinguida, mandando que con solemnes exequias se celebrase el aniversario fúnebre el día 20 del mismo mes. No pudiendo la Comunidad profesa corresponder á este deseo, mientras vive de limosna, según el Instituto que profesa, acudieron inmediatamente los religiosos y devotos, y reunieron fondos para ejecutar tan justa y conveniente disposición.

»La iglesia se colgó de luto con un magnífico catafalco en el medio, adornado con mucha seda. Por la mañana, todos los religiosos no sacerdotes comulgaron. Se celebraron gran número de misas. A la hora prefija, todos los individuos de la Compañía de Roma rezaron el oficio de difuntos en el Jesús. Despues hizo pontifical el predicho Monseñor Vicegerente.

»Hubo dos selectos y muy numerosos coros, uno de instrumentos y otro de voces, y se ejecutó música del celebérrimo Cimarosa. Se concluyó la sagrada función con la absolución y acostumbradas preces, con satisfacción general del numerosísimo pueblo que concurrió.

»El cuerpo del P. Piñateli, cerrado en una caja y sellado con los sellos de la Compañía, fué colocado en sitio separado, en donde se sepultan los Generales de la Compañía.» Hasta aquí la relación.

Del acto que en ella se describe dió conocimiento el Padre Monzón al señor Duque de Villahermosa en carta de 1.° de Marzo del año siguiente, que dice así:

«Roma 1.° de Marzo de 1818.—Excmo. Sr.: Gózome del gozo espiritual que V. E. ha experimentado leyendo los ejemplos de virtud que nos dejó nuestro buen P. Joseph.

»Si V. E. le hubiese visto y tratado con él, cuánto mayor hubiera sido el sentimiento de su espíritu viendo con sus propios ojos aquel perfecto dechado de todas las virtudes. Si advierte y considera lo que dije á V. E en la otra mía, ya habrá conocido que el modo con que está escrita la vida no es conforme á las reglas de lengua, de expresión, de frase ni aun de historia; por lo que quien ponga la mano en corregirla puede tomar el nombre de autor como cosa suya, y de mí no hacer mención alguna.

»Carta de su excelentísima madre no quedó ninguna; pues el Padre no acostumbraba conservarlas, como me ha asegurado el Hermano [Grassi], que le fué compañero por muchos años hasta la muerte. A éstas, que faltan, pudieran suplir las respuestas del Padre, si ahí se conservan; que darían mucha luz para el fin que con mucha razón se pretende.

»Ya habrá sabido V. E. cómo el cuerpo del Padre se transportó de la iglesia de la Virgen del Buen Consejo, en donde se enterró, á ésta nuestra iglesia del Jesús. Se trajeron con él los cuerpos de todos los Nuestros, que murieron en la casa de San Pantaleón. Se hizo á todos, pero por respeto especialmente al P. Joseph, un magnífico funeral con misa cantada, que cantó en pontifical un Obispo, con particular y exquisita música, con asistencia de los sujetos de las dos Casas, que aquí tenemos. Se depositó después el cadáver del Padre en el sepulcro de los Gene-

rales; y queda grabada su memoria á lo de fuera del nicho en que está, en una lámina de plomo. Esta traslación se debe describir en la vida. Más abajo notaré algunas cosas, que también se pueden añadir.

»Por lo demás, me gozo sumamente de las bendiciones que Dios echa sobre la persona de V. E. y su familia. Que el Señor las continúe y las aumente *in mille millium* para su mayor gloria.

»Con humillar mis más rendidos obsequios á S. E., su dignísima compañera, me declaro con el afecto más sincero de todo mi ánimo—De V. E.—Humilde y rendido siervo—*Agustín Monzón*, de la Compañía de Jesús.—Excelentísimo Sr. Duque de Villahermosa.»

VII

EXPEDIENTE DE CANONIZACION

DEL P. PIGNATELLI

La fama de los prodigios obrados por la intercesión del siervo de Dios, P. José Pignatelli, y el favorable resultado del proceso que se hizo en Roma acerca de las virtudes del mismo, indujeron al P. José Luis Chiereghini, Procurador general de la Compañía y nombrado Postulador de la causa del P. Pignatelli, á pedir á la Sagrada Congregación de Ritos se dignase admitir la introducción de la causa. No fueron vanos sus esfuerzos; pues con fecha 24 de Septiembre de 1842 la citada Congregación, considerado tan grave negocio con la madurez y diligencia conveniente, juzgó se debía confirmar la Comisión de la introducción de la causa, si así lo tenía por bien el Sumo Pontífice: accedió benignamente Su Santidad, y la Sagrada Congregación expidió el siguiente honorífico decreto:

«La ínclita Compañía de Jesús, madre que en todos tiempos ha sido de varones los más eminentes y esclarecidos en las ciencias divinas y humanas, también ha tenido siempre, entre sus hijos, siervos de Dios muy ilustres, que llegaron á la cumbre de la santidad con el ejercicio de todas las virtudes. Entre ellos con razón se cuenta en estos últimos tiempos el Ven. José María Pignatelli, nacido en Zaragoza de España de padres pertenecientes á la primera nobleza, el cual, hecho viva imagen del mismo fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola,

y heredero de su espíritu, resplandeció con tantos y tan insignes ejemplos de todas las virtudes, que con verdad se ha de decir que fué dado del cielo para bien, salvación y preservación de la Compañía, agobiada de tantas y tan terribles calamidades en tiempo de tanta turbación; y aunque siempre enfermizo y de quebrantada salud, con todo la divina Providencia le conservó hasta la vejez, para que pudiese transmitir á la posteridad la observancia doméstica de los primitivos tiempos. La fama de tan grande varón, divulgada por todas partes; acompañada, á lo que se dice, de la gloria de los milagros, y probada recientemente con auténticos documentos, en toda su integridad presentados, según costumbre, á la Congregación de Sagrados Ritos, motivó la proposición de esta Causa en la misma Sagrada Congregación. Así, pues, por medio del Emo. y Rmo. Sr. Cardenal Carlos María Pedicini, Obispo Portuense, de Santa Rufina y de Civittavechia, Vicecancelario de la Santa Romana Iglesia, Prefecto de la Congregación de los Sagrados Ritos y Relator de la Causa, sin intervención ni voto de los Consultores, antes que transcurriesen los diez años después de la presentación del Proceso Ordinario y se hiciese el examen y revisión de los escritos, por Apostólica dispensación concedida el 22 de Marzo del año anterior, á instancia del R. P. José Luis Chiereghini, Procurador general de la misma Compañía y Postulador de esta Causa, propuesta la siguiente duda: «Si se debía firmar la Comisión de la Introducción de la Causa en el caso y para el efecto de que se trata; la misma Sagrada Congregación, reunida en sesión ordinaria en el Palacio Quirinal el día abajo indicado, después de haberlo considerado todo con cuidado y diligencia, y oído al R. P. D. Andrés María Frattini, Promotor de la Fe, que manifestó su parecer por escrito y de palabra, juzgó deber responder por escrito que debía firmarse la Comisión, si así pareciere á Su Santidad.» Día 24 de Septiembre de 1842.»

«De todo lo cual, hecha fiel relación á Nuestro Santísimo Padre el Papa Gregorio XVI por mí el abajo firmado Secretario, Su Santidad accedió benignamente, y de su propia mano confirmó la susodicha Comisión de Introducción de la Causa del Venerable Siervo de Dios José María Pignatelli, Sacerdote Profeso de la Compañía de Jesús. Día 30 de los dichos mes y año.—C. M., Obispo Portuen.; Card. Pedicini, de la S. R. I., Vicecancelario, Prefecto de la S. C. de R.—J. G. Fatati, Secretario de la S. C. de R.»

VIII

CARTA

DE LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA Á LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS SOBRE EL PRIMER DECRETO DE FERNANDO VII RESTABLECIENDO EL INSTITUTO EN ESPAÑA.

MIS VENERADÍSIMOS Y RESPETABILÍSIMOS PADRES, Y TIERNAMENTE AMADOS HIJOS Y HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS: Ya que en tantos años no se me ha compuesto el cumplir la palabra que dí á vuestras reverencias cuando el fallecimiento de mi venerable tío el P. José Pignatelli, ni aun con el plausible motivo del restablecimiento hecho por Su Santidad el año pasado de la Compañía de Jesús: me ha parecido compensar éste mi largo silencio, causado casi siempre por mi falta de salud, con aprovechar este momento en que tenemos la satisfacción de que nuestro amado Monarca, por su Real decreto, restablece la Compañía de Jesús en España, en los términos que vuestras reverencias verán por el mismo decreto que remito. Ayer fué grande el gozo que tuve con esta noticia; pero hoy que ha salido el decreto, se me ha disminuído por los términos en que está concebido, que dan mucha margen á dificultar que se verifique la pronta venida de vuestras reverencias, que es todo mi anhelo. Me ha parecido consiguiente á mi declarado afecto á la Compañía de Jesús, decir llanamente á vuestras reverencias mi modo de pensar sobre asunto tan delicado, pues aunque sé muy bien su gran sagacidad y penetración, al cabo, como estarán tan poco enterados del estado actual de este reino, no creo puedan dejar de estimar que se les indique alguna cosa para su gobierno, y al fin harán vuestras reverencias el uso que les pareciere.

Por el tenor de las últimas cláusulas del decreto, se insinúa algo si se intentará alguna novedad acerca del gobierno de la Sociedad ó Compañía de Jesús: además se manifiesta bastante que en el ánimo de S. M. hace siempre impresión la causa reservada por su abuelo; y como estoy persuadida que S. M. ignora el secreto, y que si ha procurado, según parece, no dejar más rastros por donde se venga á descubrir por la falta de papeles y documentos con que se han hallado ahora, y son pocos los que saben el misterio de iniquidad que, según dicen, fué la causa decisiva, y por otra parte aún son menos entre tantos apasionados é interesados en la vuelta de los jesuitas, que hayan instruído al Rey y hablado claro, lo que hubo sobre este asunto (pues me persuado no ha habido ninguno, y así es imposible se desimpresione del todo, y lo que hace á favor, es á fuerza de impulsos ajenos). Por tanto, me parece (salvo mejor dictamen) que vuestras reverencias, agradeciendo á S. M. su favor y á la nación sus instancias, hagan presente á S. M. que su estimación y honor queda siempre vulnerado, mientras no se aclare esta causa y la inocencia de vuestras reverencias ó de la Compañía, pues las opiniones y pareceres particulares no mudan la substancia de la cosa, y que para el ejercicio de los ministerios que usa la Compañía de Jesús, no conviene quedar con una nota semejante y tal, que cada cual la puede interpretar como le parezca, pues como se ignora la calidad del delito y sólo se ha visto el rigor del castigo, da margen á toda la malicia de los émulos; y para personas en que deben confiar toda clase de sujetos, los Padres para entregarles sus hijos, los fieles sus almas, etc., es más inconveniente. Y así es que San Ignacio siempre que se ofreció, como leemos en su vida, siempre quiso que se declarase en justicia la inocencia de la Compañía y la verdad. Ni obsta que nuestro Santísimo Padre haya restablecido el instituto sin este requisito; pues aunque esto debería bastar para que todos se sometiesen á su juicio: como

se sabe que el Rey no quiso declararle á Su Santidad el motivo que tenía y se lo reservó en su pecho, se deja ver que para los enemigos, á lo menos de España, no queda la cosa clara y tal como me parece hubiera querido nuestro P. San Ignacio, y, en fin, yo digo esto porque me alegraría del mayor lustre de la Compañía de Jesús para que haga más fruto, y tapar las bocas de los calumniadores para siempre en cuanto sea posible.

Vuestras reverencias admitan mi sinceridad y fina voluntad, y añado que tal vez por Roma se podrá descubrir mejor este asunto por los papeles de la Secretaría del Ministerio de España de aquellos tiempos, y además me persuado que por lo menos algunos de aquellos Padres de vuestras reverencias más ancianos, tendrán todas las noticias que ignoramos acá, y aun tal vez prevenida la representación á S. M. para este caso. Si vuestras reverencias juzgan todo lo dicho inoportuno, me someto á su más acertado juicio y consejo, y deseo que Dios lleve adelante su obra y la perfeccione á lo sumo.

Y entre tanto, dispongan vuestras reverencias de mi inutilidad, pues estoy cascada y llena de achaques y males, que absolutamente no sirvo de nada en este mundo, pues ni aun puedo rezar como hace cualquier vieja de un lugar. Por tanto, estaba deseando y suspirando á Dios la venida de vuestras reverencias, para tener el consuelo que me asistiesen y ayudasen á bien morir; pero veo que se me desvanece mi esperanza; pero, en fin, me consuelo que Dios me lo concederá si me conviene. Ruego á todas vuestras reverencias me encomienden mucho á Dios para que me dé perfecta contrición de mis pecados y una buena y santa muerte. Nuestro Señor guarde las preciosas é importantes vidas de vuestras reverencias los muchos años que necesitamos los fieles á mayor gloria de Dios.

De vuestras reverencias B. L. M. su humildísima servidora hija, hermana y madre.—*J. La de V. H.*

IX

CARTA

DE PÍO VII AL DUQUE DE VILLAHERMOSA, DE PÉSAME POR EL FALLECIMIENTO DE LA DUQUESA

Fuera dice: «A nuestro amado hijo el Duque de Villahermosa.»

Pío Papa VII.—Amado hijo: Salud y Bendición apostólica. Triste y dolorosa ha sido para Nos la muerte de tu ilustre madre, cuya noticia tuviste á bien comunicarnos en carta dirigida á Nos en virtud de tu fidelidad y afecto. Nuestro amor á aquella matrona era tanto, según lo exigía su singular piedad y su devoción á esta Sede Apostólica, que si no consideráramos que está gozando de mejor vida, con dificultad podríamos sobrellevar su falta. Con razón esperas que nosotros haremos todo lo posible por dar á su alma consuelo y alivio, si es que todavía tiene algo que purgar: ya lo hemos hecho, y en lo sucesivo lo haremos, con grande amor, en nuestras oraciones y sacrificios. Además, hemos creído que cumplía á nuestro deber dar algún testimonio público de nuestro amor y gratitud, dados sus méritos hacia Nos, á esta Silla Apostólica y á la Iglesia Romana. Por esta razón, y en conformidad con nuestras instancias, se han celebrado solemnes exequias con la debida pompa en sufragio de su alma, ya por la *Congregación de Propaganda Fide*, que en tiempos contrarios experimentó su munificencia, ya también por el Clero

de las Basílicas de ésta nuestra ciudad, las cuales fueron enriquecidas por su piedad y largueza con preciosas ofrendas. Queremos hacerte saber todo esto para que conozcas en qué lugar teníamos á tu ilustre madre, y cuán grata sea su memoria para Nos y para esta Santa Sede. Por lo que á tí toca, amado hijo, en quien juzgamos ha pasado como por derecho hereditario la piedad y devoción de tu madre á esta Cátedra de San Pedro, según lo patentizan tus cartas, está persuadido que nosotros tendremos igual voluntad para contigo, y que estaremos dispuestos en todas ocasiones á darte las pruebas más patentes de nuestra paternal caridad, y que nada omitiremos de lo que con nuestra autoridad podamos hacer en aumento y ornamento tuyo. Entre tanto, rogamos á Dios que derrame sobre tí sus gracias, y con singular benevolencia te damos la Bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, día 28 de Diciembre del año 1816; de nuestro Pontificado, diez y siete. —*Pío Papa VII.*

(El original está en latín.)

NOTAS FINALES

El autor de este libro faltaría á un deber de justicia si no consignase aquí que le han sido de mucha utilidad para escribirle los auxilios del celoso é inteligente Bibliotecario de la casa ducal de Villahermosa, D. José Ramón Mélida.

Siendo insignificantes las erratas de este libro, ha parecido excusado al autor hacer fe de ellas: exceptúase la que aparece en la página 250, línea 21 del tomo I, en la cual se consigna que el nacimiento del hijo menor de la Duquesa de Villahermosa, D. Juan Pablo, ocurrió en 1785, cuando debe decir en 1789.

PROTESTA DEL P. NONELL

PUESTA AL FIN DE LA «VIDA DEL P. PIGNATELLI,» Á LA CUAL SE ADHIERE Y LA HACE SUYA EL AUTOR DE ESTE LIBRO.

Conformándome con las prescripciones contenidas en las Bulas apostólicas, y en particular en las de Nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, que disponen el modo de escribir vidas de personas insignes en virtud, no canonizadas ni beatificadas en juicio de la Santa Iglesia Romana; como hijo de ella, protesto, en primer lugar, que la aprobación y calificación de lo que en este libro se dice de cualquiera persona no canonizada ni beatificada, ó bien de cosas sobrenaturales suyas, la remito en todo á quien pueda darla, que es el Vicario de Jesucristo; sin pretender que se dé á lo que escribo más crédito que el que se debe á una aserción humana falible. Protesto además que si algunas veces uso de las palabras *Venerable*, *Santo*, *Santa* y otras semejantes, no es mi ánimo tomarlas en otro sentido que en el común del modo ordinario de hablar de personas que en opinión de los hombres vivieron con singular ejemplo y edificación y fama de virtud heróica, sin que en esto intente prevenir el juicio y fallo de la Santa Iglesia nuestra Madre, á cuya censura y corrección me sujeto y lo sujeto todo.

ÍNDICE

APÉNDICES

ADVERTENCIA

Esta obra va ilustrada con 17 láminas y 27 facsímiles de documentos, correspondiendo 3 de las primeras y 14 de los segundos al tomo I, y 14 y 13 respectivamente al II.

Los documentos reproducidos pertenecen todos al Archivo de la casa de Villahermosa, excepto la carta de D. Tomás de Iriarte al Duque de Villahermosa, fecha 1.° de Octubre de 1778, y la respuesta del Duque, fecha 16 de Noviembre del mismo año (insertas las dos en el tomo I, pág. 146), que pertenecen á la Biblioteca Nacional.



Acabóse de imprimir este tomo en Madrid, á expensas de la Duquesa de Villahermosa, en el Establecimiento tipográfico de la Viuda é Hijos de M. Tello, el día 3 de Junio del año de 1896, víspera de la festividad del Sanctissimum Corpus Christi.



